
EL CLUB
SECRETO
DE LOS VIUDOS CANALLAS
LIBRO 1 - GABRIEL D`ÁVILA
ISABELLA INNAMORATO

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65

66
67
68
69
70
71
72
73
Epílogo 1
Epílogo 2

EL CLUB SECRETO DE LOS VIUDOS CANALLAS

LIBRO 1 - GABRIEL D`ÁVILA

ISABELLA INNAMORATO

EL CLUB SECRETO DE LOS VIUDOS CANALLAS
Libro 1 - Gabriel D'Ávila

© 2025 por Isabella Innamorato
Todos los derechos reservados internacionalmente.

Esta obra está protegida por leyes nacionales e internacionales de propiedad intelectual y derechos de autor. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial, transmisión, distribución, traducción, adaptación, venta o comercialización de esta obra sin autorización expresa y por escrito de la autora, con la única excepción del uso breve y puntual de fragmentos para fines de crítica literaria, reseñas, análisis académicos o periodísticos, siempre que se haga mención explícita del título del libro y del nombre de la autora.

Advertencia:

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, eventos y situaciones descritos en este libro han sido creados por la imaginación de la autora. Cualquier parecido o similitud con personas reales, vivas o fallecidas, lugares existentes o eventos ocurridos en la realidad es puramente coincidencia y no intencional.

Primera edición publicada en español: Junio de 2025
Título original en portugués: *O Clube dos Viúvos Canalhas - Livro 1 - Gabriel D'Ávila*
Autora: Isabella Innamorato
Traducción: Isabella Innamorato, con la colaboración especial de Esteban Velázquez
Corrección, adaptación cultural y revisión profesional: Esteban Velázquez
Diseño de portada: Ayla Silva

Para obtener información adicional, realizar consultas o seguir más de cerca las novedades, eventos y futuras publicaciones, puede

contactar directamente con la autora a través de su perfil oficial en Instagram:@autoraisabellainnamorato

Publicado y distribuido exclusivamente en formato digital por Amazon Kindle.

¡Gracias por valorar y respetar el trabajo artístico, intelectual y creativo de la autora!

Su respeto contribuye directamente a la continuidad y calidad de la literatura independiente.

Sinopsis

:: Viudo amargado :: Chica inocente y decidida :: Niñera y patrón :: 20 años de diferencia de edad :: Embarazo secreto :: Rechazo :: Segunda oportunidad ::

Clara Salgado es una joven decidida que siempre ha afrontado la vida con la cabeza en alto, incluso cuando todo parecía desmoronarse a su alrededor. Trabajando como limpiadora en un colegio de élite, intenta comenzar de nuevo en Saint Thomas, una ciudad llena de promesas y nuevas oportunidades.

Gabriel D'Ávila es un viudo amargado, dueño de una impresionante fortuna y padre de un niño complicado. Marcado profundamente por el dolor y la desconfianza, construyó altos muros a su alrededor, convencido de que jamás permitiría que alguien volviera a acercarse.

Cuando los caminos de Clara y Gabriel se cruzan, una chispa inevitable se enciende entre ellos. Entre enfrentamientos intensos y momentos de inesperada complicidad, ambos descubren una conexión tan profunda que amenaza con desestabilizar incluso las barreras más sólidas.

Clara creía tener un futuro sencillo frente a ella, pero Gabriel pone su mundo completamente del revés.

Sin embargo, un malentendido devastador los separa cruelmente. Clara, embarazada y rechazada por Gabriel, se ve obligada a enfrentar sola el desafío más difícil de su vida.

Cuando la verdad finalmente sale a la luz, Gabriel comprende que ha perdido mucho más que a la mujer que amaba. Ahora está dispuesto a todo para recuperarla, para reconquistar no solo el corazón de Clara, sino también la familia que dejó escapar.

¿Podrá Clara perdonarlo alguna vez?

¿Será suficiente el amor que los unió para sanar las profundas heridas del pasado?

Esta es una novela conmovedora sobre el perdón, las segundas oportunidades y la fuerza de un amor capaz de desafiar todas las probabilidades.

No recomendado para menores de 18 años.

Dedicación

A aquellos que creen en el poder del amor, incluso cuando todo parece estar perdido.
A quienes encuentran en sí mismos la fuerza para reconstruirse, perdonar y seguir adelante.
Y a quienes comprenden que un verdadero hogar no es un lugar, sino las personas que elegimos amar.

1

CLARA SALGADO

Las sombras se extienden por los pasillos vacíos de la escuela y las últimas luces pintan de colores las vidrieras de las altas ventanas. El silencio es profundo, solo roto por el suave susurro de la fregona que se desliza por el suelo encerado. El olor a desinfectante se mezcla con el aire frío de la noche, una combinación que ya me resulta demasiado familiar.

Mis brazos protestan ante la repetición del movimiento, pero ignoro el cansancio. Veo mi reflejo distorsionado en el suelo brillante: una figura esbelta, con ojos agotados y el pelo recogido en un incómodo moño.

Cada mancha, cada huella de zapato debe desaparecer. No puedo dejar ningún rastro que delate mi presencia más allá de las horas permitidas. El reloj de pared marca las nueve, y la mayoría de la gente ya se ha ido a casa con sus familias y comodidades que solo puedo imaginar.

Cuelgo el cubo y la fregona en el armario de mantenimiento y cierro la puerta con cuidado. La llave que cuelga de un cordón en mi cuello tintinea ligeramente; un recordatorio constante de la dualidad de mi situación: empleada de día, polizón de noche.

Camino por el pasillo hacia la cocina, donde un débil resplandor escapa por debajo de la puerta. Mi corazón se acelera un poco, una mezcla de expectación y miedo. Abro la puerta sin hacer ruido y encuentro la cocina envuelta en una acogedora penumbra. El sutil aroma a hierbas y pan recién horneado impregna la habitación, trayendo una temporal sensación de hogar.

Sobre el mostrador de acero inoxidable hay un plato cubierto con un paño de cocina bordado. Me acerco con pasos ligeros, casi temiendo que el suelo bajo mis pies delate mi presencia. Levanto una esquina del paño y descubro un cuenco de guiso humeante acompañado por dos generosas rebanadas de pan.

—Gracias —susurro a nadie en particular.

La señora de la cantina, la verdadera responsable de este pequeño acto de amabilidad, está de espaldas a mí, guardando utensilios en un armario alto. Su moño gris se balancea ligeramente mientras trabaja. Por un instante, me planteo decir algo, expresar mi gratitud de forma más directa, pero las palabras se desvanecen antes de llegar a mis labios.

Ella gira brevemente y nuestras miradas se cruzan. Sus ojos son dulces, marcados por las líneas de toda una vida de sonrisas y quizá algunas lágrimas. No dice nada, pero basta una leve inclinación de cabeza. Existe un entendimiento silencioso entre ambas, una conexión que no requiere palabras.

Sujeto el plato con cuidado, sintiendo cómo el calor penetra mis frías manos. Salgo de la cocina tan discretamente como entré, cerrando la puerta detrás de mí. El pasillo está ahora sumido en la oscuridad, pero conozco cada paso, cada obstáculo invisible que conduce a mi rincón prohibido.

De regreso en el armario de suministros, introduzco la llave en la cerradura y entro, encerrándome en mi pequeño santuario. El espacio es estrecho, con estanterías repletas de productos de limpieza que emanan aromas químicos. En una esquina, una fina manta doblada me sirve de cama, y una linterna portátil es mi única fuente de luz.

Me siento en el suelo, cruzo las piernas y coloco el plato frente a mí. El vapor ascendente trae consigo un consuelo que hacía mucho tiempo no sentía. Soplo ligeramente la superficie del guiso antes de llevarme la primera cucharada a la boca. El sabor reconfortante llena mis sentidos y, por un instante, todas mis preocupaciones parecen lejanas.

Después de comer la mitad, decido guardar el resto para el desayuno. Envuelvo cuidadosamente el plato con el paño y lo

guardo en la mochila. Es importante racionar; nunca sé cuándo tendré otra comida así.

Saco el cuaderno de tapas de colores decorado con personajes de cuento. Los bordes están deshilachados y algunas páginas arrugadas, pero es una de mis posesiones más preciadas. Lo encontré en el cubo de basura, desechado sin miramientos, quizá por algún niño que lo cambió por un modelo más nuevo o simplemente se cansó de él el primer día que llegué aquí.

Abro la siguiente página en blanco y acaricio suavemente el papel rugoso con mis dedos. El bolígrafo, casi sin tinta, sigue cumpliendo su función. Escribo con letra pequeña y cuidadosa:

«Hoy estoy agradecida por la comida caliente, la amabilidad de la señora del comedor y por otro día con un techo sobre mi cabeza.»

A medida que las palabras llenan la página, siento que la calma se extiende en mi interior. Escribir mi gratitud es un ritual que me mantiene centrada, una forma de reconocer las pequeñas bendiciones en medio de las dificultades.

Paso algunas páginas y encuentro las que están pintadas de negro. Gruesos trazos de tinta esconden palabras que preferí borrar. Recuerdos que aún duelen, pero que no quiero llevar conmigo. Aquellos fueron días especialmente difíciles, momentos en los que la esperanza casi me abandonó. Pero hoy no es uno de esos días.

Cierro el cuaderno y lo aprieto contra mi pecho, cerrando los ojos. El lejano sonido del viento en el exterior suena como una nana solitaria, contando secretos que nadie más oye. Imagino cómo sería si este armario se convirtiera en un dormitorio real, con paredes pintadas en colores suaves, una cama mullida y quizá una ventana por la que pudiera ver las estrellas. Apoyo la cabeza contra la pared y miro hacia el techo, donde pequeñas imperfecciones forman constelaciones imaginarias.

Extiendo la manta en el suelo y me tumbo. Hoy no puedo usar la mochila como almohada, así que siento el suelo duro y frío, aunque mi cuerpo ya se ha acostumbrado. Subo la manta hasta la barbilla, intentando conservar el máximo calor posible.

Mi mente divaga mientras el sueño no llega. Pienso en las caras que veo cada día en la escuela, los niños corriendo por los pasillos, cargados con mochilas llenas de libros y sueños que parecen tan diferentes de los míos. Los profesores, siempre apresurados, discutiendo planes de clase y proyectos.

Me pregunto qué pasaría si alguien descubriera mi secreto. Si la directora supiera que uso el armario de suministros como dormitorio, y que todas las tardes finjo marcharme, solo para colarme por la puerta trasera y salir únicamente cuando la señora del comedor se queda hasta tarde preparando cosas para la mañana siguiente. Ella es la única que me ve; nunca le he pedido que guarde el secreto, pero jamás me ha delatado. A veces pienso que quizá supone que soy una empleada que termina más tarde que los demás, como ella misma. Sea cual sea el motivo, siempre intento moverme lo menos posible, evitar las cámaras y nunca, bajo ningún concepto, enciendo las luces al entrar o salir del armario. Si me descubren antes de conseguir un lugar donde quedarme, probablemente perdería mi trabajo. Perdería lo poco que tengo, lo cual ya es un milagro. No puedo dejar que eso ocurra. No puedo regresar a las calles. No volveré.

Respiro hondo, llenando mis pulmones con el aire ligeramente perfumado por productos de limpieza. El olor que antes me incomodaba, ahora resulta reconfortante. Es familiar, constante.

El sueño empieza a pesar en mis párpados, pero antes de rendirme del todo, escucho un ruido lejano. Un clic, quizás una puerta cerrándose. Mi cuerpo se tensa y contengo la respiración, escuchando atentamente.

Silencio.

Quizá solo fue mi imaginación. Aun así, permanezco alerta unos minutos más hasta que finalmente el cansancio acaba por vencerme.

Cierro los ojos y dejo que la oscuridad me envuelva. Susurro para mí misma:

—Un día tendré mi propio espacio. Un lugar donde pueda existir sin miedo. Un lugar al que pueda llamar hogar.

Sueño con una versión de mí misma que no necesita esconderse. Estoy en un campo abierto, con césped verde hasta donde alcanza la vista. Camino descalza, sintiendo la suave hierba bajo mis pies. El sol brilla cálido, y una brisa gentil acaricia mi rostro. A lo lejos, una pequeña y acogedora casa me llama. Avanzo hacia ella, sintiendo una creciente alegría en mi pecho.

Justo cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, el sonido de una alarma estridente me saca abruptamente de mi sueño. Abro los ojos sobresaltada y tardo unos segundos en recordar dónde estoy. Es la alarma automática de la escuela, programada para sonar a las siete de la mañana, aunque el personal no empieza hasta las ocho y las clases hasta las nueve.

Me incorporo rápidamente, con el corazón latiendo acelerado. Tengo que ser más cuidadosa; cualquier descuido podría ponerlo todo en riesgo.

Me levanto y estiro los músculos agarrotados. Recojo la manta y guardo todo en mi mochila, asegurándome de no dejar nada fuera de lugar. Todo debe parecer intacto, aunque poca gente entra en esta habitación y casi nadie utiliza este armario.

Salgo de la sala de suministros y me dirijo al baño del personal. Me lavo la cara con agua fría; el impacto helado me despierta por completo. Recojo mi cabello en una coleta y ajusto mi uniforme, tratando de parecer presentable.

En el espejo empañado, mis ojos me devuelven una mirada determinada. Puede que no tenga mucho, pero tengo mi dignidad y mi voluntad de seguir adelante.

Regreso a la cocina para dejar el plato limpio junto al fregadero, con una nota de agradecimiento. Comienzo mi turno de limpieza matutino antes de que lleguen los demás empleados y estudiantes. El movimiento repetitivo resulta casi meditativo y me permite divagar.

Mientras friego el pasillo principal, oigo voces en la distancia. Empiezan a llegar los primeros profesores. Agacho la cabeza, evitando el contacto visual. Prefiero pasar desapercibida.

—Buenos días —me saluda una voz masculina.

Levanto la vista y veo al profesor de ciencias, un hombre amable que siempre me trata con respeto.

—Buenos días —respondo con una tímida sonrisa.

—Trabajando duro, como siempre —comenta.

—Sí, señor.

Me despide con un gesto y continúa su camino. Respiro aliviada. La interacción social no es mi fuerte, pero agradezco su cordialidad.

El flujo de gente aumenta, y pronto la escuela rebosa vida. Los niños corretean, las risas resuenan por los pasillos. Yo observo desde la distancia, como una espectadora silenciosa.

Veo cómo a una chica se le cae un cuaderno al suelo sin darse cuenta. Me acerco rápidamente, lo recojo y la llamo suavemente.

—Oye, se te cayó esto.

Ella se gira, con ojos grandes y curiosos.

—Gracias.

—¡Clara! —La voz de la directora llama mi atención y me doy la vuelta, buscándola—. Me alegra haberte encontrado. Necesito que dejes lo que estés haciendo y corras a esta dirección.

Me entrega un papel con una dirección garabateada que no reconozco.

—¿Qué hago cuando llegue allí?

—Te entregarán un documento. Lo traes enseguida. El chico del transporte aún no ha aparecido y necesito esto hoy mismo. Llama un taxi y trae el recibo, te pagaré el trayecto cuando regreses.

El corazón se me acelera en el pecho, pero me limito a asentir, preguntándome de dónde demonios sacaré el dinero para pagar un taxi por adelantado.

2

Gabriel D'Ávila

El silencio de la madrugada es mi compañero más fiel. En el despacho, la suave luz de la lámpara ilumina los documentos extendidos sobre la mesa. La taza de café a mi lado se ha enfriado, pero no me importa.

Llevo horas inmerso en informes y contratos, buscando la precisión que parece eludir a mis empleados. Aprovecho estas horas tranquilas antes de que el mundo despierte; un raro momento en el que puedo concentrarme sin interrupciones. Sé que no durará mucho.

Echo un vistazo a los números y las cláusulas del contrato, buscando cualquier detalle que requiera atención. El lejano tictac del reloj es un constante recordatorio del tiempo que nunca se detiene.

Cuando los primeros rayos de sol atraviesan las contraventanas, noto el discreto movimiento del personal iniciando su jornada. El sonido distante de puertas abriéndose y pasos amortiguados en el piso inferior indica que la rutina matutina de la casa ha comenzado.

Un suave golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Anton, siempre puntual e impecable, entra en silencio.

—¿Necesita algo, señor D'Ávila?

Levanto la vista, sintiendo el cansancio en mis ojos.

—Un café caliente, tal vez.

—Enseguida, señor.

Se marcha y aprovecho el momento para masajearme las sienes. El trabajo es un refugio, pero también una prisión.

Minutos después, Anton regresa con una bandeja de plata y deposita una taza de café caliente a mi alcance.

—Gracias.

Antes de que pueda añadir algo más, un fuerte ruido resuena por toda la casa. Gritos, objetos cayendo. Nuestras miradas se cruzan.

—Parece venir del cuarto del niño —observa Anton.

Suspiro y me levanto.

—Veamos qué sucede.

Subimos las escaleras y el ruido se intensifica. La niñera está en el pasillo, arrastrando una maleta apresuradamente.

—¿Qué significa esto? —pregunto, manteniendo la voz firme.

Se gira hacia mí con el rostro enrojecido y los ojos llorosos.

—Renuncio. ¡Renuncio!

—¿A esta hora? ¿Sin avisar?

Desvía la mirada.

—¡No pienso quedarme ni un minuto más en esta casa! ¡No sé cómo he aguantado tanto tiempo! Ya no puedo lidiar con su hijo. Es… es imposible.

Aprieto la mandíbula, intentando controlar mi temperamento.

—¿Imposible? ¿O acaso es usted incapaz de cumplir con sus responsabilidades?

Da un paso atrás, claramente ofendida.

—Tengo años de experiencia, señor, pero Thiago necesita una ayuda que yo no puedo ofrecerle.

—¿Qué ha hecho exactamente esta vez?

—Se encerró en su habitación y comenzó a lanzar objetos por la ventana. Se negaba a prepararse para ir al colegio, y cuando intenté ayudarle, me insultó.

Respiro hondo, reprimiendo el impulso de rodar los ojos.

—¿Y usted, como profesional, no fue capaz de controlar a un niño de siete años? Le pagan por cuidarlo. Lidiar con estas situaciones forma parte de sus responsabilidades.

Ella aprieta los labios con fuerza.

—¡Yo no cuido monstruos! —exclama, pasando a nuestro lado y bajando las escaleras con rapidez.

Mantengo mi expresión impasible, aunque siento crecer la irritación en mi interior. Otra más que no es capaz de soportarlo. Me paso la mano por el cabello, notando la tensión acumularse en mis hombros.

Permanezco quieto un instante, tratando de asimilar la situación. ¿Qué les pasa a estos supuestos profesionales?

—Anton, llama a mi secretaria. Dile que ofrezca el doble del sueldo habitual, pero quiero un nuevo equipo de niñeras antes de que acabe el día. No puede ser tan difícil encontrar a alguien que cuide de un niño en esta ciudad.

—Por supuesto, señor. —Anton duda un instante antes de añadir—: ¿Debo dar prioridad a alguna cualificación específica?

—Alguien capaz de tratar con niños difíciles. Y que no huya al primer desafío.

—Entendido. Aunque, si me lo permite, quizás debería considerar un enfoque diferente.

Le dirijo una mirada de advertencia.

—No tengo tiempo para filosofar esta mañana, Anton. Si tienes alguna objeción, guárdatela para ti.

—Señor D'Ávila, con todo respeto, quizás debería considerar que el niño necesita de su atención personal.

Lanzo una fría mirada en su dirección.

—¿Y qué sugieres? ¿Que abandone mis compromisos para jugar a las casitas?

—No me refería a eso. Solo creo que algo más de tiempo con su padre le haría bien.

—Anton, tu trabajo es resolver problemas, no crearlos. Limítate a hacer lo que te he pedido.

—Como desee, señor.

Anton se marcha y me quedo solo en el pasillo. Tomo aire profundamente, intentando aliviar la tensión. Me dirijo hacia la puerta de la habitación de Thiago e intento abrirla, pero está cerrada.

—Thiago, abre la puerta.

Silencio.

—Sé que estás ahí. No lo hagas más difícil.

No recibo respuesta. Saco la llave maestra del bolsillo y abro la puerta. La escena que encuentro es caótica: juguetes dispersos, libros tirados en el suelo, la cama deshecha. Thiago está sentado en el suelo, dándome la espalda, moviendo un coche de juguete de un lado a otro.

—¿Puedes explicarme qué pasó con la niñera?

No se da la vuelta.

—Se fue.

—Ya lo sé. Quiero saber por qué.

—Porque no le gusto.

—Hijo, tienes que darte cuenta de que no puedes tratar mal a la gente solo porque no hagan lo que tú quieres. Las niñeras están aquí para ayudarte.

Finalmente se gira, mirándome desafiante con sus ojos azules.

—A mí tampoco me gustan. Siempre se van.

—Ellas tienen normas que cumplir, igual que tú.

Hace una mueca y yo cruzo los brazos, manteniendo una postura firme.

—Ya lo hemos hablado. Si te comportaras mejor, no se irían.

—¡Si estuvieras aquí, no las necesitaría! —grita apretando los puños.

La acusación me golpea como un mazazo, despertando una mezcla de rabia y… ¿culpa? No, no voy a seguir ese camino.

—No empieces, Thiago. Tengo que trabajar, y debes entenderlo. Mi trabajo garantiza todo lo que tienes, pero tú también tienes obligaciones, como prepararte para ir a la escuela. Eres suficientemente grande para hacerlo sin que te lo recuerden constantemente.

Él baja la mirada y le da una patada a un juguete cercano.

—No encuentro mi uniforme.

—Si no está en el armario, estará en la lavandería, como siempre. Si no lo encuentras, pídele ayuda a Anton.

No responde.

—Ahora vístete.

Sin decir palabra, se levanta y sale de la habitación, pasando a mi lado sin mirarme. Lo observo un instante antes de que desaparezca por las escaleras.

De vuelta en el despacho, recojo mis pertenencias y organizo los documentos en el maletín de cuero. Anton aparece en la puerta.

—Señor, ¿desea desayunar mientras espera a Thiago?

—No, gracias. Comeré algo por el camino. Tengo una reunión importante y no puedo llegar tarde.

—Entendido. Ya he contactado con su secretaria. Está organizando la contratación de las nuevas niñeras.

—Bien —respondo mientras recojo el maletín y reviso los mensajes en el móvil. Hay varias notificaciones de mi secretaria sobre la reunión de hoy; respondo brevemente confirmando mi asistencia.

—¿Quiere que me encargue de llevar al niño al colegio? —pregunta Anton con cautela.

—Hoy no. Tu prioridad es asegurar que tengamos el nuevo equipo antes de que termine el día. Necesito que soluciones este problema. Permanece atento a las opciones que te presenten y agiliza los trámites para instalarlas lo antes posible.

—Como desee, señor.

Unos minutos después, mientras me pongo el abrigo, Thiago baja las escaleras, ahora vestido con el uniforme escolar. Le veo una mancha en la camisa.

—¿Qué es eso?

Mira hacia abajo.

—Me manché de jugo.

Respiro profundamente, tratando de contener mi impaciencia.

—Cámbiate. No puedes ir así.

—No hay más camisas limpias.

Exhalo irritado.

—Anton, mira si encuentras otra camisa para él.

—Enseguida, señor.

Thiago me observa con expresión cerrada.

—Si vamos a llegar tarde, mejor no vamos —murmura.

—No llegaremos tarde.

—Quedan treinta minutos para la campana. Si llego tarde, pierdo puntos.

—Ya he dicho que llegaremos a tiempo.

—De acuerdo, señor.

Anton regresa rápidamente con una camisa limpia, que Thiago se pone sin decir nada más.

—Gracias, Anton. Ven aquí, Thiago —le digo, alisando su camisa y acomodándole un poco el cabello con los dedos.

Se aparta ligeramente.

—Papá, sé hacerlo solo.

—No lo parece.

Hace una mueca, pero no responde. En el vestíbulo, miro el reloj. El tiempo juega en mi contra.

—Vamos, tenemos que salir ya.

De camino al coche, Thiago pregunta:

—¿Y el desayuno? Solo tomé zumo.

—Ya es tarde.

—Pero ahora tengo hambre.

—Thiago, por favor.

Se cruza de brazos, pero sube al coche sin añadir nada más. Me siento al volante, enciendo el motor y salgo rápidamente.

Enciendo la radio para romper la tensión; las noticias matinales suenan sin que les preste atención. Mi mente ya está enfocada en la reunión, los contratos pendientes y las nuevas niñeras que debo contratar. El tráfico matutino es denso, y cada semáforo en rojo parece burlarse de mí.

Desde el asiento trasero, Thiago se queja:

—Tengo hambre.

—Te he oído.

—¿Vendrás a recogerme hoy?

—Probablemente no. Le pediré a Anton o a la nueva niñera que lo haga.

Él no responde y vuelve la vista hacia la ventana.

El tráfico es peor que de costumbre. Siento cómo crece mi impaciencia al apretar el volante. Thiago comienza a mover

inquietamente las piernas, algo que me irrita profundamente, pero guardo silencio.

Mi concentración se rompe cuando escucho la insistente voz de mi hijo.

—Quedan dieciocho minutos.

—Lo sé.

—Si pierdo puntos…

—No perderás puntos.

No deja de mirar su reloj.

—Quedan dieciséis minutos.

—Thiago, basta.

La tensión aumenta. Siento que estoy a punto de explotar.

—Quedan quince minutos.

—¡Basta ya!

Thiago se encoge en su asiento, guardando silencio al fin.

El resto del trayecto transcurre en una tensa calma. Al acercarnos al colegio, acelero un poco al ver una plaza disponible cerca de la entrada.

Sin pensarlo, hago una rápida maniobra para aparcar, ignorando la mirada de reproche de un peatón cercano. Mientras estaciono, percibo un borrón en mi visión periférica, seguido del repiqueteo de un timbre estridente.

—¡Cuidado! —grita Thiago.

Giro la cabeza justo a tiempo para ver una bicicleta descontrolada dirigirse hacia nosotros. Una joven, pálida por el susto, intenta frenar inútilmente, pero es demasiado tarde.

El impacto es inevitable. La bicicleta golpea el lateral del coche, rayando la pintura y abollando la puerta con un crujido metálico. La joven cae al suelo y la bicicleta se vuelca a su lado. Siento cómo la rabia me invade de inmediato.

—¿Pero qué demonios…? —exclamo saliendo del coche y acercándome a ella—. ¿Estás ciega?

Ella parece confundida, con los ojos muy abiertos por el susto.

—Yo… lo siento mucho, no pude frenar…

Examino la bicicleta. Está en pésimas condiciones, oxidada y claramente con los frenos inutilizables.

—¿No has visto que estaba aparcando? —le interrumpo con tono cortante—. ¿O es que has decidido ignorar las normas básicas de tráfico?

La chica abre la boca para responder, pero permanece muda. Thiago observa la escena en silencio, con la mirada fija en ella.

—Lo siento mucho —repite, con voz temblorosa—. La bicicleta no tiene frenos…

—¿Y crees que es seguro ir así por la calle? —replico, incrédulo.

Levanta la mirada hacia mí. Sus ojos marrones muestran cansancio más que desafío.

—Era una emergencia.

—¿Te das cuenta de que podrías haberte lastimado gravemente? ¡Además, has dañado mi coche!

Se muerde el labio inferior, visiblemente incómoda.

—Yo… lo siento. No podía detenerme. Puedo… puedo pagar la reparación.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Duda un instante.

—Trabajo aquí. Puedo pagar a plazos.

—¿A plazos? —río sin humor—. ¿Sabes cuánto cuesta reparar este coche?

Ella no responde, bajando la mirada.

Thiago me tira suavemente de la manga.

—Papá, quedan tres…

—¡Cállate, Thiago! ¿No ves…?

—¡No le hables así! ¡Es solo un niño, vas a asustarlo! —exclama la joven con inesperada autoridad, irritándome aún más.

—Escucha, niña…

—Clara. Me llamo Clara.

—¿Y quién demonios te crees que eres para meterte en mi vida y la de mi hijo, Clara?

—Por suerte para ti, no formo parte del consejo de tutela.

—Qué… —comienzo, conteniendo a duras penas mi furia. Decido que lo último que necesito es perder el tiempo discutiendo frente a la puerta del colegio con una imprudente desconocida.

Hago un gesto a Thiago para que entre en la escuela, y él se apresura sin mirar atrás.

Me vuelvo hacia la joven con expresión severa.

—No tengo tiempo para esto ahora. Informaré a la administración del colegio. Prepárate para afrontar las consecuencias.

Ella solo asiente sin protestar.

—Y consíguete una bicicleta decente. ¡Antes de que lastimes a alguien más!

Subo al coche, observando con enfado el daño en el lateral. Siento que la irritación crece nuevamente en mí.

Hoy definitivamente no es mi día.

3

Clara Salgado

El viento frío de la mañana me acaricia el rostro mientras camino hacia la entrada de la escuela. Tengo el corazón pesado, pero decido cumplir con la tarea que me ha encomendado la directora. Si me despiden, al menos habré hecho bien mi último trabajo. Quizá ella pueda darme una buena recomendación.

Miro la bicicleta tirada cerca del parque infantil. Lleva meses allí, abandonada, oxidada, con la pintura descascarillada y sin frenos. Fue una pésima idea usarla antes. El sonido del metal crujiendo al subirme debería haber sido una advertencia suficiente. Y por supuesto, está el detalle más obvio: ni siquiera sé montar en bicicleta.

Suspiro, apretando la chaqueta contra mi cuerpo. No puedo volver a confiar en la bicicleta. Tengo que encontrar otra forma de llegar al centro para recoger el documento que solicitó la directora. Si no fuera por el miedo a que me descubran rebuscando en mis cosas durante el día, podría llevarme el dinero escondido, pero no tengo valor.

Cuando llego al puente que conduce al centro, siento que se me encoge el estómago. Sacar el pulgar y pedir que me lleven no es precisamente cómodo, pero no me queda más remedio. Respiro hondo y levanto el brazo.

Varios vehículos pasan a mi lado sin aminorar la marcha, hasta que un llamativo coche antiguo se detiene. La ventanilla baja lentamente, revelando a una señora con el cabello blanco

perfectamente peinado en rizos y gafas extravagantes con estampado de leopardo.

—¿Necesitas que te lleve, cariño? —pregunta, con una sonrisa que ilumina su rostro.

—Sí, por favor. Muchas gracias —respondo, aliviada.

—¡Entonces sube! ¡No tenemos todo el día! —exclama, riendo.

Subo al vehículo e inmediatamente me envuelve un dulce aroma a galletas recién horneadas y un toque sutil de lavanda.

—Soy la señora Odete, pero puedes llamarme Dete. ¿Y tú eres…?

—Clara.

—Encantada de conocerte, Clara. Agárrate bien, mi coche tiene personalidad propia —me guiña un ojo, ajustándose las gafas.

Antes de que pueda procesar su advertencia, pisa el acelerador y el coche da una brusca sacudida hacia adelante. Me aferro al cinturón de seguridad mientras ella se incorpora a la carretera con la destreza y velocidad de un piloto de carreras.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —pregunta, esquivando con habilidad un bache.

—Tengo que ir al centro a recoger un documento importante para mi trabajo.

—Trabajo, ¿eh? Es bueno ver a los jóvenes ocupados. En mis tiempos, ¡yo era todo un terremoto! —ríe a carcajadas—. Fui animadora, cantante en una banda de rock y ¡hasta participé en un concurso de baile!

—Vaya, suena increíble —digo, intentando no mostrar mi pánico mientras adelanta a un camión.

—¡Y lo fue! La vida es demasiado corta como para no disfrutar cada momento. ¿Te gusta la música?

—Sí, me gusta.

Gira la perilla de la radio y comienza a sonar una canción de los años setenta. La señora Odete empieza a cantar y a tamborilear alegremente sobre el volante.

—¡Vamos, canta conmigo! —me anima.

—No conozco la letra…

—¡Ah, eso nunca me detuvo! —sube aún más el volumen, y juntas seguimos por la carretera con su animada voz llenando el aire.

En un semáforo en rojo, se gira hacia mí con una sonrisa traviesa.

—¿Sabes bailar?

—Un poco, quizá…

—¡Perfecto! —Antes de que pueda protestar, empieza a moverse en su asiento haciendo movimientos de baile. Algunos peatones nos miran curiosos desde la acera.

—Creo que estamos llamando la atención —susurro tímidamente.

—¡Genial! —se ríe contagiosamente—. A mi edad, llamar la atención no es tan fácil, cariño.

No puedo evitar sonreír. Su energía es magnética. Durante unos minutos, me olvido de mis preocupaciones y simplemente disfruto del momento.

Llegamos al centro y ella aparca frente a una cafetería con encantadores toldos a rayas.

—¿Qué tal un café para endulzar el día? —sugiere, guiñando un ojo.

—Me encantaría, pero tengo que ir a la oficina. Mi trabajo depende de ello.

—Ya veo. Pues entonces toma esta galleta para el camino —dice, tomando un paquete decorado del asiento trasero—. Las horneé esta mañana. Nada como un dulce para alegrar el corazón.

—Muchísimas gracias, señora Odete. Me alegró usted el día.

—¡Tonterías! Si alguna vez vuelves a necesitar un aventón, estaré por ahí, repartiendo alegría y quizás causando un poco de caos en el tráfico —ríe.

Me despido con la mano, sujetando la galleta como si fuera un tesoro. Mientras camino hacia la oficina, siento el ánimo más ligero.

Al entrar en el lujoso despacho, el ambiente cambia radicalmente. La recepcionista, una mujer elegante de mirada penetrante, me observa con desdén.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta, sin disimular un tono condescendiente.

—Vengo a recoger un documento en nombre del colegio Saint Thomas. Me envió la directora.

Arquea una ceja perfectamente delineada.

—¿Tiene cita?

—Creo que el señor Mendes me está esperando.

Teclea algo en el ordenador, resoplando discretamente.

—Por favor, espere en la sala de espera.

Me siento en un sofá mullido, incómoda por las miradas indiscretas que siento sobre mí. El contraste entre mi ropa sencilla y la elegancia del entorno es flagrante, y nadie hace el menor esfuerzo por disimularlo. Me observan como si tuviera mal olor. Intento no molestar, pero es difícil no sentirse pequeña.

Mientras espero bajo las miradas pesadas y sentenciosas, mi mente me traiciona, transportándome a una época que preferiría olvidar.

Recuerdo el día en que llegué al orfanato. Las paredes grises y el penetrante olor a desinfectante me dieron la bienvenida sin ninguna ceremonia. La trabajadora social me condujo por los pasillos a pasos rápidos, sin importar si podía seguirle el ritmo.

—¿No trajiste ningún documento? ¿Ni identificación? —preguntó con impaciencia.

—No… mi madre no me dejó nada.

Suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Eso complicará las cosas. ¿Y ropa extra tampoco? ¿Nada?

Sacudí la cabeza, sintiéndome aún más pequeña.

—Los niños mayores siempre son un problema. Es difícil encontrar ropa que les quede bien —murmuró, más para sí misma que para mí.

Fuimos de habitación en habitación, mientras preguntaba a las otras chicas:

—¿Alguna tiene ropa que ya no use? Necesitamos algo para… —me miró como si hubiera olvidado mi nombre.

—Clara —respondí con voz baja.

Algunas niñas me observaban con curiosidad, otras cuchicheaban entre ellas. Finalmente, me dieron dos mudas de ropa y un pijama. La ropa estaba gastada, pero agradecí igualmente.

Aquella noche, acostada en una cama extraña en una habitación llena de desconocidas, sentía cómo rugía mi estómago, pero no tuve valor para pedir comida. Las luces se apagaron, y lágrimas silenciosas recorrieron mis mejillas. Esa fue la primera noche que dormí con hambre. Aunque tampoco fue fácil cuando aún vivía con mi madre. Nunca se recuperó de la muerte de papá, y había semanas enteras en las que ni siquiera salía de la cama. No comía, no bebía, no hablaba… era como vivir con un fantasma.

Y cuando despertó de su apatía, recurrió primero al alcohol, después a las drogas y, finalmente, a la prostitución para sostener las dos primeras.

Si cierro los ojos con fuerza, aún puedo recordar el olor dulzón y enfermizo de uno de sus clientes hablándole muy cerca del cuello una noche, mientras yo intentaba no escuchar lo que sucedía en la habitación de al lado. Grité, pedí ayuda, y él me sacudió con violencia y me abofeteó dos veces antes de que mi madre entrara para detenerlo.

No pasó nada peor, pero aquel olor todavía me produce escalofríos. Es un recuerdo que nunca podré borrar, y siempre insiste en volver cada vez que me siento expuesta de alguna forma.

Cuando mi madre me dejó en el orfanato, al principio no lo entendí. Siempre pensé que había ido a buscar ayuda y que volvería por mí algún día. Creí que aquello sería temporal e hice lo posible por aguantar, pero ella nunca regresó.

Ahora, con casi veinte años, viviendo prácticamente escondida en un cuarto de limpieza y durmiendo cada noche en un armario, casi puedo comprender el tipo de desesperación que puede llevar a alguien a cometer un acto así.

Viví en la calle durante casi dos años hasta llegar a esta ciudad, donde casualmente encontré a la directora. En ese momento enfrentaba una huelga y un auténtico caos dentro del colegio. Necesitaba urgentemente alguien para limpiar, y me ofrecí

enseguida. Estaba tan desesperada que ni siquiera notó que no solo vendía cuadros en la plaza, sino que literalmente vivía allí.

Desde entonces, he intentado ahorrar lo suficiente para alquilar una habitación. No es fácil encontrar un lugar asequible en esta ciudad. El turismo es intenso, y los jóvenes van y vienen en busca de vacaciones cerca del mar. Pero aún tengo esperanzas.

Necesito el dinero suficiente para pagar tres meses de alquiler como fianza y cubrir las facturas del primer mes. Pero para eso necesito también una cuenta bancaria, renovar mis documentos caducados, conseguir un colchón, utensilios básicos para la cocina, y la lista sigue y sigue. Por supuesto, para alguien que actualmente duerme en un armario, hasta el suelo de una habitación parecería más cómodo. Pero, si me voy a mudar, quiero empezar una vida digna, ahora que por fin tengo una oportunidad.

Por eso no gasto ni un céntimo del dinero que reúno, guardando cada moneda para poder alquilar finalmente una habitación y quedarme realmente en ella. Sentirme por primera vez en mucho tiempo como una persona: digna y segura.

Claro que a veces la cocinera no logra dejarme un plato con las sobras del día y entonces no me queda más remedio que comprar algo barato para comer al día siguiente, porque pasar una noche entera en vela por el hambre es demasiado difícil. Pero últimamente, casi siempre consigue dejarme algo, aunque sea solo una fruta y una barra de pan. Y con eso me basta.

No puedo poner todo en peligro ahora que estoy tan cerca de conseguir mi objetivo. La directora tendrá que perdonarme; fue un accidente. Aunque… ¡qué demonios! Aquel hombre es rico, muy rico. ¿Por qué no puede arreglar su coche y seguir adelante? Seguro que tiene seguro. ¿Por qué tiene que castigarme a mí?

—Eulalia Machado. —La recepcionista llama a alguien, y yo observo atentamente, esperando que por algún milagro mi nombre sea el siguiente. Pero no es así.

Mientras espero, escucho a dos mujeres conversar a mi lado.

—¿Has oído que están contratando nuevo personal en el club? —comenta una.

—Sí, y pagan muy bien. Estoy pensando en intentarlo. Dicen que puedes ganar en una noche lo que consigues normalmente en toda una semana.

—¿De verdad? Quizá yo también debería probar suerte.

Guardo esa información cuidadosamente en mi mente. Quizá ese trabajo sea justo la oportunidad que necesito para resolver más rápidamente mis problemas financieros.

—¿Señorita? —la voz de la recepcionista me devuelve al presente.

—¿Sí?

—El señor Mendes la recibirá ahora.

Me levanto rápidamente, sintiendo cómo se calienta mi rostro. Espero que nadie se haya dado cuenta de mi distracción.

La reunión con el señor Mendes es breve. Tomo el sobre y le agradezco antes de salir.

Fuera, el sol ya está alto y el tráfico en las calles es intenso. Decido regresar andando, ya que no puedo permitirme el autobús.

Dos horas y media después, al cruzar el puente, muerdo la galleta que me dio la señora Odete. El sabor dulce se extiende por mi boca y me reconforta inesperadamente. Sonrío recordando sus palabras.

Cuando finalmente llego a la escuela, estoy exhausta. La directora está cerrando la puerta.

—¡Clara! ¿Dónde te habías metido? He intentado llamarte, pero tu número no existe —dice con el ceño fruncido.

Siento cómo se me acelera el corazón.

—Lo siento. Con las prisas olvidé el móvil. Además, debía estar descargado —miento entre dientes.

Suspira, tomando el sobre.

—Está bien. Mañana hablaremos sobre el incidente con el coche del señor D'Ávila. Lamentablemente, tendrás que pagar las reparaciones. Como el vehículo estaba fuera de la propiedad escolar, no podemos hacernos responsables.

Siento cómo se hunde mi estómago.

—Entiendo.

—Descansa hoy. Mañana discutiremos los detalles. ¡Tu jornada terminó hace dos horas!

Asiento con la cabeza, sin confianza suficiente para responder. En cuanto se va, entro al colegio y me dirijo directamente hacia el cuarto de limpieza.

Cierro la puerta tras de mí y subo la escalera hacia el falso techo. Tomo la bolsa que contiene mis ahorros y me siento en el suelo.

Comienzo a contar cuidadosamente los billetes y las monedas. Cada céntimo representa un sacrificio, una comida omitida, una noche sin consuelo. Cuando termino, me doy cuenta de que ni de lejos tengo suficiente dinero para cubrir la reparación del coche. Apenas alcanzaría para pagar un cristal, ni hablar de una puerta completa.

La desesperación amenaza con consumirme, pero entonces recuerdo la conversación que escuché en la oficina. Quizá ese trabajo en el club sea realmente la solución. Si trabajo por las noches, podré mantener mi empleo aquí durante el día y conseguir dinero más rápidamente. Tal vez así pueda pagar la deuda y continuar persiguiendo mi sueño de alquilar una habitación propia.

Vuelvo a guardar el dinero y respiro hondo.

—Funcionará. Tiene que funcionar.

Mañana utilizaré el ordenador de la biblioteca para buscar ese trabajo y enviar mi currículum. No puedo perder más tiempo.

—Quizá al final no sea tan malo —susurro para mí misma.

4

Gabriel D'Ávila

El reloj marca las ocho y media de la noche. La oficina está sumida en la penumbra, salvo por la fría luz del monitor. Por la ventana observo las mismas viejas casas de Santo Tomás, tan silenciosas como siempre. Nada cambia en este lugar.

Finalizo el último informe del día. El acuerdo con los inversores se ha cerrado con éxito, asegurando la expansión que la empresa necesitaba. Debería sentir satisfacción, pero persiste una inquietud. Las cifras cumplen con lo esperado, pero sé que podemos mejorar. Siempre se puede. Ordeno los papeles sobre el escritorio, alineándolo todo perfectamente.

Me recuesto en la silla de cuero, masajeándome las sienes, y tomo el móvil. No hay ningún mensaje de Anton. Suspiro. Aún no hay noticias sobre las nuevas niñeras.

Salgo de la oficina, saludando brevemente al equipo de limpieza nocturna, y camino hacia el ascensor. El vestíbulo está prácticamente desierto a estas horas, solo algunos guardias y recepcionistas que me saludan con respeto.

Durante el trayecto a casa, enciendo la radio, pero la música solo parece llenar el vacío sin ocupar realmente mi mente.

Aparco en el garaje iluminado de la mansión. Antes de apagar el motor, el móvil vibra en la consola. El nombre de Adrian parpadea en la pantalla. Considero ignorarlo, pero al final decido contestar.

—¡Hola, Gabriel! —su voz animada resuena por el altavoz—. ¿Has terminado ya de salvar el mundo empresarial?

—¿Qué quieres, Adrian?

—Siempre tan cálido —se ríe—. Te llamaba para invitarte a cenar esta noche. Nada formal. Puede…

—No tengo ganas de salir esta noche —lo interrumpo antes de que pueda terminar.

—¡No seas aburrido! Tengo aquí tres amigas que están deseando conocer al famoso Gabriel D'Ávila.

Pongo los ojos en blanco, aunque él no pueda verlo.

—Tres, ¿eh? ¿Te resulta difícil gestionar todo tú solo?

Adrian ríe.

—Nunca he tenido problemas, ya lo sabes. Pero hoy me siento generoso y quiero compartir los placeres de la vida.

—¿Generoso o agotado? No sería la primera vez que muerdes más de lo que puedes tragar.

—Golpe bajo, amigo mío. Esa vez realmente me enfadé. Pero dime, ¿vienes o no? Las chicas tienen curiosidad.

—No puedo. Tengo compromisos.

—¿Compromisos a estas horas? Vamos, Gabriel, divertirte un poco no hace daño. Incluso dicen que es saludable hacer algo de cardio. Tú ya sabes…

—Esta noche tengo que hacer de niñera.

—¿Todavía no has encontrado a alguien? —pregunta, sorprendido.

—No solo eso. La última niñera renunció esta mañana.

—¿En serio? ¿Thiago da tantos problemas?

—Es un niño. Las incompetentes son las niñeras.

Oigo un susurro femenino al otro lado de la línea, seguido de un gemido ahogado.

—Adrian, ¿estás follando mientras hablas conmigo? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Su tono se vuelve pícaro.

—¿Qué? No, claro que no. A menos que consideres la atención especial que mi polla está recibiendo ahora mismo de una boca experta. En ese caso, tal vez sí.

—Eres un verdadero imbécil, Adrian.

—Gracias —responde orgulloso, y casi puedo ver su sonrisa arrogante—. ¿Y qué vas a hacer ahora, sin niñera? ¿No tenías un

viaje mañana?

Suspiro, notando cómo crece la tensión.

—Tendré que recurrir al último recurso que un hombre de mi edad debería considerar.

—¿Y cuál es ese?

—Pedirle ayuda a mi madre.

Adrian estalla en carcajadas.

—¡Entonces es realmente serio! Eso sí que es una emergencia. Bueno, querido amigo, en ese caso, mi entretenimiento y yo nos retiraremos. Pero no lo olvides: pásate por el club mañana antes del viaje. Tengo algo nuevo para ti.

—¿Qué hay de nuevo?

—Una sorpresa. Confía en mí, te encantará. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos urgentes que atender.

—Buenas noches, Adrian.

Corto la llamada y sacudo la cabeza. Adrian siempre ha sido el más extravagante del grupo, viviendo despreocupadamente y sumergiéndose en placeres momentáneos. A veces envidio su capacidad para desconectarse de sus responsabilidades, pero yo no puedo permitirme ese lujo.

Al entrar en el vestíbulo noto algo extraño: todas las luces de la mansión están encendidas.

No es habitual tanto movimiento a estas horas.

Nada más abrir la puerta, el caos me envuelve. Voces resuenan en los pasillos y el personal corre de un lado a otro con expresiones preocupadas.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —mi voz resuena autoritaria, interrumpiendo el desorden.

Anton aparece apresurado, ajustándose la corbata con manos temblorosas.

—Señor D'Ávila, es… es Thiago. No lo encontramos por ninguna parte.

Una ola helada recorre mi columna vertebral.

—¿Cómo que no lo encuentran? —pregunto, intentando mantener el control.

La señora Marta se acerca con los ojos húmedos.

—Hemos revisado todas partes, señor. Dormitorios, jardín, casa del árbol… simplemente desapareció.

Respiro hondo, esforzándome por conservar la calma.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien lo vio?

—Hace unas dos horas —responde Anton—. Estaba en el salón dibujando. Fui a preparar el té y cuando regresé ya no estaba.

Dos horas. ¿Cómo puede desaparecer un niño dentro de casa durante tanto tiempo?

—Bien, organicemos una búsqueda sistemática —ordeno, tomando control de la situación—. Anton, reúne a todo el personal disponible. Vamos a registrar cada rincón de la propiedad.

—Ya lo hicimos, señor, pero podemos intentarlo de nuevo —dice, apresurándose a cumplir mis instrucciones.

El ambiente es tenso. Mientras el personal se divide en grupos, empiezo a recorrer la casa, llamando a Thiago.

—¡Thiago! ¡Sal ahora mismo!

Nada. Solo pasos apresurados y voces apagadas.

Subo al segundo piso, revisando cada habitación. Abro armarios, miro bajo las camas. Nada. Subo al desván, espacio raramente utilizado. La oscuridad se corta con la luz del móvil. La habitación está vacía, solo cajas viejas y muebles cubiertos por sábanas.

Bajo al sótano, revisando el espacio minuciosamente, pero tampoco allí encuentro rastro alguno.

El tiempo se estira. Cada minuto aumenta mi ansiedad. ¿Y si salió de la propiedad? ¿Y si…?

Alejo esos pensamientos sombríos. Thiago es listo, pero es solo un niño.

Vuelvo a la sala principal, donde Anton coordina los esfuerzos.

—¿Alguna novedad? —pregunto, intentando ocultar la preocupación de mi voz.

—Desafortunadamente, no, señor. Hemos registrado toda la casa dos veces.

—¿Y el jardín?

—También, señor. Incluso revisamos cerca del lago, pero no hay señales de él.

Me paso la mano por el cabello, frustrado.

—No pudo haberse evaporado. Debemos pensar como él. ¿Dónde se escondería?

La señora Marta se acerca con timidez.

—Señor, recuerdo que una vez lo encontré en el desván, escondido en un viejo baúl. Quizá deberíamos revisar de nuevo.

—Ya estuve allí. No había nada.

En ese instante, Samuel, el jardinero, entra apresurado.

—Señor D'Ávila, encontré esto en el cobertizo de las herramientas —dice, entregándome un papel arrugado.

Lo tomo y lo desdoblo con rapidez. Es un dibujo hecho por Thiago: una serie de túneles y pasillos, un mapa rudimentario.

—¿Qué significa esto? —pregunto.

La señora Marta lo mira sobre mi hombro.

—Parece el sistema de ventilación de la casa.

La observo sorprendido.

—¿Cómo sabe eso?

—Thiago me mostró un dibujo parecido la semana pasada. Dijo que quería dibujar el esqueleto de la mansión.

Sin perder tiempo, me dirijo al pasillo principal, donde sé que hay una entrada al sistema de ventilación. La rejilla está cerrada, pero al inspeccionarla noto que los tornillos están flojos.

Retiro la rejilla y miro dentro del conducto. Es estrecho, pero un niño podría moverse por allí con facilidad.

—¡Thiago! —grito, mi voz resonando en el metal.

Sin respuesta.

—Necesito una linterna.

Samuel me la entrega y alumbra el camino. Decido entrar, ignorando lo estrecho del espacio. El frío metal y la sensación claustrofóbica no me detienen.

Avanzo unos metros, llamándolo repetidamente. Entonces, al girar en una curva, veo una pequeña figura acurrucada un poco más adelante.

—¡Thiago! —suspiro aliviado.

Está dormido, abrazado a uno de sus juguetes favoritos, un avión de madera.

Me acerco con cuidado y le toco suavemente el hombro.

—Thiago, despierta.

Sus ojos se abren lentamente, confundidos.

—¿Papá? —murmura, parpadeando.

—¿Qué haces aquí dentro?

Me observa durante un instante antes de responder.

—Estaba jugando al explorador. Creo que me quedé dormido.

Reprimo el impulso de regañarlo. La preocupación da paso al alivio.

—Vámonos de aquí.

Asiente, y juntos emprendemos el camino de regreso. El trayecto es incómodo y difícil, pero finalmente conseguimos salir del conducto.

En el pasillo, el personal nos espera con expresiones de alivio y preocupación. La señora Marta se seca discretamente una lágrima.

—Gracias a Dios.

—Pueden descansar. Gracias a todos por su compromiso —digo, esforzándome por mantener la formalidad.

Acompaño a Thiago a su habitación. Parece agotado, con los ojos cargados de sueño. Está cubierto de polvo y necesita una ducha, pero ya tuvimos suficiente drama por hoy.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—No —responde, acomodándose en la cama y cerrando los ojos.

Lo cubro con las mantas y me siento en el borde de la cama.

—Thiago, no puedes desaparecer así. Todos estaban preocupados por ti.

Abre los ojos, luchando contra el sueño.

—Lo siento, papá.

—Lo entiendo, pero hay que respetar ciertos límites.

No responde y el silencio se prolonga unos segundos. Entonces, inesperadamente, dice:

—Papá, ¿querías tener otro hijo?

La pregunta me toma por sorpresa.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque siempre estás enojado conmigo, siempre estás serio. Nunca me sonríes.

Un nudo me aprieta la garganta, pero rápidamente recupero el control.

—No estoy enojado, Thiago. Solo quiero lo mejor para ti. Siempre.

Él asiente lentamente.

—Está bien.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho su respiración profunda y regular. Salgo silenciosamente de la habitación y cierro la puerta con cuidado. En el pasillo, me apoyo en la pared y cierro los ojos. Las palabras de Thiago resuenan en mi mente.

"Siempre estás serio. Nunca me sonríes".

Me dirijo lentamente hacia mi despacho, sintiendo que el peso del día me aplasta los hombros, una presión constante que ningún éxito profesional logra aliviar.

¿Para qué tanto trabajo? ¿Tanto esfuerzo? ¿Tanto dinero?

Siempre creí que el dinero podía resolverlo todo, pero no compró la salud de mi esposa. No alivió las interminables noches en vela, ni trajo calma en medio del sufrimiento. Los mejores médicos, los tratamientos más avanzados, nada fue suficiente para salvarla.

Tampoco nos dio un parto tranquilo. El nacimiento de Thiago estuvo marcado por complicaciones y por la pérdida irreparable de la mujer que amaba. Los primeros meses de vida de mi hijo fueron una sucesión de dolor, aislamiento y angustia. Me hundí en el trabajo para escapar del vacío que consumía cada rincón de esta casa, repleta de recuerdos dolorosos.

El dinero tampoco evitó que tuviera que elegir entre mi hijo y mi esposa. Y ahora, ni siquiera consigue garantizar una niñera competente. Vienen y se van, renuncian ante la mínima dificultad. Entonces, ¿de qué sirve?

"Siempre estás serio. Nunca me sonríes".

Tal vez el problema no sea Thiago, sino yo. Mi incapacidad para conectar con él, para llenar el vacío que permití crecer entre ambos. El dinero construyó estos muros, pero no puede convertirlos por sí solo en un hogar.

Entro al despacho y me enfrento a la gran biblioteca que rara vez abro. Símbolos de conocimiento y cultura que no llenan el vacío que siento. Me dejo caer en el sillón de cuero y froto mi rostro cansado con ambas manos.

Pienso en Thiago escondido en el conducto de ventilación, buscando aventuras o tal vez simplemente tratando de llamar mi atención. Un niño de siete años no debería necesitar esconderse para eso.

"Siempre estás serio. Nunca me sonríes".

¿En qué momento me equivoqué?

Miro la fotografía enmarcada sobre el escritorio, la única que permito a la vista. Mi esposa y yo, sonrientes en un tiempo que parece pertenecer a otra vida. Prometí honrar su memoria, pero ¿lo estoy haciendo de la manera correcta?

Quizá haya llegado el momento de admitir que no puedo controlarlo todo, que algunas cosas requieren algo más que recursos financieros y decisiones racionales. Tal vez necesito dejar de ser el hombre de negocios impecable y convertirme en el padre que Thiago realmente necesita.

No sé por dónde empezar, pero algo debe cambiar.

Observo el teléfono con una mezcla de incomodidad y resignación. No me gusta depender de nadie, especialmente de mi madre. Nuestra relación siempre ha sido… complicada. Pero ahora mismo no veo otra alternativa.

Marco su número y espero. Tras varios tonos, contesta con voz suave y controlada.

—¿Hola?

—Soy yo, mamá.

—¿Gabriel? Qué sorpresa. ¿A qué debo el honor de esta inesperada llamada?

—Necesito hablarte de algo urgente.

—Claro, supuse que no llamarías solo para saber cómo estoy.

Ignoro la punzada de culpa que intenta surgir.

—Tengo un problema con las niñeras de Thiago. Mañana debo viajar y no tengo quién lo cuide.

Guarda silencio unos instantes antes de responder con tono irónico.

—Qué interesante. ¿Y pensaste en mí como último recurso, supongo?

—No es eso, mamá. Solo pensé que podrías ayudar esta vez.

—¿Esta vez? Es curioso cómo solo vienes a mí cuando necesitas algo.

—¿Podemos dejar eso de lado por ahora? Esto es importante.

Ella suspira al otro lado de la línea.

—Está bien, Gabriel. ¿Qué está pasando exactamente?

—Las niñeras renunciaron, todas. Thiago ha estado… difícil, y las agencias no tienen reemplazos disponibles a tiempo.

—Quizá porque necesita una figura materna, no solo personal remunerado.

—Por favor, mamá, no empecemos otra vez.

—Solo una observación. Continúa.

—Necesito que lo cuides mientras estoy fuera. Serán solo dos días.

—¿Dos días? ¿Crees que en dos días podremos resolver años de distancia?

—No te pido que resuelvas nada, solo que lo supervises hasta que regrese.

Vuelve a guardar silencio un momento.

—Sabes, Gabriel, siempre he estado aquí para ti. Tú decidiste mantener la distancia.

—No es el momento para discutir eso.

—Para ti, nunca lo es.

Cierro los ojos, agotado.

—Entonces, ¿puedes ayudarme o no?

Suspira una vez más, pero noto un tono más suave en su voz.

—Claro que puedo. Thiago es mi nieto, después de todo. Estaré allí mañana por la tarde.

—Gracias, mamá.

—Eso espero.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo.

Cuelgo el teléfono, sintiendo una mezcla incómoda de alivio y remordimiento. Las relaciones nunca han sido mi fuerte, especialmente con mi propia familia, pero al menos un problema inmediato está solucionado.

No sería justo dejar toda la carga sobre Anton y la señora Marta. Ambos ya tienen suficiente edad y responsabilidades. Aunque sé perfectamente que llevan años actuando como espías de mi madre, de alguna manera se convirtieron en la única familia que tengo. La familia que Thiago conoce.

—¿Qué estoy haciendo? —susurro al vacío.

La pregunta queda flotando en la habitación silenciosa, sin respuesta, resonando en mi mente mientras el reloj marca implacable cada segundo.

Afuera, el viento sopla contra los cristales, llevando consigo el sonido distante de la ciudad que duerme. Me levanto lentamente, camino hacia la ventana y observo la oscuridad que envuelve la propiedad. Es hermosa, pero fría. Justo como mi vida.

Quizá sea momento de permitirme sentir algo diferente. Algo más allá del éxito financiero y la estabilidad profesional.

Quizá sea hora de comenzar a reparar el daño que he causado, aunque todavía no sepa cómo hacerlo.

5

Clara Salgado

Sentada en la biblioteca del colegio, siento cómo mis manos tiemblan al sostener el teléfono, el corazón se me acelera y un escalofrío me recorre la espalda. Olivia, la bibliotecaria, nota mi estado y se acerca con un vaso de agua.

—Clara, cariño, ¿va todo bien? —me pregunta, preocupada—. ¿Has recibido malas noticias? ¿Ha... muerto alguien?

Sacudo la cabeza rápidamente, intentando esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—No, no. Todo está bien. Nadie ha muerto.

Ella arquea una ceja, poco convencida.

—Entonces, ¿por qué parece que has visto un fantasma?

Respiro hondo, intentando organizar mis pensamientos.

—Es que... tengo una entrevista de trabajo.

Sus ojos se iluminan.

—¿Vas a dejarnos? Qué pena... Pero me alegro por ti. ¿Por qué una decisión tan repentina?

—En realidad, no voy a dejar la escuela. Este trabajo sería en turno de noche, los fines de semana.

—Ya veo. ¡Eso es estupendo! Enhorabuena —sonríe, pero enseguida nota mi expresión todavía preocupada—. Pero entonces, ¿cuál es el problema?

Me muerdo el labio inferior, indecisa sobre compartir mis inseguridades.

—Bueno, la responsable de contratación con la que hablé me citó para la entrevista dentro de seis horas. Me dio algunas

instrucciones sobre cómo debía presentarme, pero estoy un poco confundida.

Olivia se ajusta las gafas, intrigada.

—¿Qué tipo de instrucciones?

Cierro los ojos un momento, recordando las palabras de la mujer por teléfono.

—Me dijo que llevara algo que acentuara mis... curvas y llamara la atención. Mencionó tejidos que resalten el cuerpo, pero con un toque misterioso. También dijo que los tacones altos eran esenciales. Y que buscan a alguien desinhibido, capaz de encantar a distintos tipos de público.

Olivia parpadea varias veces, sorprendida.

—Eso suena bastante... específico. ¿Sabes cuál es el puesto?

—Es para camarera en un club nocturno. No estoy segura si debo vestirme como modelo de pasarela, bailarina o camarera chic —confieso, sintiendo que la cara me arde—. Nunca he estado en un lugar así.

Sonríe suavemente.

—Entiendo tu confusión. Pero seguro que podemos encontrar algo adecuado. ¿Tienes ropa que encaje con esa descripción?

Bajo la mirada.

—Mis opciones son... limitadas. Pero me las arreglaré.

Ella pone su mano en mi hombro.

—Vamos a pensar algo juntas. Regresa después del almuerzo y veremos qué podemos hacer.

Le agradezco en silencio su ayuda. Cuando se marcha para atender a otro alumno, miro el reloj. Tengo muy poco tiempo para cumplir con mis tareas del día. Espero que hoy la directora no se dé cuenta de mis prisas, aunque sé que es probable que sí.

Decido aprovechar la pausa del almuerzo para investigar un poco. Me siento frente a uno de los ordenadores de la biblioteca y empiezo a buscar información sobre puros, bebidas y modelos, como me indicó la reclutadora.

Anoto los nombres de cócteles famosos, tipos de bebidas e incluso practico algunos pasos que veo en vídeos de desfiles de

moda por Internet. Intento equilibrar libros sobre mi cabeza para mejorar mi postura y casi tiro una pila entera en el proceso.

Todo parece tan sofisticado y alejado de mi realidad... Pero estoy decidida a que funcione.

Más tarde, me escondo en el guardarropa del colegio. Con las cortinas cerradas, empiezo a experimentar combinaciones de ropa con las prendas que encuentro allí. Tomo una sábana negra destinada al vertedero y la convierto en un vestido improvisado, ajustándolo con alfileres y cinta adhesiva. Me envuelvo el cuello con un pañuelo rojo para darle un toque de color.

Me miro en el espejo del vestuario. No es perfecto, pero es lo mejor que puedo hacer con lo que tengo.

—Necesito tacones —murmuro para mí misma.

Recuerdo la lavandería de los profesores. A veces dejan allí la ropa durante días, olvidándose de recogerla. Me dirijo hacia allí intentando no llamar la atención.

Rebusco en los estantes y encuentro un par de zapatos negros de tacón medio. Me quedan un poco grandes, pero servirán. También veo un elegante vestido azul oscuro. Lo reconozco al instante; pertenece a la profesora Helena, que lo manchó de café recientemente y aún no ha venido a recogerlo.

—Prometo devolverlo —susurro, tomando el vestido y los zapatos.

De vuelta al vestuario, me pruebo la ropa. El vestido es un poco holgado, pero puedo ajustarlo con algunos alfileres. Los zapatos son más estables que los míos, aunque me bailan un poco en los pies.

—Espero que nadie se dé cuenta —digo, intentando mantener el equilibrio.

Me miro de nuevo en el espejo. Ahora parezco un poco más presentable. Aún estoy lejos de la "alta costura", pero es lo mejor que puedo hacer.

Mis propios zapatos están desgastados por los lados, con agujeros en la suela que intento disimular con plantillas improvisadas hechas de bolsas plásticas y trozos de tela de limpieza

que recojo durante mi trabajo. Cuando llueve, mis pies se empapan y se congelan.

—¡Clara!

El alma casi abandona mi cuerpo al escuchar la voz de Olivia entrando en el vestuario.

—¡Dios mío, Olivia! Casi me da un infarto. ¡¿Quieres matarme, mujer?!

—Lo siento —dice, aguantando una risa—. Encontré algunas cosas en el armario de vestuario del teatro de la escuela.

Mis ojos se iluminan de inmediato.

—Eres la mejor, Olivia.

Observa mi improvisado atuendo con atención.

—No está mal para un look de emergencia, pero podemos mejorarlo. Estás muy delgada, Clara. Ese vestido es demasiado ancho para ti. Pruébate este.

Me entrega un vestido de satén rojo, algo extravagante, pero parece ajustarse a las instrucciones. Me lo acerco al cuerpo.

—Es... llamativo —comento.

Ella se encoge de hombros.

—Dijeron que debías enfatizar tus curvas, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Me doy cuenta entonces de que tengo el pelo hecho un desastre. Sin productos ni herramientas adecuados, improviso enrollando algunos mechones alrededor de un lápiz para crear ondas suaves.

—Toma, un poco de pintalabios —ofrece Olivia. Me lo aplico con cuidado y luego intento devolvérselo, pero ella hace un gesto para que me lo quede.

—Muchas gracias, Olivia —digo con sincera gratitud—. Si alguien pregunta por mí...

—Pasaste corriendo por aquí con los pantalones llenos de caca chorreante y no te he vuelto a ver.

—¡Qué horror!

—Clara, nadie pedirá detalles si la excusa es vergonzosa. Confía en mí, nadie querrá confirmar esa historia. Ahora vamos, que se te hace tarde.

Con el tiempo agotándose, meto todo en una bolsa y corro hacia la parada del autobús. Por el camino, casi me tuerzo el tobillo dos veces, pero logro mantener el equilibrio.

Dentro del autobús, tomo asiento junto a una señora simpática que lleva una bolsa llena de compras. Me sonríe cada vez que el vehículo se detiene y yo le pregunto, ansiosa, si hemos llegado a la dirección que tengo anotada. Al final, ella misma me indica dónde debo bajarme.

Desciendo del autobús y encaro la fachada del edificio señalado en el papel. Es una construcción elegante, con luces suaves y una puerta enorme que parece la entrada a otro mundo. Trago saliva, sintiendo cómo el corazón vuelve a acelerarse.

—Puedes hacerlo, Clara —me digo en voz baja, intentando reunir valor.

Me aliso cuidadosamente el vestido y respiro hondo antes de subir los escalones que conducen hacia la entrada principal.

Al entrar, me recibe una recepcionista impecablemente vestida que me observa de arriba abajo con una mirada analítica.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarte en algo?

—Sí, yo... tengo una cita a las cuatro. Me llamo Clara Salgado.

Consulta una lista en una tableta con rapidez.

—Ah, sí, Clara. Por favor, toma asiento. Alguien vendrá por ti en un momento.

Asiento con la cabeza, esforzándome por ocultar mis nervios.

—Por supuesto. Muchas gracias.

Mientras espero, observo discretamente el entorno. Personas vestidas con elegancia pasan frente a mí, conversando en voz baja, totalmente acostumbradas a este ambiente sofisticado. Me siento fuera de lugar, pero mantengo la espalda recta, recordando los libros equilibrados sobre mi cabeza en la biblioteca.

«Desinhibida, capaz de encantar a distintos tipos de público», repito mentalmente las instrucciones de la reclutadora. ¿Tal vez debería sonreír más? Pruebo con una sonrisa discreta, buscando parecer segura de mí misma.

Finalmente, se acerca un hombre alto, serio y elegante.

—¿Clara?

—Sí, soy yo.
—Soy Víctor. Acompáñame, por favor.

6

Gabriel D'Ávila

La tarde se alarga lentamente mientras reviso los últimos documentos que necesito para el viaje. El silencio de la oficina solo se rompe por el tic-tac del reloj de pared y el sonido lejano del tráfico. Las letras comienzan a confundirse ante mis ojos cansados; el insomnio de la noche anterior no ayuda a mi concentración, y siento un ligero pinchazo palpitando en las sienes.

Me paso una mano por la cara, intentando sacudirme el cansancio. La pila de documentos parece interminable, cada página más densa que la anterior.

Sin previo aviso, la puerta se abre con un suave clic y Dante entra con la confianza familiar de alguien que no necesita ser anunciado, vistiendo un impecable traje italiano y trayendo a la habitación el sutil aroma de su colonia. Lleva una botella envuelta en una simple bolsa de papel marrón, como si fuese una barra de pan comprada en la esquina.

—Si la montaña no va a Mahoma... —declara con una enigmática sonrisa bailando en sus labios mientras cierra la puerta tras de sí.

Levanto la vista, sorprendido por la interrupción, pero no disgustado.

—Dante. No sabía que teníamos una cita.

Cruza la oficina con paso firme.

—La verdad es que no —responde, dejando la botella sobre la mesa con un toque deliberado—. Pero como te has escondido, he

decidido hacerte una visita. —Señala la botella—. Te he traído un regalo.

Cojo la botella y la examino. El papel rugoso se desliza, dejando ver el cristal oscuro y elegante. Mi mirada se posa en la desgastada pero aún imponente etiqueta: "Macallan 1926". Un whisky legendario de una destilería escocesa casi centenaria.

—Un gran regalo —digo, intentando mantener la compostura, aunque no puedo ocultar la admiración en mi tono—. Así que fuiste tú quien hizo la última puja en esa subasta —añado con una mezcla de sorpresa y ligera irritación.

Dante levanta las manos en señal de rendición, y una sonrisa ilumina su rostro.

—En mi defensa, no sabía que eras el otro postor. Solo estaba particularmente molesto esa noche.

—¿Quieres un trago? —le ofrezco, comenzando a abrir la botella con cuidado y disfrutando del sonido del precinto al desprenderse. Sin esperar respuesta, busco dos vasos en el armario del rincón.

Dante levanta las cejas exageradamente, fingiendo sorpresa.

—Son las diez de la mañana, Gabriel.

—¿Doble? —sugiero, ignorando por completo su comentario mientras vierto el líquido ámbar en los vasos. El aroma rico y complejo llena el aire, una combinación de notas afrutadas y ahumadas que promete una experiencia única.

Suelta una carcajada.

—Las cosas van tan bien, ¿eh?

Empujo uno de los vasos hacia él, sosteniendo el mío entre los dedos.

—Maravillosamente —respondo, haciendo uso de todas mis dotes interpretativas. En otras palabras, ninguna.

Dante toma el vaso y lo agita lentamente antes de olerlo.

—Sabes que si necesitas ayuda, puedes contar conmigo, ¿verdad? —dice, abriendo los ojos y mirándome fijamente, con la seriedad reemplazando momentáneamente su aire relajado.

Me llevo el vaso a los labios y dejo que el whisky toque mi lengua, explorando las capas de sabor antes de tragar. El

reconfortante calor se extiende por mi pecho.

—Gracias, Dante, pero lo tengo todo bajo control —digo, aunque incluso yo percibo la falta de convicción en mis palabras.

Me mira con escepticismo e inclina ligeramente la cabeza.

—Pero, ¿a qué precio, verdad, amigo mío?

Suspiro, reclinándome en la silla.

—¿Conoces a cuatro niñeras desempleadas que necesiten un trabajo más que vivir? —pregunto con un sarcasmo teñido de cansancio.

Dante se ríe, divertido.

—Estaré alerta a cualquier persona que parezca amar a los niños y esté profundamente desesperada.

—Gracias —respondo, alzando mi copa en un brindis silencioso antes de dar otro sorbo.

Finalmente se lleva el vaso a los labios, degustando el whisky con evidente placer. Sus ojos se cierran momentáneamente, saboreando cada matiz.

—Tengo que reconocer que tienes buen gusto —dice abriendo los ojos—. Por cierto, ¿sabes qué sorpresita te tienen preparada Víctor y Adrián?

Sacudo la cabeza, esbozando una sonrisa cansada.

—Siempre están tramando algo. No lo sé. Espero que no sea un quinto piso en el club. Todavía recuerdo cuando Adrian inventó un motel privado en el cuarto piso.

Dante casi se atraganta con el recuerdo, dejando escapar una carcajada.

—Peor que la idea era el nombre: ¡Den of Scoundrels! Qué nombre tan terrible.

—A decir verdad, sacamos el máximo partido de sus locas ideas.

—Eso es cierto —concuerda y levanta su copa en un brindis silencioso.

Dante apoya su vaso en la mesa y se inclina ligeramente hacia delante.

—Quizá deberíamos abrir una guardería 24 horas en el edificio. Entonces todo el mundo querría trabajar allí, y el problema

de las niñeras quedaría resuelto para siempre. Porque cuando tu chico cumpla 18, solo tendría que subir unos pisos.

Pongo los ojos en blanco, pero me viene a la cabeza una imagen de Thiago a los 18 años, paseando por los pasillos del club. Quizá tan rebelde e inconsecuente como yo a su edad. Una mezcla de orgullo y preocupación me invade.

—Eres un canalla, Dante.

Me responde con una sonrisa orgullosa en la que brillan sus dientes.

—Por supuesto que lo soy. Circulan rumores muy fuertes de que soy uno de los fundadores de la Guarida de Sinvergüenzas.

Nos reímos juntos. La camaradería fruto de años de amistad caldea el ambiente. Por unos instantes, las tensiones parecen tan lejanas que, cuando se calman las risas, siento una inesperada necesidad de desahogarme.

—A veces pienso que debería hacer un curso de paternidad sana. Ya no soporto cometer errores con Thiago —admito; las palabras salen antes de que pueda contenerlas. Es la primera vez en años que verbalizo esta inseguridad.

Dante me observa atentamente, aunque su fuerte nunca ha sido la sensibilidad.

—Amigo mío, siempre te lo digo: ¡la buena crianza se lleva en la sangre! —hace una pausa teatral antes de añadir con una sonrisa juguetona—: Simplemente no circula.

Suelto una carcajada que hace temblar mi cuerpo, algo raro en estos días.

—Siempre listo para una salida ingeniosa, ¿no?

—Alguien tiene que mantener el humor en este grupo. —Guiña un ojo.

Tomo otro sorbo de whisky, dejando que el cómodo silencio se prolongue.

—Quizá tengas razón. Necesito relajarme un poco.

Dante ladea la cabeza.

—Adrián y Víctor te esperan en el club más tarde.

—Me lo pensaré.

Se endereza la corbata, preparándose para salir.

—Bueno, no te quitaré más tiempo. Solo pasé para asegurarme de que seguías vivo y no te ahogabas en papeles.

—Gracias por tu preocupación. Y por la botella.

—De nada. Considéralo un incentivo para que vengas más a menudo.

Se dirige a la puerta, pero antes de salir se da la vuelta con la sonrisa más cretina.

—¿Ah, Gabriel? No lo olvides: cuando llegue tu encantadora madre, recuérdale que sigo siendo su amigo favorito y que, si renuncia a tener más nietos, aún estoy disponible para darle más hijos.

Sin dudarlo, cojo un pisapapeles y lo arrojo en su dirección. Dante cierra la puerta rápidamente, y el objeto golpea la madera con un ruido sordo. Oigo su risa resonando por el pasillo.

—¡Hijo de puta! —murmuro, sacudiendo la cabeza. Treinta años de amistad y ese cabrón sigue fantaseando con mi madre.

Suspiro y me bebo el resto del whisky de un trago. El líquido quema agradablemente, pero no lo suficiente como para borrar la imagen no deseada que cruza mi mente: Dante follándose a mi madre. Sacudo la cabeza, intentando alejar ese pensamiento, pero sin éxito.

Oigo sonar mi móvil y, por supuesto, es ella.

Respiro hondo antes de responder.

—Mamá.

—Gabriel, querido. —Su voz es suave, pero lleva ese tono característico de ironía—. Espero no interrumpir algo de vital importancia para el futuro de la humanidad.

Ignoro la provocación.

—¿Qué ha pasado?

Suspira teatralmente.

—Bueno, he tenido un pequeño incidente con el coche. Nada serio, pero mi chofer está atrapado aquí arreglando papeleo con la policía. Ya sabes lo agotadoras que son estas cosas.

Frunzo el ceño.

—¿Estás bien?

—Oh, perfectamente. Solo molesta por este contratiempo. Estábamos de camino a tu casa, ya sabes. Pero ahora estoy aquí, de pie en este lugar desagradable.

—¿Dónde estás exactamente?

—En una gasolinera a la salida de la ciudad. Un ambiente encantador, como puedes imaginar.

—Enviaré a mi chófer a recogerte.

Ella se ríe suavemente.

—Tan eficiente. Pero no quiero molestar tu apretada agenda.

—Si quieres, aún estás a tiempo de pasar por la escuela y recoger a Thiago. Sería una sorpresa para él.

Se produce un leve silencio al otro lado de la línea, antes de que ella responda en un tono ligeramente más cálido.

—Eso sería estupendo. Me muero de nostalgia.

—Entonces está arreglado. Enviaré al conductor a buscarte y avisaré a la escuela.

—Perfecto. Hasta luego, cariño. Trata de no salvar al mundo entero antes de la cena.

Cuelgo y suelto un suspiro. La señora Helena tiene el don de convertir cualquier conversación en una batalla velada. Miro el reloj. Aún faltan unas horas para mi vuelo.

Suena el interfono.

—Sr. D'Ávila, el Sr. Adrián está en la línea uno.

—Gracias. —Aprieto el botón—. Adrián.

—Solo un recordatorio de que te esperamos en dos horas.

—Adrián, tengo un vuelo en unos minutos.

—Siempre con esas excusas. Tu vuelo es en cuatro horas, lo he confirmado. Te espero aquí en dos horas, o llamaré al aeropuerto y pondré una denuncia por drogas.

—Solo harás pasar un mal rato a la policía, que no encontrará nada.

—Ah, Gabriel. A veces olvidas con quién estás hablando.

—¿Me estás amenazando, Adrián?

—No te estoy amenazando. Te estoy chantajeando. Y mira, te diré algo, es bastante humillante para mi carrera tener que

chantajear a un amigo para hacerle un regalo. Honestamente, Gabriel. ¡Mejora esa actitud!

Cuelga molesto. El hijo de puta tiene la audacia de enfadarse.

Recojo los papeles y los meto en mi maletín. Le digo a mi secretaria que estaré fuera el resto del día. A pesar de toda esta locura innecesaria, quizá un descanso sea justo lo que necesito antes de viajar.

7

Clara Salgado

Víctor me observa con el aire de quien intenta descifrar cada capa de mi cuerpo y, francamente, resulta incómodo. Intento no mostrarlo, concentrándome en lo que dice, aunque el ambiente es tan lujoso y tan ajeno a mi realidad que mi nerviosismo es casi una tercera presencia en su despacho.

—¿Crees que estás preparada para este tipo de trabajo? —me pregunta con una ironía en la voz que no acabo de entender. Sus ojos me analizan como si estuvieran evaluando algo muy concreto, y tengo la sensación de que me están midiendo para un papel que desconozco.

—Estoy dispuesta a aprender y a hacerlo lo mejor posible —respondo, mostrando una sonrisa insegura mientras intento parecer más confiada de lo que realmente me siento—. Sé que es un entorno sofisticado, quizá más de lo que estoy acostumbrada, pero confío en poder adaptarme y desenvolverme bien.

Víctor entrecierra los ojos y veo una chispa de diversión en su mirada.

—Un ambiente sofisticado, sí… —repite, como saboreando las palabras en su boca—. Sabes que tratar con el público aquí requiere... flexibilidad, ¿verdad? No todo el mundo puede adaptarse tan fácilmente.

Asiento con la cabeza, sin saber exactamente a qué se refiere.

—Por supuesto, estoy lista para cualquier desafío. Me adapto rápidamente, señor.

Sonríe, como si hubiera dicho algo mucho más interesante de lo que pretendía.

—La flexibilidad es esencial, Clara. A nuestros clientes les gusta cierta... versatilidad. Tú tienes esa versatilidad, ¿verdad? —me pregunta con una voz llena de segundas intenciones que no acabo de entender, pero que me hacen desconfiar. En la calle, hombres como Víctor significan problemas, y siempre he preferido mantenerme alejada de ellos.

—Sí, por supuesto, señor. Soy muy versátil. Puedo aprender cualquier cosa que necesite —respondo, intentando mantener un tono profesional, aunque una parte de mí intuye que hay algo más detrás de sus palabras.

—Me alegra oírlo. —Sonríe, y sus ojos recorren mi cuerpo de una forma que me hace sentir como si me estuvieran comprando en una tienda—. Aquí, en el club, valoramos mucho a quienes están dispuestos a dar un paso más. Espero que entiendas lo que quiero decir.

Trago saliva, intentando mantener la compostura.

—Sí, señor. Estoy dispuesta a dar lo mejor de mí y a superar las expectativas.

—Bueno, lamentablemente, Clara, ya hemos elegido a diez chicas nuevas... —Hace una pausa, observando mi reacción—. Pero debo admitir que tú tienes algo diferente. —Sus ojos parecen desnudarme y me siento repentinamente vulnerable—. Haré una excepción contigo. Podemos quedarnos con once, si realmente demuestras tu valía. ¿Qué tal un turno de prueba? A partir de ahora.

El corazón se me hunde en el estómago, pero sonrío insegura, preguntándome qué me costará esta excepción que está haciendo.

—¿Ahora? —repito, sintiendo que el nerviosismo me aprieta la garganta.

Víctor se inclina ligeramente hacia delante, sus ojos fijos en los míos, sus cejas arqueadas como si estuviera evaluando cada una de mis reacciones, como un depredador estudiando a su presa. Sus anchos hombros se mueven casi imperceptiblemente, y la luz del despacho resalta la fuerte línea de su mandíbula, acentuando su

expresión segura y calculadora. Parece el tipo de hombre acostumbrado a conseguir siempre lo que quiere, y esta arrogante seguridad se hace evidente en cada detalle de su postura.

—Aquí las cosas pasan rápido, Clara. Tenemos que ver si eres capaz de hacer frente a las demandas... si sabes cómo lidiar con diferentes tipos de... exigencias. —Su voz tiene una entonación extraña, y por un momento no sé si está hablando de servir mesas o de otra cosa.

—Yo... creo que puedo —tartamudeo, intentando ocultar mi incomodidad—. Sé que es un lugar que exige profesionalidad, y realmente quiero formar parte de él. Haré todo lo que pueda.

—Profesionalidad... —repite, como si la palabra le hiciera gracia—. Sí, es una cualidad importante. Pero aquí necesitamos algo más. Algo que sólo unos pocos tienen... coraje, iniciativa, personalidad. ¿Tú tienes eso, Clara?

—Sí, señor —respondo, sin mucha convicción. Su forma de hablar me pone cada vez más nerviosa, pero me obligo a continuar —. Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta.

Víctor arquea una ceja, claramente divertido.

—Bien, bien. Eso es lo que necesitamos. Iniciativa, coraje... y un poco de desprendimiento, ¿sabes? La gente aquí puede ser exigente; quieren a alguien que no tenga miedo de... complacer. Te sientes cómoda con eso, ¿verdad?

—Por supuesto, señor. —Intento sonreír, pero no puedo evitar la sensación de que algo va mal—. Me doy cuenta de que tendré que enfrentar diferentes tipos de situaciones y que mi prioridad debe ser satisfacer a nuestros clientes en todo momento durante su experiencia en el establecimiento.

Asiente, como si mi respuesta fuera exactamente lo que quería oír.

—Excelente, Clara. Como te dije, ya había elegido a las chicas nuevas, pero estoy dispuesto a hacer una excepción contigo. —Sonríe de nuevo, esa sonrisa depredadora que parece meterse bajo mi piel—. Un turno de prueba, a partir de ahora. ¿Estás preparada?

Tengo la garganta seca, pero no puedo echarme atrás. Necesito este trabajo.

—Estoy lista —digo, intentando sonar firme.

Víctor se levanta sin demostrar que se ha dado cuenta de mi inseguridad. Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga, y yo me levanto rápidamente, intentando mantener la postura. Me conduce por un pasillo estrecho, lleno de puertas a ambos lados. Cada puerta parece llevar a un destino distinto, y mi aprensión aumenta a medida que avanzamos. Finalmente, se detiene frente a una de ellas y la abre, revelando un pequeño vestidor.

—Aquí puedes cambiarte. Elige uno de los trajes y vístete. Luego sal al pasillo y espérame —me indica directamente, pero con una neutralidad casi profesional, antes de dejarme sola. Hay una ligera tensión en su voz, aunque no muestra irritación ni impaciencia, solo una objetividad que no sé definir si es buena o mala.

Entro en el vestidor y la vista es... diferente de lo que había imaginado. La ropa que cuelga es diminuta, extravagante y reveladora. Observo las opciones con una mezcla de fascinación y terror: un vestido corto de lentejuelas, un leotardo con orejas de conejo, algo que parece el uniforme de una enfermera, aunque definitivamente no es para un hospital real. Respiro hondo e intento asimilar lo que veo.

—Esto no puede ser para servir mesas... —murmuro para mis adentros, mientras noto cómo la desesperación comienza a crecer en mi pecho.

En ese momento escucho voces afuera, y otras chicas entran riendo y charlando. Parecen completamente relajadas; toman su ropa y se cambian rápidamente, sin dudar. Una de ellas, una rubia con sonrisa amable, me dirige una mirada amistosa.

—¿Es tu primera vez? —pregunta mientras se ajusta un corsé ceñido.

Asiento, tratando de sonreír.

—Relájate, lo harás bien. Todo el mundo está nervioso el primer día —dice, guiñándome un ojo antes de salir del vestidor, vestida ahora como una versión exagerada de una azafata.

Vuelvo a mirar la ropa. No voy a rendirme solo porque la ropa sea ridícula. Si ellas pueden hacerlo, yo también. Elijo el traje de

conejo. Al menos no tiene lentejuelas y parece el menos incómodo.

Me visto rápidamente, sintiendo cómo la tela se ajusta incómodamente contra mi piel. Me miro al espejo y apenas me reconozco; tengo las mejillas encendidas y el traje es demasiado corto, dejando expuesto más de lo que estoy acostumbrada. Intento tirar de la tela para cubrirme más, pero es inútil.

—Puedes hacerlo, Clara... —digo a mi reflejo, antes de salir del vestidor. Ahora, el pasillo me parece más largo e intimidante. La tela se atasca en lugares incómodos e intento ajustarla discretamente sin llamar la atención.

Al salir, una mujer me entrega una libreta para los pedidos del bar.

—Tu primera mesa —me dice con una sonrisa amable, transmitiéndome confianza y apoyo, lo que me hace sentir algo mejor.

—Muchas gracias —respondo con sincera gratitud.

Echo un vistazo a la libreta. En la primera página hay una lista de bebidas que reconozco vagamente. La segunda página está dedicada a puros, y en la tercera... Frunzo el ceño. Deben ser algún tipo de cócteles temáticos. Nombres como "Orgasmo tropical", "Placer chispeante" y "Beso de la noche". Cada uno más extraño que el anterior. ¿Podrían ser bebidas afrodisíacas? Trago saliva y decido que lo averiguaré más tarde. Primero tengo que mantener el equilibrio sobre estos tacones e intentar disimular mi incomodidad.

Respiro hondo antes de dirigirme al salón principal. Decido que quizá toda esta inseguridad sea innecesaria. Al fin y al cabo, solo son bebidas, ¿no? Trato de relajarme, diciéndome a mí misma que estoy exagerando las cosas. El primer día siempre es así, lleno de incertidumbres.

8

Gabriel D'Ávila

El club está especialmente concurrido esta noche. Apenas entro al restaurante Elite, noto cómo los camareros se mueven con rapidez entre las mesas llenas de clientes que parecen indiferentes al paso del tiempo. Víctor me encuentra antes de que pueda pedir cualquier cosa.

—¡Gabriel, por fin! —Esboza una sonrisa amplia y teatral, sus ojos brillando con una picardía casi infantil—. No puedes irte hasta que veas nuestra nueva flota de aviones. He conseguido lo mejor del mercado, pero insisto en que tú, amigo mío, pruebes al menos uno antes de despegar.

Pongo los ojos en blanco y dejo escapar un suspiro de exasperación, aunque una leve sonrisa escapa de mis labios. Víctor siempre tuvo un talento especial para crear las peores metáforas posibles y pronunciarlas con la convicción de quien da un discurso magistral ante un público fascinado.

—A veces, Víctor, me pregunto si realmente escuchas las cosas que dices —refunfuño, aunque él solo ríe y me da una palmada en el hombro, guiándome hacia el ascensor que conduce a los pisos superiores del club. Lo sigo, casi sin opción.

—Vamos, vamos, sin drama. Sabes que te gustará lo que preparé. Esta noche es especialmente sorprendente —añade, con esa satisfacción particular que siempre tiene cuando planea algo.

Llegamos al segundo piso, el Infamous Lounge. El ambiente es acogedor, con luces tenues, música en vivo de fondo y el agradable aroma de cócteles finos mezclándose con las risas y

conversaciones animadas. Los clientes descansan en sofás cómodos, y el aire relajado es contagioso. Víctor saluda a algunos conocidos, evidentemente en su ambiente natural, pero apenas nos detenemos unos minutos.

Subimos otro tramo de escaleras hasta alcanzar el tercer piso del club, la Casa de los Bastardos.

Aquí las luces son aún más bajas, el ambiente más cargado de lujuria y sugerencias. Víctor parece completamente cómodo, como si el lugar fuera una extensión de su propia personalidad.

—Ven, quiero mostrarte las novedades. —Me conduce por el salón, señalando discretamente a las chicas que atienden las mesas. Cada una lleva un atuendo provocativo, sonríe a los clientes y se mueve con una seguridad propia del trabajo—. Esa es Amélie, francesa, todo un espectáculo. —Indica con un gesto a una morena alta cuyos ojos parecen brillar—. Sofía, la rubia, tiene una risa que haría perder la cabeza a cualquier hombre. Pero... —Víctor se detiene, mirando hacia una joven que parece fuera de lugar. Está intentando mantener la postura mientras equilibra una bandeja; su sonrisa es amable, pero visiblemente forzada—. Clara. Está tratando de conseguir el undécimo lugar en nuestra flota. Estaba convencido de que diez era el número perfecto, pero ella… tiene algo diferente.

Víctor se vuelve hacia mí, con una sonrisa desafiante dibujada en el rostro.

—Realmente quiero darle una oportunidad, pero solo si es buena. Por eso me gustaría que tú le hicieras una oferta, Gabriel. Algo para ver cómo se maneja en el escenario que realmente importa. Porque sirviendo, honestamente... es un desastre. Demasiado simpática, sin aplomo, demasiado amable. Necesito femmes fatales que provoquen y vuelvan locos a los miembros del club, dispuestos a pagar una pequeña fortuna para subir al cuarto piso. ¿Me entiendes?

Observo a Clara por algunos instantes, analizándola. Hay algo indiscutiblemente atractivo en ella, aunque claramente no pertenece a este lugar. Sus movimientos son torpes, pero hay algo en su esfuerzo que capta mi atención. Tal vez sea la forma en que insiste,

aunque torpemente, en encajar donde claramente no encaja. Eso no es habitual aquí.

—Creí que me estabas haciendo un regalo, pero aparentemente yo soy el regalo, siendo tratado como tu gigoló particular para probar nuestras propias putas.

—¿Y qué mejor regalo que ese, ingrato? Llevas semanas sin sexo, te entrego la chica más especial que encontré entre las decenas que entrevisté, ¿y te quejas? —Responde indignado—. ¿Qué pasa, Gabriel? ¿Quieres cambiar de equipo y dedicarte a los hombres? Porque entonces tal vez debería considerar abrir un quinto piso para satisfacer…

—¡Basta, Víctor! —Lo interrumpo antes de tener que escuchar sus planes de dominación sexual—. Está bien, voy a probar a tu conejita. Si aún no la probaste, debe tener algo especial. Hasta donde recuerdo, es la primera vez que no pruebas personalmente a una candidata antes de contratarla.

—Me haces parecer un depravado, amigo mío.

—Eres un depravado, Víctor. Y ya que hablamos de eso, ¿dónde está Adrian?

—Tardaste demasiado, ¡así que se le ocurrió la otra mitad de tu sorpresa! —confiesa dramáticamente, como si jamás hubiéramos compartido mujeres y esto fuera algo inaudito viniendo de Adrian.

—Ahora me has dejado curioso. Tomaré mi mitad y subiré también.

—Así se habla. —Me da otra palmada amigable en la espalda, encendiendo un puro mientras me observa.

Al acercarme a Clara, noto que está de espaldas, ajustando su bandeja mientras observa atentamente la carta de pedidos. Deslizo ligeramente la mano por su cintura y me inclino para susurrarle al oído:

—¿Cuánto tengo que pagar para llevarte a un sitio más privado y disfrutar de una "Explosión ardiente"? —mi voz sale baja y cargada de insinuaciones, destacando intencionalmente el nombre provocador del cóctel.

Ella se queda completamente inmóvil. Percibo cómo su cuerpo se tensa bajo mi contacto y, por un segundo, pienso que

simplemente ignorará mi propuesta. Pero entonces se gira, abriendo ampliamente los ojos, con una expresión entre sorpresa y horror. Es en ese instante cuando me doy cuenta de que la conozco.

—¿Tú? —La palabra surge casi como un susurro. Clara parpadea rápidamente, como si intentara asimilar lo que está viendo —. ¡Viejo pervertido! —grita, su voz destacándose sobre la música ambiental.

Todas las miradas se vuelven hacia nosotros, y quedo paralizado por un instante. Clara aparta mi mano con firmeza, los ojos brillando con indignación.

—¡Seguridad! ¡Este hombre me está acosando! —grita ella, mientras Víctor se acerca rápidamente, con el rostro convertido en una máscara de confusión.

—Clara, cálmate… —intenta intervenir él, pero ella continúa, decidida.

—¡Soy una empleada, no estoy en el menú! —Sus palabras son tajantes, cada sílaba pronunciada con una convicción que parece estremecer hasta al propio Víctor.

—¿No estás en el menú…? —repite Víctor, frunciendo el ceño, completamente confundido.

Mi mirada pasa rápidamente de Clara a Víctor, captando de inmediato el monumental malentendido que acababa de ocurrir. Evidentemente, ella no tenía idea de lo que realmente estaba sucediendo allí.

—Gabriel es el dueño, Clara —dice Víctor, con voz firme y urgente, intentando calmar la situación—. Y tú sí estás en el menú. ¿Qué crees que haces? Claro que puedes negarte, está en las normas del precontrato, pero no tienes derecho a tratar así a nuestros clientes, y mucho menos a tu jefe.

—¿Precontrato? —repite ella, con voz temblorosa y una expresión perdida mientras intenta comprender lo ocurrido.

Justo en ese momento, la asistente del equipo de selección del piso inferior sube apresurada, dándose cuenta de la tensión que reina en la sala. Mantiene una expresión nerviosa al dirigirse a Víctor:

—Señor Guimarães, disculpe, pero creo que ha habido un terrible error. —Mira primero a Clara y luego hacia nosotros—. Posiblemente sea culpa mía, lo siento mucho. ¡Clara vino para la entrevista desde el piso equivocado!

Clara no espera más explicaciones. Sus ojos brillan con una mezcla de humillación y rabia y, sin decir una palabra, da media vuelta alejándose a toda prisa. Durante algunos segundos observo cómo atraviesa rápidamente el pasillo y desaparece por las puertas que conducen a los vestuarios. Apenas soy consciente de la rapidez con que todo sucede, incapaz todavía de creer lo que acaba de pasar.

Víctor me observa, aún más confundido.

—Clara, espera. Podemos solucionarlo, fue solo un malentendido —intenta detenerla mientras ella regresa hacia las escaleras, ahora vestida con una especie de abrigo y llevando los zapatos en la mano, claramente alterada, avanzando a pasos decididos hacia la salida. Pero Clara no se detiene a escuchar ninguna explicación.

—Lo siento, señor Víctor. Todo es culpa mía. Ella pensaba que estaba en un club elegante sirviendo cócteles. Nunca supo que era un club de acompañantes. Ella figuraba en la lista para el Infamous Lounge, no para la Casa de los Bastardos. Yo…

—Está bien, Lila. Los errores ocurren. Lo único que debemos asegurarnos es que no ande por ahí difamándonos debido a este incidente.

—Sí, señor. Lo resolveré hoy mismo, se lo garantizo.

—Perfecto.

Lanzo una mirada hacia Víctor y suspiro profundamente, masajeándome las sienes mientras intento asimilar lo absurdo de toda esta situación. Parece que esta semana ha decidido convertirse en una colección interminable de desastres.

Víctor da una profunda calada a su puro, permitiendo que el silencio se prolongue unos instantes antes de romperlo con un tono irónico y contenido:

—Bueno, debo admitir que fue una escena memorable. He visto a mucha gente enfadarse aquí, pero no así. Parecía…

aterrorizada. —Sacude ligeramente la cabeza y me mira con curiosidad—. ¿De dónde se conocen ustedes dos? Porque reaccionó como si te hubiese visto en una pesadilla.

Cierro los ojos brevemente, la imagen de la expresión sorprendida de Clara todavía fresca en mi memoria.

—No la conozco realmente. O más bien, apenas la conozco. Trabaja en la escuela de mi hijo; solo la vi una vez y… bueno, no fue exactamente un encuentro agradable —respondo con voz baja, cargada de frustración. La revelación sorprende aún más a Víctor, quien abre ligeramente los ojos antes de soltar una risa.

—¿Trabaja en la escuela de tu hijo? ¡Así que por eso te llamó viejo pervertido! Eso es… increíble. Es joven, pero ¿viejo? Estas mujeres cada día están más locas. —Víctor ríe mientras expulsa humo, intentando procesar la situación—. Realmente no puedes escapar del caos, ¿verdad, Gabriel? Incluso cuando no quieres, te metes en problemas.

—Supongo que no —respondo, intentando sonreír, aunque sin encontrar el suficiente humor para hacerlo sinceramente.

Víctor encoge los hombros, chasquea la lengua y apaga el puro en un cenicero plateado.

—Bueno, te sugiero que resuelvas esto de alguna forma. No queremos que corra el rumor de que el dueño del club es un pervertido. —Una media sonrisa irónica aparece en su rostro, claramente entretenido con toda esta situación, aunque sus palabras tienen un trasfondo serio.

Suspiro profundamente, sintiendo el peso de la situación acumularse sobre mis hombros. Sabía que no podía dejarlo así después de lo ocurrido.

—Me encargaré de ello, Víctor. Me aseguraré de que ella entienda lo que realmente pasó. —Le respondo, comenzando a formar mentalmente un plan. Necesitaba encontrarla y aclarar este malentendido. No podía permitir que se fuera con una impresión tan distorsionada de mí. Tenía que hacer algo.

Víctor me da una palmada en el hombro, aprobando mi decisión.

—Eso es lo que quería oír, amigo mío. Buena suerte con eso. Ella parece del tipo que no te lo pondrá fácil. —Sonríe, disfrutando claramente de mi incomodidad—. Si necesitas ayuda, avísame. En la entrevista parecía una corderita asustada. Quizás yo tenga ese efecto tranquilizador sobre las mujeres, ¿sabes?

—Cállate, Víctor. ¡Todo esto es culpa tuya!

9

Clara Salgado

Es increíble lo rápido que puede cambiar una noche. Hace solo unas horas pensaba que este sería un trabajo emocionante, que quizá por fin mi suerte estuviera cambiando. Y ahora… todo lo que deseo es desaparecer y olvidar que alguna vez puse un pie en este lugar.

El pánico es lo único que siento, y mi cuerpo actúa antes de que mi mente pueda procesarlo. Me doy la vuelta y atravieso el pasillo rápidamente. Siento la mirada de todos sobre mí mientras cruzo las puertas de los vestuarios y tomo mi abrigo. Me quito los zapatos que me están torturando los pies y los sostengo en las manos mientras corro hacia las escaleras.

Necesito salir de aquí, necesito escapar. Este lugar es mucho más de lo que había imaginado, y ahora sé exactamente lo que esperan de mí. Pero yo no soy eso. Nunca lo seré.

Los escalones pasan borrosos bajo mis pies mientras desciendo, mi mente dando vueltas a mil pensamientos caóticos. Siento una desesperada necesidad de libertad, pero también un miedo absoluto. Paso a paso, hasta que alcanzo la salida, sin mirar atrás.

En cuanto pongo un pie en la calle, el aire frío de la noche me golpea el rostro, una ráfaga helada que me hace temblar. No sé adónde ir. No tengo ni idea de cuál será mi siguiente paso, pero lo único que puedo hacer es seguir caminando. Mis pies descalzos tocan el suelo helado, pero ese es el menor de mis problemas. Necesito alejarme lo más posible de esta pesadilla.

Como si el universo estuviera conspirando en mi contra, me doy cuenta del tamaño de mi mala suerte. Además de todos los problemas de esta noche, tenía que encontrarme justo con él, Gabriel. Precisamente al hombre al que ya le debo dinero por el accidente del coche. En serio, ¿quién más podría tener tan mala suerte como yo? Como si no fuera suficiente que el trabajo resultara no ser lo que yo pensaba, tenía que ser él… el mismo hombre al que ya debía. Esto no puede ser una coincidencia. Es el destino burlándose de mí.

Y cuanto más lo pienso, más indignación siento crecer dentro de mí. ¿Qué clase de hombre dirige un burdel disfrazado de club elegante en pleno corazón de Santo Tomás? Especialmente alguien como Gabriel. Lo llamé viejo pervertido, pero no aparentaba más de treinta años. Era atractivo, con ese aire poderoso y esa maldita confianza de quien sabe exactamente lo que quiere. Estoy segura de que podría tener a cualquier mujer sin necesidad de pagar por ella.

Y Víctor también. Otro hombre atractivo y seguro de sí mismo, que claramente tampoco necesitaba recurrir a prostitutas. Y, sin embargo, allí estaban ambos, manteniendo aquel lugar. ¿Cómo es posible que nadie supiera que el tercer piso albergaba semejante antro? ¿Sería posible que el restaurante y el salón también fueran fachadas para otros negocios turbios? La sola idea me revuelve aún más el estómago.

Mis manos aprietan con fuerza los zapatos mientras camino sin rumbo por las calles de la ciudad. A cada paso, intento convencerme de que todo ha sido solo un error. Debería haberme dado cuenta antes, debería haber sospechado. Nunca nada me resulta fácil. Pero al mismo tiempo, no puedo permitir que este error defina quién soy. Encontraré la manera de salir de esta situación, de saldar mi deuda, de rehacer mi vida, aunque el destino se empeñe en ponerme obstáculos tan gigantescos. Voy a vencer.

Sigo caminando, sin saber exactamente hacia dónde voy. A estas horas la escuela ya está cerrada y no podré entrar sin hacer saltar las alarmas. Me veré obligada a dormir en la calle esta noche, después de mi plan completamente fallido. Hace meses que no pasaba por esto, y la sola idea me provoca escalofríos. No puedo

dejar que me vean así, sin rumbo, perdida. Necesito encontrar un lugar donde esconderme, al menos hasta el amanecer.

Considero mis opciones. Quizá un club nocturno donde no tenga que pagar entrada. Podría entrar, fingir que estoy allí para divertirme y encontrar un rincón donde quedarme. Otra opción sería la estación de autobuses, donde la gente va y viene continuamente, y nadie se fijaría en mí. O incluso detrás del supermercado, donde suelen dormir algunos indigentes. Ninguna de estas opciones es segura, pero es lo único que tengo ahora.

La lluvia comienza a caer, primero en gotas tímidas, luego intensificándose rápidamente hasta que estoy completamente empapada. Continúo caminando, intentando ignorar el frío que me cala hasta los huesos. Entonces veo un movimiento delante de mí. Un niño, probablemente de no más de seis años, corre por la acera con una pequeña maleta en la mano, mirando hacia atrás como si huyera de alguien. Un poco más allá, un hombre trajeado parece desesperado, mirando hacia todos lados, intentando localizar al niño entre la gente. Hay algo en la escena que me aprieta el pecho.

Y es en ese momento cuando todo parece ralentizarse. El niño, distraído, corre hacia la calle. Mi corazón se acelera al ver acercarse un autobús. El conductor hace sonar el claxon e intenta frenar, pero la lluvia ha dejado el asfalto resbaladizo. Grito, pero el niño no me oye. Sin pensarlo, corro hacia él. Mis pies descalzos resbalan sobre el asfalto mojado y, por un instante, siento que no llegaré a tiempo.

En el último instante, extiendo el brazo y sujeto al niño por la cintura, tirando de él hacia mí y envolviéndolo con mi cuerpo para protegerlo. El sonido del autobús derrapando inunda mis oídos, el chirrido de los neumáticos intentando detenerse sobre el asfalto mojado. Siento el impacto antes de que caigamos al suelo. No es lo suficientemente fuerte como para herirnos gravemente, pero sí para lanzarnos con brusquedad contra el pavimento húmedo.

Una punzada de dolor recorre mi hombro al impactar, pero no pienso en eso. Solo me preocupo por el niño, que me observa con los ojos desorbitados por el susto, aunque parece ileso. Lo único que puedo hacer es abrazarlo con fuerza mientras a nuestro alrededor

todo se convierte en caos y voces alteradas. Alguien grita, varias personas corren hacia nosotros, pero lo único que siento ahora es alivio. Él está bien. Ambos estamos vivos.

Un hombre trajeado se acerca rápidamente, su rostro pálido reflejando una angustia profunda. Se arrodilla junto a nosotros y nos ofrece ayuda para levantarnos.

—Tu abuela me va a matar... —murmura claramente agitado. Sus ojos recorren al niño antes de volverse hacia mí—. ¿Estás bien? Debemos ir al hospital inmediatamente.

El niño hace una mueca e intenta apartarse suavemente de mi abrazo, que aprieto quizá con demasiada fuerza.

—Me haces daño… —dice, su voz temblorosa, aunque no llora.

Aflojo el agarre, aún algo aturdida. El hombre del traje ayuda al niño a levantarse primero, luego extiende su mano hacia mí. La tomo y me incorporo con dificultad, sintiendo nuevamente una punzada aguda en el hombro.

—Eres de la escuela, ¿verdad? Creo que te conozco —dice el niño de repente, mirándome con curiosidad.

Frunzo el ceño tratando de reconocerlo, pero mi mente todavía gira frenética, dificultándome identificar su rostro claramente. Antes de que pueda responder, el hombre de seguridad, visiblemente alterado, interrumpe con premura.

—Eso no importa ahora mismo. Necesitamos llevarlos al hospital cuanto antes, sin discusiones. —Se dirige a mí con tono firme y autoritario, aunque con una evidente preocupación—. Yo mismo los llevaré. Ninguna objeción, por favor, señorita.

Se acerca brevemente al conductor del autobús y habla rápidamente con él; supongo que intercambian números o algún tipo de información. Todo sucede tan rápido que apenas logro asimilarlo. Antes de que pueda reaccionar, ya estamos dirigiéndonos hacia un coche negro estacionado junto a la acera. El hombre de seguridad abre la puerta trasera, asegurándose de que entremos primero, y luego se acomoda rápidamente en el asiento del conductor. El coche arranca a toda velocidad.

—Su abuela me había pedido que llevara unos documentos importantes al club —explica con evidente frustración, dirigiendo una rápida mirada de reproche al niño a través del espejo retrovisor—. Papeles que el jefe olvidó en el vehículo del chófer. Ni siquiera me había dado cuenta de que él los había escondido en el asiento trasero. —Suspira profundamente, sacudiendo la cabeza con pesar —. Apenas estacioné y salí del auto, él salió corriendo, dejándome en esta situación. —Me mira otra vez, con incomodidad palpable—. Y ahora su abuela me matará, estoy seguro.

El niño agacha la cabeza, visiblemente arrepentido. Intento suavizar la tensión poniéndole la mano sobre el hombro y dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

—Oye, no te preocupes tanto —le digo con suavidad—. No lo hiciste a propósito, fue un accidente. Lo importante es que ahora todos estamos bien.

Él me observa, aún un poco temeroso, pero noto cómo mis palabras parecen aliviar parcialmente su culpa.

—Además, fuiste muy valiente —añado para animarlo—. No todos los días alguien pasa por algo así y lo maneja tan bien.

El hombre de seguridad parece debatirse entre el alivio y la molestia. Finalmente suspira resignado, pero menos tenso que antes.

—Intentaremos explicárselo juntos a tu abuela, ¿está bien? —añado, dirigiéndome a ambos con voz calmada—. Seguro que cuando sepa que fue solo un accidente, lo entenderá. Después de todo, lo más importante es que estamos bien.

El hombre al volante asiente levemente, pareciendo más tranquilo ante mis palabras.

—Eso espero —murmura, dirigiéndose luego directamente al niño—. Pero, por favor, la próxima vez no hagas algo así, muchacho. Mi corazón te lo agradecerá. —Intenta sonreír, buscando suavizar su tono.

Al menos algo ha salido bien esta noche. Hace solo un rato no sabía dónde pasaría las próximas horas, y ahora ya lo sé: el hospital se presenta como una gran idea. Qué ironía, pensé que tendría que improvisar un refugio, pero ahora tengo techo, atención médica y,

además, ayudé a alguien. Si esto no es darle la vuelta a las cosas, ya no sé qué podría ser.

10

Clara Salgado

La sala de espera del hospital es más fría de lo que esperaba. No es un frío provocado por el aire acondicionado, sino por ese ambiente clínico, las paredes pálidas y las luces fluorescentes. Estoy sentada en una de esas incómodas sillas, intentando ignorar el dolor en mi hombro y concentrarme en cualquier otra cosa mientras aguardo los resultados de las radiografías. Aún estoy un poco húmeda por la lluvia, pero el abrigo que me han prestado me ayuda a mantener algo de dignidad y calor.

—Toma, cariño. Una galleta y café caliente te ayudarán a pasar el tiempo. —Una enfermera sonriente se acerca, ofreciéndome un plato con galletas y una taza de café humeante.

—¡Oh, muchas gracias! —acepto las galletas con una sonrisa agradecida. Mi hambre debe ser tan evidente que hasta yo misma me siento avergonzada. El café está caliente y, aunque sabe más a agua que a café, en este momento me parece delicioso.

Estoy tan concentrada en devorar las galletas que no noto cuando aparece un auxiliar empujando un carrito con más bocadillos para los demás pacientes. Le ofrece gelatina a un señor sentado a dos sillas de distancia.

—¿Gelatina? —pregunta el auxiliar con amabilidad.

El hombre hace una mueca y niega con la mano—. No, gracias... la gelatina del hospital nunca sabe a nada.

El auxiliar cruza la mirada conmigo y sonrío de lado, aprovechando la oportunidad.

—Yo sí la quiero —digo rápidamente, antes de que pueda devolverla al carrito. Él ríe suavemente y me entrega el vasito junto con una cuchara.

Abro el envase y tomo una cucharada. El señor tenía razón; la gelatina es prácticamente agua con colorante, pero ¿quién soy yo para quejarme? La devoro sin pensármelo dos veces, aunque su sabor sea... inexistente. Cada cucharada parece más una textura que un sabor, pero no me importa.

A continuación, tomo el vaso de agua que estaba junto al café y lo bebo rápidamente. Me levanto hacia el dispensador para llenarlo de nuevo. Mi plan es sencillo: si no puedo cenar realmente, entonces me llenaré de agua hasta convencerme de que estoy saciada.

Una enfermera pasa a mi lado, arqueando una ceja al verme llenar el vaso por tercera vez.

—Vaya, parece que romperás el récord de hidratación del turno de noche —comenta con humor.

Sonrío de manera avergonzada, intentando disimular—. El agua es buena para la piel, ¿no? —respondo, y ella ríe, sacudiendo la cabeza antes de continuar su camino por el pasillo.

Regreso a mi silla y me siento con cuidado. Miro a mi alrededor, pero no veo rastro del niño que salvé del accidente. Supongo que estará en alguna parte de la planta de pediatría, probablemente acompañado por el guardia o algún otro responsable.

Si todo tarda tanto como dicen, quizás salga de aquí cuando ya amanezca. Así podré regresar directamente a la escuela.

Algunos minutos después, la enfermera regresa con una sonrisa amable.

—¿Clara? Puedes irte ya. Los resultados están listos y no hay nada grave. Solo necesitas algo de reposo y cuidado con el hombro —dice, entregándome unos papeles.

—Ah, gracias —le respondo, aunque una parte de mí está confundida sobre qué hacer a continuación. La verdad es que contaba con quedarme aquí unas horas más, tal vez hasta el

amanecer. Ahora que me han dado el alta, no tengo más opción que irme.

Me levanto lentamente y me pongo de nuevo el abrigo. La enfermera me acompaña hasta la puerta, donde dudo un momento antes de salir al frío aire nocturno.

En cuanto salgo, veo al conductor con traje esperando cerca de la entrada del hospital. Levanta la cabeza al verme y camina hacia mí con expresión de alivio.

—Señorita Clara —me llama con cortesía—, ¿está bien? Estaba esperando por usted. Thiago ya está en casa con su abuela, pero la familia me pidió expresamente que viniera a buscarla. Desean agradecerle personalmente lo que hizo.

—¿Entonces él está bien? —pregunto, respirando aliviada. Una enorme carga desaparece de mi pecho—. Eso es genial... Pero no hace falta que se molesten conmigo.

—Insistieron mucho, señorita. Incluso me pidieron no regresar sin usted —añade casi riendo—. Sé que debe estar cansada, pero... creo que le gustará conocerlos.

Echo un vistazo alrededor: la calle está vacía y el frío comienza a hacerme temblar. No es que tenga otro lugar adonde ir ni planes concretos. Además, el conductor parece intentar genuinamente ser amable, y quizás conocer a la abuela del niño sea una buena idea después de todo.

—Está bien —acepto, intentando sonar más segura de lo que realmente estoy—. Vamos, entonces.

Me abre la puerta trasera del coche. Entro y me acomodo en el asiento mullido, mientras él cierra la puerta suavemente y se ubica en el asiento del conductor. En cuanto arranca, el agradable calor del aire acondicionado envuelve el interior del vehículo, reconfortándome al instante.

Mientras el coche avanza suavemente por las calles oscuras, observo a través de la ventanilla las luces difusas de la ciudad que pasan a toda velocidad. Quizá, sólo quizá, esta noche acabe mejor de lo que imaginaba.

***

Me despierta un leve toque en el hombro. Abro los ojos despacio y veo al conductor mirándome con una sonrisa ligeramente avergonzada.

—Señorita Clara, ya hemos llegado. Disculpe que la despierte —me dice suavemente.

Me enderezo lentamente en el asiento y parpadeo varias veces mientras intento orientarme.

—Oh, no se disculpe. Estos asientos son lo más cómodo del mundo. Dormiría aquí todas las noches si pudiera —digo riéndome, intentando aliviar la incomodidad del momento.

Él sonríe con amabilidad, aunque sigue viéndose algo incómodo.

—Debe estar muy cansada... y probablemente estresada. Estoy seguro de que la cama en casa será más cómoda que esto.

Me río discretamente, mirando hacia la ventana. Si supiera que duermo en un armario…

—Sí, supongo que tiene razón —respondo con una sonrisa tímida.

Observo con atención la gran casa que tenemos frente a nosotros: un imponente edificio de estilo clásico con columnas blancas y una fachada elegante. El jardín delantero está perfectamente cuidado, con arbustos que parecen tallados a mano, y un camino de piedra que conduce hasta una puerta principal enorme, acogedora e intimidante a la vez.

Antes incluso de llegar a la entrada, soy recibida por una mujer elegante, de postura impecable y sonrisa serena. Lleva un vestido sencillo que emana clase y buen gusto.

—Señorita Clara, bienvenida —dice con voz suave, pero llena de autoridad—. Soy Helena, la abuela de Thiago. Espero que no le importe acompañarnos a cenar. Supuse que estaría hambrienta después de todo lo ocurrido.

—Muchas gracias —respondo, intentando ocultar mis nervios —. Es muy amable.

Helena asiente ligeramente, un gesto más parecido a una orden que a una invitación.

—Ven, cariño, hace frío ahí fuera. He preparado una habitación para ti con ropa limpia. Nos encantaría que pasaras la noche aquí.

Sigo a Helena hacia el interior de la casa. La decoración es tan elegante como el exterior prometía. Las luces cálidas suavizan el ambiente, creando un efecto acogedor y reconfortante. Desde algún lugar llega un delicioso aroma a comida casera, y no puedo evitar inhalar profundamente.

Cruzamos un pasillo que conduce directamente al comedor, donde hay una mesa grande preparada cuidadosamente con platos y cubiertos relucientes.

—Thiago ya se ha ido a dormir, pero está bien, gracias a ti —dice Helena, llevándome hacia la mesa—. Me gustaría que te quedaras al menos hasta el desayuno. Mi hijo quiere conocerte personalmente para darte las gracias, pero tuvo que regresar apresuradamente desde Francia. Llegará por la mañana temprano.

Intento mantener una expresión tranquila, aunque por dentro siento que he ganado la lotería.

—Se lo agradezco mucho, señora Helena, pero no sé si podré quedarme hasta mañana. Empiezo a trabajar muy temprano.

Helena me observa con una sonrisa comprensiva.

—Ya veremos cómo te sientes por la mañana, querida. Mi hijo insistió en poder agradecerte personalmente. Mientras tanto, disfruta de tu cena.

Observo la mesa repleta de platos que parecen sacados directamente de una revista: ensalada fresca, una bandeja de verduras asadas y un plato principal de cordero jugoso, acompañado de una salsa oscura y aromática. Cada detalle ha sido cuidadosamente pensado y, antes siquiera de probarlo, sé que la comida será deliciosa.

Helena me sirve delicadamente, y acepto con ganas, sintiendo cómo se me hace agua la boca. El sabor supera mis expectativas: la carne está tierna y sabrosa, las verduras perfectamente sazonadas,

y la ensalada fresca y ligera. Con cada bocado, siento una mezcla de alivio e incredulidad. No recuerdo la última vez que comí algo así.

—Está todo delicioso, señora Helena —le digo sinceramente —. No tengo palabras para agradecerle.

Ella sonríe, levantando suavemente su copa de vino.

—Disfrútalo, cariño. Después de una noche tan complicada, te mereces un poco de tranquilidad.

Sonrío de nuevo, agradecida. Con cada gesto amable de Helena, la tensión en el ambiente parece disiparse, y empiezo a sentir que, pese a su evidente elegancia, hay algo auténticamente cálido y acogedor en ella.

—Mi hijo tiene muchas cosas que resolver mañana en la ciudad. Estoy segura de que podrá llevarte adonde necesites ir — dice Helena casualmente—. Estaba realmente preocupado cuando supo lo sucedido.

La idea de que alguien se preocupe por mí me toca de una manera que trato de ignorar, aunque no consigo evitar una sonrisa tímida.

Terminamos la cena con un postre ligero: una tarta de limón que prácticamente se deshace en la boca. Después, Helena me lleva hasta una de las habitaciones. La decoración es impecable, con tonos suaves y una cama enorme cubierta con sábanas blancas y perfectamente planchadas. Sobre un sillón hay ropa limpia cuidadosamente doblada.

—Espero que estés cómoda —dice Helena desde la puerta—. Si necesitas algo, solo tienes que tocar el timbre junto a la cama.

—Muchísimas gracias, señora Helena —respondo con sinceridad.

Ella me sonríe una última vez antes de cerrar suavemente la puerta detrás de sí. Me tumbo en la cama, y el colchón mullido parece abrazarme por completo. Dejo escapar un largo suspiro y miro hacia el techo decorado con delicados relieves. La noche no resultó como imaginaba, pero, de alguna manera, siento que las cosas empiezan a mejorar.

Me pregunto si parecerá demasiado atrevido darme un baño en esa bañera que vi al entrar al baño. Siempre soñé con algo así,

como en las películas. Tal vez esta sea mi oportunidad.

11

Gabriel D'Ávila

Llegué a casa al amanecer, agotado y con la mente a mil por hora. El viaje fue un auténtico fiasco. Apenas pisé suelo francés tuve que regresar de inmediato, y alquilar un jet con tan poca antelación es un verdadero caos logístico. El acuerdo que pretendía cerrar probablemente ya esté perdido. Seguro que lo está. Pero, claro, como si eso fuese lo peor.

Entro en la mansión y suelto un largo suspiro. Todo está en silencio, tranquilo, pero esta calma aparente no me ofrece ningún alivio. Solo puedo pensar en lo que ha pasado. Thiago corriendo peligro. El accidente. Toda esta situación absurda sucedió porque no tenía una niñera disponible, alguien de confianza para cuidar de él en mi ausencia.

Subo las escaleras con pasos pesados, cada peldaño convenciéndome más: mi única prioridad ahora es asegurarme de que esto nunca vuelva a ocurrir. Thiago necesita un equipo sólido de niñeras en las que realmente pueda confiar. Si hace falta, las entrenaré yo mismo. No puedo seguir dependiendo del azar; no puedo permitir que corra estos riesgos por mi negligencia.

Recorro el pasillo, me detengo frente a su habitación y abro la puerta despacio, solo para mirarlo. Duerme plácidamente, respira con calma, su cabello oscuro desparramado sobre la almohada. Me quedo allí unos minutos, observándolo, tratando de calmar el caos dentro de mi cabeza. Pero la culpa no desaparece. No supe proteger a mi hijo, y eso es algo que no puedo perdonarme tan fácilmente.

Me acomodo en el sillón junto a su cama, sintiendo cómo la tapicería suave se adapta a mi cuerpo mientras intento encontrar una postura cómoda. No pretendo dormir, solo cerrar los ojos unos minutos, descansar ligeramente antes de enfrentar lo que me espera por la mañana. Sin embargo, el cansancio me vence.

—Papá… Papá, despierta —la voz suave de Thiago me saca lentamente del sueño. Está delante de mí, con los ojos brillantes de emoción y una sonrisa amplia en el rostro.

—¿Thiago? —murmuro, frotándome los ojos mientras intento ubicarme—. ¿Qué ocurre?

—Quería hablarte de la chica que me ayudó ayer —dice entusiasmado—. Es muy guapa, papá. Grande y fuerte, ¿sabes? Y divertida también. No me dejó asustarme ni un poco.

Siento una calidez inesperada en el pecho al escuchar su descripción. Es raro que Thiago se emocione tanto por alguien, lo que me lleva a pensar que esa mujer realmente hizo algo especial por él. Alguien grande y fuerte que lo hizo sentirse seguro en un momento crítico... No puedo ignorar algo así. Tengo que encontrar la manera de agradecérselo como se merece.

—Parece que es muy especial, hijo —le digo sonriendo—. ¿Vamos a desayunar? Quizá podamos pensar juntos en algo bonito para agradecerle.

Thiago asiente con entusiasmo y bajamos las escaleras. Al acercarnos al comedor, escucho una risa que viene desde la habitación. Una risa suave, clara, que resuena por el pasillo y me obliga a detenerme un instante. Hay algo en esa risa que me llama la atención. No sabría explicar exactamente qué es.

Cuando finalmente entro en la habitación, veo a una mujer de espaldas conversando con mi madre. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y viste ropa sencilla, probablemente prestada por mi madre.

—Clara, cariño, ven a conocer a mi hijo —dice mi madre con calidez, y la mujer se gira hacia mí con una sonrisa aún en los labios. En ese instante me quedo paralizado.

Es ella.

Clara.

La mujer del aparcamiento.

La loca que chocó contra mi coche.

La misma que me llamó viejo pervertido en el club.

Me mira fijamente, su sonrisa se desvanece y sus ojos se abren con sorpresa. La tensión se instala en la habitación en apenas un segundo, y noto que mi madre nos observa con desconcierto.

Thiago, ajeno a la situación, corre hacia ella y le toma la mano con entusiasmo.

—¡Clara, este es mi padre! ¿Qué te parece? —pregunta con expectativa en la mirada.

—Señor D'Ávila… —comienza ella con voz temblorosa, tratando de parecer educada.

—¿Ahora soy "señor D'Ávila"? —respondo, más frío de lo que pretendía—. Creía que yo era el viejo pervertido.

Mi madre arquea las cejas, alternando miradas entre Clara y yo.

—¿Viejo pervertido? ¿De qué están hablando? —pregunta claramente desconcertada.

—Nada, mamá —trato de desviar el tema cogiendo la taza de café que hay sobre la mesa—. Un simple malentendido.

Clara toma aire profundamente, ofreciendo a Helena una sonrisa incómoda.

—Le agradezco mucho su hospitalidad, señora Helena, pero creo que ya he abusado bastante de su amabilidad. Será mejor que me vaya.

Thiago aprieta la mano de Clara con más fuerza, sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas.

—¡No, Clara! ¡No te vayas! —protesta mirando a su abuela buscando apoyo.

Mi madre, aún confundida, me mira y luego a Clara, evidentemente intentando decidir cómo reaccionar.

—No seas así, querida —dice con dulzura—. Estoy segura de que Gabriel puede llevarte al colegio si lo necesitas.

Sonrío rígidamente, intentando ocultar mi incomodidad.

—Claro que puedo llevarla —respondo con cortesía forzada.

—No hace falta, puedo tomar un autobús —dice Clara empezando a alejarse visiblemente incómoda.

—Insisto, no es ninguna molestia —replico tratando de controlar la situación.

Thiago comienza a acercarse a Clara, desesperado.

—¡Quiero ir también! ¡Vamos todos juntos! —exclama entusiasmado.

Lo miro con seriedad.

—Hoy no vas a ir a la escuela, Thiago.

Frunce el ceño frustrado.

—¡Pero hoy es un día especial! ¡Tengo que ir! —insiste elevando la voz, iniciando un berrinche.

Clara, incómoda pero firme, interviene.

—En realidad, tiene razón, señor D'Ávila. Hoy hay varias actividades especiales y…

La interrumpo tajante, sin mirarla directamente.

—Nadie te pidió tu opinión, Clara.

Su rostro se ruboriza al instante, y veo claramente cuando pierde los estribos.

—¡Qué hombre más grosero e insoportable! ¿Sabe qué? No se moleste más. Ya me voy.

Thiago, ahora llorando, la agarra fuertemente de la mano.

—¡Clara, no! ¡Por favor, no te vayas! Me caes muy bien…

La angustia de mi hijo me oprime el pecho. Jamás lo vi así. Me mira con dolor, dándose la vuelta y subiendo corriendo las escaleras mientras solloza.

Mi madre me observa con evidente decepción.

—Gabriel, en serio... no era necesario —su voz suena fría mientras sacude la cabeza—. Sea cual sea el problema entre vosotros, no tienes derecho a tratar así a alguien que salvó a tu hijo.

Clara ya está en la puerta, lista para marcharse. Me siento el peor idiota del mundo.

Suspiro profundamente, recogiendo las llaves del coche.

—Voy tras ella —murmuro más para mí mismo que para los demás.

Mi madre asiente en silencio, con una leve sonrisa que me desconcierta. Algo entre culpa y una profunda curiosidad se apodera de mí. Hay algo en Clara que me impulsa a saber más sobre ella. Mucho más.

12

Clara Salgado

Camina despacio junto a mí; el coche sigue mi ritmo mientras avanzo por la acera. Sé que está ahí, pero no pienso ceder tan fácilmente. Mantengo la mirada fija al frente, ignorando la insistente presencia del vehículo. El suave ruido del motor es como un zumbido constante y, a cada metro, siento que invade mi espacio personal, como una sombra inoportuna.

Durante unos minutos no dice nada, simplemente me sigue a una distancia prudente. Percibo su mirada clavada en mí, intensa, como si tratara de descifrar lo que pasa por mi cabeza. Pero resisto. No lo miro. No cedo.

—Clara, vamos, sube al coche —dice con voz ligeramente amortiguada por el motor, pero lo bastante clara como para que pueda oírlo. Hay algo cansado en su tono, algo que casi me hace girar la cabeza, pero no le daré esa satisfacción.

Sigo caminando, sin mostrar ningún indicio de que vaya a ceder. Suspira, y a través de la ventana abierta puedo escuchar un ruido irritado que escapa de sus labios, algo entre un suspiro y una risa incrédula.

—Esto es ridículo, lo sabes, ¿verdad? —insiste, acelerando ligeramente el coche hasta igualar mi paso, avanzando a una velocidad casi humana. Imagino al conductor de semejante vehículo ahogándose en frustración por tener que ir tan despacio.

Pongo los ojos en blanco, sin mirarlo. Cruzo los brazos, luchando contra el frío que parece intensificarse, y sigo caminando, indiferente a su insistencia. Oigo el leve tamborileo de sus dedos

sobre el volante, como si intentara mantener la paciencia. Algo en él parece estar siempre al borde de la exasperación, y eso me divierte un poco.

Entonces acelera ligeramente y detiene el vehículo delante de la parada de autobús. Baja del coche y se apoya en la puerta del copiloto, bloqueándome el paso. Sus ojos se encuentran con los míos con una determinación que me provoca ganas de volver a rodar los ojos.

—Entra al coche, Clara —ordena con firmeza, sosteniendo mi mirada. Algo en su postura me irrita y, a la vez, me genera un extraño calor en el pecho.

Considero la parada vacía, cruzando aún más firmemente mis brazos y frunciendo el ceño.

—No voy a subir al coche contigo. No te conozco —mi voz suena más segura de lo que esperaba, y veo cómo su expresión oscila entre la impaciencia y la incredulidad.

Suspira, claramente esforzándose por mantener la calma pese a la mirada aguda que le lanzo.

—Clara, por el amor de Dios, no estoy loco. Mucho menos soy un viejo pervertido.

—Ah, claro, por supuesto que te voy a creer —replico, dejando que la ironía impregne cada palabra—. Nos hemos visto tres veces, y en todas ellas has sido de todo menos cuerdo. Sinceramente, ¡parece acoso!

—Estoy de acuerdo —responde pensativo, una leve sonrisa asomándose en la comisura de sus labios, sin apartar los ojos de mí —. Empieza a parecer acoso.

Nos observamos en silencio por unos segundos, cada uno sumido en sus pensamientos. No aparto la mirada, pero finalmente resoplo, dándome por vencida ante la ausencia del autobús que parece no llegar nunca. Abro la puerta del coche y entro con un suspiro frustrado, dando un fuerte portazo.

—Mira, una sola palabra fuera de lugar y saldré de este coche en un instante.

Él sonríe ligeramente, una sonrisa genuina, casi de alivio. Se acomoda detrás del volante y mantiene la vista al frente al comenzar

a conducir. Por un momento, parece demasiado satisfecho con mi presencia, lo que me irrita un poco más.

—No te arrepentirás. Quizás tengo una propuesta que te interese.

Abro mucho los ojos, sintiendo cómo la irritación vuelve rápidamente. Giro mi rostro en su dirección, lista para contraatacar.

—¿Qué crees que soy? ¿Piensas que rechacé la oferta del club porque era poco dinero? ¿En serio tienes el descaro de pensar que…?

Él resopla exasperado, llevándose la mano libre a la cara como si intentara contenerse, sin quitar los ojos del camino.

—¡Clara, por Dios, cálmate! ¡No es nada de eso! —Me lanza una rápida mirada irritada—. ¿De verdad crees que me faltan mujeres dispuestas a meterse en mi cama, les pague o no? No te persigo por eso. No estoy sordo, te escuché perfectamente cuando me rechazaste de manera tan categórica.

Lo miro, sintiendo mi corazón acelerarse. Es imposible no sentir el impacto de su presencia. Su voz segura, el aroma amaderado que impregna el coche, su postura confiada… Todo en él emite poder, y eso me afecta más de lo que quisiera admitir. Una creciente irritación nace al reconocer que, de algún modo, todo eso me afecta. Mis ojos bajan brevemente a sus labios, observando su boca bien definida, y entonces me fuerzo a mirar por la ventana.

Mi cuerpo libra una batalla silenciosa entre el enojo y algo más que me niego a reconocer, lo que vuelve la situación aún más difícil. Siento una punzada cálida en el pecho y un leve escalofrío recorre mi columna cuando habla con esa seguridad. No sé qué es peor: tener que escucharlo decir esas cosas o que, en algún rincón profundo de mi mente, me sienta atraída por ellas. Intento enfocarme en otra cosa, pero mi mente sigue resonando con la intensidad de su voz.

Ajeno a mi agitación interna, me dedica una mirada discreta antes de volver a fijar la vista en la carretera. Un silencio tenso llena el coche, roto solo por el sonido suave del motor y mi respiración, que intento controlar.

—No quiero pagarte para que te acuestes conmigo, Clara —dice finalmente, rompiendo el silencio—. Quiero pagarte para que duermas con mi hijo.

Giro la cabeza hacia él con una expresión de sorpresa e incluso indignación.

—¿Qué? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía, e inmediatamente él levanta una mano en un gesto que intenta tranquilizar la situación.

—Quiero contratarte como niñera de Thiago, Clara. Necesito a alguien que cuide de él. Y tú pareces ser exactamente el tipo de persona que él necesita.

Parpadeo sorprendida, sin saber qué responder. ¿Niñera? ¿Yo? Esa idea me toma completamente desprevenida. La tensión se reduce un poco, pero mi mente continúa trabajando, tratando de procesar todo. Mis ojos encuentran los suyos y, por un segundo, percibo algo que parece sinceridad. No está bromeando. No se burla de mí.

—¿Niñera? —murmuro más para mí misma, tratando de entender lo que acaba de decir.

—Sí, niñera. No es algo que ofrecería a cualquiera, créeme. —Me lanza una breve mirada, y veo un atisbo de humor en sus ojos, como si tratara de aligerar la situación—. El trabajo puede ser complicado, pero creo que puedes con ello.

Por alguna razón, la seriedad en su mirada me desarma ligeramente. Todo esto parece parte de un mundo al que nunca he pertenecido, uno que he conocido sólo desde lejos. De pronto, noto lo ridículo del momento: estoy sentada en un coche de lujo junto a un hombre que podría fácilmente comprar toda mi vida, ofreciéndome algo que podría cambiarlo todo. ¿Por qué dudo entonces? Tal vez porque, en el fondo, todo esto me asusta. Mi vida hasta ahora ha consistido en sobrevivir, día tras día, sin muchas esperanzas de cambio.

—¿Por qué yo?

Respira profundamente y me dedica una mirada rápida antes de volver su atención a la carretera.

—Porque Thiago te eligió a ti. Él no conecta fácilmente con las personas, y es raro verlo tan cómodo, tan… feliz. Además, tú no tienes miedo de enfrentarte a mí, de ser directa. Eso lo admiro, y es exactamente el tipo de persona que quiero al lado de mi hijo.

Hace una pausa, como buscando la mejor manera de continuar.

—Necesito alguien fuerte para lidiar con él, pero también alguien que sepa ser cariñoso. Alguien equilibrado, que pueda entender sus necesidades sin perder la paciencia. Tienes una actitud firme pero acogedora. Y francamente, eres la única persona que he visto lograr eso en tan poco tiempo, de una manera que parece natural.

Me quedo en silencio un momento, absorbiendo sus palabras. Algo dentro de mí se suaviza ante sus cumplidos, aunque todavía siento cierta cautela. Lo miro de nuevo, veo su expresión decidida, y respiro hondo antes de contestar.

—Bien, acepto. Pero tendremos que discutir los horarios. Tengo mi trabajo en el colegio y no puedo abandonarlo. Aunque, siendo Thiago alumno de allí, podría llevarlo conmigo y ajustar mis horarios con la directora. Podría funcionar.

Él asiente, sus ojos aún fijos en la carretera.

—Si deseas acumular trabajos, tu tiempo será mío, Clara. Thiago normalmente tiene cuatro niñeras. Una para cada turno de ocho horas, más una que cubre días libres y vacaciones de las otras.

—¿Cuatro niñeras? —Lo miro con incredulidad—. Si asumo todas las horas, ¿recibiría cuatro sueldos?

—Si te mudas conmigo y aceptas el trabajo por completo, te pagaré hasta cinco veces tu sueldo actual —responde con seriedad —. Lo que necesito realmente es alguien en quien pueda confiar.

Me quedo un instante en silencio, considerando la propuesta. Cinco sueldos… Eso es más de lo que nunca me había atrevido a imaginar. Me muerdo el labio, indecisa.

—¿Y el coche? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿Cinco sueldos y olvidamos lo del accidente?

Sonríe, como si hubiera esperado esa pregunta.

—Hecho. Cinco sueldos y asunto arreglado con el coche.

Una emoción creciente me invade. Tal vez esto pueda funcionar de verdad. Quizá sea exactamente lo que necesito. Pero entonces me asalta un pensamiento, y vuelvo mi rostro hacia él, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Estás seguro de que estás contratando a una niñera, ¿verdad? No pensarás que seré tu… desayuno personal, ¿no?

Él resopla, mostrando una ligera sonrisa divertida.

—Clara, por favor…

—Nunca me tocarás mientras viva en tu casa —afirmo, dejando claras mis preocupaciones.

—Solo te tocaría, Clara, si tú me lo pidieras —dice suavemente, casi en un susurro. Sus ojos se encuentran brevemente con los míos, y veo algo intenso en su mirada, algo que me hace tragar saliva. Hay una chispa de deseo que no intenta ocultar y que me desconcierta profundamente.

Siento mis mejillas enrojecer ligeramente y aparto la vista, tratando de recuperar la compostura.

—Eso jamás ocurrirá, Gabriel.

—Entonces estás a salvo. Pero podemos ponerlo en tu contrato si lo deseas.

Sonrío levemente, sintiendo finalmente cierto alivio. Hay algo tan seguro en sus palabras que, extrañamente, hace que lo crea.

La promesa de un nuevo comienzo es tan palpable que casi puedo tocarla. Pienso en mi vida actual, en el armario donde he dormido los últimos meses, en el constante miedo a ser descubierta. Una oportunidad como esta no puede dejarse pasar. Y aunque me asusta el cambio, prevalecen las ganas de arriesgarme, de ver qué ocurre si permito que algo bueno entre en mi vida y la ponga patas arriba.

—Acepto. ¿Cuándo empiezo?

Me dedica una rápida mirada, y una sonrisa de satisfacción aparece en sus labios.

—Ahora mismo.

13

Gabriel D'Ávila

Después de dejar a Clara en el colegio, vuelvo con un peso sobre los hombros. La decisión de contratarla como niñera fue impulsiva, sí, pero también parece la única alternativa posible. Algo en ella me hace creer que podría ser buena para Thiago. O tal vez sea simplemente porque me siento atraído por ella. Sea lo que sea, lo cierto es que ahí hay algo diferente.

Mientras conduzco, deslizo los dedos sobre el volante, intentando sacudirme la sensación de que he tomado una decisión demasiado importante sin pensar. No me gusta actuar así. Todo lo que hago está planeado, calculado, y Clara era exactamente lo contrario. Esa sensación de falta de control me inquieta. No debería sentirme atraído por alguien que ahora trabaja para mí, y mucho menos permitirme actuar de forma tan impulsiva.

Decido llamar a Dante. Si alguien puede escucharme sin juzgarme (o al menos no en voz alta), es él. Responde tras el tercer timbrazo, con esa voz perezosa de las mañanas.

—¿Qué pasa, Gabriel?

—Almuerzo, Dante. Hoy. Necesito una opinión.

Hay una breve pausa antes de que responda, ahora con un tono más interesado.

—¿De verdad? ¿Quieres un consejo? Parece que mi día acaba de volverse interesante.

—Sólo tienes que estar ahí —digo antes de colgar.

Llego al restaurante poco antes del mediodía, la luz del sol se refleja en la ventana cuando salgo del coche. Nada más entrar, me

doy cuenta de que no sólo me espera Dante. Adrian y Victor también están allí, sentados a la mesa con sonrisas burlonas. Dante se encoge de hombros cuando nuestras miradas se cruzan, claramente intentando no reírse.

—¿En serio? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿Convocaste a todo el club?

—Sabes que no puedo guardar secretos con estos dos —replica Dante, esbozando una sonrisa traviesa—. Además, cuando mencioné que pediste consejo, no se lo habrían perdido por nada del mundo.

Pongo los ojos en blanco y me siento. Dante levanta la mano y llama al camarero para que traiga más bebidas.

—Ahora, cuéntanos —dice, adoptando un aire más serio—. Nunca pides ayuda. Esto es nuevo.

—He contratado una niñera para Thiago —digo finalmente.

Dante arquea una ceja, ladeando la cabeza.

—¿Y?

—Y me atrae —admito, dejando escapar un suspiro—. Pero ahora es la niñera de mi hijo. Eso lo complica todo.

Adrian suelta una carcajada, golpeando la mesa con la mano.

—¡Claro que es complicado! Tú y tu tendencia a convertir todo en un caos.

Victor se estira, sonriendo con malicia.

—¿Cuál es el problema, Gabriel? Ella cuida al niño durante el día y al padre por la noche. Perfecto.

Adrian sacude la cabeza, divertido.

—Estoy de acuerdo. Si ella también está interesada, no veo ningún problema.

—Ustedes no saben quién es —suelto, exhalando otro suspiro pesado.

Ellos se miran intrigados. Dante se recuesta en su silla, estudiándome con atención.

—¿Quién es ella?

—Clara. La chica que golpeó mi coche con su bicicleta y me llamó viejo pervertido.

Adrian casi escupe su bebida de la risa.

—¿Viejo pervertido? ¡Eso es épico!

Victor levanta las cejas, impresionado.

—Esta chica tiene agallas.

—Y le aseguré que no le pondría un dedo encima.

Dante suelta un silbido bajo, apoyando su vaso en la mesa.

—Las reglas son las reglas, Gabriel. Si lo prometiste, no puedes romperlo. Ni en casa, ni en el club, ni en ningún otro lugar.

Niego con la cabeza.

—Pero no puedo fingir que ella no siente nada. Es obvio. Tan obvio como... como lo que yo siento.

Adrian se inclina hacia delante, divertido.

—Suena complicado. ¿Por qué no lo incluyes en el contrato? Límites claros: no tocarla, no dejar que te toque. Autocontrol, Gabriel.

Victor se encoge de hombros.

—O mejor aún: olvídate de esa chica. Tienes un club lleno de opciones. No hay necesidad de complicarte con ella.

Permanezco en silencio, mirando fijamente el cristal que tengo delante. Una parte de mí quiere seguir su consejo, mantener las distancias, evitar problemas. ¿Pero la otra parte? Esa otra quiere correr el riesgo.

—Lo intentaré —digo al fin—. Pero no sé si podré.

Adrian vuelve a reír y levanta su copa para brindar. Su amplia sonrisa ilumina su rostro, reflejando su típica actitud relajada.

—Estás jodido, amigo mío. Puedo verlo en tu cara. ¡Felicidades! ¡Por fin algo de emoción en tu vida!

Dante y Victor ríen mientras levantan sus copas para acompañar el brindis. El ambiente en el restaurante es relajado, pero siento el peso de mi propia preocupación contrastando con la ligereza de mis amigos.

—¡Por el minihuracán Clara! —declara Adrian, todavía con la risa resonando en su voz.

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza con una sonrisa cansada, intentando ocultar mi malestar.

—¡Son unos idiotas!

Víctor, siempre rápido con la respuesta, se ríe antes de contestar. Ajusta su copa y hace un gesto exagerado con la mano.

—Claro que sí. Deberíamos organizar una cena en tu casa y analizar en persona tus posibilidades reales de no caer en tentación.

La risa de Víctor es contagiosa, pero no puedo evitar sentir una punzada de frustración. Adrian, notando mi malestar, se encoge de hombros con indiferencia.

—Te mantendrás bien lejos de ella —le advierto, intentando imponer algo de autoridad en la situación.

Víctor se inclina hacia adelante, con una sonrisa astuta.

—¿Estás celoso?

Le miro con severidad, intentando mantener la compostura.

—No seas ridículo. Ella tiene mucho que hacer. La contraté para trabajar, no para entretenerte a ti.

Adrian sacude la cabeza, con una chispa traviesa en sus ojos. Sabe exactamente cómo provocar mis inseguridades.

—Exactamente, amigo mío. Y eso es justo lo que deberías repetirte a ti mismo.

—Especialmente —interrumpe Víctor— cuando ese trasero caliente camine por los pasillos de tu casa, o cuando tu polla te pida probar ese rostro inocente.

—¡Basta, Víctor! No necesito esas imágenes mentales.

Víctor levanta las manos en señal de rendición, aunque no oculta su sonrisa divertida.

—Mientras estén solo en tu cabeza, no tendrás problemas.

Suelto un profundo suspiro, bajo la mirada un instante y vuelvo a enfrentar a mis amigos. La frustración es evidente en mi rostro, pero también hay una pizca de resignación.

—No sé por qué sigo pidiéndoles consejo. Ya debería haber aprendido que nunca ayudan en nada.

Adrian ríe suavemente.

—Quizás, pero al menos lo intentamos, ¿no? Aunque solo sea para verte hundirte un poco más.

Dante, que había observado el intercambio con una sonrisa contenida, finalmente se une a la conversación. Me da una ligera palmada en el hombro, ofreciéndome un gesto amistoso de apoyo.

—Relájate, amigo. Para eso estamos aquí. Aunque navegues por aguas turbulentas, siempre estaremos aquí para echarte una mano... o por lo menos para reírnos contigo.

Siento una ligera punzada de arrepentimiento al oír las palabras de Dante. Miro a Adrian y Víctor, dándome cuenta de que quizás me apresuré al compartir mis problemas con ellos.

—Son imposibles —refunfuño, esforzándome en mostrar una sonrisa.

Adrian deja de reír un instante y me observa con expresión más seria. Víctor se cruza de brazos, examinándome con atención.

—Te estás complicando demasiado, Gabriel —dice Víctor finalmente—. A veces, las cosas simplemente suceden. No necesitas castigarte por eso. Acabas de contratar a la mujer. Tal vez mañana por la tarde ya la estés odiando de nuevo, o quizás ni siquiera llegue hasta mañana por la tarde. Tus niñeras tienen un historial de no durar demasiado. No tiene sentido intentar evitar un problema que aún no ha ocurrido. No es posible que te hayas enamorado a primera vista, ¿verdad?

—Por supuesto que no. No seas ridículo.

—Exacto —continúa Víctor—. La has visto tres veces, todas ellas en situaciones estresantes. Es guapa, inocente, naturalmente sensual y estás confundiendo las cosas. Relájate, amigo.

—Por una vez, creo que tendré que darte la razón, Víctor.

—¡Traigan una cámara, testigos, por favor! —Víctor se levanta de su silla, golpeando su tenedor contra la copa de vino, llamando la atención de todos los presentes y atrayendo miradas curiosas de la mayoría de las personas alrededor, pero eso no lo detiene—. ¡Anótenlo en sus calendarios, damas y caballeros! ¡Hoy es el día en que Gabriel D'Ávila admitió públicamente que yo, su querido amigo sinvergüenza, tengo razón y soy más sensato que él!

—No dije exactamente eso —protesto, pero él no me escucha.

—Muchas gracias, señoras y señores. —Hace una reverencia teatral y vuelve a sentarse, completamente satisfecho—. ¡Un brindis, por favor! Este momento merece ser celebrado. —Alza la voz,

llamando al camarero—. ¡Camarero, cuatro copas de su mejor champán!

Adrian y Dante se limitan a reír, relajados, mientras yo observo incrédulo cómo Víctor no ha madurado ni un solo día desde los dieciocho años.

—¡Por la amistad y las niñeras atractivas! —Víctor celebra, seguido inmediatamente por Dante y Adrian, todos brindando con entusiasmo.

Lo único en lo que puedo pensar en ese instante es que había acordado con Clara que se mudaría hoy mismo, para ser presentada formalmente como parte del personal.

¿Ya estará en mi casa?

14

Clara Salgado

Nunca imaginé que podría sentir una diferencia tan grande con solo cruzar una puerta. La casa de los D'Ávila es como un mundo aparte, un universo de calma donde el caos de mi vida no puede entrar. Pero el caos no se quedó afuera; entró conmigo, dentro de mí, impregnando cada pensamiento sobre lo que hago aquí.

La habitación que me han dado es más grande que cualquier espacio que haya llamado hogar. Una cama demasiado grande para una sola persona, sábanas de algodón que parecen nubes y un armario entero lleno de ropa nueva. Los llaman uniformes, pero los cortes impecables y los tejidos suaves cuentan otra historia. No es ropa de trabajo, es ropa para sentirse como alguien que nunca he sido.

Doy un paso vacilante hacia el armario y paso los dedos por un vestido azul de tela suave. No tiene etiquetas, pero noto el precio con solo tocarlo. No sé cómo alguien puede pensar que esto es un uniforme, pero sé que no estoy en el lugar adecuado para cuestionarlo. Vuelvo a dejar el vestido en la percha y respiro hondo.

Antes de que el miedo se apodere de mí, abro mi cuaderno y comienzo mi rutina diaria. "Hoy estoy agradecida por...". Escribo con letra pequeña y cuidada: "Una habitación propia. Sábanas suaves. Una casa tranquila. La oportunidad de formar parte de algo más grande". Siempre hay algo por lo que estar agradecida. Mi madre solía decir que la gratitud transforma hasta los días más difíciles y, a pesar de todo lo que he vivido, sigo creyéndolo.

El sonido sordo de una risa me distrae. Probablemente el personal. Han sido muy amables conmigo; tanto, que me siento algo desconcertada. Me han repetido tres veces: «si necesitas algo, solo tienes que pedirlo». Como si fuera así de fácil.

La puerta se abre con un suave golpe antes de que pueda contestar. La señora Helena, la madre de Gabriel, entra con la tranquila elegancia de alguien que parece no haber corrido por nada en su vida.

—Perdona que te moleste, cariño. Quería despedirme antes de irme —dice con una cálida sonrisa.

—Por supuesto, señora Helena. —Intento sonar tranquila, pero mi voz sale un poco vacilante. Su presencia tiene un peso suave, pero a la vez intimidante.

Se acerca, cogiendo mis manos entre las suyas.

—Clara, estoy tan feliz de que estés aquí. Sé que Thiago es difícil, pero creo que eres la persona adecuada para él. —Hace una pausa, y su sonrisa se suaviza—. Y también para Gabriel. Puede que no lo demuestre, pero necesita cuidados tanto como el chico.

Siento que me arden las mejillas, pero sonrío en respuesta.

—Haré lo que pueda. Lo haré lo mejor que pueda.

—Sé que lo harás. —Me aprieta las manos antes de soltármelas—. Me voy tranquila porque dejo a mis hijos en buenas manos.

Me da un breve pero reconfortante abrazo antes de marcharse. La habitación parece quedar aún más vacía después de que se marcha. Respiro hondo y escribo otra línea en mi cuaderno: "Su confianza en mí".

Suelto un suspiro, con el peso de sus palabras aún suspendido en el aire. «Mis hijos». Esa expresión me aprieta el pecho de una forma que no puedo explicar.

Aparto el pensamiento y me acerco a la ventana. Gabriel dice que está muy ocupado con el trabajo, pero no puedo evitar la sensación de que me ha estado evitando desde entonces. Acordamos ser amables después de firmar el contrato, y se mostró educado, incluso amable, pero distante. Una parte de mí piensa que debería estar agradecida por ello. Después de todo, un jefe ausente

facilita las cosas. Pero otra parte... otra parte tonta le echa de menos. Como si fuera posible echar de menos a alguien que apenas conozco.

Soy una tonta.

Bajo las escaleras y encuentro a Thiago en el salón. Está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, observando atentamente los dinosaurios en miniatura que hemos colocado sobre la mesa. Es parte de una actividad para ayudarlo con la feria escolar. Cada alumno tiene que presentar algo relacionado con un tema histórico, y Thiago eligió los dinosaurios. O mejor dicho, decidió que su trabajo será "el mejor sobre dinosaurios que se haya visto en la escuela".

—¿Empezamos con los nombres de los dinosaurios? —pregunto, sentándome a su lado. Señalo una de las miniaturas—. ¿Sabes quién es este?

Thiago levanta una ceja, un gesto que parece ensayado. Claramente está intentando imitar a su padre en todo, incluida su seriedad.

—Claro que lo sé. Es el Tiranosaurio Rex —responde con una pausa dramática—. Y no es solo carnívoro, es un depredador supremo.

—Ah, un depredador ápice, ¿eh? —contengo la risa, manteniendo el tono serio—. ¿Sabes lo que significa eso?

Él duda, frunciendo el ceño. Está claro que no lo sabe, pero intenta mantener la pose.

—¿Significa… que él es el jefe? —pregunta, con confianza vacilante.

Me río suavemente, pero no de una forma que lo haga sentirse pequeño.

—Más o menos. Significa que está en la cima de la cadena alimenticia. No tiene depredadores naturales. Pero, ¿sabes qué pienso? Eres muy inteligente, pero no tienes que ser tan competitivo todo el tiempo.

Él pone los ojos en blanco, claramente aburrido con la idea.

—No soy competitivo. Solo me gusta ganar.

—Entonces ganaremos juntos —le digo sonriendo—. ¿Qué te parece si hacemos un escenario para Rex? Algo realmente asombroso para impresionar a todos en la feria.

Thiago me mira durante un momento, como decidiendo si mi idea es lo suficientemente buena. Finalmente, acepta con una breve inclinación de cabeza y nos ponemos a trabajar. Utilizamos cajas de cartón y pinturas para crear montañas y árboles, y luego él coloca estratégicamente a los dinosaurios.

—Rex tiene que estar aquí, en la cima. Él es el ápice, ¿recuerdas? —dice, señalando seriamente el lugar más alto del escenario.

Estamos tan concentrados que apenas nos damos cuenta de que Gabriel está de pie en la puerta, observándonos. Cuando finalmente levanto la vista, nuestros ojos se encuentran. Hay algo en su mirada, algo difícil de descifrar. Quizás sorpresa. Tal vez… ¿admiración?

—Parece que se están divirtiendo —comenta Gabriel, entrando en la habitación. Su voz es profunda pero firme, con un tono que casi suena como aprobación.

Thiago se gira hacia su padre, emocionado.

—Clara dijo que Rex es un depredador ápice. Que no tiene depredadores naturales. ¿Lo sabías?

Gabriel sonríe, y algo en su rostro parece relajarse.

—Claro que lo sabía. Y parece que tienes una buena maestra.

Él me mira, y la calidez de su mirada hace que se me revuelva el estómago. Intento devolverle la sonrisa, pero siento que se me calientan las mejillas.

Gabriel aparta los ojos del escenario y se acerca, agachándose junto a Thiago.

—Entonces, ¿cuál es el plan para Rex? —pregunta con un interés genuino que parece sorprender incluso a Thiago.

Thiago se endereza, adoptando una postura casi profesional.

—Protegerá su territorio, por supuesto. Aquí arriba, en la cima. Y los otros dinosaurios… bueno, saben que no deben meterse con él.

Gabriel arquea una ceja, claramente divertido.

—Parece una buena estrategia. Pero, ¿has pensado en lo que va a comer? De nada sirve ser el ápice si no hay nada para cenar.

Thiago frunce el ceño, considerando el argumento. Observa el paisaje de forma crítica y noto que se está tomando en serio lo que ha dicho su padre.

—Podría poner algunos… algunos herbívoros aquí, tal vez. —Señala una parte baja del escenario y luego me mira—. Pero necesito saber cuáles serían mejores. ¿Lo sabes, Clara?

—Averigüémoslo juntos —respondo, encantada de que me pida mi opinión—. Podríamos poner aquí un Triceratops. Son herbívoros, pero también pueden ser muy defensivos, lo que supone un mayor desafío para Rex.

Thiago asiente, y Gabriel observa la interacción en silencio, como si estuviera presenciando algo nuevo desarrollarse frente a él. Luego toma una de las miniaturas de la mesa y la coloca junto a Rex.

—¿Y qué opinas sobre esto, Thiago? Quizá Rex necesite un aliado, alguien que lo ayude a proteger su territorio. —Mantiene su tono casual, pero hay una suavidad en su voz que no esperaba.

Thiago lo mira pensativo.

—Pero él no necesita aliados. Es Rex, papá. Puede encargarse de todo solo.

Gabriel ríe suavemente, sacudiendo la cabeza.

—Quizá tengas razón. —Se levanta, ajustándose las mangas de la camisa—. Pero a veces incluso Rex necesita ayuda, ¿sabes?

Thiago no responde de inmediato, pero hay algo en su expresión que indica que está considerando esas palabras. Yo también. Gabriel da un último vistazo al escenario y luego hacia mí.

—Buen trabajo. Parece que esta presentación será todo un éxito.

—Claro que lo será —responde Thiago, lleno de confianza—. Porque voy a ganar.

—No es una competencia, Thiago —le digo, intentando contener la risa.

—Todo es una competencia, Clara. —Me mira con la intensidad de un adulto, pero su tono sigue siendo lo

suficientemente infantil como para resultar gracioso.

Gabriel se ríe suavemente al fondo y yo pongo los ojos en blanco, divertida. Mientras él se aleja hacia la puerta, algo me hace seguirlo con la mirada, como si quisiera aferrarme a ese momento por un poco más de tiempo. No sé exactamente qué es, pero es como si su presencia hubiera calentado el ambiente. O quizá solo sea el calor en mis mejillas que aún no desaparece.

Thiago me llama para regresar al proyecto, señalándome otra parte del decorado, y yo vuelvo al trabajo. Pero en el fondo de mi mente permanece grabada la imagen de Gabriel junto a su hijo, riendo y participando activamente. Y por más que lo intento, no puedo evitar pensar en cómo sería… si esto pudiera durar.

15

Gabriel D'Ávila

Mis mañanas solían comenzar con caos. Thiago gritando porque no le gustan sus cereales. La niñera —quienquiera que fuese esa semana— intentando calmarlo, mientras los platos chocaban en el fregadero y yo estaba encerrado en mi despacho fingiendo no escuchar nada. Esa era mi normalidad, una especie de guerra constante que yo había aceptado como inevitable.

Pero hoy, como todos los días desde que Clara llegó, todo es diferente. No hay gritos resonando por los pasillos, ni portazos, ni juguetes volando por la habitación. Solo voces. Y risas.

Dejo de teclear y escucho casi sin querer. Es la risa de Thiago. Hacía tanto tiempo que no la oía que me pregunto si realmente es él. Me levanto, intrigado, y abro la puerta del despacho lo suficiente para escuchar mejor.

—¡Rex no necesita desayunar! —La voz de Thiago resuena, llena de desafío.

—Puede que Rex sea el depredador supremo, Thiago, pero ¿sabes lo que les pasa a quienes no desayunan? —replica Clara con un tono calmado y ligeramente provocador.

—¿Qué? —pregunta él con desconfianza.

—Se quedan sin energía y terminan convirtiéndose en comida para el siguiente dinosaurio que pase. —Clara debe estar cruzándose de brazos en este momento, y aunque no puedo verla, imagino perfectamente la ceja arqueada acompañando su comentario.

El silencio que sigue es casi cómico.

Thiago responde con un gruñido de resignación, y el sonido de la cuchara golpeando el cuenco indica claramente quién ha ganado esta ronda.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír levemente. Clara tiene un modo de actuar que ninguna otra niñera tuvo jamás. Ella no pelea ni cede terreno fácilmente. Simplemente entiende a Thiago, y él responde a eso como nunca antes ha respondido a nadie.

No sé si eso me tranquiliza o me molesta.

Me quedo un momento en el pasillo, decidiendo si debo salir de la oficina. Es temprano y la idea de ir a desayunar con ellos me parece, como mínimo, incómoda. Sin embargo, hay algo en la manera en que Clara trata a Thiago que me intriga profundamente. Al final, decido aparecer como si nada.

Cuando entro en la cocina, ambos están sentados a la mesa. Thiago come sus cereales —los mismos a los que declaraba la guerra cada mañana— y Clara está a su lado, sosteniendo una taza de té. Al verme, levanta la mirada, y algo se enciende en sus ojos antes de bajarla rápidamente hacia Thiago.

—Buenos días —digo, con la voz más suave de lo esperado. Mi presencia parece fuera de lugar, casi como si estuviera invadiendo algo privado.

Thiago me mira con satisfacción.

—Papá, Clara dice que si no desayuno me convertiré en comida para dinosaurios. —Hincha el pecho—. Y Rex jamás se convierte en comida.

—Parece una teoría razonable —respondo, tomando una taza del armario y sirviéndome café.

Clara sonríe ligeramente, pero mantiene la vista fija en su té, como si no quisiera llamar mi atención.

Me siento a la mesa y, por un instante, el silencio resulta cómodo. O casi. Puedo sentir a Clara frente a mí; noto cómo juega distraídamente con el asa de la taza, cómo le cae el cabello sobre el rostro y lo acomoda detrás de la oreja. Pequeños gestos que, por alguna razón, no logro ignorar.

—¡Voy a cambiarme! —anuncia de repente Thiago, saltando de la silla—. ¿Crees que me queda mejor la camisa azul o la blanca, Clara?

—Azul, sin duda —responde ella sonriendo.

Thiago sube corriendo las escaleras, y ahora estamos solos. Clara espera unos segundos antes de mirarme. Lo que veo en su rostro es una mezcla entre nerviosismo y determinación.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice, mientras sus dedos trazan lentamente el borde de la taza.

Levanto una ceja, tomando un sorbo de café.

—Adelante.

—Es sobre la feria del colegio. —Hace una breve pausa y toma aire antes de seguir—. Sé que normalmente no participas en estas cosas, pero sería muy importante para Thiago que asistieras. Ha trabajado mucho en su proyecto.

Inclino ligeramente la cabeza, observándola, sin poder evitar que una leve sonrisa se asome a mis labios.

—¿Importante?

Parece confundida, como si no esperase mi reacción. Sus ojos se abren por un instante antes de sacudir suavemente la cabeza.

—Solo quería decir que... Bueno, los otros padres estarán allí, y creo que significaría mucho para él.

La sonrisa en mi rostro se amplía antes de que pueda evitarlo.

—¿Qué clase de monstruo crees que soy, Clara? ¿De verdad piensas que necesitas tanto drama para invitarme a ver a mi propio hijo?

Ella se sonroja intensamente y vuelve a fijar la vista en su té.

—No quise decir eso, es solo que... pensé que dirías que no.

—Pues te equivocaste. —Cruzo los brazos, relajando mi postura—. Puedes pedirme lo que quieras, Clara. Lo peor que podría suceder es que te diga que no.

Levanta la vista sorprendida. Por un momento, nuestras miradas se encuentran, y algo parece cambiar en el aire entre nosotros. No hay sonido, no hay movimiento, solo sus ojos anclados en los míos. Siento que algo me atrapa allí, algo que parece un desafío y, al mismo tiempo, una invitación.

Siento el calor subir lentamente por mi cuerpo, un calor que nada tiene que ver con el café caliente en mi mano. No es la primera vez que noto que sus ojos brillan de manera diferente, pero ahora, con el silencio que nos envuelve, me resulta imposible desviar la mirada. Hay una dulzura que intenta ocultar, pero también algo más, algo que me hace desear atravesar esta maldita mesa y descubrir exactamente qué es.

Clara se humedece los labios en un gesto pequeño, casi imperceptible, pero suficiente para provocar un incendio en mi interior. Es un movimiento inconsciente, sutil, pero mi mirada lo sigue hipnotizado.

Debería decir algo. Cualquier cosa. Un comentario casual que rompiera esta tensión absurda que no debería existir. Pero no puedo. Mi cuerpo está en alerta, cada parte de mí grita que mire a otro lado, que me levante, que me vaya.

Pero no me muevo. Ella tampoco.

El tiempo parece extenderse, y cuanto más dura el silencio, más fuerte es la sensación de que algo nos atrae inexorablemente. Algo inevitable y peligroso. Respiro profundamente, intentando controlar el calor que invade mi piel, pero solo puedo captar su aroma: algo suave, limpio y absolutamente embriagador.

Finalmente, Clara rompe el contacto visual bajando la mirada hacia su taza, como si buscara un refugio. Debería sentir alivio, pero la tensión en mi pecho no hace más que aumentar. Cuando ella vuelve a mirarme, todo lo que intento mantener bajo control amenaza con romperse en pedazos.

Me levanto bruscamente antes de decir o hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

—Voy a cambiarme.

Clara asiente, y cuando me giro para marcharme, todavía siento su mirada clavada en mi espalda, como si tuviera algo que decir, pero no supiera cómo hacerlo.

***

En la escuela de Thiago hay tanto ajetreo como en un hormiguero. Niños corren de un lado a otro, padres susurran entre sí, y todo parece un caos organizado de esos que siempre me incomodan.

Thiago entra en la sala llevando su típico aire de responsabilidad excesiva. Sostiene cuidadosamente la maqueta de dinosaurios, pero su mirada alerta revela que está preparado para cualquier enfrentamiento.

Un chico mayor se acerca mientras Thiago busca una mesa para colocar su proyecto y susurra algo a su amigo, señalando a mi hijo. Poco después, el niño más grande lo empuja ligeramente, provocándolo.

—Oye, ese es mi sitio —dice el chico, cruzándose de brazos y señalando el lugar que ocupa Thiago. Su tono es más petulante que agresivo.

Thiago aprieta la maqueta contra su pecho, sin inmutarse.

—Aquí no hay ningún nombre —responde con firmeza, sin elevar la voz. Sus ojos se estrechan desafiantes mientras mantiene su posición frente al chico.

El otro niño da un paso adelante, ladeando la cabeza.

—Siempre crees que puedes hacer lo que quieres. No le agradas a nadie.

Thiago aprieta aún más la maqueta, tensando la mandíbula. Da un paso adelante, intentando parecer más alto de lo que es.

—Y tú siempre hablas demasiado. —Su voz es tranquila, pero cargada de irritación.

El chico se ríe, claramente divertido por la incomodidad de Thiago.

—¿Qué te pasa? ¿Vas a llorar? ¿O vas a correr con tu papá?

Estoy a punto de intervenir cuando Thiago finalmente explota.

—¡Cállate! —exclama con la cara roja de furia, avanzando un paso más mientras la maqueta se balancea peligrosamente.

Antes de que yo pueda hacer algo, Clara aparece. Camina rápidamente, con una expresión tranquila que contrasta con la tensión del momento. Sin decir palabra, se agacha a la altura de

Thiago y le pone suavemente la mano en el hombro. Es un gesto simple pero inmediato, que comunica claramente: «Estoy aquí». Thiago se detiene al instante.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Clara con voz calmada pero firme, ignorando a los demás niños y las miradas curiosas alrededor. Para ella, en ese instante, solo existe Thiago.

Él sigue respirando rápidamente, pero no retrocede. Sus ojos todavía reflejan irritación, y así responde.

—Nada. —Sacude la cabeza, evitando mirarla—. Tienen envidia porque mi proyecto es mejor.

Clara casi sonríe, pero se contiene. Coloca un mechón de cabello detrás de la oreja antes de hablar.

—Thiago, sabes que Rex no necesita demostrarle nada a nadie, ¿verdad? Él ya es el depredador supremo. Solo muestra quién es cuando realmente es necesario. No gasta energía en herbívoros.

Thiago reflexiona, y poco a poco su cuerpo se relaja. Antes de que la tensión desaparezca por completo, una mujer alta y bien vestida aparece con pasos decididos y una mirada penetrante.

—¡Te dije que no molestaras a mi hijo! —exclama la mujer, inclinándose sobre Thiago e ignorando mi presencia. Cuando veo que su mano se acerca para pellizcar el brazo de Thiago, todo dentro de mí arde, pero Clara interviene primero.

—¡Eh! ¡No lo toques! —Clara se coloca entre Thiago y la mujer. Su voz no es fuerte, pero su firmeza es suficiente para hacer retroceder a la mujer. Suavemente empuja a Thiago detrás de ella, protegiéndolo con su cuerpo.

La mujer la mira sorprendida, aunque rápidamente recupera la compostura.

—¿Quién te crees que eres para decirme qué hacer? —Cruza los brazos con una expresión despectiva—. ¿Sabes con quién estás hablando? ¡Estoy en la junta de esta escuela!

Clara mantiene la calma, aunque sus ojos brillan con intensidad.

—No me importa quién seas. No tienes derecho a ponerle las manos encima.

—Él es el problema —dice la mujer, clavando los ojos en Thiago como si fuera una amenaza—. Y como parte de la junta, te estoy advirtiendo que...

Elijo ese momento para intervenir.

—¿La junta directiva, no? —interrumpo con voz tranquila pero afilada. Los ojos de la mujer se giran hacia mí, y antes de que pueda responder, continúo—: Ya que estamos mencionando cargos, quizás yo también debería sacar el mío. Algo como… fundador y propietario del edificio en el que funciona esta escuela.

La mujer palidece, abriendo y cerrando la boca sin decir nada coherente.

—Eso no cambia el hecho de que tu hijo necesita límites —finalmente consigue decir, aunque con menos convicción.

Antes de que pueda responderle, Clara interviene nuevamente.

—Thiago no estaba haciendo nada malo, solo se defendía. Quizás estás demasiado acostumbrada a ver únicamente lo que quieres cuando se trata de problemas entre niños.

La mujer lanza una última mirada irritada a Clara antes de tomar a su hijo del brazo y alejarse rápidamente hacia el otro lado del pasillo.

El silencio que sigue es incómodo. La respiración agitada de Thiago llena el espacio entre nosotros mientras él baja la cabeza, encogiéndose antes de murmurar:

—Gracias por defenderme. —Hace una pausa, sacudiendo lentamente la cabeza—. Pero... no siempre soy bueno con ese chico. No le agrado porque a veces soy malo con él. A veces soy malo con todos, Clara.

Confiesa como si admitiera algo imperdonable, y el tono de su voz casi rompe mi corazón. Clara se arrodilla frente a él, manteniendo una postura firme, pero con una expresión amable.

—Entonces tal vez deberías disculparte. No tiene que ser ahora, pero sí cuando estén solos. —Su voz es suave, pero tiene la fuerza suficiente para captar su atención—. Nadie vive completamente solo, Thiago. Ni siquiera Rex. Todos necesitamos amigos y personas que nos quieran. No tienes que agradarle a todos

ni fingir que te agraden, pero alejar a las personas y tratarlas mal siempre es la peor opción.

Ella hace una pausa, esperando ver si realmente él la escucha. Thiago levanta la mirada, frunciendo ligeramente el ceño, y Clara continúa con delicadeza.

—Sabes, Rex puede ser el depredador supremo, pero incluso él necesita mostrar respeto hacia los demás dinosaurios.

Thiago queda pensativo unos segundos, apretando ligeramente los labios mientras lucha con esa idea. Finalmente, se encoge de hombros y muestra una pequeña sonrisa.

—Sé que no está bien. ¿No vas a regañarme?

Clara inclina un poco la cabeza, sonriendo de manera cálida y comprensiva.

—Estoy segura de que a partir de ahora lo harás mejor. Eres inteligente y educado. No necesito regañarte, ¿verdad?

Thiago sacude inmediatamente la cabeza, levantando la barbilla orgullosamente.

—No. Claro que no. Ya soy casi grande, Clara.

Ella se ríe suavemente, sin burlarse de él.

—Entonces está decidido. Quiero que me cuentes todas las disculpas que has pedido a quienes trataste mal. Una por una.

Thiago entrecierra los ojos, reflexivo.

—Pero... ¿qué pasa con las personas a quienes no quiero pedir disculpas?

—Esas no —responde ella con naturalidad, dándole espacio para decidir qué es importante.

Él vuelve a pensar, pero esta vez con una expresión más relajada.

—Muy bien. Haré una lista. Pero, Clara... En dos años cambiaré de escuela y quizás sea más fácil dejarlo así y hacer amigos en la siguiente escuela. ¿Qué opinas?

Clara no puede evitar reírse suavemente. El sonido es ligero y sincero; ni siquiera Thiago parece ofendido.

—Me parece muy astuto de tu parte, pero no muy inteligente.

Thiago arquea una ceja, listo para discutir.

—¿Me estás llamando tonto?

Clara sonríe, negando pacientemente con la cabeza.

—Claro que no. Te lo explicaré mejor en casa.

Se quedan en silencio un momento; es de esos silencios que no resultan incómodos, sino llenos de entendimiento. Thiago respira hondo y mira al suelo como si estuviera tomando una decisión importante.

—Sabes, Clara... —Vuelve a levantar la mirada, con el semblante más relajado—. Creo que no soy Rex después de todo.

Clara inclina ligeramente la cabeza, sorprendida, pero mostrando una sonrisa expectante.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién es Rex?

Él se endereza, y una sonrisa aparece en su rostro.

—Creo que Rex es mi padre. Él es el verdadero depredador supremo.

Su respuesta es tan inesperada como sincera, y Clara suelta una carcajada. Por un instante, hasta yo me sorprendo sonriendo al escucharlo. Este momento extrañamente íntimo, pese a que estamos rodeados de gente, solo se ve interrumpido por el anuncio de que las presentaciones están por comenzar.

El acto transcurre lento y predecible. Clara y yo estamos uno al lado del otro cuando llega el turno de Thiago. Él habla con entusiasmo sobre los dinosaurios, explicando con detalle cada elemento del escenario que construyó. Resulta imposible no notar el esfuerzo que puso en ello. Hay algo cautivador en la forma en que toma el control, señalando cada detalle como si fuera un pequeño experto.

Cuando llega la entrega de premios, noto la emoción brillar en sus ojos. El presentador anuncia el tercer lugar y él se relaja confiado. Pero cuando se anuncia el segundo puesto y escuchamos su nombre, esa chispa se desvanece. Sube al escenario para recibir su medalla, pero la sostiene como si fuera un castigo y no un premio. Sus ojos permanecen fijos en el suelo mientras los demás aplauden.

Cuando regresa hacia nosotros, tiene los labios apretados y la mandíbula tensa. No dice nada, pero su decepción es evidente en cada movimiento.

—El segundo lugar está muy bien, Thiago —le digo, poniendo una mano firme en su hombro.

—Claro que no, papá. El segundo lugar no es un ganador. El segundo lugar es para débiles.

—He quedado segundo varias veces en la vida, Thiago. No es algo malo; si lo fuera, no te darían una medalla.

Me mira dubitativo, con sospecha.

—¿Tú? —Levanta una ceja, claramente incrédulo—. ¿Qué has perdido tú?

Me permito una leve sonrisa, manteniendo la calma.

—No siempre ganamos, Thiago. A veces las cosas no salen como queremos, pero lo que importa no es el lugar en el que quedaste, sino cuánto esfuerzo pusiste para lograrlo. —Hago una pausa, asegurándome de que realmente me esté escuchando, intentando adoptar algo del tono de Clara—. Y hoy hiciste algo increíble. No creo que nadie hubiera podido hacerlo mejor. Así que, para mí, tú eres el verdadero ganador.

Thiago duda, mirando la medalla que sostiene en sus manos. Parece querer creerme, pero todavía no está convencido del todo.

Clara se inclina hacia él, sonriendo con suavidad, con ojos llenos de aprobación.

—¿Qué te pareció la presentación de Luana, Thiago?

Thiago la mira por un instante y luego a mí, pensativo.

—Fue increíble —admite finalmente.

—Exactamente. Las tres presentaciones fueron increíbles. Y las tres fueron premiadas. Quizás solo algunos profesores prefirieron los volcanes en lugar de los dinosaurios. Y eso también está bien.

Thiago respira hondo y asiente lentamente, aún algo reticente, pero claramente menos abatido.

—Eso tiene sentido —murmura, sujetando la medalla con menos tensión.

Clara me dirige una mirada que percibo llena de aprobación, algo que me toma por sorpresa y me produce una sensación inusual.

—¿Qué tal si vamos a celebrar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad? —sugiero, más para romper la tensión que otra cosa. Mi voz suena inesperadamente suave.

Clara arquea ligeramente las cejas, sorprendida. Thiago, en cambio, no pierde el tiempo.

—¿Puedo pedir un postre triple?

Me río, negando con la cabeza.

—Claro que sí. Hoy puedes pedir lo que quieras, campeón.

Finalmente, la sonrisa de Thiago reaparece, y por un instante el peso de haber quedado segundo parece completamente olvidado.

16

Clara Salgado

El coche se desliza suavemente por las calles de la ciudad, y cada kilómetro que recorremos despierta aún más mi curiosidad. El mejor restaurante de la ciudad. Cuando Gabriel gira en dirección al club, reconozco inmediatamente la imponente fachada y una sonrisa involuntaria asoma a mis labios.

—¿El restaurante está en tu club? —pregunto, intentando ocultar el tono divertido en mi voz.

—Por supuesto —responde, sonriendo con su habitual confianza.

—De tal palo, tal astilla, ¿no? —comento, lanzando una mirada cómplice a Thiago, quien se ríe como si hubiera recibido un cumplido personal.

Mientras bajamos del vehículo, me quedo mirando el edificio. No hace ni un mes que estuve aquí por primera vez, desesperada y llena de incertidumbre. Es extraño pensar en lo rápido que ha cambiado todo. Todavía recuerdo mi primer —y último— turno en la tercera planta, sirviendo whisky caro y repartiendo puros. Parecía otro mundo, y nunca habría imaginado que tan pronto me invitarían a cruzar esas mismas puertas de una forma completamente distinta.

—¿Clara? —Gabriel me saca de mis pensamientos, y me doy cuenta de que él y Thiago ya están unos pasos delante de mí. Me apresuro a seguirles, sintiendo que mis mejillas se calientan ligeramente por la distracción.

El aparcacoches nos recibe educadamente y pronto entramos en el club. El ambiente lujoso no ha perdido su impacto desde la

primera vez que lo vi, pero ahora, mientras caminamos hacia el restaurante, noto algo distinto. Hay un confort inesperado, quizá porque esta vez no soy simplemente una empleada de paso.

Un camarero perfectamente vestido nos guía a una mesa con vistas impresionantes de la ciudad. Después de sentarnos, deja hojas en blanco y bolígrafos delante de nosotros, lo que hace que frunza el ceño con curiosidad.

—¿Esto es… el menú? —pregunto, mirando intrigada a Gabriel.

Él se recuesta en la silla, cruza las manos sobre la mesa y esboza una sonrisa casi divertida.

—No, aquí no hay menús. La idea es que pidas lo que quieras. Cualquier cosa, y ellos la prepararán.

Parpadeo varias veces, tratando de procesar lo que acaba de decir.

—¿Cualquier cosa? —repito, incrédula.

—Exactamente, cualquier cosa —confirma, con una sonrisa aún más amplia.

Thiago me da un pequeño codazo, entusiasmado.

—¡Clara, deberías pedir los macarrones con queso y pollo! Son mis favoritos.

—¿Estás seguro? —le pregunto, todavía observando el papel en blanco como si fuera un misterio por resolver.

—¡Es lo mejor! —insiste emocionado.

Gabriel observa todo en silencio, pero hay un brillo particular en sus ojos que me hace evitar mirarlo directamente.

—¿Alguna vez has querido probar algo, pero nunca tuviste la oportunidad? —me pregunta Gabriel con voz tranquila y profunda, pero con una firmeza que no puedo ignorar.

Me quedo un momento en silencio, pensando.

—Mariscos. Siempre tuve curiosidad, pero nunca supe qué pedir.

—Déjamelo a mí —dice, tomando el papel antes de que pueda protestar, y escribe algo rápidamente.

Thiago, mientras tanto, garabatea con entusiasmo. Cuando el camarero recoge los papeles, no puede esperar para contarle.

—Pedí macarrones con queso y pollo. ¡Ah, y también helado! ¿Crees que lo traerán? —le pregunta a Gabriel, con los ojos llenos de expectación.

—Aquí siempre cumplen —le responde Gabriel, con una sonrisa que casi me desarma.

***

Los platos llegan con la puntualidad de un reloj suizo, y la presentación es digna de un programa gastronómico de televisión.

Mi plato es una vibrante mezcla de colores y aromas que despierta mi apetito incluso antes de probarlo. Cuando finalmente lo pruebo, el sabor es tan sorprendente que no puedo contener una exclamación de asombro.

—Esto es… ¡increíble! —exclamo, mirando a Gabriel, totalmente impresionada.

—Lo sé —dice encogiéndose de hombros, pero hay algo en el brillo de sus ojos que indica que le divierte mi reacción.

Thiago está feliz con su plato favorito, devorando cada bocado con una alegría contagiosa. Cuando termina, mira a Gabriel con duda.

—¿Puedo ir a jugar al parque? Prometo que no tardaré.

—Adelante —le responde Gabriel, haciendo un gesto relajado. Cuando hago ademán de levantarme para seguirlo, él levanta la mano, deteniendo mi movimiento—. Está seguro. El parque está vigilado y todo el mundo aquí lo conoce.

Dudo un poco, pero finalmente me siento de nuevo. Mis manos se aferran nerviosamente a la servilleta, sin saber bien qué hacer.

—Relájate, Clara. Parece que necesitas unos minutos para descansar.

Suelto una pequeña carcajada, aunque la sinceridad en su voz me sorprende.

—¿Insinúas que estoy tensa? —pregunto arqueando una ceja, intentando sonar despreocupada.

Él ríe, un sonido bajo, casi ronco, que hace revolver mi estómago.

—Solo digo que deberías relajarte un poco. Aunque llevas pocas semanas haciendo magia con Thiago, sé que es un trabajo exigente.

El silencio que sigue no es incómodo, pero está cargado de algo que no logro identificar. Sus ojos permanecen fijos en los míos, intensos, desafiándome a decir algo.

—Eres peligrosa, Clara —dice de repente con voz baja y grave.

Mi respiración se detiene por un instante.

—¿Por qué?

Él ladea ligeramente la cabeza sin apartar la mirada.

—Porque encantas a todos los que te conocen.

Mi corazón late más rápido, pero hago un esfuerzo por mantener la calma.

—¿Y eso es algo malo?

Desvía la mirada un segundo, pero cuando vuelve, la sonrisa ha desaparecido de sus labios.

—Cuando tengo un contrato que me prohíbe intentar seducirte, lo es.

Siento que mi rostro se enciende, sin saber cómo responder. Él suspira, como si se diera cuenta de que ha ido demasiado lejos.

—Discúlpame, no quería incomodarte.

—No lo hiciste —las palabras escapan de mis labios antes de que pueda controlarlas. Él ladea la cabeza, los ojos clavados en mí, intentando descifrar algo.

—Esto que hay entre nosotros… ¿tú también lo sientes? —pregunta con voz baja, casi en un susurro.

Un calor abrasador sube a mis mejillas. No me atrevo a mirarlo directamente, así que desvío la vista hacia el mantel, hacia la servilleta que retuerzo entre mis dedos, hacia la ventana. Todo parece más seguro que sostener el peso de su mirada.

—No deberíamos —susurro finalmente, con una voz que suena más débil de lo que quisiera. Hay verdad en mis palabras, pero también un temor que no puedo ocultar—. No deberíamos.

Las palabras quedan flotando entre nosotros, y el silencio que sigue parece más fuerte que cualquier conversación alrededor. Mi corazón late con fuerza, como si intentara escapar de algo inevitable.

Gabriel suelta un suspiro corto, lleno de algo que no logro descifrar. Cuando levanto los ojos hacia él, noto la tensión en su rostro: los labios apretados, la mandíbula rígida, sus dedos recorriendo lentamente el borde de la mesa, como si necesitara aferrarse a algo firme.

—No deberíamos —dice al fin, tan serio como la mirada que me dirige—. Pero no puedo ser el único a quien le resulta tan difícil resistirse.

Siento que mi respiración se corta un momento. No está bromeando, ni tampoco intenta aligerar la situación. Es simplemente una constatación, dicha con una sinceridad tan cruda que me hace querer retroceder y avanzar al mismo tiempo.

—Gabriel… —empiezo a decir, pero no sé cómo continuar. No hay una forma fácil de salir de esta situación.

Mis manos aprietan la servilleta en mi regazo. ¿Qué puedo responderle? ¿Cómo admitir que siento exactamente lo mismo, cuando no debería, cuando no puedo permitírmelo?

Él se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, y por un instante parece que el mundo alrededor se desvanece.

—Para mí también es complicado, Clara, mucho más de lo que imaginaba, pero por el bien de nuestra relación laboral y, sobre todo, por el bien de Thiago, necesitamos evitar complicaciones.

—Lo dices como si fuera fácil, Gabriel. No lo es para mí —respondo en voz baja, sorprendida por mi propia franqueza.

—Por el bien de Thiago… —repite él lentamente, con los ojos aún clavados en los míos, aunque siento que quizá intenta convencerse más a sí mismo que a mí.

Asiento con lentitud, incapaz de romper el contacto visual, atrapada en la intensidad de su mirada.

—Lo intento —añade con voz firme, y en su tono hay algo que parece una advertencia… o tal vez una promesa.

El silencio se prolonga un instante más, hasta que finalmente soy yo quien aparta la vista, incapaz de sostener tanta intensidad. Y aun así, lo siento cerca, demasiado cerca, aunque no se ha movido de su lugar.

—Lo intento —repite una vez más, y siento cada sílaba acariciarme la piel como si escuchara su voz por primera vez

17

Clara Salgado

La puerta principal se cierra con un suave chasquido y Thiago ya está corriendo por el pasillo con la mochila colgada a la espalda. Le sobra energía, como siempre, y se dirige directamente a la cocina. Le sigo, riendo por lo bajo mientras dejo la mochila en un rincón de la habitación.

—Clara, ¿puedo ayudarte a cocinar hoy? —pregunta, acercando ya el taburete a la encimera, sin esperar respuesta.

La cocina está cálida por el olor a ajo y hierbas, y Marta, la cocinera, remueve una olla grande en el fogón. Cuando ve entrar a Thiago, se detiene en seco y arquea las cejas.

—¿Ayuda? —repite, como si la palabra fuera completamente nueva—. Creo que la he oído mal.

—¡Voy a ser el jefe! —anuncia Thiago, subiéndose al taburete y mirándome como si esperara aprobación.

—De acuerdo, jefe. Pero solo si prometes no volcar nada —digo riendo.

Thiago empieza a remover un cuenco con masa de pan; sus pequeñas manos luchan por mezclar los ingredientes. Marta se ríe, sacudiendo la cabeza mientras le observa.

—Este chico nunca había puesto un pie aquí antes. ¿Ahora está removiendo masa? Clara, estás haciendo milagros.

—En absoluto, sólo tiene curiosidad —respondo, guiñándole un ojo a Thiago, que sonríe orgulloso.

Marta deja lo que está haciendo por un momento, apoya las manos en la cintura y me observa con una cálida sonrisa.

—Milagros, digo yo. Esta casa no ha estado tan iluminada desde… bueno, desde que tengo uso de razón. —Hace una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Espero que se quede mucho tiempo, señorita. Ya ha cambiado mucho las cosas por aquí.

Se me calienta la cara, pero consigo sonreír. Antes de que pueda decir nada, Thiago me interrumpe con un grito:

—¿Está listo? ¿Está listo? ¡Quiero meterlo en el horno!

—Cálmate, Rex, el depredador supremo necesita paciencia para cazar —bromeo, ayudándole a dejar el cuenco sobre la encimera. Se ríe y hace una exagerada pose de dinosaurio, lo que hace que Marta asienta con la cabeza cariñosamente.

Cuando terminamos, Marta nos mira a Thiago y a mí con una sonrisa que mezcla orgullo y diversión.

—Mejor disfrutarlo mientras el Sr. Anton no esté aquí todavía. Pero hoy vuelve de vacaciones, y cuando lo haga, querrá saber quién le ha estropeado la cocina —dice riendo—. Ese hombre dirige esta casa como una fortaleza.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Todavía no he superado la cara de pánico que puso cuando Gabriel le dijo que se tomara unas semanas de vacaciones.

—Seguro que ni se acordaba de cuándo fueron las últimas, pero la verdad es que se quedó en casa de la señora Helena, así que no debió descansar mucho. Es como una sombra cuando ella está cerca. Siempre anticipándose a todo lo que pueda necesitar.

—Quizá tenga grandes historias que contar.

—Ay, chica, va a flipar cuando vea este sitio. No se va a creer que esta casa ya no parezca un manicomio —Marta sacude la cabeza, como si ya se estuviera imaginando la reacción del mayordomo.

Thiago, que estaba comiendo lo que quedaba de masa, levanta la vista.

—¿Vuelve Anton hoy? —Hace una mueca—. ¡Oh, no! Es un grano en el culo.

—Respeta a tus mayores, Sr. T. Rex —le digo riendo—. Y ahora, vete a ducharte antes de que esté lista la cena. Y límpiate bien esas manos pegajosas.

Thiago duda un segundo antes de correr hacia las escaleras. Marta lo observa, sonriendo.

—Desde que llegaste, Clara, hasta el Sr. Gabriel ha cambiado. Casi nunca cenaba en casa. Ahora llega puntual casi todas las noches.

—Eso es una exageración, Marta —digo, intentando ocultar el rubor que sube a mis mejillas.

—¿Ah, sí? —Sonríe con picardía, ladeando la cabeza para mirarme—. Te gusta, ¿verdad?

Ahogo una carcajada intentando disimularla, pero sé que mi rubor no me ayuda.

—¡Marta! Eso… eso es absurdo.

Enarca una ceja, desafiando mi respuesta.

—¿Por qué? Porque te mira como un hombre mira a una mujer. Y a ti… bueno, parece que te gusta, aunque no estés segura.

—Creo que estás dejando que se queme la cena porque estás demasiado ocupada cotilleando —bromeo, intentando cambiar de tema.

—Mentira, la cena está perfecta —se ríe, volviendo a la cocina —. Pero bueno, lo entiendo. La vieja te dejará en paz… por ahora.

Antes de que pueda contestar, se abre la puerta trasera y Samuel, el jardinero, entra con una sonrisa radiante. Sostiene un improvisado ramo de flores frescas, sus fuertes brazos aún sucios de tierra.

—Clara, mira lo que te he traído. ¡Flores de nuestro jardín!

—Samuel, ¡son preciosas! —le digo sonriendo mientras me levanto para recoger el ramo. Le doy un cálido abrazo y un ligero beso en la mejilla—. Gracias, son perfectas.

—De nada. Te las mereces —dice con una sonrisa genuina.

Un sonido grave procedente del pasillo desvía mi atención. Me doy la vuelta y casi se me para el corazón.

Gabriel está allí, medio oculto por las sombras, pero su mirada es intensa. No sé cuánto tiempo lleva observándonos, pero hay algo oscuro en su expresión.

—Buenas noches, Samuel —dice, con voz grave pero cortante —. ¿Es eso lo que haces en horas de trabajo? ¿Coquetear con mis

empleados?

Samuel se queda inmóvil un momento, claramente sorprendido por el comentario. Pero luego se ríe, tratando de aligerar el ambiente.

—No es nada de eso, señor. Lo siento, señor. Es que a Clara le encantan estas flores, así que quería dárselas porque se las merece. Todo muy respetuoso, señor.

—Estoy seguro de que se las merece —replica Gabriel, con un tono aún más cortante. Da un paso hacia delante, y aunque Samuel mantiene la sonrisa, su incomodidad es evidente.

—Bueno, me vuelvo al invernadero. Buenas noches. —Samuel se apresura a salir; el peso de la presencia de Gabriel le acompaña hasta la puerta trasera.

En cuanto Samuel desaparece, el silencio en la cocina es abrumador. Gabriel permanece inmóvil, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en mí. Sujeto las flores con fuerza, intentando no parecer culpable por algo que claramente no he hecho.

—No tenías por qué hablarle así —digo, rompiendo por fin el silencio. Mi voz suena más firme de lo que esperaba.

Gabriel inclina ligeramente la cabeza, su mirada llena de algo que no puedo descifrar.

—¿No? Quizás no te diste cuenta, pero estaba siendo… muy educado.

—Sólo estaba siendo amable —digo, sosteniendo el ramo como prueba de la inocencia de Samuel—. No hay nada malo en ello.

—¿No? —Da un paso adelante, y la intensidad de sus ojos me mantiene en mi sitio—. ¿Así que las flores, los abrazos y los besos a mi jardinero forman parte ahora de tu rutina diaria?

—¿Qué insinúas? —pregunto, con la voz un poco quebrada, aunque intento mantener mi mirada fija en la suya.

Se detiene a pocos pasos de mí, con el rostro serio, pero los ojos encendidos por algo que parece ira mezclada con… algo más.

—Digo que quizá deberías tener más cuidado, Clara. No todos los hombres son tan inocentes como parecen.

Se me acelera el corazón. Su tono es acusador, pero hay algo más ahí, algo que me hace querer apartar la mirada, pero no puedo.

—¿Y qué tiene que ver esto contigo? —pregunto, cruzándome de brazos en un débil intento de defenderme.

Gabriel respira hondo, con los ojos fijos en los míos. Mueve la cabeza lentamente, como si intentara controlarse.

—Tienes razón. No tiene nada que ver conmigo. —La frialdad en su voz es casi peor que la intensidad anterior.

—Thiago está en el baño —digo, intentando romper el mal ambiente.

—Estupendo. Iré a verle —responde con frialdad antes de pasar a mi lado, casi rozándome, en dirección a la salida. Antes de desaparecer por el pasillo, lanza sus últimas palabras por encima del hombro—: Quizá deberías invitar a cenar a tu jardinero.

Me quedo allí, sosteniendo las flores, con el corazón latiéndome demasiado deprisa. La cocina, que antes parecía tan acogedora, ahora es fría y pesada. Marta me observa desde los fogones, con las manos apoyadas en las caderas y una sonrisa tan amplia que apenas le cabe en la cara.

—Bueno, bueno… si tenía alguna duda de que el jefe te quería como mujer, ya no la tengo. —Ella sacude la cabeza, riendo —. A ese hombre le muerden los celos, Clara. ¡Mordido! Y me alegro mucho de no estar ciega ni sorda y poder presenciarlo. Me reiré de este momento hasta mi último día.

—¡Marta! —exclamo, con la cara aún más caliente.

—¿Qué vas a hacer? —Ella levanta una ceja, lanzándome una mirada llena de expectación.

Sujeto el ramo con más fuerza, como si fuera un escudo, pero consigo sonreír, incluso cuando el calor se extiende por mi cuello y mi regazo.

—Está claro que voy a tener que subir e invitar a mi jefe a cenar a su propia casa. O se enfurruñará, como suele hacer Thiago cuando no se sale con la suya.

La risa de Marta estalla, fuerte y sincera, contagiándome incluso a mí.

—¡Eres una chica valiente! Pero, mira, tienes razón. Ese D'Ávila es igual que su hijo cuando frunce el ceño. Ve allí, antes de que se encierre en su despacho y diga que está "ocupado".

Me río con ella, negando con la cabeza, pero sabiendo que tiene razón. Me muerdo el labio, sintiendo que el nerviosismo aumenta a medida que la idea de volver a enfrentarme a Gabriel parece más real. Respiro hondo, intentando controlar los latidos de mi corazón.

—Deséame suerte —digo, dándome la vuelta para salir de la cocina.

—¿Suerte? No hace falta. Ya has ganado la partida y ni siquiera te has dado cuenta. —Marta vuelve a reírse, revolviendo la olla—. Anda, antes de que esté lista la cena.

Con eso, salgo de la cocina, el sonido de su risa resonando en las paredes, siguiéndome hasta el pasillo.

***

Me detengo frente a la puerta del despacho de Gabriel, respirando hondo. Marta puede reírse todo lo que quiera, pero no está en mi lugar. Acabar el día con una cena familiar parecía tan sencillo antes de conocerle. Ahora parece una misión imposible. Me froto las manos en el vestido, intentando calmar el torbellino de mi cabeza, y llamo a la puerta.

—Adelante —oigo una voz profunda y seca al otro lado.

Abro la puerta despacio y lo encuentro sentado en su sillón de cuero, con los brazos cruzados y expresión cerrada. El despacho, iluminado únicamente por la luz amarilla de una lámpara, parece más pequeño de lo que es en realidad. Me dedica una breve mirada antes de volver a mirar a la nada.

—Gabriel —empiezo, con la voz más firme de lo que esperaba —, la cena está casi lista. Thiago está esperando.

Enarca una ceja, pero no se mueve.

—Entonces ve a cenar con él. No tengo hambre.

Cierro la puerta tras de mí, cruzándome de brazos.

—No puedes encerrarte aquí cada vez que estés de mal humor. Eso no ayuda a nadie.

—Quizá me ayude —dice secamente, reclinándose en la silla con los brazos cruzados—. Clara, ¿por qué no vuelves a la cocina? Seguro que Samuel tiene más flores para ti.

La sangre me hierve de inmediato. Doy un paso adelante, enfrentándolo directamente.

—¡Samuel estaba siendo amable! —disparo—. No hay nada malo en ello. Pero estás siendo ridículo con tu actitud. Celoso, posesivo e… insoportable.

Se levanta tan rápido que doy un paso atrás, pero él ya está frente a mí, mirándome fijamente.

—¿Celoso? ¿Posesivo? —Su voz es baja, pero cada palabra sale afilada como un cuchillo—. ¿Crees que quiero ser así? Nunca he tenido que competir por nada, y mucho menos por nadie, y ahora… ¡ahora parece que estoy compitiendo en mi propia casa!

—¿Competir? —levanto la voz, llena de incredulidad—. ¡Estás compitiendo solo, Gabriel! Y precisamente por eso dije que debíamos mantenernos alejados. ¡Mira lo que está pasando ahora! Estás creando un problema donde no lo hay.

—¿No? —Suelta una carcajada corta y sin humor—. ¿Crees que es tan sencillo? Te vi con él, Clara.

—¡Por favor! Fue un gesto de amistad, nada más. Y aunque lo fuera, ¿qué tiene que ver contigo? —Mi voz tiembla, pero no puedo contenerme—. No tienes derecho a tratarme así, Gabriel. No eres dueño de nada ni de nadie.

Se acerca otro paso, tanto que puedo sentir el calor que emana de él.

—Lo sé. —Su voz sale ronca, cargada de algo que no puedo descifrar—. ¿Crees que no lo sé? Pero esto… —hace un gesto entre nosotros, sus ojos fijos en los míos—, me está consumiendo.

Mi respiración se detiene. Sus palabras caen sobre mí como un peso insoportable, pero es la intensidad de su mirada la que me hace estremecer.

—Gabriel… —replico, mi tono más alto de lo que pretendía—, precisamente por eso dije que debíamos mantener las distancias. El equilibrio de las cosas se rompe cuando ocurren escenas como esta.

Ladea la cabeza, y se acerca aún más, con los ojos encendidos por una mezcla de frustración y deseo.

—¿Crees que no lo intento? —estalla, su voz baja y tensa—. Lo intento, Clara. Lo he intentado todos los días desde que entraste en esta casa. Pero tú… —se detiene, respirando hondo, como si las palabras fueran demasiado difíciles de pronunciar—. No me lo pones fácil.

Mi corazón se acelera, pero no puedo apartar la mirada.

—¿Hacer qué más fácil, Gabriel? —pregunto, ahora con la voz más baja, casi un susurro.

—Esto. Todo esto. —Hace un gesto vago entre nosotros, pero su mirada es tan intensa que parece quemar—. No tienes ni idea de lo que sentí cuando te vi con Samuel. Cómo me sentí pensando en el día del club, si no hubiera sido yo el primero en declararme… si otro hombre hubiera ocupado mi lugar. Nunca he sentido celos en mi vida, Clara, pero tú… —sacude la cabeza, como si no pudiera creer lo que está diciendo—, me estás enseñando cosas que no quiero aprender.

Sus palabras flotan en el aire y el silencio que sigue es casi asfixiante. Intento decir algo, pero antes de que pueda encontrar mi voz, él da otro paso y la distancia que nos separa desaparece por completo.

—Gabriel… —empiezo, pero mi voz se apaga cuando él se inclina hacia mí.

Sus labios encuentran los míos con una fuerza que me deja sin aliento. El beso es tan repentino como inevitable, como una ola que finalmente rompe después de haber sido contenida demasiado tiempo.

Es un beso lleno de rabia, deseo y necesidad, como si intentara transmitir todo lo que no puede expresar con palabras. Sus manos sujetan mi rostro, firmes pero suaves al mismo tiempo.

Siento que mi cuerpo tiembla, que el calor sube como una ola mientras él tira de mí para acercarme aún más. Sus labios se

mueven con una intensidad que me hace olvidar todo lo demás: dónde estamos, quiénes somos e incluso quién soy yo misma. No puedo controlar el gemido que escapa de mis labios cuando su lengua se desliza junto a la mía, explorando cada rincón de mi boca.

Se aparta un momento, jadeante, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Lo siento —murmura, pero antes de que pueda separarse por completo, le agarro de la camisa y tiro de él hacia atrás.

—No te detengas —mi voz es baja pero firme.

Y no se detiene. Sus labios vuelven a los míos con aún más urgencia, sus manos descienden hasta mi cintura, apretando como si necesitara sentirme entera. Cuando me levanta y me sienta sobre la mesa, todo a mi alrededor desaparece. El mundo se reduce al calor de su cuerpo contra el mío, al sonido de nuestras respiraciones entremezcladas y al deseo palpitante que crece con cada segundo.

Sus labios descienden por mi cuello y sus manos se deslizan por mi espalda. Siento que mis dedos se enredan en su pelo, tirando ligeramente de él, y él gime contra mi piel; ese sonido me hace perder el equilibrio por completo.

Estoy tan absorta en él que apenas escucho cuando llaman a la puerta.

—¿Papá? —La voz de Thiago rompe el aire, inocente.

Gabriel no se aparta inmediatamente. Al contrario, su mano permanece firme en mi cintura, manteniéndome apretada contra él, mientras su cálido aliento roza mi piel.

—Puedes bajar, Thiago, ya voy —responde con voz ronca, y se oyen pasos que se alejan.

Inclina ligeramente la cabeza, con los ojos fijos en los míos, y su lengua se desliza lentamente por mis labios. No es un gesto precipitado ni descuidado; es deliberado, lujurioso y posesivo, como si estuviera marcando su territorio, como si quisiera dejar claro que soy suya.

Un violento escalofrío recorre mi espalda, y el calor explota en mi interior como fuego líquido. Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho, pero lo que realmente me abruma es el latido bajo e insistente que me consume entre las piernas.

La humedad surge, cálida e irresistible, mientras mis músculos internos se contraen con anticipación. Todo mi cuerpo palpita, mis pezones se endurecen contra la tela de mi vestido y cada una de mis células clama por más. El mundo que me rodea desaparece, reducido únicamente a su tacto, al calor que emana de su cuerpo y al sabor que aún tengo en los labios.

Es abrumador. No debería, pero quiero más. Todo en mí grita por más.

Gabriel suspira y apoya brevemente su frente contra la mía antes de separarse lentamente, como si necesitara reunir todas sus fuerzas. Sus labios permanecen tan cerca que siento su cálido aliento en mi boca.

Gabriel me ayuda a bajar de la mesa, sus manos se detienen un poco más de lo debido en mi cintura.

—No ha sido una buena idea —dice, pero una media sonrisa contradice sus palabras.

—Estoy de acuerdo —respondo, sin poder evitar la pequeña sonrisa que también aparece en mi rostro—. Pero… quizá no haya sido tan grave.

Se ríe, bajo y casi ronco, mientras me ofrece la mano.

—Vámonos antes de que Thiago decida subir a buscarnos.

Pero en lugar de soltarme, me acerca repentinamente y sus labios vuelven a estar sobre los míos, firmes y hambrientos, como si no pudiera contenerse. Es un beso diferente al primero: rápido, urgente, imperativo.

Mi mano aprieta instintivamente la suya cuando el calor vuelve a consumirme. Se separa lo justo para susurrarme en la boca, con una sonrisa casi insolente:

—Ahora podemos bajar.

Se da la vuelta y sale del despacho como si nada hubiera pasado, mientras yo me quedo inmóvil un momento, intentando recuperar el aliento y el control.

Me llevo los dedos a los labios, y una única verdad se instala en mi mente:

Habría esperado otros diecinueve años para que mi primer beso hubiera sido con él. Mi corazón sigue latiendo con fuerza, mi

cuerpo todavía tiembla, y sé que ese beso se quedará conmigo para siempre.

Aunque no esté bien.

Aunque esto sólo complique aún más las cosas.

Yo esperaría.

Porque nada, absolutamente nada, podría compararse a ser besada por Gabriel D'Ávila.

18

Gabriel D'Ávila

La mesa está puesta y el aroma de la cena impregna toda la casa. Es una sensación diferente, casi reconfortante; algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Desde que Clara llegó, cenar dejó de ser una formalidad vacía. Ella transforma todo en un acontecimiento casi familiar, aunque llevo años intentando evitar justamente esa idea.

Thiago está en el apogeo de su energía, parloteando sin parar sobre la "misión" de cocinar junto a Marta y Clara. Gesticula como si estuviera en medio de una conferencia importantísima, describiendo cada detalle con entusiasmo.

—Marta quería añadir un poco de sal, ¡pero yo le dije a Clara que necesitaba más! ¡Y entonces Clara dijo que yo era el jefe! — Levanta el tenedor con un trozo de carne sobresaliendo, mostrando una amplia sonrisa.

—Y no se equivoca —responde Clara, riendo suavemente—. Un buen jefe siempre sabe lo que hace.

—¡Claro que lo sé! —contesta Thiago, como si fuese obvio. Me mira buscando mi aprobación—. ¿Verdad que lo hice bien, papá?

—Excelente, jefe. Creo que tendré que contratarte para supervisar más seguido —respondo, relajándome en la silla y disfrutando del breve instante de paz que su alegría me regala.

Thiago se ríe satisfecho y vuelve a comer. Clara también sonríe, pero noto algo más profundo en sus ojos, algo que me hace perder el hilo de la conversación momentáneamente. Ella no

pertenece solo a este instante, parece formar parte de algo mucho más grande que no consigo definir.

El humor de Thiago cambia súbitamente. Al principio es sutil: deja de reír tan alto y empieza a prestar atención a pequeñas cosas, como la forma en que Clara y yo nos miramos o cómo ella se ríe de mis comentarios. Sus cejas se fruncen, y finalmente aparta el plato, cruzándose de brazos con gesto cerrado.

—Clara, ¿crees que papá es gracioso? —pregunta de repente, interrumpiendo la conversación.

Clara parpadea sorprendida, pero enseguida sonríe con naturalidad.

—Sí, tiene sus momentos —responde ella con ligereza.

A Thiago no parece hacerle gracia. Sigue con los brazos cruzados, cada vez más molesto.

—Thiago, ¿qué pasa? ¿No te gustó la comida? —pregunta Clara, inclinándose ligeramente hacia él.

—No es eso. Es solo que… —Vacila, dejando escapar un suspiro frustrado—. Ya no quiero hablar más.

—Thiago… —intento intervenir, pero él se levanta bruscamente.

—¡No quiero cenar más! —exclama antes de correr hacia las escaleras, dejándonos desconcertados y sin tiempo de reacción.

Me quedo inmóvil, sin saber qué decir. Clara suspira suavemente, poniéndose de pie con calma.

—Déjame hablar con él —pide en voz baja y firme.

—Clara, no tienes por qué… —comienzo a decir, pero ella me interrumpe con una mirada decidida.

—Está bien, Gabriel. Está molesto y quiero entender por qué.

Sube las escaleras con determinación, y yo permanezco allí de pie, incapaz de moverme. Marta se acerca con una expresión significativa.

—De tal palo, tal astilla —comenta con una leve sonrisa irónica.

—¿Qué quieres decir con eso, Marta?

Ella no responde, simplemente se aleja con una sonrisa enigmática. No insisto; en lugar de eso, decido seguir los pasos de

Clara y Thiago.

Alcanzo el final de la escalera y me detengo en el pasillo, indeciso, incapaz de alejarme. La voz tranquila y paciente de Clara me impide marcharme, mientras intento comprender el repentino arrebato de mi hijo.

—Thiago, cariño, ¿quieres contarme qué pasó? —pregunta ella con esa paciencia que parece inagotable.

—No pasó nada —contesta él, pero su tono bajo lo contradice claramente—. Es que… No quiero que mi papá te guste más que yo.

Siento una opresión inmediata en el pecho, como si sus palabras hubieran impactado directamente en mí. Esa frase sencilla, pero devastadora, flota en el aire con peso propio.

—Thiago, ¿por qué crees que tu papá me gusta más que tú? —pregunta Clara, tranquila pero claramente preocupada.

—Porque todas las mamás quieren más a los papás. Siempre están del lado de ellos. Si tú te conviertes en mamá, vas a quererlo más y te olvidarás de mí.

El silencio que sigue parece eterno, hasta que escucho a Clara respirar profundamente.

—Thiago, mírame. —La suavidad en su voz es irresistible—. Ya tienes una mamá, y ella está en el cielo cuidándote. Nada de lo que yo haga puede cambiar eso. Nunca seré tu mamá, nunca ocuparé su lugar, porque es un lugar que solo le pertenece a ella.

—Pero… ¿querías hacerlo? —La pregunta sale temblorosa, casi susurrada.

Mi corazón se detiene unos segundos. Algo en mí se acelera, porque no soy el único que espera esa respuesta.

—Thiago, esa no sé si es la pregunta correcta. —Clara vacila, emocionada—. Lo que sí sé es que tú y yo somos mejores amigos. Eso no va a cambiar nunca. Me gustas por quién eres, y eso no tiene que ver con quién más esté aquí contigo.

El silencio se alarga otra vez. Por un instante, creo que Thiago acepta sus palabras, pero entonces escucho nuevamente su voz, vulnerable.

—Antes de que llegaras, pensaba que no le caía bien a nadie, ni siquiera a mi papá. Ahora sí, pero… —Se detiene, luchando

internamente para continuar—. Tengo miedo de que te vayas. O de que descubras que soy malo, como piensan todos. Y entonces yo tampoco te guste más.

Mis manos se cierran en puños involuntariamente, una oleada de culpa me invade. Nunca había notado cuánto carga Thiago sobre sus pequeños hombros, cuánto cree que debe demostrar su valor continuamente.

—Thiago, mírame —dice Clara, firme y dulce a la vez—. No eres malo. Eres un niño maravilloso, y nada de lo que hagas cambiará lo mucho que me gustas. ¿Recuerdas cómo te esfuerzas por disculparte con la gente a la que has tratado mal? Eso es más de lo que hacen muchos adultos.

—Es verdad —murmura él, y en su voz percibo una pequeña sonrisa—. Creo que mañana pediré disculpas a más gente. Solo para asegurarme.

Clara ríe, un sonido liviano y cálido.

—Me alegra mucho escucharlo, pero recuerda: lo mucho que te quiero no depende del número de disculpas que pidas.

Thiago deja escapar un suspiro dramático.

—Hm, eso no es justo —se queja él con el tono obstinado que conozco tan bien—. Esa era la única forma de ganarle a mi papá. Él nunca se disculpa con nadie.

Clara ríe suavemente, y yo no puedo evitar que una leve sonrisa asome a mis propios labios.

—Tienes razón. Tu padre puede ser muy testarudo a veces. ¿Pero sabes qué creo yo? Que te quiere más que a nada, aunque sea pésimo demostrando sus sentimientos.

—Tal vez. —Thiago hace una pausa antes de preguntar con una risita—: Clara, ¿crees que le gustas a mi papá?

Me quedo inmóvil en el pasillo, aguardando también su respuesta, pero lo único que escucho es la voz suave de Clara cambiando hábilmente de tema:

—Creo que alguien necesita descansar. ¿Qué tal si duermes un poco y seguimos hablando mañana?

Thiago murmura algo en señal de aceptación, y yo aprovecho para alejarme, caminando silenciosamente hasta mi despacho y

cerrando la puerta detrás de mí.

Me siento en la silla frente al escritorio, pero apenas puedo concentrarme en nada. Las palabras de Thiago resuenan constantemente en mi mente. Tiene razón. Clara ha cambiado todo desde que llegó. Me ha traído algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

Cierro los ojos un momento y me recuesto en la silla, intentando borrar la imagen de ella con Thiago, aunque casi puedo volver a escuchar sus risas.

Su aroma sigue impregnado en mi piel, dulce y tentador, como un tatuaje invisible que no logro borrar. El sabor de sus labios todavía vive en mi boca. Es casi insoportable pensar que está tan cerca, a unos pocos metros, y que no puedo tenerla de la forma que deseo. Yo, que siempre tuve un férreo control de todo, soy incapaz de controlar lo que siento por esta mujer, a la que apenas conozco.

No sé qué hacer con todo esto. Con ella. Conmigo.

Debería mantenerme alejado. Debería proteger a Thiago y esta frágil paz que finalmente conseguimos. Pero, al igual que mi hijo, quiero tener a Clara toda para mí. Cada sonrisa, cada mirada, cada caricia. Pero no puedo. No debo.

Es la niñera de mi hijo. Es la mujer que trajo paz a esta casa. Si cruzo esa línea, podría destruirlo todo.

Exhalo con fuerza y me paso las manos por el cabello, frustrado. Debería establecer límites claros. Debería alejarme antes de que sea demasiado tarde. Y eso es precisamente lo que me aterra más que nada. Porque creo que ya es demasiado tarde.

***

El Club de los Sinvergüenzas es mi vía de escape, aunque rara vez lo admita en voz alta. No solo es el lugar donde puedo ser quien soy sin usar máscaras, sino también donde están los pocos hombres capaces de desafiarme sin temor. Hoy, después de lo ocurrido con

Clara, necesito más que nunca esas conversaciones ácidas y directas.

Subo hasta el segundo piso, al Infamous Lounge, donde Adrian, Víctor y Dante ya están instalados en una de las mesas de la esquina, rodeados de vasos vacíos y jugando cartas. El ambiente está impregnado de olor a puros y whisky, un fuerte contraste con la ligereza que Clara ha traído a la casa.

En cuanto me acerco, comienzan las burlas.

—Mira quién decidió aparecer con cara de haber perdido una apuesta —comenta Adrian con sonrisa socarrona, levantando su vaso antes de tomar un sorbo—. ¿O fue algo más interesante lo que perdiste?

Víctor suelta una carcajada, golpeando suavemente la mesa.

—Apuestas, mujeres... es todo lo mismo. Entonces, Gabriel, ¿qué pasó esta vez? ¿El niño rompió algo más, o la niñera ya te puso de rodillas?

—Vete a la mierda, Víctor —respondo, sentándome en la silla vacía junto a Dante.

—Entonces fue la niñera —dice Dante con una media sonrisa que no se esfuerza demasiado en ocultar—. Esto se pone interesante.

—No vine aquí para hablar de eso —replico con voz más áspera de lo que pretendía, aunque parece no importarles en absoluto.

—Claro que no —dice Víctor, recostándose en la silla—. Viniste porque estás completamente jodido y esperas que te ayudemos a solucionarlo. Malas noticias, amigo: estamos aquí precisamente para juzgarte.

—Y brindar por ello —añade Adrian, levantando otra copa—. Por los cabrones que se lían con mujeres increíbles.

Dante se aclara la garganta, adoptando un tono más serio.

—Ahora en serio, Gabriel. ¿Qué está pasando? Por tu cara es evidente que esto no se trata solo del trabajo o del niño.

Vacilo, mirándolos fijamente, intentando decidir hasta qué punto puedo abrirme. Pero, al fin y al cabo, son ellos. Si no puedo ser honesto aquí, ¿dónde más lo seré?

—Es Clara —digo finalmente, dejando escapar la frase antes de poder contenerme—. Ella está… arruinándolo todo.

Adrian estalla en una sonora carcajada.

—¡No me digas! ¿Una mujer arruinando la vida de un hombre? ¡Qué sorpresa tan inesperada!

—Hablo en serio. Desde que llegó, Thiago cambió por completo. La casa cambió. Y yo… —hago una pausa, frotándome la cara con cansancio—. Estoy cambiando, y no sé si eso es bueno.

Víctor me observa con una expresión que oscila entre la diversión y la curiosidad.

—¿Cambiando cómo? ¿Pensando en ella a mitad del trabajo? ¿Teniendo sueños húmedos? ¿O tal vez intentando convencerla de que lo de niñera es solo un título temporal?

—Cállate, Víctor —interviene Dante, aunque sonríe ligeramente.

Adrian se cruza de brazos, lanzándome una mirada penetrante.

—Escucha, Gabriel, conozco esa mirada. Estás jodido, amigo mío. Jodido de una forma en la que ni el dinero ni este club pueden salvarte. ¿Y sabes qué es lo peor? Que en el fondo te gusta.

—¿Me gusta? —contesto en voz alta, sorprendido por la insinuación—. No me gusta. Está destruyendo todo lo que construí.

—¿Todo lo que construiste o todo lo que creías que querías? —pregunta Dante, con la calma que siempre consigue irritarme—. Porque honestamente, Gabriel, parece que te da más miedo admitir lo que sientes que perder el control.

—Lo que siento no es el problema —respondo, aunque mis palabras suenan vacías, incluso para mí mismo.

—Entonces, ¿qué es? —presiona Víctor, inclinándose hacia adelante—. ¿Que sea tu empleada o que finalmente podrías enamorarte después de todo este tiempo?

Sus palabras me golpean con fuerza. No respondo; solo tomo mi vaso y bebo un largo trago, intentando ignorar sus miradas. Pero es Adrian quien arroja aún más leña al fuego.

—Quizá haya otra cosa que te preocupe —comenta con calma, intercambiando miradas con Víctor antes de volverse hacia mí

—. Escuché rumores de que alguien volvió a la ciudad. Una tal Verónica… ¿Te acuerdas de ella?

Mi cuerpo se tensa automáticamente al escuchar ese nombre. Verónica. Un fantasma del pasado que jamás pensé tener que enfrentar otra vez.

—¿Qué tiene ella que ver? —pregunto, tratando de mantener la voz neutra.

—Quizá nada. O tal vez todo —dice Adrian con indiferencia—. Solo me pareció interesante que reaparezca justo ahora, cuando finalmente pareces estar… vulnerable.

Víctor sonríe, evidentemente disfrutando del incomodidad que muestra mi rostro.

—Vulnerable es exactamente la palabra correcta. Porque si ella regresó, puedes apostar a que no lo hizo solo para hacer turismo. Esa mujer siempre estuvo obsesionada contigo, Gabriel.

Dante sacude la cabeza con impaciencia.

—Basta ya de teorías conspirativas. Gabriel tiene suficiente con lo que lidiar ahora mismo. ¿Verdad?

Pero no consigo responder. Mi mente se ha quedado atrapada en el pasado, reviviendo todo lo que ocurrió con Verónica y el caos que trajo a mi vida.

Adrian chasquea los dedos frente a mí, llamando mi atención.

—Vuelve al presente, Gabriel. Solo decimos que quizá tu vida esté a punto de volverse aún más interesante.

Me levanto, ignorando el tono provocador.

—Son todos unos imbéciles. Pero supongo que por eso sigo viniendo aquí.

Dante se encoge de hombros con tranquilidad.

—¿Qué puedo decir? Prestamos un servicio excepcional.

Víctor levanta la copa hacia mí, con gesto burlón.

—Clara es peligrosa, Gabriel. Y tú lo sabes. Pero quizá… solo quizá, ella es exactamente el tipo de peligro que necesitas.

***

La casa está silenciosa cuando cruzo la puerta, pero mi mente está muy lejos de esa calma. Las palabras de Adrian todavía resuenan en mi cabeza:

"Estás jodido, amigo mío".

Y quizás tenga razón. Quizá realmente lo estoy.

No sé para qué fui allí. No me ayudaron en nada; solo hicieron las cosas aún más confusas.

Me dirijo directamente hacia la cocina, necesito un vaso de agua antes de intentar dormir, sabiendo ya que no lo conseguiré. Pero en cuanto entro, allí está. Clara. Y su mirada me paraliza inmediatamente.

Está de espaldas, con un vaso en la mano, su cabello suelto cayendo suavemente sobre sus hombros. ¿Qué hace levantada a esta hora? ¿Por qué siento una mezcla extraña de culpa y alivio al encontrarla?

Se gira lentamente al escuchar mis pasos. Sus ojos encuentran los míos, y algo en su mirada me desarma por completo.

Preocupación. Por mí.

—¿Dónde estabas? —pregunta en voz baja, aunque con una intensidad que no consigo identificar al instante.

Parpadeo sorprendido y noto cómo algo cambia en su expresión. No es exactamente enfado, sino algo más sutil, más doloroso. El brillo de sus ojos desaparece y su postura se tensa. Clara siempre luce tan ligera, tan llena de vida, pero ahora... parece que le hubieran quitado el aire.

—Te busqué en el despacho. Estaba preocupada —añade ella aún más bajo, con una tristeza palpable en la voz.

Mi primera reacción es sentir incomodidad. No sé cómo manejar esto, cómo lidiar con ella. Con la forma en que parece importarle. Con lo que yo quiero... con todo esto. Así que hago lo que siempre hago cuando me siento acorralado: disparo la primera cosa que se me ocurre.

—No necesitas preocuparte por mí. Eso no forma parte de tu trabajo, ¿verdad?

Las palabras salen más duras de lo que había pretendido, pero no hago ningún esfuerzo por suavizarlas, y el silencio que sigue es insoportable. Es como si una parte de mí quisiera alejarla, mientras que la otra mitad suplica que se quede.

Intento buscar algo más que decir, alguna explicación, pero todo parece insuficiente. Ella se cruza de brazos; un pequeño gesto que expresa más que cualquier palabra. Y la culpa empieza a crecer dentro de mí.

—Clara... —empiezo, pero ella me corta. Sus ojos vuelven a brillar, ahora con determinación.

—No necesitas explicar nada. —Deja el vaso de agua en el fregadero con extremo cuidado, ofreciendo una sonrisa leve que nunca alcanza sus ojos—. No es asunto mío.

Ella se da la vuelta y se marcha antes de que pueda reaccionar. Me quedo allí, parado en la cocina, mientras el arrepentimiento se expande en mi pecho al perderla de vista.

Sus últimas palabras se repiten sin cesar en mi mente:

«No es asunto mío.»

Pero lo es. Sé perfectamente que sí lo es.

Y sé también que fui un completo idiota por actuar como si no lo fuera.

19

Gabriel D'Ávila

Llego a casa antes de lo habitual, con el sol aún bajo en el horizonte. No estoy seguro de lo que espero encontrar, pero algo me empuja a venir hoy más temprano. Quizá la culpa. Quizá la incomodidad de saber que Clara lleva todo el día enfadada conmigo.

Al entrar, los pasos apresurados de Thiago resuenan a lo lejos, pero no hay risas ni el murmullo habitual de las conversaciones que Clara suele mantener con el personal. El silencio resulta incómodo, demasiado pesado para esta hora del día.

—¿Clara? ¿Thiago? —llamo, intentando sonar casual.

Oigo unos pasos ligeros en la cocina y me dirijo hacia allí. Marta está cortando verduras y me lanza una mirada llena de significado.

—Están en el despacho de Clara —comenta, sin detener su tarea—. Le pidió ayuda con los deberes. Se le da bastante bien.

Asiento con la cabeza y avanzo por el pasillo, pero al llegar frente a la puerta, vacilo. Oigo la voz de Clara, suave y paciente, explicándole algo a Thiago. Me apoyo en el marco de la puerta y los observo en silencio.

Ella está sentada junto a él, con el pelo recogido en un moño suelto. Hay una calma en la escena que debería reconfortarme, pero la tensión en sus hombros me indica que algo ha cambiado. Clara percibe mi presencia antes de que diga nada, aunque no se vuelve. Su tono tampoco varía mientras habla con Thiago, como si yo fuera invisible.

—Ya casi lo tienes, Thiago. Solo una línea más —dice, en un tono dulce pero distante, que jamás usa conmigo.

—¡Hola, papá! —Thiago me ve y me saluda, emocionado.

—Hola, campeón. —Me esfuerzo por sonreír y doy un paso adelante—. ¿Qué estáis haciendo?

—Nada importante. Solo terminando una tarea —responde Clara, aún sin mirarme.

Su indiferencia es como un puñetazo en el estómago, pero logro contener mi reacción.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunto, intentando sonar informal.

—Creo que estamos bien —contesta sin apartar la atención de Thiago.

La conversación muere ahí, y entiendo claramente que estoy siendo invitado a salir.

Más tarde, cuando me siento a la mesa pensando que no podrá ignorarme cuando estemos los tres solos, Clara está sirviendo a Thiago con una naturalidad que parece excluirme deliberadamente.

—¿No cenas con nosotros? —intento recuperar terreno.

—No —responde seca—. Ya he comido.

—Pero siempre cenas con nosotros —insisto.

Se detiene por un instante, pero continúa sirviendo a Thiago sin dirigirme una sola mirada.

—No creí que importara. —Su voz es tranquila, pero tiene un matiz ácido imposible de ignorar. Coloca frente a mí un plato con pescado a la plancha acompañado de una salsa que detesto.

—¿Qué es esto? —pregunto, con los ojos entrecerrados.

—La cena —responde, aún sin mirarme.

—Odio esto.

Finalmente, levanta la vista hacia mí. La dulce sonrisa que suele iluminar su rostro está ausente.

—Lo sé.

Thiago deja de masticar y nos mira alternativamente, claramente confundido.

—Clara, ¿te has enfadado con mi papá? —pregunta, frunciendo el ceño.

Ella sonríe, pero la expresión no alcanza sus ojos.

—No, Thiago.

—¿Puedes castigarlo también?

—Yo no haría eso, Thiago.

Thiago se ríe nerviosamente, pero yo permanezco inmóvil. No sé si estoy más molesto o sorprendido.

Cuando Clara finalmente se va diciendo que va a terminar de organizar algo para el día siguiente, me quedo solo con mi hijo. Thiago me observa con curiosidad.

—Papá, ¿hiciste algo malo?

—Creo que sí, hijo.

—¿Vas a pedir disculpas? —Su sencillez me incomoda.

Suspiro, llevándome una mano al cabello.

—Lo intentaré, campeón. Lo intentaré.

Thiago me mira pensativo antes de asentir con decisión.

—Creo que me equivoqué otra vez, papá.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué? —pregunto intrigado.

—No eres el depredador supremo, papá. Clara lo es. Ella es la jefa de los dos, ¿verdad?

Me quedo en silencio, procesando sus palabras, hasta que una carcajada se me escapa sin poder evitarlo. No es solo la observación, terriblemente cierta, sino también la seriedad con la que lo dice.

Thiago sonríe, claramente satisfecho por haberme hecho reír, y niego con la cabeza, impresionado.

—Quizá tengas razón, campeón. —Le revuelvo suavemente el pelo—. Creo que ella es más lista que nosotros dos juntos.

Él se ríe abiertamente, contagiándome por un instante, aunque en mi pecho permanece un nudo apretado.

***

La encuentro en el salón después de que Thiago se haya ido a dormir. Está sentada en el sofá con un libro en las manos, pero

claramente no lo está leyendo. En cuanto entro, levanta la vista, aunque no dice nada.

—¿Podemos hablar? —pregunto, tratando de mantener la calma, aunque me pesa el pecho por la tensión que se ha creado entre nosotros.

—Por supuesto. Durante el día. Como harían un jefe y una empleada normal. —Cierra el libro lentamente sin mirarme, como si mi presencia le fuera indiferente.

—Clara… lo siento. Fui grosero contigo y sin motivo. —Suspiro, frotándome la nuca—. Tenía muchas cosas en la cabeza y…

—Me lo imagino —me interrumpe, con voz amarga, sin mirarme todavía—. Debe ser difícil concentrarse con tantas… distracciones en el club.

La provocación es clara, y aunque intento mantener el control, sus palabras me golpean más fuerte de lo esperado.

—¿Por qué estás actuando así? —doy un paso adelante, perdiendo la paciencia—. Un día me dices que debemos mantener distancia, ¿y cuando intento hacerlo te enfadas?

Por fin levanta los ojos hacia mí, brillantes de furia. Todo lo que ha estado conteniendo explota en este momento.

—¿Intentarlo? —repite, su voz subiendo de tono—. ¿Es así como llamas a escaparte al club y correr al regazo de cualquier fulana que se ofrezca? ¿Eso es intentarlo? —Se levanta, cada palabra cargada de frustración.

—Clara… —intento interrumpirla, pero me señala con el dedo, cortándome otra vez, con lágrimas de rabia brillando en sus ojos.

—No, Gabriel. Ahora no tienes derecho a hablar —su voz tiembla—. ¡Lo has arruinado todo!

—¿Arruinado qué? —replico, más a la defensiva de lo que debería.

—¡Te fuiste corriendo al club en cuanto tuviste oportunidad! ¡Eres un sinvergüenza!

—¿Sinvergüenza? —repito, irritado—. ¡Ni siquiera sabes por qué fui allí!

—Sé lo suficiente —me empuja suavemente, frustrada—. Sé que no perdiste el tiempo. Sé que eres exactamente el tipo de

hombre que pensé al principio. Un… ¡un mujeriego barato que no puede resistirse a ninguna oportunidad!

Sus palabras me golpean con fuerza, no por su verdad, sino por el dolor evidente detrás de ellas. Se cruza de brazos, respirando agitada, y yo me quedo inmóvil, sin saber cómo calmar la tormenta que provoqué.

—Clara… —lo intento nuevamente, pero desvía la mirada.

—No digas nada más, Gabriel. Nada cambiará el hecho de que… —su voz se rompe y suelta una risa amarga—. Que me equivoqué. Creí, aunque fuera por un segundo, que eras diferente. Que era feliz. ¿Por qué tuviste que arruinar el recuerdo del mejor beso de mi vida?

—¿El mejor beso de tu vida? —repito, aturdido por su confesión.

—¡Eso no cambia nada! —exclama, sonrojada y con los ojos brillantes.

—¿Estás celosa? —pregunto, sintiendo cómo una sonrisa se abre paso en mis labios.

—¡Celosa! —me lanza una mirada furiosa—. No estoy celosa. ¡Estoy enfadada!

Su tono sube hasta casi convertirse en un grito. Debería estar enfadado. Debería defenderme. Pero solo puedo concentrarme en que dijo «mejor» y en que Clara está completamente alterada.

—¿Porque piensas que lo he arruinado todo?

—¡Lo has hecho! —insiste.

—¿Todo qué, Clara? —la desafío, cruzando los brazos mientras ella se acerca.

—¡Todo! —me empuja nuevamente, sin que me aleje—. Arruinaste el momento, lo que sentí, arruinaste… lo que podría haber sido…

Ella se detiene, pero la ira en sus ojos empieza a ceder paso a algo más vulnerable.

—¿Lo que podría haber sido qué? —pregunto, ahora con voz más suave.

—Nunca lo entenderías. Eres… —se detiene, mordiéndose el labio—. ¡Eres una rana que va por ahí besando a cualquiera!

Intenta apartarme de nuevo, pero le sujeto las muñecas y la acerco con firmeza.

—Te besé a ti —mi voz sale ronca y contundente—. Y Clara, eso no fue «cualquiera».

El silencio se extiende, cargado de tensión. Su respiración acelerada choca contra mi pecho. Pero lo que realmente me atrapa son sus ojos. Confusión, caos… exactamente como me siento yo.

—Suéltame, Gabriel —susurra, sin que suene realmente a orden.

—No hasta que me digas por qué te molesta tanto —mi voz sale áspera, sin paciencia.

Desvía la mirada, librando una lucha interna evidente. Cuando vuelve a mirarme, en sus ojos brilla algo intenso que me deja sin aliento.

—Porque me haces sentir cosas que no quiero sentir —dice, bajando la voz pero llena de emoción—. Y peor aún, ¡porque creí que tú también las sentías!

Debería negarlo. Debería detener esto aquí mismo. Pero no puedo hacerlo, porque tiene razón.

Así que hago lo único posible cuando me quedo sin palabras.

La beso.

Mis labios chocan con los suyos con urgencia, y su cuerpo se resiste por un instante antes de ceder. Su sabor me invade por completo. Al separarme para dejarla respirar, pregunto:

—¿Por qué?

—Porque… —intenta hablar, pero vuelvo a interrumpirla con otro beso aún más profundo y posesivo.

Ella gime suavemente contra mi boca mientras mis manos recorren su cintura, acercándola aún más a mí. El mundo desaparece por completo.

Me aparto ligeramente, pero solo por un segundo. Necesito más. Pero Clara coloca una mano sobre mi pecho para intentar crear distancia.

—Para. No quiero tu boca… sobre la mía —susurra, aunque su voz duda entre ira y deseo.

Sonrío, porque sus ojos revelan exactamente lo que intenta ocultar. Decido provocarla un poco más.

—¿Gastada? —susurro, rozando la comisura de sus labios—. Clara, si crees que mi boca está gastada, quizás puedas enseñarme cómo hacerla nueva otra vez.

Intenta apartarme nuevamente, pero sin fuerza suficiente.

—¡Eres un imbécil, Gabriel!

Sus palabras me golpean, pero no por las razones que imagina. Sé que no son ciertas. No desde que apareció en mi vida.

—No tienes ni idea, Clara —le digo con voz firme—. Desde que llegaste no ha existido ninguna otra mujer para mí. Ni en mi cama, ni en el club, ni en mi boca. De hecho, desde antes de ti, ni siquiera…

—Mentiroso —me interrumpe débilmente.

—Es verdad —insisto, sujetándole suavemente la cara para obligarla a mirarme—. El club no es lo que piensas. Es mío, mío y de mis amigos. Fui allí porque…

Me detengo, buscando las palabras adecuadas, aunque se atascan en mi garganta.

—¿Porque qué? —insiste, más tranquila ahora.

Suspiro y apoyo mi frente en la suya.

—Porque lo único que deseaba era ir a tu habitación y terminar lo que empezamos. Pero eso no habría estado bien. Fui allí para intentar… distraer mi mente. Pero ni siquiera eso funcionó. Seguimos hablando de ti todo el tiempo.

Ella no dice nada y el silencio comienza a pesar.

—Clara, di algo.

—No lo entenderías… —desvía la mirada, pero no se lo permito.

—Entonces ayúdame a entenderlo.

Finalmente respira hondo antes de responder, con voz vacilante.

Finalmente respira hondo antes de responder, con voz vacilante:

—Crecí en un orfanato, Gabriel. Cuando salí de allí, lo único que conocía era el trabajo duro, el esfuerzo y el miedo. Siempre

pensé que si me acercaba demasiado a alguien, terminaría lastimada. Así que nunca…

Hace una pausa breve, tragando saliva.

—¿Nunca qué? —mi voz sale ronca, aunque ya imagino lo que dirá.

—Nunca tuve nada parecido —susurra apenas—. Nunca tuve un verdadero primer beso hasta que llegaste tú.

Se me corta la respiración. La fuerza detrás de sus palabras me golpea como un puñetazo.

—Clara… —intento hablar, pero ella me interrumpe.

—Déjame terminar. No quiero repetir esto otra vez. De hecho, preferiría no tener que decirlo nunca más.

Asiento en silencio, respetando su espacio para continuar.

—La intimidad para mí es un riesgo. Siempre lo ha sido. Significa demasiado, y nunca he sabido cómo expresarlo. Siempre temí que alguien lo malinterpretara. Es demasiado fácil que las mujeres como yo seamos vistas como vulnerables y alguien abuse de eso. Por eso, cuando me permití vivir ese momento contigo… lo que quiero decir, Gabriel, es que todo lo que puedo ofrecer en una relación soy yo misma. Y eso tiene mucho valor para mí. Así que, si solo soy una distracción o un buen rato para ti, preferiría que…

—No lo eres —la interrumpo rápidamente, apretando con suavidad sus brazos—. No eres una distracción ni una más del montón.

Ella sacude la cabeza, sin responder.

—Clara, mírame. —Mi voz suena casi como una orden, y ella finalmente levanta la mirada—. No tienes idea de lo que me has hecho. Desde que llegaste, desde aquel día… Desde todo. Has puesto mi vida patas arriba y trato de contenerme. Pero, sinceramente, no sé cuánto más podré resistir.

Me mira confundida, pero puedo ver algo más profundo en sus ojos: miedo. No el temor de antes, sino uno nuevo, más intenso, miedo a salir lastimada.

—Entonces no te contengas más —susurra.

Y eso es exactamente lo que necesitaba oír.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente pueda procesarlo. Mis labios se unen nuevamente a los suyos, pero esta vez no hay duda ni resistencia. Son hambrientos, posesivos, cargados de todo lo que hemos intentado reprimir hasta ahora.

Mis manos bajan a su cintura, acercándola aún más, mientras ella finalmente se entrega. Sus manos suben lentamente por mis hombros, y ese toque hace que algo dentro de mí se rompa definitivamente.

—Clara… —susurro contra sus labios, ronco de deseo, pero ella me silencia con otro beso, tan desesperado como el mío.

Mi boca permanece pegada a la suya, cada fibra de mi cuerpo en alerta máxima, pero una parte de mí reconoce que este no es el lugar adecuado para lo que deseo vivir con ella. Sin decir nada más, la tomo con delicadeza en mis brazos. Ella me mira sorprendida, pero no se resiste.

—Gabriel, ¿qué haces? —susurra, algo insegura pero sin miedo.

—Te llevo a un lugar donde pueda besarte sin prisa. Un lugar cómodo —respondo, aún ronco.

Titubea por un segundo, pero no hace ningún intento por detenerme mientras subo las escaleras con ella en brazos. Al entrar en mi habitación, la deposito suavemente en el suelo y doy un pequeño paso hacia atrás. No quiero que se sienta presionada en absoluto.

Clara recorre la habitación con la mirada, observando los muebles oscuros y los tonos neutros de las paredes. Parece insegura, ligeramente fuera de lugar, lo que me afecta más de lo que quisiera admitir. Finalmente respira profundamente y me mira.

—Gabriel… lo siento —su voz es baja, pero firme—. No quise decir allá abajo que… que quisiera tener sexo contigo ahora.

Sus palabras salen con prisa, como si necesitara liberarse rápidamente de ellas.

—Aunque yo sí quiera —añade con voz aún más tenue—. Pero… no sé si estoy lista todavía.

Doy un paso adelante, acercándome lentamente hasta que mi boca se encuentra con la suya nuevamente. Esta vez el beso no es

apresurado, pero tampoco es suave. Es intenso, decidido, dejando claro lo que siento.

Ella suspira contra mis labios, sin intentar alejarse. Sus manos suben lentamente a mis hombros, y su contacto es fuego puro en mi piel. Al separarme lo justo para hablar, encuentro sus ojos, oscuros y brillantes por la emoción.

—Solo quiero besarte, Clara —le digo con voz grave, dejando ver claramente lo que estoy sintiendo—. Nada más.

Parece dudar un instante, pero su respiración es tan acelerada como la mía.

—Solo quiero besarte sin interrupciones. En mi cama. Por un largo rato… hasta que entiendas que no queda nada entre nosotros que valga la pena resistir.

Me observa fijamente, mordiéndose el labio inferior de un modo que hace temblar mi autocontrol.

—¿Y si nunca llego a entenderlo? —pregunta, aunque en su voz hay más desafío que duda.

Sonrío suavemente, inclinándome de nuevo para rozar su boca con la mía.

—Entonces seguiré intentándolo hasta convencerte. «Nunca» es mucho tiempo, pequeña.

Vuelvo a besarla profundamente, sintiendo sus manos apretar mis hombros mientras la acerco aún más a mí. El beso continúa, esta vez sin apuro ni interrupciones. Cada roce de sus labios, cada suspiro que se escapa de su boca, lo grabo profundamente en mi memoria.

La guío con delicadeza hacia la cama, recostándola lentamente, cuidando cada movimiento para no incomodarla. Su respiración se acelera y me observa con los ojos abiertos de par en par.

—Clara… —susurro contra sus labios—. No hay prisa. Nada ocurrirá aquí hasta que tú misma me lo pidas.

Ella parpadea, como asimilando lo que acabo de decir, y finalmente asiente con suavidad.

—Está bien. Solo… solo un poco más.

Y así pasamos lo que parece una eternidad, simplemente perdiéndonos el uno en el otro. Besos lentos y profundos, sin las prisas ni las interrupciones que siempre nos persiguen. Cada vez que nuestras bocas se encuentran, siento como si grabara en mi memoria cada sensación, cada pequeño sonido, cada suspiro suyo.

Por ahora, eso es todo lo que necesito, aunque mi cuerpo entero esté palpitando con una urgencia insoportable. Mi polla está dura, latiendo dolorosamente, desesperada por hundirse en ella y perderse profundamente en su calor y nunca volver a la superficie.

20

Clara Salgado

La mañana llega como si el sol hubiese salido solo para mí. No recuerdo la última vez que desperté tan ligera, tan feliz. Las sábanas me envuelven como si estuvieran hechas de nubes y mi corazón parece bailar con cada latido. La noche anterior sigue fresca en mi mente: los besos de Gabriel, el calor de sus manos, la forma en que me miraba como si yo lo fuera todo.

Mientras ayudo a Thiago a prepararse para ir al colegio, la alegría se desborda en cada uno de mis gestos. Él nota mi sonrisa y me observa desconfiado.

—¿Por qué estás tan… sonriente?

—¿Sonriente? —pregunto, riendo mientras le acomodo el cuello de la camisa—. Quizá porque es un día precioso, ¿no crees?

No parece convencido, pero se encoge de hombros y vuelve a concentrarse en su mochila. El trayecto hasta el colegio transcurre sin incidentes, y cuando salta del coche saludando con energía, siento una punzada de orgullo. El cambio que Thiago ha experimentado desde que llegué es algo que me llena por dentro.

Cuando regreso a casa, la cocina está en silencio, pero el acogedor aroma del café recién hecho y del pan casero llena el ambiente. Marta está organizando algo en la encimera, aunque no es ella quien me recibe primero. Es Anton, que aparece en la puerta, impecable como siempre, con una mirada tan seria que siento que lo percibe todo.

—Señorita Clara —comienza, cruzándose de brazos—, he notado que está especialmente radiante esta mañana. Imagino que

tendrá algo que ver con su primer sueldo.

La pregunta me toma desprevenida y me doy cuenta de que ni siquiera había pensado en ello.

—¿Primer sueldo? —repito, devolviéndole una sonrisa tímida.

Anton ladea la cabeza, con una sonrisa casi imperceptible.

—Sí, señorita. El depósito se realizó ayer.

La cabeza me da vueltas y corro a buscar mi móvil, escuchando la discreta risa de Anton a mis espaldas. Intento desbloquear el aparato, pero introduzco el código incorrecto dos veces antes de acertar. Al abrir la aplicación del banco, mis ojos se abren como platos.

—¿Esto… esto es real? —murmuro para mí misma, aunque mi voz es suficientemente alta para que Marta y Anton me escuchen.

—Efectivamente, señorita Clara. Real y merecido —dice él con un pequeño gesto de aprobación.

—¿Soy… rica? —La risa se me escapa antes de que pueda contenerla. Me pongo de pie, dando vueltas por el pasillo como una niña, riéndome a carcajadas.

—No diría rica, pero sin duda bien pagada —corrige Anton, aunque en su voz hay un toque de humor.

Marta se ríe, negando con la cabeza.

—Tal vez sea hora de que te tomes un día libre, Clara. No has parado desde que llegaste.

—¿Día libre? —pregunto, aún tratando de procesarlo—. Por eso soy rica, ¿no? Porque no tengo tiempo libre.

Ella ríe con más fuerza, pero Anton interviene con ese tono sereno y directo que lo caracteriza.

—Señorita Clara, el tiempo libre no es solo un derecho, es una necesidad. Ahora que he regresado, la rutina de la casa vuelve a estar bajo mi control. Disfrute del día para usted.

—¿En serio? —pregunto, insegura todavía—. Realmente creo que me están pagando mucho por estar disponible las veinticuatro horas del día. No quiero…

—Señorita Clara, no me ofenda. Puede que usted sea nueva en este trabajo, pero yo no. Y le aseguro que puede salir tranquila.

¿No leyó su contrato? Parece muy sorprendida por la cantidad que le pagan.

—Lo leí, más o menos. Estaba nerviosa, pero lo leí. Es que en el contrato había algo sobre "salario base" y pensé que el salario base era todo el sueldo… ¡no que se multiplicaba por cinco!

Anton esconde una leve sonrisa, ajustando su postura.

—Parece que el señor Gabriel es más generoso de lo que imaginaba, entonces.

Dudo un poco, aún sin hacerme a la idea de marcharme así sin más.

—Sí, eso parece.

—Le aseguro, señorita, que la cantidad de niñeras que han pasado por esta casa ha sido, por decirlo suavemente, agotadora. Usted vale su peso en oro.

La sonrisa se me sube a las orejas y siento las mejillas calientes. Después de todo, no hago gran cosa, solo cuido a un niño.

—Vamos, muévase o se acabará el día —me apura Anton.

—Está bien… pero creo que debería avisarle a Gabriel.

Anton niega ligeramente con la cabeza, con una sonrisa contenida.

—Déjemelo a mí. Es mi trabajo ocuparme de estas formalidades, después de todo. Y le aseguro que a mí también me pagan muy bien por mantener el orden en esta residencia.

—De acuerdo, pero volveré a tiempo para recoger a Thiago del colegio con el chófer.

—No se preocupe. Aquí nos ocuparemos de todo. Aunque si puede regresar a tiempo para la cena, sería muy apreciado. Al parecer, se ha establecido una rutina durante mi ausencia.

Sonrío, sintiendo que me invade una ligereza nueva. Antes de salir, miro a Marta con un brillo en los ojos.

—Te traeré un regalo.

Ella sacude la cabeza, riendo.

—No tienes que hacerlo, pero lo acepto con gusto.

Anton y Marta intercambian miradas cómplices mientras yo corro a buscar mi abrigo, incapaz de contener la felicidad que me embarga, y salgo llena de planes.

Rechazo con amabilidad cuando el conductor me dice que está disponible para llevarme a donde desee.

—No, gracias. Prefiero ir por mi cuenta. —La idea de ser llevada en un coche lujoso todavía me resulta un lujo que no estoy segura de merecer. Quiero algo más… mío.

Él no insiste, solo ladea la cabeza con la seguridad de quien siempre tiene todo bajo control.

—Como usted desee, Clara. Que tenga un día maravilloso.

Al salir por la puerta principal, el viento fresco me hace sonreír nuevamente. Decido tomar el autobús. No es solo práctico, sino también familiar, algo sencillo. Espero en la parada, disfrutando del sol en la cara, y cuando llega el autobús, subo casi temblando de emoción.

El interior del autobús es una mezcla de sonidos y movimientos. Las conversaciones, el rugido del motor e incluso el olor familiar de la tapicería gastada me envuelven como un abrazo conocido. Elijo un asiento cerca de la ventana y observo la ciudad pasar ante mis ojos, cada edificio y cada persona moviéndose a un ritmo que hoy parece diferente. Es como si el mundo se hubiese ralentizado para permitirme apreciar cada pequeño detalle.

Cuando el centro comercial aparece en mi campo de visión, siento una emoción casi infantil. Bajo del autobús sosteniendo con fuerza mi bolso, y avanzo hacia la entrada. Las puertas de cristal se abren automáticamente, revelando un universo lleno de luces, escaparates relucientes y ese inconfundible aroma a palomitas mezclado con perfumes caros.

Me detengo por un instante, impactada por el lugar. Siempre he pasado frente a los centros comerciales con una especie de temor, consciente de que no tenía dinero ni siquiera para mirar las vitrinas, mucho menos para entrar. Pero hoy es diferente. Hoy siento que todo está a mi alcance.

Mis ojos encuentran el cartel luminoso del cine en la tercera planta, brillando como una invitación irresistible. La ilusión de entrar en uno por primera vez hace que me sonría a mí misma.

Miro a mi alrededor buscando el camino, notando que tengo opciones: un ascensor transparente a mi derecha o unas escaleras

mecánicas que suben en espiral hacia el centro. Decido empezar por el ascensor, cuya estructura de cristal permite observar todo el interior del centro comercial e incluso la calle exterior.

Entro con cierta vacilación, presiono el botón de la tercera planta y siento cómo el ascensor comienza a subir suavemente. La vista es impresionante, con la luz natural entrando por los enormes ventanales. Pero a medida que el ascensor sube, siento mis manos sudar ligeramente. No es que me den miedo las alturas, pero verme expuesta así hace que mi corazón acelere. Intento parecer despreocupada, apoyándome en la pared de cristal, pero en cuanto las puertas se abren en la segunda planta, salgo rápidamente, decidida a seguir mi camino por otro lado.

Respiro profundo y observo las escaleras mecánicas. Se mueven de manera casi hipnótica, como una alfombra mágica que me llevará a un nuevo destino. Subo con cuidado, ajustando mi postura y pasando los dedos por mi cabello, intentando verme… elegante. No puedo evitar observar a quienes me rodean. Las personas suben y bajan con naturalidad, algunas mirando distraídamente sus teléfonos móviles, otras cargando bolsas en los brazos. Intento imitar su indiferencia.

Al llegar finalmente a la tercera planta, mis ojos encuentran nuevamente el enorme cartel con los horarios del cine, brillando en colores cambiantes, y el aroma de palomitas parece atraerme por la nariz.

En la taquilla, un empleado joven y aburrido juguetea con algo detrás del mostrador. Ni siquiera levanta la vista cuando me acerco.

—Siguiente —dice sin emoción, ajustándose la gorra del uniforme.

Me acerco al mostrador, intentando procesar todo lo que veo. Mi corazón late rápido por la emoción y el nerviosismo.

—Quisiera una entrada, por favor —digo, aunque mi voz suena extraña hasta para mí.

El empleado levanta la mirada, observándome rápidamente antes de girar la pantalla hacia mí.

—¿Qué película?

Miro la pantalla con las opciones, parpadeando varias veces. Hay tantas palabras e imágenes. Elijo la que parece más alegre y colorida, porque honestamente hoy solo deseo sonrisas.

—Esta.

—¿Qué sala? —pregunta él, con tono aburrido y sin mirarme.

—¿Sala? —Mi voz vacila.

—Hay doblada, subtitulada o VIP —explica de manera mecánica.

—Doblada —elijo rápidamente, sin saber exactamente si es la mejor opción.

—¿Asiento? —continúa, con los dedos listos para teclear.

—¿Cuál es el mejor? —pregunto, inclinándome para ver el monitor.

Finalmente me mira, enarcando una ceja.

—Depende. A algunos les gusta sentarse en el centro, a otros más atrás.

—En el centro, entonces.

Él asiente y presiona algo en el sistema antes de pasar a las opciones de aperitivos.

—¿Palomitas? ¿Refresco?

—Sí, ambos —respondo demasiado rápido, como si estuviera haciendo un examen.

—¿De qué tamaño? —pregunta él, con voz aún en automático.

—Grande —digo, únicamente porque quiero disfrutar al máximo.

—¿Qué sabor de palomitas? —Señala una pequeña lista sobre el mostrador.

Levanto la mirada confundida.

—¿Sabor? ¿Las palomitas tienen sabor?

Ahora él me mira directamente, como si hubiese dicho algo absurdo.

—¿Dulces, saladas o mixtas?

—Mixtas —respondo insegura.

Él se encoge de hombros y comienza a preparar el pedido. Observo cómo llena el cubo de palomitas, mitad con caramelo

dorado brillante y mitad con sal gruesa y mantequilla derretida. Cuando las coloca frente a mí, mis ojos se abren sorprendidos. Es enorme.

—¿Y la bebida? —pregunta, ya con un vaso en mano.

—Coca-Cola —respondo sin pensarlo, y cuando pone el vaso en la bandeja me doy cuenta de que necesitaré ambas manos para sostenerlo.

Pago y el sonido de la tarjeta aceptada es casi tan gratificante como el aroma de las palomitas. Sostengo el cubo y el vaso como trofeos, girándome hacia la sala.

Cuando llego a la puerta, me detengo y miro alrededor, sin saber qué hacer. Hay filas numeradas en el suelo y asientos coloridos. Por un momento, me siento completamente perdida.

Un empleado mayor nota mi incertidumbre y se acerca con una sonrisa amable.

—¿Necesita ayuda, señorita?

—Creo que sí. Es la primera vez que vengo. No estoy segura… de dónde sentarme.

Observa mi entrada y señala hacia la derecha.

—Es ahí, justo en el centro. Disfrute la película.

—Gracias —le digo con una sonrisa tan amplia que parece desconcertado, pero no dice nada.

Al sentarme en la butaca acolchada, el olor a palomitas vuelve a envolverme. El sonido comienza a llenar la sala, las luces se atenúan lentamente y siento que el mundo entero se detiene por un instante.

Es más que mágico: es como entrar en un universo donde todo parece posible.

***

Comienzan los créditos, pero mi mente ya está lejos. Estoy sentada, abrazando el cubo vacío de palomitas como si fuese una almohada. Mi pecho está tan lleno de alegría que siento que podría

explotar. Es como si la película me hubiera robado la realidad durante dos horas y, por un breve instante, no existiera nada más allá de ese mundo perfecto.

«Quiero venir aquí todos los días», pienso, incapaz de contener la sonrisa. Está decidido: vendré todos los días. Ir al cine es lo mejor que he hecho jamás. Bueno, lo segundo mejor. Lo primero… es besar a Gabriel.

Mi mente regresa a él sin que yo quiera. Sus besos, la manera en que pronunciaba mi nombre, la forma en que me abrazaba como si fuera algo precioso y único. Todavía puedo sentir su sabor en mis labios, la fuerza controlada de sus manos recorriendo mi piel. Mi cuerpo aún responde al recuerdo, y siento cómo la piel se me pone de gallina.

Ahora mismo me gustaría estar con él.

La vibración de mi móvil en el bolso me saca de mis pensamientos. Cuando veo su nombre en la pantalla, mi corazón da un salto y la sonrisa en mi rostro crece de inmediato. Gabriel. Por un momento casi dudo, pero deslizo el dedo para abrir el mensaje.

Gabriel: ¿Qué estás haciendo?

Solo con leer esas palabras siento que se me acelera el pulso. Está pensando en mí. Quiere saber cómo estoy. Me muerdo el labio inferior, tratando de ignorar el calor que siento subir por mis mejillas, y escribo con cuidado, disfrutando cada segundo antes de enviarlo:

Clara: Acabo de salir de una cita con Henry Lancaster.

No esperaba que llamara, pero el móvil vibra de nuevo en mi mano y respondo, tratando de ocultar el nerviosismo en mi voz.

—¿Dónde estás? —pregunta sin rodeos, con un tono bajo, casi áspero. Hay algo en su voz que me hace contener la respiración.

—En el centro comercial. Recibí mi primer sueldo y vine a gastarlo un poco.

—¿Y quedaste con alguien?

La tensión en su voz me divierte; ¿está celoso? Una sonrisa traviesa aparece en mis labios.

—No. Vine sola.

—¿Quién es ese tipo? —insiste con seriedad, y la risa se me escapa antes de que pueda controlarme.

—Es el personaje de la película que acabo de ver.

Hay una breve pausa, un instante en el que casi puedo oír sus pensamientos al otro lado. Entonces la risa profunda y grave de Gabriel llena mis oídos, una risa que calienta cada fibra de mi cuerpo.

—Realmente disfrutas provocarme, ¿verdad?

—No es mi culpa que tengas celos en tu ADN.

—Clara, tú tampoco puedes negar que estás celosa.

—¿Yo? ¿Celosa? En absoluto —respondo, pero mi voz tiembla ligeramente y su risa continúa, desarmándome por completo.

Antes de que pueda decir nada más, escucho otra voz masculina de fondo que lo llama. Gabriel suspira y su voz vuelve a ser seria.

—Debo colgar. Pero… si quieres, podríamos almorzar juntos.

—Me encantaría —respondo de inmediato, y mi sonrisa crece antes de poder evitarlo.

—Te mando un mensaje cuando salga, y nos vemos.

—Perfecto.

Cuando cuelga, sostengo el teléfono unos segundos más, casi incapaz de creer lo que acaba de ocurrir. Respiro profundo, intentando controlar la sonrisa, pero resulta imposible.

Me pongo de pie y cuelgo mi bolso del hombro, sintiendo el ligero y delicioso peso de la libertad. Todavía hay muchas cosas que quiero hacer, y hoy parece el día perfecto para intentarlas todas.

Los escaparates parecen mirarme como promesas, susurrando algo tentador a mi paso. Mi primera parada es una tienda de ropa con coloridos bikinis colgados en percheros dispuestos como un arcoíris. Nunca tuve un bikini. Nunca pensé siquiera que podría necesitar uno. Pero algo en ellos me llama. El tejido brillante, los estampados alegres... parecen lo indicado.

—¿Necesita ayuda? —pregunta una dependienta con una sonrisa profesional.

—Sí. Quisiera comprar un bikini. —Mis palabras suenan extrañas en mis labios.

Me guía por la tienda, mostrándome modelos y tallas. Elijo uno azul vibrante con detalles dorados. Al probármelo, casi no me

reconozco en el espejo. Mi cuerpo parece diferente, más atractivo, más bonito. Quizá debería ir a la playa algún día. La última vez que fui, mis padres aún estaban vivos.

Sacudo rápidamente ese pensamiento triste y paso a la siguiente misión.

Un abrigo para la nieve. No sé si algún día veré la nieve, pero las noches que he pasado frío, soñaba con tener un abrigo así. Tenerlo ahora es la prueba de que he superado aquellos días difíciles. Me lo ponga o no, la idea de tener algo tan específico me hace feliz. La tienda de ropa de invierno está llena de prendas gruesas y cómodas, y termino eligiendo un abrigo blanco y suave que se siente como estar abrazando una nube.

Luego viene una manta, seleccionada con el mismo cariño, y me llama la atención un pequeño y moderno ventilador. No estoy segura de dónde lo usaré, pero cuando soñaba con mi propia casita siempre imaginaba uno, así que lo llevo contenta. La única razón por la que no compro el colchón de mis sueños es porque no podría llevarlo a casa sola, pero definitivamente lo haré más adelante. Quizá con mi próximo sueldo. Tampoco es cuestión de gastar todo ahora que finalmente tengo dinero.

Con las bolsas acumulándose en mis brazos, paso por delante de una pequeña tienda de juguetes. Un cubo mágico llama mi atención en el escaparate. Siempre he querido resolver uno de estos, pero nunca tuve oportunidad. Los niños mayores del orfanato no eran precisamente amables, y siempre tuve miedo de tomar algo que ellos decidieran que era exclusivamente suyo. Y como adulta, nunca se presentó la ocasión. El vendedor me entrega uno ya resuelto, y prometo en silencio aprender a desarmarlo y resolverlo.

Finalmente llego a la última parada: una enorme librería.

El aroma a papel nuevo me envuelve nada más entrar. Es un olor acogedor que evoca recuerdos de cosas buenas que nunca he vivido. Camino entre las estanterías, tocando los libros como si fueran pequeños tesoros.

Empiezo por la sección infantil. Mis ojos recorren portadas coloridas y títulos divertidos. Elijo un libro sobre dinosaurios para

Thiago, lleno de ilustraciones y curiosidades. Luego tomo otro sobre ciencia básica, pensando que le gustará aprender algo nuevo.

Más adelante, encuentro la sección de autoayuda y desarrollo personal. Mis dedos se detienen sobre un libro de etiqueta y comportamiento en sociedad. Parece algo útil, especialmente ahora que vivo rodeada de personas tan diferentes a mí.

Hojeo un libro sobre finanzas personales y, aunque no entiendo la mitad de lo que dice en la contraportada, lo añado al montón. Después de todo, ahora tengo dinero... más o menos.

Finalmente elijo una novela clásica. No porque realmente la entienda, sino porque parece el tipo de libro que leería una persona inteligente y sofisticada. La coloco en la cima de la pila y voy hacia la caja.

—¿Quiere una bolsa extra? —pregunta el cajero con una sonrisa amable.

—Sí, por favor —respondo, sintiendo un orgullo infantil al ver mis libros nuevos colocados cuidadosamente en bolsas elegantes.

Al salir de la librería, miro el teléfono. Aún no hay mensaje de Gabriel. Siento una ligera opresión en el pecho, pero la ignoro rápidamente. Seguro está ocupado. Tampoco fue una cita planeada con anticipación.

Cargada con bolsas y el corazón repleto de alegría, camino hacia el área de comida. El aroma de hamburguesas a la parrilla me atrae irresistiblemente. No dudo antes de ponerme en la fila de un famoso restaurante de comida rápida, donde las fotos del menú parecen sacadas de un anuncio.

—Un combo grande, por favor, con patatas fritas y refresco —pido con un entusiasmo que sorprende incluso a la cajera.

Sonríe, me entrega un número y me siento a esperar. Cuando llega la comida, es aún mejor de lo que imaginaba. El pan suave, el queso derretido, la carne jugosa... cada bocado es una explosión de sabores. Estoy tan concentrada que apenas noto cómo desaparecen las patatas.

Con el estómago satisfecho pero el corazón aún ansioso por más experiencias, continúo explorando el centro comercial.

Finalmente llega el mensaje esperado de Gabriel. Mi teléfono vibra y me detengo en medio del pasillo para leerlo.

Gabriel: Clara, lo siento. Surgió un problema y no podré encontrarte. Quizá ni siquiera llegue a cenar. Espero que estés disfrutando el día.

Sonrío hacia la pantalla, sin sorpresa. Imaginaba que algo así podría suceder. Respondo rápidamente y guardo el móvil, decidida a no permitir que esto arruine mi día perfecto.

Una heladería llama mi atención, y la larga fila frente al mostrador no hace más que reforzar mi deseo. Elijo un cucurucho con tres sabores: chocolate, fresa y pistacho. Cuando doy la primera lamida, casi suspiro de placer. El helado es cremoso, y cada sabor parece mejor que el anterior.

Mientras paseo lentamente saboreando el helado, descubro una tienda de golosinas con un escaparate repleto de caramelos coloridos en divertidas formas. No puedo resistirme. Entro y compro una mezcla variada. Nada más salir, pongo uno en mi boca y siento esa deliciosa acidez que llena mis ojos de lágrimas de placer.

Justo cuando estoy a punto de marcharme, me topo con una chocolatería artesanal, tan seductora como la cueva de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones. Su vitrina brilla con trufas y barras envueltas como joyas. Entro y enseguida el aroma del cacao puro me envuelve, junto con otras delicias irresistibles.

—Buenas tardes, señorita. ¿Conoce nuestros chocolates? — Una dependienta elegantemente vestida se acerca con una sonrisa amable.

—No, pero me encantaría probar algunos.

—Excelente elección. Aquí ofrecemos degustaciones para ayudar a nuestros clientes a decidirse. —Toma una pequeña bandeja llena de muestras de trufas y bombones—. Por favor, adelante.

No puedo decir que no. Cada pedacito que pruebo es una revelación en mi boca: chocolate con caramelo salado, con naranja confitada, con café... Ya estoy bastante llena, pero todo está tan delicioso que sigo probando.

—Son increíbles —digo, consciente de haber comido más de lo debido.

—Me alegra que le gusten. ¿Le gustaría llevarse una selección?

Acepto con entusiasmo y me ayuda a elegir cuidadosamente. Trufas para Marta, chocolates rellenos para Thiago, bombones elegantes para Anton y un pequeño paquete de chocolates con leche para Samuel. Y, por supuesto, algunos para mí misma.

Cuando salgo de la tienda, mis bolsas pesan todavía más, pero mi corazón está ligero. Hoy no ha sido solo un día de compras; ha sido un día de sueños cumplidos y momentos mágicos.

Miro el reloj y me doy cuenta de que es hora de regresar. Después de todo, prometí llegar a tiempo para la cena y no quiero decepcionar a nadie.

21

Gabriel D’Ávila

Llego a casa más tarde de lo previsto. El reloj del salpicadero del coche marca casi las nueve de la noche, lo que significa que me he perdido la cena con Thiago y Clara. Una parte de mí se pregunta si estará molesta por haber faltado, pero el recuerdo de lo ocurrido la noche anterior basta para que aparezca una sonrisa involuntaria.

Aparco y cruzo el jardín con pasos rápidos, notando que la casa está extrañamente silenciosa. Nada más entrar, escucho carreras en el piso de arriba y la voz de Thiago que resuena por el pasillo.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Clara va a morir! —Baja corriendo las escaleras, con los ojos muy abiertos por la desesperación.

—¿Qué pasa? ¡Thiago, cálmate! —Mi voz suena más fuerte de lo que pretendía, pero sigo inmediatamente a mi hijo.

Thiago me guía hasta la habitación de invitados, donde encuentro a Clara. Tiene la cara pálida, el cabello pegado a la frente y el cuerpo flácido sobre las sábanas. El contraste con la energía que siempre desprende es chocante.

—¿Clara? —Mi voz vacila al acercarme. Ella abre lentamente los ojos, dejando escapar un gemido.

—Está muy enferma, papá. —Thiago me agarra fuerte del brazo.

Marta aparece en la puerta con una bandeja, su rostro tranquilo pero atento.

—No es grave, Sr. Gabriel. Comió demasiado y tiene una indigestión. Ya estamos cuidando de ella.

—¿Una indigestión? —pregunto, incapaz de ocultar mi incredulidad al ver a Clara en ese estado.

—Es... peor de lo que parece —murmura Clara, intentando sonreír, pero su expresión sólo revela su malestar.

De repente, se levanta tan rápido que casi pierde el equilibrio.

—¿Clara? —pregunto alarmado, pero ella ya corre hacia el baño, seguida de un ruido ahogado y el golpe seco de sus rodillas contra el suelo.

Un instante de tenso silencio es roto por el violento sonido de un vómito. Su respiración agitada y el continuo sonido de ahogo me hacen apretar los puños.

—¡Papá! ¿Se está muriendo? —pregunta Thiago asustado, tirando con fuerza de mi brazo.

—Claro que no, Thiago. Sólo está enferma. Quédate aquí un momento.

Cruzo rápidamente la habitación hacia el baño. Clara está arrodillada en el suelo, apoyada en el borde del retrete, con la cara húmeda de sudor y una expresión de puro agotamiento.

—Clara... —La llamo, pero levanta una mano, pidiéndome esperar.

Recupera el aliento y por fin me mira, con los ojos llenos de lágrimas, no de miedo, sino de cansancio.

—Lo siento... —murmura, con la voz quebrada.

—No tienes nada que lamentar —le digo, cogiendo una toalla cercana para ayudarla.

Thiago aparece en la puerta, mirando con ojos muy abiertos.

—¿Está mejor?

—Sí, Thiago. Está un poco mal del estómago. Tráele un poco de agua, ¿quieres? —pido, tratando de mantenerlo ocupado mientras me concentro en Clara.

—¡Muy bien! —Sale corriendo, dejándonos solos.

—Tienes que acostarte. —Me arrodillo a su lado, ayudándola a levantarse.

—Fue... solo un momento. Creo que ahora estoy bien.

—No tienes buen aspecto, Clara.

Intenta sonreír de nuevo, pero el esfuerzo es inútil.

Sin pensármelo dos veces, paso un brazo por debajo de sus rodillas y otro por detrás de su espalda, levantándola del suelo con facilidad.

—Gabriel, puedo caminar... —protesta débilmente.

—Sé que puedes hacerlo —respondo con tono firme pero suave—. Pero hoy vas a dejar que te cuide.

No se resiste y deja que su cabeza repose sobre mi hombro mientras la llevo a su habitación. La acuesto en la cama con cuidado, acomodo las almohadas y la tapo como si fuera una niña.

—Ahora voy a acostar a Thiago y asegurarme de que no mueras hoy. Luego volveré para quedarme contigo.

—No tienes por qué... —empieza, pero su voz se quiebra, el cansancio claramente apoderándose de ella.

Me inclino ligeramente, manteniendo mi mirada en la suya.

—No me hagas repetirlo.

Suspira, casi con una sonrisa en la comisura de los labios, y cierra los ojos.

—Soy la peor niñera del mundo —murmura con voz entrecortada—. El primer mes y ya estoy metiendo la pata.

—Enfermarse no es meter la pata, Clara —digo sentándome en el borde de la cama.

—Sí, lo es si es totalmente culpa tuya y fuiste una idiota irresponsable...

—¿Qué pasó exactamente? —pregunto, observándola atentamente.

Duda, con la mirada fija en el techo.

—Comí... mucho.

—¿Mucho? ¿Como qué?

Hace una mueca, como si incluso hablar fuera doloroso.

—Hamburguesas... palomitas... papas fritas, helados, caramelos... chocolate...

Thiago vuelve con un vaso de agua, que pongo en sus manos.

—¿Todo eso? ¿En un solo día? ¿Por qué exageraste así?

—Es que era rica, ¿verdad? —dice Clara, con voz tan débil como avergonzada.

—¿Rica? —repito, la palabra sale lentamente, casi como una acusación.

Mi mente se mueve deprisa, uniendo puntos que quizá ni siquiera existan, pero la sensación es imposible de ignorar. ¿Qué habrá querido decir con eso?

Rica... ¿por mí? ¿Por estar conmigo?

El pensamiento me golpea como un puñetazo, robándome el aire de los pulmones. Por un instante, siento que retrocedo en el tiempo, reviviendo recuerdos que he intentado enterrar. Promesas que me hice a mí mismo de nunca dejar que nadie utilizara mi vida, mi familia, como medio para obtener algo.

La miro, tan vulnerable sobre la cama, y mi mente empieza a dibujar escenarios que ni siquiera deberían existir.

¿Fue una coincidencia que apareciera justo en este momento de mi vida? ¿Estaba todo calculado desde el principio?

Mi cuerpo se pone rígido por la duda, y una parte de mí odia mi propia desconfianza. Pero otra parte... otra parte grita.

Intento alejar el pensamiento, concentrarme en el presente, en su estado; no puedo haberme equivocado tanto con una persona. ¿No? Claro que no, pero las palabras siguen resonando: "Era rica, ¿verdad?".

¿Fue una broma? ¿Un desliz? ¿O algo más?

Mi mirada se posa en Thiago, que ahora está sentado a su lado, sosteniéndole suavemente la mano con auténtica preocupación. El contraste me incomoda. No puedo permitirme equivocarme. No cuando Thiago está en medio.

Trago saliva, apartando esos pensamientos por el momento. Ya habrá tiempo para preguntas más tarde.

Anton aparece unos minutos después con té, sales de frutas y un antiácido.

—La pondremos de pie enseguida, señorita Clara.

Aprovecho esta oportunidad para poner distancia entre nosotros.

—Thiago, vamos a ponerte el pijama y prepararte para ir a la cama —le digo, apoyando ligeramente mi mano en su hombro.

Thiago me mira con los ojos muy abiertos, casi suplicantes.

—¿No puedo quedarme aquí con Clara? ¿Y si me necesita?

La forma en que lo dice me golpea inesperadamente, pero intento mantener la voz firme y tranquilizadora.

—Tiene suficiente gente cuidándola esta noche, campeón. Está bien protegida. Pero tú necesitas descansar. Mañana hay escuela temprano, ¿recuerdas?

Duda, su mirada alternando entre Clara y yo. Finalmente, suspira y niega con la cabeza.

Antes de marcharse, se inclina sobre Clara, que sigue tumbada y agotada, aunque una pequeña sonrisa se forma en sus labios al notar el gesto. Thiago le da un ligero beso en la mejilla y murmura:

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, mi amor —responde ella con voz débil pero llena de afecto.

Thiago se acerca a mí cabizbajo, y algo se agita en mi interior. Trato de ignorar esa sensación mientras lo acompaño fuera de la habitación.

Thiago se muestra reticente y tarda más de lo habitual en prepararse. Mientras se pone el pijama y acomoda su manta, echa miradas furtivas a la puerta, como si esperase que Clara apareciese en cualquier momento.

—Se pondrá bien, hijo. Te lo prometo —le digo con voz más suave de lo habitual.

Suspira, retorciéndose bajo las sábanas.

—No me gustó verla así.

—A mí tampoco. Pero mañana estará mejor, y tú necesitas estar descansado para contarle tu día en la escuela.

—¿No me va a llevar ella?

—Creo que necesita descansar. Pero mañana es viernes, así que cuando vuelvas será fin de semana y no tendrás colegio durante los próximos dos días. Podrán jugar mucho para compensarlo.

Esto parece convencerlo, porque finalmente se relaja y cierra los ojos. En unos minutos, su respiración se vuelve profunda y rítmica, y me sorprende lo rápido que se queda dormido.

Yo, en cambio, no puedo moverme. Permanezco sentado en el borde de su cama más tiempo del que debería, observando a mi hijo y sintiendo el peso de la duda.

Clara.

Parece tan auténtica. Su dulzura, la forma en que trata a Thiago, incluso la forma en que se maravilla ante las cosas sencillas... nada de eso encaja con alguien que tenga segundas intenciones. Pero...

Pero ya lo he visto antes.

He visto caras inocentes y sonrisas sinceras ocultar codicia y manipulación.

He visto a gente utilizar toda su vulnerabilidad para acercarse, esperando la mejor oportunidad para clavar sus garras.

Los recuerdos me golpean como un torrente, y cada uno refuerza la necesidad de ser precavido. Por muy pura que parezca Clara, sé que el mundo está lleno de máscaras. Y la verdad es que mi vida siempre ha atraído intereses, gente dispuesta a todo para obtener una ventaja, ya sea mi nombre, mi dinero o mi influencia.

No quiero creer que ella sea así. Cada instinto que tengo me dice que no lo es. Pero confiar ciegamente en alguien sería el mayor error que podría cometer.

Me levanto despacio, pasándome una mano por el pelo antes de salir de la habitación. Mis pasos son lentos en el pasillo, como si mi cuerpo se debatiera entre volver con Clara o mantener la distancia.

Finalmente, me encuentro de pie en la puerta de su habitación, incapaz de decidirme. Pero entonces la veo intentando levantarse lentamente, apoyándose en los codos.

—¿Gabriel? ¿Va todo bien? —pregunta preocupada, como si yo fuera el enfermo.

No me queda más remedio. Entro, cierro la puerta y me acerco a ella.

—No pasa nada —digo, intentando sonar despreocupado, pero hasta yo noto la tensión en mi voz—. Eres tú quien debería estar descansando. Creía que estarías durmiendo, iba a dejarte descansar.

Me mira con ese suave brillo en los ojos que es difícil ignorar, incluso cuando mi cabeza me pide que me contenga.

—Estoy bien, de verdad. Solo me siento un poco... tonta, quizás. —Sonríe ligeramente, pero el gesto parece agotado.

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Tonta?

—Por estar aquí, preocupándolos y haciéndoles pasar un mal rato a todos...

—Otro día estarás cuidando a alguien que lo necesite. No es un drama.

Se queda mirándome un momento antes de levantarse lentamente para ir al baño.

—Aun así, gracias por cuidar de mí.

La observo en silencio, con una batalla interna que sigue librándose en mi interior. Por más que lo intento, me resulta imposible ignorar la confusión de sentimientos que despierta en mí.

Se lava los dientes y vuelve a la cama. Se despide de Marta y Anton, que pasan rápidamente deseándonos buenas noches y dejándonos solos de nuevo.

—Gabriel... —murmura, con los ojos entreabiertos, somnolienta.

—Aquí estoy.

—Necesito preguntarte algo.

—¿De qué se trata?

Hace una pausa, como si se armara de valor para hablar.

—Aunque haya hecho muchas tonterías... sigo siendo muy rica.

Mi cuerpo vuelve a ponerse rígido, pero ella continúa:

—Mi jefe es muy amable y me paga cinco sueldos, y cada uno de esos sueldos es más de tres veces lo que cobraba antes, ¿sabes? Así que... me preguntaba si podría tomarme el fin de semana libre. Me gustaría llevar a comer a mi novio y a mi mejor amigo.

Sus palabras me caen como un balde de agua fría, pero esta vez por la razón correcta.

Sin pensarlo, sin dudarlo, me inclino sobre ella y atrapo sus labios con los míos. Es un beso desesperado, hambriento, como si

llevara horas sin aliento y pudiera volver a respirar ahora. Ella se queda quieta un momento, quizá sorprendida, pero luego responde; sus dedos encuentran mi rostro y me acarician suavemente.

—Gabriel... —murmura contra mis labios cuando por fin nos separamos un momento.

Pero no puedo mantenerme alejado mucho tiempo. Antes de que termine de pronunciar mi nombre, vuelvo a besarla, más despacio, saboreando cada movimiento, cada suave sonido que escapa de su garganta. Mi mano sube hacia su rostro, mi pulgar roza su piel cálida, mientras sus dedos se deslizan hasta mi cuello, tirando de mí con suavidad.

Suspira contra mi boca, y el sonido es suficiente para encender algo aún más profundo dentro de mí. Mi cuerpo responde antes que la razón y me inclino hacia ella, sin preocuparme por nada más que por este momento.

Cuando nos alejamos, sus manos siguen sobre mí, sus ojos cerrados, sus labios ligeramente hinchados.

—Tenía que hacerlo —admito con voz ronca.

Se ríe ligeramente, con la frente aún pegada a la mía.

—Eres muy valiente, ¿lo sabías? Besar a una mujer que ha estado vomitando toda la noche.

—Nada en el mundo podría impedirme celebrarlo.

—¿Celebrar qué? —pregunta con tono curioso, las cejas ligeramente arqueadas.

—Nunca me habían pedido una cita.

Ella abre los ojos, claramente confusa.

—¿Qué quieres decir? ¿No estabas saliendo conmigo? ¿Era yo la única que salía contigo?

Me río; su expresión es tan indignada que casi me olvido de contestar.

—Creo que ya es oficial, pequeña —susurro antes de besarla de nuevo, más despacio, más profundamente.

Sus manos se deslizan hasta mi cuello y el beso se intensifica. Cada roce, cada movimiento, parece quemar un rastro en mi piel, y la sujeto con fuerza, como si fuera a desaparecer si la suelto.

Cuando por fin nos separamos, ambos respirando con dificultad, ella abre los ojos, aún brillantes de emoción.

—Ahora necesito preguntarte algo… —digo en tono burlón.

—¿Qué? —responde ella, tratando de recuperar el aliento.

—He visto que a todos les has regalado bombones, menos a mí. —Se ríe suavemente, su cabeza cae sobre la almohada—. No es que necesite un regalo, pero...

—Te he comprado algo —interrumpe ella, todavía riendo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está?

—Aún no te lo he dado porque... bueno, es para usarlo en una futura ocasión.

Mis cejas se levantan y la curiosidad me abruma.

—¿Y cuál sería exactamente esa futura ocasión?

—No voy a hablar.

—Entonces dime dónde lo compraste —insisto, aumentando aún más mi curiosidad.

Duda, una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios antes de admitir:

—En La Belle Rouge.

La respuesta queda en el aire un segundo antes de que la entienda del todo. Una lenta sonrisa de satisfacción se dibuja en mi rostro.

—Excelente elección —le aseguro, mientras vuelvo a inclinarme hacia ella.

Sus ojos brillan primero con sorpresa, luego con algo más... algo que me hace arder por dentro. La pequeña curva de sus labios es una invitación que no puedo ignorar. Me acerco lentamente, pero en cuanto nuestros labios se encuentran, el control se me escapa de las manos.

El beso es feroz, casi desesperado, como si algo primitivo se hubiera apoderado de mí. El corazón me late con fuerza y el calor que recorre mi cuerpo desciende hasta la ingle, donde mi polla ya está dolorosamente dura contra la tela del pantalón. Cada movimiento de su boca contra la mía, cada suspiro que se escapa, no hace más que intensificarlo todo.

Mis manos bajan hasta su cintura, apretando con firmeza, como si necesitara anclarme a ella. El deseo es crudo, incrustado en los dedos que se mueven a lo largo de la curva de su espalda. Todo mi cuerpo reacciona ante ella; la forma en que su pecho se levanta contra el mío, la forma en que su piel parece arder bajo mi contacto.

El sonido de su respiración rápida y entrecortada me sumerge aún más en este abismo de deseo. Lo quiero todo de ella. Lo quiero ahora.

—¿Cuándo piensas utilizar ese regalo conmigo? —le pregunto burlón, mientras recorro con un dedo la suave curva de su mandíbula.

Clara se pone seria, mordiéndose el labio inferior.

—No sé... —admite, su voz casi un susurro—. Creo que quiero. Me gusta todo lo que hacemos juntos... pero no sé nada, Gabriel.

Mi expresión cambia al instante.

—¿No sabes nada?

—Sobre eso —nos señala a los dos, gesticulando como si fuera obvio—. Yo nunca... bueno, nunca había estado en esta situación. Y me gustaría aprender. Que me enseñaras lo que te gusta, cómo te gusta... para no hacer nada mal.

Por un momento, me quedo sin habla. No porque me sorprenda, sino porque su forma de decirlo —tan sincera, tan vulnerable— hace que el deseo crezca aún más en mi interior. Le sujeto la cara con ambas manos, con los ojos fijos en los suyos.

—Clara... no hay forma de que puedas hacer algo mal.

Parpadea; sus ojos brillan con una mezcla de curiosidad y vacilación.

—Para complacerme, lo único que tienes que hacer es ser tú misma.

Se sonroja, pero empieza a esbozar una pequeña y tímida sonrisa.

—Eso suena muy fácil —murmura bromeando.

—Pero si quieres aprender, podemos empezar la primera lección ahora.

—Segunda lección, en realidad. La primera fue besar.

Sus palabras me golpean con fuerza. Mis manos dejan de moverse y mis ojos se clavan en los suyos. La comprensión se apodera de mí como una chispa que se convierte en fuego.

—Clara... —mi voz sale baja, casi un gruñido—. ¿Nunca habías besado a nadie?

Desvía la mirada, con un ligero rubor en las mejillas.

—No —admite, su voz casi un susurro.

Un calor profundo y primitivo estalla en mi interior. La idea de haber sido el primero —el único— en probarla, en reclamar sus labios tan completamente, despierta algo posesivo, algo feroz. Mi pecho se tensa con una mezcla de orgullo y deseo, y mi mano se desliza hasta su rostro, sujetándola con delicadeza pero firmeza.

—Dios mío... —murmuro más para mí mismo que para ella—. No tienes ni idea de lo que esto significa para mí, ¿verdad?

Sus ojos se encuentran con los míos, inseguros.

—¿Es importante? —pregunta vacilante.

Me río, un sonido bajo y ronco, antes de volver a rozar mis labios con los suyos, esta vez con una delicadeza casi reverente.

—¿Importante? Tú lo eres todo.

Esboza una pequeña sonrisa y me doy cuenta de que estoy perdido. Desesperadamente posesivo, completamente enamorado y totalmente jodido.

22

Clara Salgado

Las puertas de la iglesia se abren con un leve chirrido, y el aroma a cera y madera pulida me da la bienvenida. El silencio del lugar es casi reverencial, y la tenue luz que se filtra a través de los vitrales da al ambiente un aire mágico. Respiro profundamente, intentando calmar el torbellino de emociones que me han traído hasta aquí.

Mi vida ha cambiado tanto y tan rápido que a veces parece surrealista. Hace solo unos meses, no sabía qué iba a comer al día siguiente. Ahora tengo un hogar, un empleo e incluso... a Gabriel. Se me escapa una tímida sonrisa antes de arrodillarme en uno de los bancos, mirando hacia el altar.

—Gracias —susurro, con las manos entrelazadas—. Por todo. Por el trabajo, por Thiago, por… por no sentirme más sola.

Permanezco allí unos minutos en silencio, dejando que la paz del lugar impregne mi interior. Al levantarme, veo al sacerdote salir de una habitación lateral. Es un hombre bajo y reflexivo, con cabello gris y una sonrisa amable.

—Buenos días, hija —me saluda al acercarse—. Es la primera vez que te veo por aquí. Bienvenida.

—Buenos días —respondo con timidez, pero con sinceridad—. Soy Clara Salgado.

—Clara —repite, inclinando ligeramente la cabeza, como saboreando el sonido de mi nombre—. Un placer conocerte. ¿Qué te trae por aquí hoy?

Siento mis mejillas calentarse, un poco avergonzada por no saber exactamente cómo explicarme. Me encojo de hombros y

contesto, tratando de no parecer completamente perdida.

—Gratitud. Mi vida ha cambiado mucho, muy rápido, y quiero... o mejor dicho, necesito devolver algo. Me gustaría saber cómo puedo ayudar.

El sacerdote ladea la cabeza, analizándome por un momento antes de sonreír.

—Una actitud admirable, Clara. Santo Tomás es una ciudad pequeña, pero siempre hay mucho por hacer. Las familias fundadoras se encargan de muchos aspectos comunitarios aquí, pero todos podemos contribuir de alguna manera.

Frunzo ligeramente el ceño, intrigada.

—¿Familias fundadoras?

—Sí —responde con un tono algo ceremonioso—. Las familias D'Ávila, Villar, Valença y Guimarães. Son responsables del mantenimiento de los principales centros de apoyo en la ciudad.

Mi corazón se acelera levemente al escuchar el apellido de Gabriel entre los mencionados.

—¿Centros? —pregunto, intentando comprender mejor.

Él sonríe, como si hubiese estado esperando esa pregunta.

—Tenemos el Centro de Alimentos, que distribuye comidas preparadas por el restaurante Elite a quienes no pueden permitírselo. También está el Centro de Higiene, que ofrece baños, ropa y productos básicos. El Centro de Acogida brinda refugio temporal, y el Centro de Desarrollo facilita cursos y ayuda para la inserción laboral.

Mientras el sacerdote me explica, un pensamiento me invade. Si hubiera sabido que existía algo así cuando llegué aquí... Recuerdo las noches escondida en el armario de limpieza de la escuela, encogida entre escobas y productos, rezando para que nadie descubriera que dormía allí. Las mañanas que empezaban con miedo, con el estómago rugiendo porque apenas comía lo que conseguía con las monedas que encontraba, o cuando la señora de la cantina me dejaba algo extra. Pasé tanto tiempo ahorrando cada centavo para un futuro que parecía tan lejano. Un centro de acogida habría hecho una gran diferencia.

—Pero, padre, cuando llegué, recuerdo haber visto personas durmiendo en la plaza. Y aún están allí.

El sacerdote sacude lentamente la cabeza, sereno.

—No por falta de ayuda. Cualquier persona que viene a nosotros es derivada a uno de estos centros. Sin embargo, hay quienes, por sus propios motivos, prefieren no aceptar la ayuda.

—¿No aceptar? —pregunto, sin ocultar mi sorpresa—. Pero... ¿por qué alguien rechazaría ayuda?

El sacerdote suspira, y el brillo en sus ojos se torna reflexivo.

—La vida en la calle puede ser complicada, Clara. No todos están dispuestos a abandonarla, aunque existan opciones. Algunos sienten miedo, desconfianza, o simplemente no logran adaptarse a las normas de los centros.

—¿Normas? —repito, frunciendo aún más el ceño.

—Sí, como horarios o la prohibición de ciertos comportamientos que podrían poner en peligro a otras personas. No podemos obligar a nadie a aceptar ayuda, pero siempre está disponible para quien la necesite.

Mi mente regresa a lo que vi al llegar. No había entendido la complejidad de la situación. Bajo la mirada y pienso en lo afortunada que he sido.

—Yo... conseguí empleo rápidamente cuando llegué —digo ahora más despacio—. Pero, ¿sabe?, en la ciudad donde estuve antes, las cosas eran muy diferentes. Cuando me echaron del orfanato al cumplir la mayoría de edad, no tenía adónde ir. Me dejaron en la calle, sin saber cómo pedir ayuda o si había siquiera algún lugar. Pasé un año así. Quizás si hubiera llegado antes a Santo Tomás, las cosas habrían sido diferentes. No habría sabido a dónde ir, pero parece que esta ciudad… de alguna manera acoge a los que necesitan ayuda.

El sacerdote me observa atentamente, y hay algo en su expresión que mezcla compasión y admiración.

—Santo Tomás tiene sus problemas, Clara, pero el espíritu de esta ciudad es ayudar a quienes llegan aquí. Aunque no lo supieras, estoy seguro de que alguien te habría guiado hacia el lugar

adecuado. Sin embargo, saliste adelante por ti misma. Eso también dice mucho sobre ti.

Sonrío, aunque con un leve matiz de nostalgia.

—Tuve suerte —digo con una pequeña sonrisa—. Pero creo que, si hubiera necesitado ayuda, no habría sabido dónde buscarla. Es bueno saber que existen tantos recursos disponibles.

—Y es aún mejor saber que ahora deseas formar parte de ello —responde él con entusiasmo contenido—. Estoy seguro de que tu ayuda será valiosa. A veces, las mejores personas para ayudar son precisamente las que saben qué significa no tener nada.

Sus palabras me conmueven, pero también me llenan de energía. Yo puedo hacer la diferencia.

—¿Por dónde empiezo? —pregunto ansiosa.

—Escoge cualquiera de los centros, siempre hay algo que hacer. Seguro que estarán encantados de recibirte.

El móvil vibra en mi bolso, interrumpiendo la conversación.

—Lo siento, padre —murmuro ruborizada, sacando el teléfono y viendo el nombre de Gabriel en la pantalla.

—Claro, hija, contesta —me dice con una sonrisa comprensiva, mientras se dedica a ajustar algunas velas en el altar.

—¿Hola? —respondo en voz baja, consciente del entorno.

—¿Dónde estás? —la voz de Gabriel es firme y seria, aunque con un toque curioso.

—En la iglesia, hablando con el sacerdote.

—Estoy cerca. Pasaré a recogerte —dice con naturalidad.

—No hace falta, puedo…

Pero corta antes de que termine la frase.

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo y vuelvo a dirigirme al sacerdote, un poco avergonzada.

—Era mi novio. Viene a recogerme —explico, algo ruborizada.

El sacerdote levanta las cejas ligeramente, con una sonrisa leve pero comprensiva, y asiente en silencio, aprobando con discreción.

No pasa mucho tiempo hasta que el sonido decidido de pasos resuena por el pasillo central de la iglesia. Me vuelvo para mirar, y ahí está Gabriel, llenando el espacio con su presencia como siempre.

Viste un traje impecable, pero sus ojos tienen un brillo suave que hace latir mi corazón más fuerte al cruzarse con los míos.

—Padre —saluda, extendiendo la mano con familiaridad.

—¡Gabriel! Siempre es bueno verte. Ha pasado tiempo, ¿verdad? —responde el sacerdote estrechando su mano con una cálida sonrisa.

—Culpa mía —admite Gabriel con una leve inclinación de cabeza, casi humilde—. Pero prometo compensarlo.

—¿Así que esta joven es responsable de que hayas vuelto a pisar este lugar? —pregunta el sacerdote, mirándome con amabilidad.

Me siento pequeña ante su mirada, lista para explicarme, pero Gabriel interviene antes de que pueda hacerlo.

—Ella es Clara. Mi novia —declara, y esas palabras quedan suspendidas en el aire con tal seguridad que me dejan sin aliento.

El sacerdote sonríe, y sus ojos brillan con evidente satisfacción.

—Ah, una joya rara, sin duda. Cuídala bien —dice mirando a Gabriel, luego vuelve hacia mí con seriedad afectuosa—. Y tú, Clara, pareces exactamente lo que él necesitaba.

Sin esperar respuesta, el sacerdote recoge su breviario y empieza a despedirse.

—Ahora tengo un compromiso, pero espero volver a verte pronto. Gabriel, una misa de vez en cuando no te vendría mal.

—Lo tendré en cuenta —responde Gabriel, con una sonrisa que mezcla respeto y picardía.

El sacerdote se aleja, dejándonos solos en la silenciosa iglesia. Gabriel me observa, y puedo sentir su calor antes incluso de que diga nada.

—¿Lista para comer? —pregunta con una ligereza que no esperaba.

—Solo si pago yo —digo cruzándome de brazos con una sonrisa—. Todavía no he conseguido darle un regalo decente a mi novio.

Gabriel sonríe, con esa sonrisa ligeramente torcida que siempre logra desarmarme.

—Me has dado muchas cosas, pero... —hace una pausa, sus ojos intensos—. Hay algo en particular, en cierta bolsa, que me interesa especialmente.

Mis ojos se abren de inmediato, y un inesperado calor me recorre al comprender exactamente a qué se refiere.

—Vamos —dice, tomando mi mano—. Comamos antes de que cometa algún sacrilegio.

La manera en que me mira, con ese brillo travieso, acelera mi corazón, y mis sentidos se vuelven más sensibles. Dejo que me guíe hacia la salida, tratando de ignorar la cálida oleada que parece haberme invadido, como si mi piel recordara cada caricia que me ha dado.

Cada paso a su lado se siente distinto, como si el mundo que nos rodea se diluyera, dejando únicamente la fuerza de su presencia envolviéndome.

***

Gabriel me sostiene la puerta al entrar en el restaurante, y siento que entro en otro mundo. El aroma de especias frescas, el leve tintineo de cubiertos contra platos delicados, y el ambiente acogedor pero extremadamente elegante siempre me ponen un poco nerviosa, no importa cuántas veces venga aquí. Siempre hay miradas discretas, murmullos y un trato distinto hacia Gabriel, aunque él parece ni notarlo.

Hoy está más callado que de costumbre, distraído.

—¿Todo bien? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia él.

—Thiago —dice suspirando—. Nunca ha pasado la noche fuera, salvo con mi madre. No sé si fue una buena idea.

Sonrío intentando tranquilizarlo.

—Gabriel, es solo una noche. Hará amigos y se divertirá. Creo que será bueno para él. Además, sabe que puede llamarte si algo ocurre.

Parece considerar mis palabras, pero sigue inquieto. Tomo mi teléfono y lo agito ligeramente frente a él.

—¿Quieres que lo llame? ¿Solo para asegurarte?

Gabriel arquea una ceja, pero finalmente suspira.

—Sería bueno.

Sonriendo, desbloqueo mi teléfono y marco el número que la madre del compañero de Thiago dejó en la invitación de cumpleaños. La llamada suena brevemente, y responde un empleado. En apenas un par de minutos, una voz infantil llena de entusiasmo aparece en la línea.

—¿Hola?

—¡Hola, Thiago! Soy Clara. ¿Todo bien?

—¡Clara! ¡Todo está genial! ¡La fiesta es increíble! —exclama emocionado—. ¡Hay un parque inflable enorme en el jardín, y ahora vamos a ver una película en pantalla gigante! ¡Luego, guerra de almohadas en pijamas!

Me río suavemente, feliz de escuchar su emoción.

—Suena maravilloso, Thiago. ¿Estás divirtiéndote?

—¡Muchísimo! ¿Puedes recogerme temprano mañana? Quiero enseñarte todos los juegos nuevos.

—Claro que sí, cariño. Diviértete mucho y no olvides dormir, ¿de acuerdo?

—¡Está bien, Clara! ¡Hasta mañana!

Corto la llamada y miro a Gabriel, que me observa con una expresión de alivio y ternura contenida.

—Está perfectamente —le digo—. Tan emocionado que apenas podía hablar conmigo.

Gabriel respira profundamente, relajándose en la silla.

—Me alegro mucho.

En ese momento, llega el camarero para tomar nuestro pedido, pero antes de que podamos comenzar, Gabriel se inclina sobre la mesa con esa sonrisa característica.

—Hoy es el Día de la Abuela, Clara.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

Solo sonríe enigmáticamente, mientras el camarero regresa con delantales, guantes y una bandeja llena de ingredientes frescos.

—Hoy cocinas tú, Clara.

—¿Qué? ¡Gabriel! —digo riendo nerviosamente mientras él me pasa el delantal.

—Vamos, es una tradición aquí. Cada temporada celebramos el Día de la Abuela, contratamos a una "abuela" de alguna parte del mundo para enseñarnos su mejor receta. Los clientes participan en una clase especial de cocina. A todos les encanta. Seguro que te gustará.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Quería sorprenderte.

Me coloco el delantal resignada pero divertida. Gabriel ya está listo, relajado y con total tranquilidad. Yo siento que todas las miradas están sobre nosotros, pero él parece ajeno a todo, enfocado únicamente en mí. El restaurante está lleno, con varias mesas más participando en la clase. Los clientes ríen y conversan, creando un ambiente que me ayuda a relajarme poco a poco.

—¡Bienvenidos a esta clase especial de cocina! —anuncia Lola, la cocinera asignada para guiarnos. Es una mujer bajita, de pelo canoso recogido en un moño informal, con un delantal bordado con flores—. Soy Lola, y hoy vamos a preparar un plato que lleva setenta y dos años en mi familia: arroz con pato a mi estilo.

Las mesas alrededor aplauden. Lola sonríe ampliamente, mirándonos a todos como si fuéramos sus nietos favoritos. Río ligeramente, tratando de adaptarme a su energía vibrante.

—Parece que estamos en buenas manos —murmura Gabriel a mi lado, con un tono de voz que despierta algo profundo en mí.

—No sé si las mías serán tan buenas —respondo, sosteniendo el cuchillo con algo de inseguridad.

Lola nos da instrucciones claras, enseñándonos cómo preparar el pato con especias sencillas que, según ella, son el alma del plato.

—No escatimes en ajo, querida. El ajo es amor —me guiña un ojo al ver que dudo en añadir más—. No temas. En la vida y en la cocina, los condimentos son lo que hace todo más divertido.

Me río, consciente aún de las miradas de las otras mesas. Algunos observan a Gabriel y a mí con curiosidad. Él parece

completamente tranquilo, corrigiendo de vez en cuando mis movimientos torpes. Como cuando casi se me cae media cebolla al suelo.

—Déjamelo a mí —dice suavemente, tomando el cuchillo de mis manos—. Tú encárgate de revolver el arroz.

Lola aprovecha la oportunidad para bromear.

—¡Qué caballero! Espero que tú también pongas de tu parte, jovencita. El amor es un camino de doble vía, ¿sabes?

Me río con nerviosismo, sintiendo calor en mis mejillas.

—Estamos aquí para aprender juntos —responde Gabriel con naturalidad, provocando risas en las mesas cercanas.

A medida que avanza la clase, el ambiente se vuelve cada vez más ligero y relajado. Gabriel y yo logramos preparar el arroz con pato sin más incidentes, y Lola se acerca orgullosa a nuestra mesa, asintiendo en aprobación.

—Tienes talento, jovencita. Solo necesitas práctica. Y por suerte para ti, aquí tienes a alguien dispuesto a ser tu conejillo de indias.

Gabriel ríe suavemente, y yo intento ocultar mi sonrisa avergonzada. Es imposible no contagiarse de su buen humor. Finalmente, terminamos de emplatar, y observo con satisfacción mi creación.

—Listo —digo, limpiándome las manos en el delantal—. Creo que nunca me había sentido tan orgullosa en la cocina.

Gabriel observa el plato atentamente, con ojos de crítico profesional.

—Se ve increíble, y lo mejor es que lo hiciste tú misma.

Sonrío, sintiendo una calidez en el pecho por el elogio. Los camareros comienzan a servir los platos elaborados por todos, y mientras comemos, la sensación de comodidad y pertenencia crece aún más.

—Lola es maravillosa —comento con entusiasmo—. Y este arroz... es el mejor que he probado. ¿Participas cada año?

Él niega con la cabeza, sonriendo.

—Solo cuando alguien logra convencerme.

Me sonrojo ligeramente, pero antes de que pueda responder, Gabriel se inclina hacia mí y susurra con voz baja y tentadora:

—Elite ya es tu restaurante favorito. ¿Crees que puedo convencerte de probar el salón del piso superior?

Mi respiración se corta brevemente. He oído hablar de los espacios exclusivos del club, sobre todo porque estuve allí el día de mi entrevista, y la tercera planta fue algo que preferiría olvidar. Mi corazón late con fuerza, pero la manera en que Gabriel me observa, expectante, me impulsa a responder honestamente.

—No sé... —comienzo, buscando cuidadosamente las palabras —. Ya estuve arriba, ¿recuerdas? Y no fue exactamente mi mejor experiencia.

Sonríe, pero sus ojos revelan comprensión y suavidad.

—El club es para disfrutar, Clara. No quiero que te quedes con una impresión equivocada. —Se acerca un poco más, bajando aún más la voz—. No te llevaré a la tercera planta, y mucho menos a la cuarta. Pero me encantaría que me acompañaras a Infamous.

—¿Infamous? —repito con curiosidad, la palabra suena intrigante en mis labios.

—Cada planta tiene su propio nombre —explica, con un brillo divertido en sus ojos—. Elite, Infamous, Casa de Bastardos y Guarida de Sinvergüenzas.

—¿Casa de Bastardos y Guarida de Sinvergüenzas? —pregunto sorprendida. Gabriel ríe suavemente, enviando escalofríos por mi piel.

—El público general solo conoce las dos primeras plantas. Oficialmente, el club se llama Elite.

Mi corazón late más deprisa al pensar en ello. Gabriel quiere llevarme a un lugar especial, importante para él; algo más allá de un simple restaurante elegante, un espacio donde se siente en casa.

—Entonces, ¿qué me dices? —Toma suavemente mi mano, rozando mi piel con su pulgar—. ¿Vienes conmigo?

Lo miro fijamente, tratando de ignorar el intenso calor que se extiende por mi cuerpo. Hay algo irresistible en la forma en que me observa, como si estuviera pidiéndome mucho más que compañía.

—Sí —respondo finalmente—. Quiero ir contigo. Creo que lo deseo.

23

Gabriel D’Ávila

El Infamous Lounge vibra con energía propia. Las luces ámbar iluminan la sala, reflejándose en las copas de cristal y creando un resplandor acogedor. El suave sonido de las risas mezclado con el tintineo de las fichas llena el espacio, pero todos mis sentidos están completamente concentrados en Clara.

Sus ojos recorren cada detalle, como si quisiera grabarlo todo en su memoria.

—Es... impresionante —dice mirando a su alrededor.

Sonrío, guiándola por la sala. Es curioso cómo, a su lado, incluso un lugar que conozco con los ojos cerrados parece tener una energía diferente. Clara tiene esa capacidad única de hacer que todo parezca nuevo.

—Empecemos con algo divertido —sugiero, llevándola hacia la zona de juegos.

Clara me observa mientras le explico brevemente cómo funcionan los juegos de cartas y otros desafíos. Elijo algo sencillo para empezar: el clásico juego de los vasos. Tres recipientes de plata se deslizan rápidamente por la mesa, ocultando una pequeña bola de cristal debajo de uno de ellos. El crupier, un hombre de sonrisa afilada y movimientos precisos, empieza a moverlos con destreza. Sus manos casi flotan, convirtiendo el juego en un espectáculo hipnótico.

Clara observa atentamente, ligeramente inclinada hacia delante. Sus ojos siguen los movimientos con intensidad. Al parecer, se toma en serio hasta las bromas.

—¿Dónde está? —pregunto, señalando la mesa después de que el crupier se detenga.

Señala sin vacilar, curvando los labios en una sonrisa de satisfacción.

—Ahí.

El crupier levanta el vaso y deja ver la pequeña bola. Clara ríe suavemente, un sonido que resuena como música en todo el salón.

—Eres buena en esto —digo, sorprendido.

Se encoge de hombros con divertida modestia.

—Digamos que he visto muchos trucos por ahí. No soy tan fácil de engañar. Es tu turno.

—Será fácil —afirmo con confianza, mientras elijo uno de ellos para hacer una demostración.

—Gabriel, estás demasiado distraído conmigo para ganar nada —se burla ella, riendo.

Pasa la primera ronda y fallo. Clara, por su parte, observa atentamente, con sus ojos agudos fijos en los rápidos movimientos. Cuando termina la siguiente ronda, señala sin vacilar. Y acierta. Y luego otra vez.

—¿Dónde aprendiste eso? —pregunto, genuinamente impresionado.

Se encoge de hombros, con una tímida sonrisa en la cara.

—Crecí en lugares donde aprender a observar era esencial. Creo que mis ojos son más rápidos que sus manos.

Nos quedamos un rato en la zona de juegos, pero noto que su entusiasmo empieza a decaer. Decido cambiar de ambiente.

—Vamos al bar —sugiero, inclinándome hacia ella—. Tienes que probar el mejor cóctel del club.

Clara acepta, y nos acomodamos en la barra. El camarero la recibe con una sonrisa, y le pido que prepare algo especial para ella. Cuando llega la bebida, Clara la prueba y se le iluminan los ojos.

—Esto es... ¡delicioso! ¿Qué tiene?

—Secreto de la casa —respondo, observando el brillo de sus ojos mientras saborea cada sorbo.

En mi visión periférica, veo acercarse al trío de imbéciles.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí —comienza Adrián, con una sonrisa maliciosa, mientras lanza una mirada significativa a Clara —. Gabriel D'Ávila ha traído a alguien a Infamous. Estamos siendo testigos de la historia, Víctor.

Víctor se inclina ligeramente hacia Clara, encantándola de inmediato, y enseguida siento unas ganas repentinas de darle un puñetazo en la cara.

—Clara, me alegro de volver a verte —dice, tomándole la mano—. Espero que esta experiencia sea más... agradable que la última vez que nos vimos.

—Bueno, esta vez no estoy huyendo del edificio. Creo que eso es un progreso —responde ella riendo con suavidad, con una mezcla de timidez y diversión en sus ojos. Pero la ligera tensión en sus hombros me dice que no está acostumbrada a este tipo de atención.

Coloco una mano en su cintura, acercándola ligeramente hacia mí, un claro mensaje para los dos.

—Basta de teatro —digo, mirando a Víctor con una sonrisa afilada—. Estás incomodando a mi novia.

—Ah, ¿entonces ya es oficial? —pregunta Adrián, pasándome un brazo por los hombros—. Gabriel, el eterno canalla, trajo a alguien a conocer Infamous y la llamó su novia. Jamás pensé que viviría para verlo.

—Me encanta cuando dramatizas —respondo, manteniendo un tono desenfadado, pero el peso de la palabra "novia" hace que sienta un extraño calor en el pecho. Me gusta cómo suena.

Víctor sonríe a Clara, guiñándole un ojo.

—Siempre es agradable conocer a una mujer que pueda domar a esta bestia.

Clara ríe ahora más abiertamente, pero el rubor en sus mejillas me indica que aún está procesando la broma. La sostengo con firmeza para mostrarle que no tiene por qué preocuparse.

—Estoy realmente conmovido, Gabriel —interviene Dante detrás de mí—. Quién te ha visto y quién te ve. Me encantaría seguir viendo otro capítulo de esta novela que protagonizan los tortolitos, pero...

—La tercera planta nos llama —anuncia Adrián, alzando una copa como brindis antes de alejarse con Víctor y Dante, riendo.

—Disfruten de Infamous, pero si quieren unirse a la verdadera diversión... no olviden subir —son las últimas palabras de Víctor antes de desaparecer entre las mesas.

Vuelvo mi atención hacia Clara. Está mirando el vaso frente a ella, sus dedos jugando con el borde, claramente absorta en sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —pregunto, acercándome un poco más y tocándole ligeramente la mano.

Me mira con ojos grandes e indecisos.

—Solo me preguntaba si... soy suficiente.

Duda antes de seguir, con voz baja.

—¿Crees que soy suficiente?

La pregunta me toma desprevenido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es decir... tienes un club, Gabriel. Un club con todo esto y todo... bueno... lo demás —ella hace un gesto con la mano alrededor—. Y ahora estás con una... virgen. No quiero que después me guardes rencor por eso. Por pensar que has renunciado a...

Suspiro, tomando su mano entre las mías.

—Clara, nada en el mundo me haría cambiar lo que tenemos. No te compares con nadie, por favor.

Me inclino lentamente, dejando que mis ojos se fijen en los suyos por un instante, una promesa silenciosa en el aire. Mi mano sube hacia su barbilla, sosteniéndola suavemente, mientras mi pulgar traza un pequeño círculo sobre su piel cálida. Entonces nuestros labios se encuentran.

El beso comienza suave, casi vacilante, pero rápidamente se profundiza. Siento el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío, como si me empujara hacia un punto sin retorno. Su boca es dulce, todavía con el ligero sabor del cóctel que bebió, y cada movimiento contra mis labios es una mezcla de timidez y entrega.

Mi mano sube hasta su nuca, mis dedos se enredan en los sedosos mechones de su cabello mientras inclino la cabeza para explorarla más profundamente.

Siento las miradas a nuestro alrededor, pero no me importa. Merece que la vean como mía. Sabía que llevar a Clara en público tendría repercusiones, pero ahora mismo nada de eso me interesa.

Suspira suavemente contra mi boca, un sonido que despierta algo primitivo en mi interior. Sus ojos, fijos en los míos, tienen las pupilas tan dilatadas que casi se tragan el marrón.

El deseo que veo ahí es una invitación abierta, una súplica que ni siquiera sabe que está haciendo.

Mi cuerpo reacciona de inmediato; mi polla se endurece al pensar en todo lo que quiero hacerle.

Quiero atraerla hacia mí, besarla hasta que pierda el aliento, hasta que sus uñas me arañen la espalda mientras la tumbo en la cama. Quiero mi boca recorriendo su piel, lamiéndola, chupándola, marcando cada parte de ella como mía. Quiero deslizar mi lengua por su coño, oír cada gemido, saborearla mientras la hago suplicar por más.

Imagino mi mano sujetando su cintura, mis dedos hundiéndose en su carne mientras la acerco contra mí, enterrándome en ella hasta que sienta que no existe nada más en el mundo que nosotros dos.

Mi deseo es abrumador, pero tengo que contenerme. Ella me está dando más de lo que cree, y todo lo que hago ahora es esperar el momento adecuado para tomar lo que ya sé que es mío.

—No tienes ni idea de lo mucho que significas para mí —le digo contra sus labios.

—Gabriel. Qué sorpresa verte aquí.

El momento es interrumpido por una voz familiar.

Verónica.

Su voz tiene un tono ácido y, cuando nos damos la vuelta, está de pie con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—¿Y quién es ella? —pregunta, mirando a Clara de arriba abajo con una expresión fría y calculadora.

Clara se tensa a mi lado y me dispongo a intervenir, pero Verónica es más rápida.

—Ah, disculpa mi falta de educación. Soy Verónica, la prometida de Gabriel.

Clara jadea suavemente y me suelta la mano. El golpe final llega cuando Verónica levanta la mano, exhibiendo un anillo brillante.

—¿Y tú eres...? —pregunta Verónica con una sonrisa cruel.

Veo que Clara se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Pero su voz, cuando finalmente responde, es sorprendentemente firme:

—Hasta hace un segundo, era la novia de tu prometido. —Me mira como si la hubiera traicionado frente a todo el mundo—. Ahora ya no lo sé.

—Clara, puedo explicarlo —intento decir, sintiendo que el aire me falta.

24

Clara Salgado

Nos fuimos a casa todavía discutiendo. Sus palabras están grabadas en mi mente, pero cuanto más intenta justificarse, más confusa e insegura me siento.

Gabriel arroja las llaves sobre la mesa del recibidor y empieza a pasearse de un lado a otro.

—Verónica está loca, Clara. Ya lo he dicho. Tuvimos una relación, pero terminó hace mucho tiempo. Siempre ha sido egoísta. Cuando me di cuenta, la aparté de mi vida sin mirar atrás. No sé cómo ha tenido el valor de aparecer hoy con ese teatro patético. —La frustración desborda su voz mientras se pasa la mano por el cabello, despeinándolo aún más.

Cruzo los brazos, intentando mantener la compostura, pero algo en su tono me molesta profundamente.

—Entonces, ¿por qué tenía un anillo, Gabriel? —pregunto con aparente calma, aunque la pregunta pesa como plomo entre nosotros.

Se detiene, me mira y suelta un suspiro profundo, casi exasperado.

—Era basura. —Sacude la cabeza, como si intentara disipar el recuerdo—. Un día me pidió un regalo. Le dije que eligiera lo que quisiera y lo pusiera en mi cuenta. Ella escogió ese anillo y, en su delirante cabeza, decidió que era un anillo de compromiso. Pero yo nunca… jamás le pedí que se comprometiera conmigo.

La frialdad con la que habla me golpea como un puñetazo. Actúa como si fuera sencillo borrar a alguien, eliminar de su

memoria a una persona con la que compartió momentos, tiempo, tal vez incluso sueños. Esa despreocupación con la que descarta lo que tuvieron me inquieta.

—Hablas así —murmuro, casi sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta—, como si ella fuese desechable.

Se detiene en seco, me mira fijamente y responde sin rodeos:

—Porque lo era. Nunca amé a Verónica, Clara.

La sinceridad de su voz debería reconfortarme, pero no puedo evitar el escalofrío que recorre mi cuerpo. ¿Sería diferente conmigo? ¿O acabaría siendo solo otro nombre borrado de una lista, otra persona que eliminaría sin pensárselo dos veces si algo saliera mal?

Aparto la mirada, intentando reorganizar mis pensamientos, pero la inquietud es mayor que yo. No puedo contener la pregunta que escapa antes de filtrarla:

—¿Y si fuera yo? ¿También me borrarías así, Gabriel? ¿Sin dejarme explicar nada, dejándome adivinar por mí misma qué hice mal?

Vacila, y su expresión cambia por un breve instante, pero en realidad no quiero saber la respuesta. Suspiro y sacudo la cabeza, como para disipar esa duda persistente.

—No tienes que responder. Realmente no quiero saberlo.

Gabriel da un paso hacia mí, su voz se suaviza de una forma que me pilla desprevenida:

—Clara, lo que pasó hoy fue absurdo. Verónica no tiene nada que ver contigo. Nada. —Me tiende la mano, pero doy un paso atrás, sintiendo que se forma un nudo en mi garganta.

—Estoy cansada, Gabriel. Me voy a dormir.

—¿Quieres compañía? —Su pregunta encierra una vulnerabilidad que no esperaba y casi me hace estremecer.

—Prefiero estar sola esta noche.

Mi respuesta sale baja, pero lo bastante firme como para poner fin a la conversación. Subo las escaleras con pasos pesados, sintiendo su mirada clavada en mi espalda.

Cuando entro en la habitación, me apoyo contra la puerta cerrada y respiro hondo. El silencio de la casa amplifica el caos en mi interior. No puedo ignorar la frialdad con la que habló de Verónica, ni

la duda que ahora me asalta: ¿y si un día me descarta de la misma manera? ¿Qué hago con todo lo que estoy aprendiendo a sentir por él, con él?

Sentada en mi cama, doy rienda suelta a mis pensamientos. Desde que Gabriel entró en mi vida, todo ha cambiado. Yo he cambiado. Pero ¿ha cambiado él?

¿O el Gabriel al que amo no es tan diferente del hombre que apartó a Verónica de su vida como si nunca hubiera existido?

La palabra crece en mi mente, como si hubiera salido sin permiso. Lo quiero. Amo a Gabriel.

El pensamiento me golpea como una ola inesperada, robándome el aliento y dejándome aún más perdida. Eso es. Es exactamente lo que siento. No es solo deseo, o afecto, o atracción. Es amor. Un amor tan inmenso que casi duele.

Me dejo caer en la cama, mirando al techo mientras esta nueva verdad se apodera de mí. Lo amo. Por primera vez en mi vida, amo a alguien. Reconocerlo me produce una punzada de felicidad, pero también un dolor agudo, porque el mismo día en que me doy cuenta de ello, descubro algo que podría destruirlo todo.

¿Por qué no puede ser más sencillo? ¿Por qué el día en que descubro el amor también tiene que ser el día en que me parece la peor idea del mundo?

Siento que se me saltan las lágrimas, pero no las dejo caer. Todavía no. Contengo el llanto porque sé que si empiezo, no podré parar.

El amor es hermoso, ¿verdad? Eso es lo que siempre he oído.

Tenía tantas ganas de decírselo, gritarlo, susurrárselo, cualquier cosa. Pero no puedo. Ahora no. Tal vez nunca. Porque si lo confieso, será como entregar mi corazón en sus manos. ¿Y si lo aplasta? ¿Si un día simplemente decide que ya no merezco estar aquí y me da la espalda para siempre? ¿Si me olvida tan fácilmente como lo hizo con ella?

Por primera vez me doy cuenta de que amar a alguien puede ser tan sofocante como liberador. No es solo calor, es un fuego incontrolado que amenaza con devorarlo todo.

¿Sabrá lo loca que estoy por él?

Intento acomodarme en el mullido colchón, girando hacia un lado y luego hacia el otro. Mis piernas están inquietas, mis dedos juegan con el dobladillo de la sábana y siento una opresión en el pecho. Miro fijamente al techo durante un tiempo que parece interminable, como si las respuestas estuvieran ocultas en las grietas invisibles que imagino allí, y aunque estoy agotada, el sueño no llega.

Intento tranquilizarme, pero es inútil. Cada vez que cierro los ojos, las palabras de Gabriel vuelven a mí. No sé si me asusta más lo que he oído o lo que siento.

Verónica fue borrada de su vida con una frialdad que me produce escalofríos. Me lo explicó, me detalló las razones y, sin embargo, lo único que puedo pensar es: ¿cómo pudo hacerle eso a alguien? ¿Sería yo tan desechable si un día lo defraudara?

Me revuelvo en la cama, inquieta, intentando aferrarme a cualquier pizca de lógica que pueda calmar mi corazón. Pero es inútil. Lo amo. Me lo he confesado a mí misma, aunque aún no lo haya dicho en voz alta. La verdad está ahí, desnuda y descarnada, y es tan aterradora como el miedo a ser borrada como un garabato en un papel.

Me tiemblan las manos mientras aprieto la almohada contra la cara, como si así pudiera sofocar la confusión.

La frustración me invade. La cama no me sostiene, el sueño no llega, y siento en el pecho un peso que no puedo soportar. Me levanto despacio, tirando de la bata para cubrirme. Tal vez un vaso de agua me ayude, o al menos me dé algo que hacer aparte de darle vueltas a mis pensamientos.

Al entrar en la cocina, la luz amarillenta que emana de un rincón me sorprende. Gabriel está allí, apoyado en la encimera con un vaso en la mano. No parece sorprendido de verme; tal vez lo esperaba. Su mirada se dirige hacia mí, sombría pero atenta.

—¿No puedes dormir? —pregunto, intentando parecer despreocupada, aunque mi voz suena más débil de lo que esperaba.

—No. —Sacude la cabeza, mirando el líquido de su vaso como si allí buscara respuestas—. No dejaba de pensar... en ti. En nosotros.

Se me revuelve el estómago y, por un momento, no sé qué decir. Él continúa con la voz más baja, casi un susurro:

—Me alejaste tan rápido... Después de todo lo que dijiste, me molestó. Me acusaste de algo que no hice, y parecía muy fácil para ti simplemente dejarme fuera de todo.

—¿Fácil? —repito, indignada, pero el tono me sale más débil de lo que pretendía. Doy un paso hacia delante y me agarro al respaldo de una silla para apoyarme—. Gabriel, ¿crees que ha sido fácil? No lo ha sido. Pero... tenía miedo.

Levanta la mirada, por fin encontrándose con la mía, y veo algo diferente en ella.

—¿Miedo de qué? —pregunta, y sus palabras son como un desafío suave pero no por ello menos intenso.

Trago saliva. No estoy segura de poder decirlo, pero las palabras salen antes de que pueda detenerlas:

—Creo que te amo.

La confesión flota en el aire entre nosotros, negándose a permanecer enterrada, pesada y liberadora al mismo tiempo. Gabriel no se mueve, pero noto que le tiembla ligeramente la mandíbula, como si intentara procesar lo que acabo de decir.

—Nos conocemos desde hace muy poco —continúo, con la voz temblorosa—. Quizá esté confundiendo las cosas, pero... nunca había sentido nada parecido. No sé lo que es amar a alguien, porque nunca he amado a nadie. Y eso me asusta, Gabriel. Me asusta porque... podrías romper conmigo. Podrías romperme el corazón de una manera que jamás podría arreglar y...

Permanece inmóvil, como una estatua tallada en piedra, pero sus ojos —esos ojos que siempre parecen tan seguros de sí mismos — están ahora llenos de una certeza abrumadora. Deja el vaso en el fregadero y da un paso hacia mí, luego otro.

—Clara... —comienza, pero las palabras no parecen salirle. Su mano toca la mía, cálida, firme, pero vacilante al mismo tiempo.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. No quería parecer tan vulnerable, pero ahora se nota todo lo que llevo dentro. Levanta la mano libre y me toca la cara, su pulgar roza mi mejilla como si intentara borrar mis dudas.

Se inclina, sus labios rozan los míos con una delicadeza que contrasta con la intensidad del momento. Y allí, en el silencio de la cocina, con la casa sumida en la quietud de la noche, siento que algo cambia entre nosotros. Como un arrebato. No sé si es en él, en mí o en los dos. Pero sé que no estoy sola en este sentimiento.

Y eso da miedo y es hermoso al mismo tiempo.

25

Gabriel D’Ávila

La cocina desaparece. El mundo desaparece. Solo existe ella.

Clara está en mis brazos, pequeña, cálida, entregada. Sus ojos brillan con algo que me desarma y me devora al mismo tiempo. Podría llamarlo deseo, pero es más. Es confianza, entrega. Es un fuego que probablemente ella no sabe que arde dentro de mí.

—Clara… —La acerco más, sintiendo cada curva de su cuerpo contra el mío. Su calor me atraviesa la piel, llega a lo más profundo, a un lugar que ninguna mujer ha tocado antes. Mi cuerpo está tenso, como si cada fibra supiera que ella es el único premio que importa. Mis manos recorren sus caderas, firmes, posesivas, mientras la levanto. Sus brazos me rodean el cuello, y el ligero temblor de sus manos hace que la desee aún más.

—Vámonos de aquí —digo con voz ronca. Es una orden, una súplica, todo al mismo tiempo. Ella no duda. Se limita a asentir, mordiéndose el labio, y esa pequeña acción casi me destruye.

La llevo escaleras arriba, y sentirla en mis brazos es como una promesa: algo que nunca tuve, pero sin lo que ahora ya no puedo vivir. Cada paso parece marcarme con la certeza de que estoy cruzando una línea de la que jamás podré regresar. Cuando finalmente llegamos al dormitorio, empujo la puerta con el pie y la dejo en el suelo. Ella me mira, con los labios entreabiertos, el pecho subiendo y bajando rápidamente, y sé que debo preguntar.

—¿Estás segura de esto? —mi voz sale baja, casi un gruñido.

Sus ojos se encuentran con los míos, y lo que veo en ellos me deja completamente sin palabras.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida —responde, y eso es todo lo que necesito oír.

Mis manos encuentran su rostro, sosteniéndolo como algo precioso y frágil, pero mi boca busca la suya con la urgencia de un náufrago. El beso no es suave; es una invasión, una reclamación. Mi lengua encuentra la suya, y su sabor es dulce, caliente, embriagador.

Gime contra mis labios, con un sonido ronco y grave, y siento cómo mi polla palpita en respuesta. No puedo evitarlo; mis manos recorren su espalda, acercándola hasta que no hay nada entre nosotros salvo una fina capa de tela que ahora parece una maldita barrera.

Mis dedos encuentran el botón de su bata y, con un solo movimiento, deslizo la tela fuera de su cuerpo. Está de pie ante mí, únicamente con las bragas, y se me corta la respiración. Es un espectáculo que ningún hombre podría merecer.

—Perfecta —susurro, porque es la única palabra que tiene sentido.

Intenta cubrirse los pechos con los brazos, pero yo se los aparto suavemente, sujetándole las muñecas.

—No. Quiero mirarte.

Se queda quieta, vulnerable, pero no hay vergüenza en su mirada, solo confianza. Es la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Acuéstate —le susurro, con la voz ronca por la necesidad.

Ella obedece, y al verla tumbada en la cama, lista para mí, pierdo todo el control que me quedaba. Me subo a la cama, mi boca encuentra de nuevo la suya mientras mis manos exploran cada centímetro de su suave piel. Se estremece bajo mis caricias, y sus gemidos me animan a continuar.

—Gabriel… —murmura, y el sonido de mi nombre en su voz hace que pierda la cabeza.

Mi boca desciende hacia su cuello, mordisqueándolo suavemente antes de bajar hasta sus pechos. Rodeo con mis labios uno de sus pezones, chupando ligeramente, y el sonido que sale de sus labios es lo más erótico que he escuchado nunca. Mi mano recorre su vientre hasta llegar al borde de sus bragas y se las quito

lentamente, saboreando el momento y dejando un rastro de besos calientes y posesivos que parecen marcar cada trozo de piel que toco.

—Aquí también eres preciosa —le digo, con los ojos fijos en su delicioso coño, húmedo y reluciente de deseo.

Su aroma me está volviendo loco, lo dulce y lo salado mezclados en algo tan puro, tan embriagador, que parece imposible resistirse. Mi lengua recorre primero el interior de sus muslos, trazando un camino lento y provocador. Tiembla, sus músculos se tensan bajo mis manos, y un gemido escapa de sus labios cuando me acerco a donde ya está húmeda, palpitante de deseo.

Su primer gemido me llega como un golpe directo al pecho, tan lleno de placer que me hace querer más, mucho más.

Mi lengua alterna círculos firmes y movimientos rápidos, dejando que cada una de sus reacciones guíe el siguiente movimiento. Clara arquea la espalda, agarra las sábanas con los dedos, y su cuerpo tiembla debajo de mí. Los sonidos que emite —suaves gemidos, jadeos y mi nombre escapando de sus labios como una plegaria— son todo lo que necesito.

—Gabriel… —gime, con la voz quebrada, entregándose por completo.

Hago caso omiso de sus súplicas, dejando que mi aliento caliente se cierna sobre ella, sin detenerme. Sujeto sus caderas con más fuerza mientras ella empieza a moverse contra mi boca, empujando instintiva y desesperadamente, buscando más. Cada gemido es un grito silencioso de rendición.

Recorro con mi lengua su húmeda entrada, saboreándola por completo. El sabor me vuelve loco y me pierdo en la necesidad de explorar más. Desciendo con intensidad, lamiendo despacio, chupando ligeramente sus labios; cada roce provoca en ella un sonido diferente, más fuerte, más desesperado.

Intenta moverse, pero mis dedos la aprietan con más fuerza, manteniéndola en su lugar. Mi lengua se desliza de nuevo, esta vez hasta el fondo, saboreándola por completo.

—Por favor… Gabriel, por favor… —su voz tiembla, una súplica que resuena en cada célula de mi cuerpo.

Empieza a revolverse, intentando controlar el ritmo, pero no se lo permito. Me empeño en dominar cada reacción, sintiéndola cada vez más húmeda, deslizándose contra mi boca.

Cuando mi lengua encuentra por fin su clítoris, explota debajo de mí. Su cuerpo se arquea y un fuerte gemido llena la habitación. Alterno largas lamidas y pequeños círculos alrededor de su entrada, chupando suavemente y presionando con la lengua, aumentando el placer hasta que pierde el control.

Su mano baja, agarrándome del pelo, tirando de mí más profundamente, como si quisiera fundir nuestros cuerpos en ese instante.

Entonces sucede. Su cuerpo se arquea violentamente, un gemido fuerte y crudo escapa de sus labios y siento su primer espasmo. Explota en mi boca, mi nombre escapa de sus labios en un grito ahogado, y todo en ella se entrega a mí, completamente perdida.

Mi lengua no se detiene, prolongando su orgasmo hasta que sus gemidos se convierten en murmullos, los espasmos de su cuerpo me dicen que por fin ha encontrado lo que necesita.

Levanto la cabeza y la miro. Tiene los ojos vidriosos, los labios entreabiertos y el pecho sube y baja rápidamente. Su piel está marcada por la intensidad del momento, sus pechos endurecidos, aún temblorosos por el orgasmo que acaba de tener. Mi cuerpo arde; el deseo palpita en mí de forma casi insoportable.

Mis dedos trazan una línea perezosa por su muslo, subiendo lentamente. Su cuerpo responde al tacto, un pequeño temblor recorre su piel. Cuando nuestros ojos se cruzan, veo vacilación, pero también algo más profundo: confianza y deseo.

—Clara… —mi voz es ronca, casi un susurro—. Te deseo, pero no tenemos que ir más allá de lo que estés preparada.

Se muerde el labio y me mira con esos ojos grandes y seguros, aunque todavía inseguros. Entonces su mirada se desliza hacia abajo y lo ve. Mi polla está dura contra mi abdomen. Su respiración se acelera y su vacilación aumenta.

—Quiero hacerlo, pero parece… —murmura, su voz casi inaudible—. Parece demasiado grande. ¿Dolerá mucho?

No puedo evitar que se me escape una sonrisa. Vuelvo a descender, beso la curva de su cuello y susurro contra su piel:

—No tenemos prisa, pequeña. Lo haremos a tu ritmo. Solo te quiero a ti. Sentirte. De cualquier manera. Hoy no tenemos que hacer nada más. —Mis manos se deslizan suavemente sobre su piel, tranquilizándola, mientras beso la parte superior de sus pechos, saboreando su suavidad.

—Quiero hacerlo.

Me mira de nuevo, sus labios tiemblan, pero sus dedos me tocan la cara. Asiente con la cabeza y sé que está diciendo que sí.

Me coloco encima de ella, posicionándome, pero no la penetro de inmediato. En cambio, deslizo la mano entre nosotros, usando los dedos para sentir su calor y humedad. Ella se mueve contra mí.

—Confía en mí, Clara. Nunca haría nada que te hiciera daño. —Mis palabras son un susurro entre besos, mientras mis manos acarician su piel, manteniéndola relajada.

La cabeza de mi polla roza su entrada. La sujeto con la mano, guiándola, y comienzo a hacer pequeños movimientos circulares, solo la punta rozando su entrada, provocándola. Luego la deslizo hacia arriba, frotándola lentamente contra su clítoris hinchado, y el gemido bajo que suelta hace que contraiga todos los músculos de mi cuerpo.

La sensación es un tormento delicioso; su calor y humedad me dejan en un estado de placentera agonía. Veo cómo echa la cabeza hacia atrás y separa los labios, mientras pequeñas oleadas de placer recorren su cuerpo.

—Eso es… —murmura, casi suplicante, y sus caderas comienzan a moverse instintivamente contra mí, buscando más.

Vuelvo a deslizarme, esta vez presionando un poco más fuerte, lo justo para que entre la punta. El apretado calor de su entrada rodea solo la cabeza de mi polla, suficiente para llevarme al borde de la locura. Se mueve ligeramente y su rostro se contrae casi imperceptiblemente. Me detengo, respiro hondo, rozando con el pulgar el punto más sensible entre sus piernas para mantenerla relajada, intentando controlarme mientras la sensación me consume.

Mis ojos se clavan en su rostro, observando cada expresión, cada pequeño suspiro que escapa de sus labios.

—Eres tan… tan hermosa así, entregada a mí. —Mi voz sale ronca, llena de deseo y posesividad.

Su cuerpo se abre ante mí y el calor apretado me envuelve parcialmente. La cabeza de mi polla se desliza más adentro, lenta pero decididamente, y cuando noto que está arqueando las caderas para recibirme, suplicando sin palabras, aprieto con firmeza.

Avanzo milímetro a milímetro, sintiendo cómo me aprieta con una fuerza deliciosa, hasta que estoy enterrado profundamente, completamente dentro de ella. Me quedo totalmente quieto. Es una deliciosa tortura para los dos, pero quiero que esté completamente preparada antes de dejarme llevar.

Cierro los ojos mientras intento recuperar el control, sintiendo su pulso alrededor de mí. Por un momento, todo lo que existe en el mundo somos ella y yo.

—Eres perfecta… tan perfecta. —Mi voz es ronca, y la observo atentamente—. Clara… ¿estás bien? —consigo murmurar; la voz me falla. Está completamente entregada a mí, y no hay dolor en su expresión. Solo placer puro y duro.

—Estoy bien… —dice, con la voz quebrada—. Estoy más que bien… Gabriel… —Me asegura, mordiéndose el labio, jadeando, agarrándome los hombros, y yo me muevo despacio. Pero cuando comienza a revolverse contra mí, pidiendo más, toda mi contención desaparece.

Mis manos aprietan sus caderas, mis dedos se hunden en su suave piel mientras empiezo a mover las caderas, aumentando gradualmente el ritmo. Cada embestida es lenta y profunda, explorando cada centímetro del apretado calor que me rodea. Ella gime con cada movimiento; el sonido reverbera en mí, alimentando la necesidad primaria que domina mi cuerpo.

—Eres mía, Clara. Mía —susurro con voz ronca, dominado por la posesividad que me consume. La verdad en esas palabras es absoluta, innegable.

—Solo tuya —responde, con voz temblorosa pero llena de entrega. Sus ojos brillan, abiertos y fijos en los míos, su rostro

marcado por el placer que me enorgullece darle.

El ritmo se acelera y mis embestidas son cada vez más rápidas y firmes. El sonido de nuestros cuerpos al encontrarse llena la habitación, mezclado con nuestros gemidos y jadeos. Siento cómo todos sus músculos se contraen alrededor de mí, la tensión es casi dolorosa, pero divina. Me vuelve loco, y sé que estoy a punto de perder completamente el control.

Sus gemidos aumentan, sus uñas se clavan en mis hombros, y su cuerpo se arquea bajo el mío. Grita mi nombre al correrse y su cuerpo se sacude con espasmos alrededor de mí.

Con una última y profunda embestida, me hundo hasta el borde y la oleada de placer acaba por consumirme. Un gemido gutural sale de mis labios cuando me corro dentro de ella, espeso, caliente, sintiendo todo mi cuerpo palpitar con la intensidad del momento. Mis caderas siguen moviéndose, con pequeños empujes mientras mi semen rezuma, mezclándose con el suyo.

—Joder… —susurro, con la voz apagada por el frenesí que aún recorre mis venas. Mis dedos se deslizan hacia abajo, extendiendo el calor húmedo que fluye entre nosotros, un gesto instintivo, primitivo, territorial. Ella gime suavemente al contacto, con las piernas aún apretadas a mi alrededor, como si no quisiera soltarme.

La miro, con el rostro sonrojado, los labios entreabiertos y la respiración agitada. Lleva el pelo revuelto, su piel resplandece bajo la suave luz de la habitación, y todo en ella parece gritar que es mía. Y yo sé que también lo soy, aunque nunca se lo haya dicho. Hasta ahora.

—Clara… —mi voz sale baja, ronca—. Yo también soy tuyo. Estoy completamente enamorado de ti. Nunca haría nada que te hiciera daño. Solo has traído cosas buenas a mi vida.

Acerco su cuerpo, como si reforzar la conexión física fuese la única forma de asegurarme de que me escucha y cree cada palabra.

—En este momento, mi mayor dificultad es dejar de follarte —añado con una sonrisa maliciosa.

La intensidad de su mirada es la única respuesta que necesito. Nunca renunciaré a esto. Nunca renunciaré a ella.

—Mi mujer —susurro contra sus labios, y son las palabras más deliciosas que he dicho en años.

26

Clara Salgado

La luz del sol se cuela por las rendijas de la cortina, arrojando un suave resplandor sobre la habitación. Estoy acostada a su lado, completamente despierta pero inmóvil. Mi corazón todavía late acelerado desde la noche anterior. Cada detalle sigue grabado en mi memoria: el roce de sus manos, la manera en que mi cuerpo respondió, la intensidad con la que me hizo sentir.

Gabriel está acostado boca abajo, con la sábana deslizada hasta la cintura, revelando la curva de su hombro ancho. Su pelo está desordenado, y su respiración lenta y profunda crea una melodía que me tranquiliza y me inquieta al mismo tiempo. Quiero tocarlo, pero temo romper la magia del momento.

Suspira suavemente y abre lentamente los ojos. Cuando nuestras miradas se cruzan, una sonrisa perezosa y satisfecha aparece en sus labios.

—Buenos días, pequeña —murmura, con la voz áspera por el sueño.

—Buenos días —respondo, casi susurrando.

Estira el brazo y me acerca hacia él. Sus labios encuentran los míos en un beso lento. Cuando se aparta, examina mi rostro con ternura.

—Debería despertarme así todos los días —dice, con esa sonrisa que siempre me deja sin aliento.

—Quizás tengas suerte —bromeo, ruborizándome.

Él ríe suavemente, pero luego ladea la cabeza, observándome atentamente.

—¿Cómo estás? —pregunta, adoptando un tono más serio.

—Un poco adolorida —admito, riendo con timidez—, pero sorprendentemente bien.

—Bien —responde, y su sonrisa vuelve—. No quiero que te arrepientas de nada.

—Gabriel… —comienzo, pero él se incorpora antes de que pueda continuar.

—Vamos, acompáñame a la ducha. Quiero cuidarte hoy —dice, ofreciéndome la mano, que tomo sin dudar.

En el baño, ajusta la temperatura del agua y me ayuda a entrar. El vapor llena rápidamente el espacio, aunque no más que el calor que hay en su mirada. Se acerca lentamente, y sus manos recorren mi cuerpo con reverencia, haciéndome sentir adorada.

—Eres tan hermosa, tan perfecta… No puedo dejar de mirarte —murmura, la voz cargada de emoción mientras sus manos trazan delicadamente cada una de mis curvas.

—Yo no… —empiezo, pero me interrumpe con un beso suave aunque posesivo.

—Para mí lo eres. Perfecta para mí —afirma con firmeza, mirándome directamente a los ojos. No busca respuesta, sólo reafirma lo que siente.

Sus dedos recorren suavemente mi piel, como si quisiera memorizar cada detalle. Con manos enjabonadas, realiza movimientos lentos por mis hombros, deslizándose por mis brazos, bajando por mi espalda y llegando hasta mi cintura. Su toque es cuidadoso pero intenso.

—Estoy loco por ti, ¿lo sabes? —susurra, y siento cómo el calor me sube al rostro bajo la ducha tibia.

Sus labios rozan mi frente en una caricia simple que dice mucho más que cualquier palabra. Cierro los ojos, intentando asimilar la sensación de ser cuidada, adorada de una manera que nunca imaginé.

Se arrodilla frente a mí, sosteniendo mis caderas suavemente mientras lava mis piernas, y sus dedos se detienen en cada curva con ternura. Cuando inclina la cabeza y deposita un delicado beso en mi cadera, siento una oleada de emoción que me invade.

—No tienes que hacer esto —susurro con la voz ligeramente temblorosa, pero él sonríe al mirarme, una sonrisa llena de afecto y algo mucho más profundo.

—No lo necesito, pero quiero hacerlo. Cuidarte es un privilegio, Clara.

Con cada gesto siento que se crea una capa invisible de protección y devoción alrededor de nosotros. Mi corazón late más rápido, y una lágrima inesperada resbala por mi mejilla, mezclándose con el agua tibia. Él lo nota, pero no dice nada. Se pone de pie, toma mi rostro en sus manos firmes, y vuelve a mirarme directamente a los ojos.

—¿Estás bien? —pregunta con suavidad, buscando una confirmación que va más allá de mis palabras.

—Todo —respondo, esforzándome por no sollozar—. Todo está más que bien.

—Bien —dice con una sonrisa cálida—. Hoy te voy a mimar —añade, besando suavemente mi hombro. Sus labios bajan lentamente por la curva de mi cuello y siento la calidez de su respiración, el peso de cada palabra—. Prometo portarme bien… por ahora.

Su risa profunda vibra contra mi piel. Incluso en un momento tan dulce, consigue despertar algo en mí, una expectativa silenciosa, una promesa suspendida en el aire.

Yo también río, con una risa corta y nerviosa, intentando ocultar cómo me afecta. Él se da cuenta, porque siempre lo hace, y sus ojos brillan con una mezcla de orgullo y diversión.

Sin prisa, toma el frasco de champú y coloca una generosa cantidad en sus manos antes de aplicarla en mi cabello. Sus dedos, firmes pero delicados, masajean mi cuero cabelludo con un cuidado inesperado. Cierro los ojos, disfrutando plenamente la sensación.

—Nunca dejas de sorprenderme —murmuro, mi voz sale más suave de lo que esperaba.

—¿Ah, sí? —pregunta divertido—. Eso me gusta.

—Nunca imaginé que fueras tan hábil con el champú —digo riendo.

—No soy peluquero, soy tu peluquero —bromea, sus manos recorriendo lentamente mi cabello, creando espuma con precisión hasta llegar a mis hombros.

—Inclina la cabeza hacia atrás —indica con voz ronca, y mi corazón se acelera.

Obedezco y dejo que el agua tibia corra por mi pelo mientras retira cuidadosamente el champú. La sensación de sus manos en mi nuca es tan íntima que mi cuerpo responde instintivamente. Mi respiración se acelera, el calor se expande en mi interior y un suspiro escapa de mis labios.

Él se detiene brevemente, con las manos aún en mi cabello, y siento su mirada sobre mí.

—Clara… —murmura con voz profunda y controlada.

Mi rostro arde de inmediato y me giro parcialmente, avergonzada.

—Lo siento… No pretendía provocarte. Sé que estás conteniéndote por mí.

Inclina la cabeza, y sus ojos capturan los míos con una intensidad que me paraliza.

—Nunca te disculpes por desearme, pequeña —dice con voz cargada de deseo—. Saber que me deseas… —susurra, sus ojos brillan con una mezcla irresistible de ternura y posesividad— es la mejor sensación que existe. No hay nada más delicioso que eso.

Se inclina y atrapa mis labios en un beso tranquilo pero devastador. Su boca me reclama lentamente, mientras sus manos bajan hasta mi cintura, atrayéndome más cerca.

—Puedo hacerte sentir bien —susurra contra mis labios—. Sin lastimarte. Déjame demostrártelo.

Mi cuerpo responde antes de que pueda siquiera formular una respuesta. Asiento con un leve movimiento de cabeza, sintiendo cómo el corazón late acelerado mientras él toma el control, guiándome con suavidad y firmeza a la vez.

Me sienta cuidadosamente en el banco de la ducha y se arrodilla frente a mí, cerrando parcialmente el agua para reducir la intensidad. Las gotas calientes aún resbalan sobre nosotros,

intensificando cada caricia. Sus labios recorren mi cuello lentamente, dejando una sensación ardiente en cada lugar que tocan.

Sus manos sostienen firmemente mis muslos, separándolos con delicadeza pero con una determinación innegable. Siento cómo el corazón se me acelera cuando su rostro se acerca, y la primera caricia de su lengua me arranca un gemido profundo.

—Relájate, Clara —susurra, justo antes de que sus labios se apoderen de mí por completo, aumentando mi placer hasta límites inimaginables.

La manera en que me toca, la forma en que su lengua explora y me provoca, es casi insoportable. El agua tibia cae sobre mi cuerpo, mezclándose con sus caricias, amplificando cada sensación. Gabriel está concentrado, atento a mis reacciones, ajustando su ritmo perfectamente para llevarme al borde del placer.

—Gabriel… —jadeo, incapaz de controlar los sonidos que escapan de mi garganta.

Me aferro a su cabello, desesperada por algo que ni siquiera sé describir. Él no se detiene, intensifica aún más sus movimientos, combinando perfectamente la presión y la suavidad. Sus dedos entran en juego, sincronizándose con su lengua, hasta que siento que voy a explotar de placer.

Mi cuerpo se arquea instintivamente, y un grito se escapa de mis labios cuando me deshago en un orgasmo poderoso e intenso, completamente entregada a él.

Cuando recupero el aliento, él se levanta lentamente, mirándome con una expresión que mezcla satisfacción y algo más profundo, posesivo.

—Eso fue… —comienzo, pero mi voz se quiebra.

—Solo el comienzo —responde él con una sonrisa provocadora, y siento que un nuevo calor me recorre.

Aún temblando, surge en mí un deseo intenso de retribuirle. Quiero ofrecerle la misma intensidad de placer que me acaba de dar.

—Gabriel… —comienzo, vacilante—. Quiero hacer esto contigo también.

Él acaricia suavemente mi mejilla.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, Clara. No hay necesidad de apurarse.

—Pero quiero hacerlo —insisto, con más seguridad.

Él sonríe con aprobación, toma mi mano suavemente y la dirige hacia su miembro, ya completamente duro.

—Muy bien. Pero déjame guiarte esta vez.

Su mano cubre la mía, moviéndola lentamente sobre él, mostrando exactamente cómo le gusta ser tocado. Siento la textura cálida y firme bajo mis dedos, y aunque vacilo ligeramente, su voz grave me alienta.

—Así, Clara… así… perfecto… sigue así.

Me fascina la manera en que reacciona a mis caricias. Sus músculos se tensan visiblemente, su respiración se vuelve irregular y entrecortada. Mi inseguridad desaparece, reemplazada por una confianza que nunca pensé que podría tener. Nuestro ritmo se vuelve más intenso y seguro.

Sin previo aviso, llevada por mi propia curiosidad y deseo, me inclino y deslizo mi lengua suavemente alrededor de la cabeza de su miembro. El gemido profundo y ronco que escapa de él me estremece de satisfacción.

—Clara… —gime, con voz entrecortada—. Ten cuidado…

Ignorando su advertencia, avanzo más, tomándolo parcialmente en mi boca, sintiendo su calor y la forma en que vibra bajo mi lengua. Sus manos encuentran mi cabello, sujetándome con delicadeza, controlando con cuidado su propio movimiento, nunca presionando demasiado.

Cada sonido, cada respiración profunda y jadeante que escucho de él, aumenta mi determinación. Me siento poderosa, sabiendo que puedo llevarlo al límite del placer.

Luego de unos minutos, con suavidad y firmeza, Gabriel se aparta lentamente, sosteniendo mi rostro en sus manos para mirarme directamente a los ojos.

—Eres increíble —murmura, casi sin aliento.

Vuelve a guiar mi mano sobre su miembro, acelerando el ritmo hasta alcanzar su propio clímax, un gemido profundo brota de su pecho mientras se libera, su placer recorriendo mis dedos. Sin

vacilar, llevo mi boca nuevamente hacia él, limpiándolo con mi lengua en un gesto instintivo y provocador. El sonido que escapa de sus labios me llena de orgullo.

—Clara —gruñe, temblando ligeramente—. Me vas a matar de placer.

Sonrío satisfecha, sintiendo una inmensa alegría por tenerlo rendido así ante mí.

—Preferiría no hacerlo —susurro traviesa.

Él ríe suavemente, inclinándose para besarme con pasión, un beso lleno de promesas y deseo aún latente.

Salimos de la ducha y él toma una toalla, secando cuidadosamente mi cuerpo como si fuera la cosa más natural del mundo. Mientras nos vestimos, comenta en tono ligero:

—Aunque me encantaría pasar todo el día aquí contigo, tenemos que ir a buscar a Thiago.

—Claro —sonrío—. No queremos que piense que lo hemos olvidado.

Él ríe y se acerca, acomodando un mechón suelto detrás de mi oreja.

—Es extraño ducharse con mi jefe —bromeo, riéndome suavemente.

—Si quieres puedo incluirlo en el contrato.

Cruzo los brazos, fingiendo seriedad.

—Cláusula número uno: duchas compartidas solo si prometes comportarte.

Él inclina la cabeza, sonriendo con malicia.

—Creo que eso violaría la cláusula número dos: Gabriel D'Ávila tiene total libertad para adorar a su mujer en cualquier circunstancia.

Retrocedo un paso, señalándolo.

—No existe tal cláusula.

—Todavía —se encoge de hombros divertido—, pero puedo añadirla en el próximo anexo.

No puedo evitar reírme, y él me atrae nuevamente hacia sí, riendo conmigo.

—Creo que necesito un abogado. Te estás aprovechando de mí —digo, todavía jugando.

—Total y completamente. Me declaro culpable —susurra, sus labios rozando mi oreja, provocándome un escalofrío—. Has ganado el caso.

27

Clara Salgado

—Clara, ¿has visto mis patines? —Thiago entra en el salón, sosteniendo un calcetín en la mano mientras intenta, torpemente, calzarse el otro con movimientos poco coordinados.

Levanto la vista del libro que estoy leyendo y sonrío ante la imagen divertida.

—Los dejaste en la cocina anoche, ¿recuerdas?

Thiago hace una mueca pensativa, golpeándose ligeramente la frente con la palma de la mano.

—¡Ah, cierto! —exclama antes de salir corriendo hacia la cocina, regresando poco después con sus patines en las manos—. ¿A qué hora nos vamos?

La pregunta me toma por sorpresa, y noto en su voz una mezcla de entusiasmo e impaciencia. Marco la página del libro y me acomodo para mirarlo mejor.

—Mañana por la tarde. Es solo el fin de semana, Thiago. El lunes tienes colegio.

Se detiene un instante, sujetando los patines con fuerza, y baja la mirada, dubitativo. Finalmente, alza sus ojos hacia mí, con expresión esperanzada.

—¿No podrías convencer a papá de que nos quedemos aquí? Me gusta mucho este lugar.

Su petición me llena de ternura, aunque también noto el leve pinchazo de preocupación en su tono. Con delicadeza, busco la mejor respuesta posible.

—Mudarse no es tan sencillo, Thiago. Pero puedo intentar hablar con él para que volvamos más seguido. ¿Qué te parece?

Lo piensa durante un momento, frunciendo ligeramente los labios antes de asentir con una sonrisa satisfecha.

—Vale, pero que sea pronto. ¿El próximo fin de semana?

Río suavemente y le revuelvo el cabello con cariño.

—Ustedes dos no me dan tregua, ¿lo sabías?

El sonido de pasos que llegan desde el jardín nos interrumpe, y ambos volteamos a la vez. Gabriel entra con una gran cesta de pícnic en la mano y una sonrisa relajada iluminándole el rostro.

—He traído todo lo bueno que pude encontrar en el mercado del pueblo —anuncia, alzando la cesta como si fuese un tesoro. Sus ojos brillan suavemente al cruzarse con los míos—. ¿Están listos?

Thiago golpea el suelo con sus patines, entusiasmado.

—¡Sí!

Gabriel se vuelve hacia mí, bajando la voz hasta convertirla en un susurro cálido.

—¿Y tú, estás lista?

Mi corazón se acelera un poco al percibir la suave complicidad de su tono.

—Siempre —respondo con una sonrisa sincera.

Gabriel se acerca despacio, deja la cesta un instante sobre la mesa y aparta con ternura un mechón rebelde de mi rostro. El gesto es breve, pero lleno de significado. Cuando se aleja, me siento ligeramente más liviana, más feliz.

Vuelve a tomar la cesta, y nos indica con un gesto que lo sigamos.

—¿Vamos?

Thiago no necesita que se lo digan dos veces; ya está delante, patinando sobre el camino empedrado con toda la energía que tiene, ignorando que claramente el terreno no es ideal para patinar.

—Thiago, ¡ten cuidado! —le advierto, preocupada al verlo tambalearse al tropezar con una piedra.

—¡No pasa nada, Clara! ¡Soy un experto patinador! —grita él, girándose para mirarme y alzando los brazos en señal de victoria. El

movimiento lo desequilibra un instante, pero logra recuperar rápidamente el equilibrio.

Gabriel ríe suavemente a mi lado, sujetando la cesta con una mano mientras con la otra me roza ligeramente la espalda, guiándome.

—Es pura energía —comento, aún vigilando atentamente a Thiago—. Aunque me pone nerviosa con sus ocurrencias.

—Lo necesita. Le hace bien estar relajado y disfrutando. Es bueno para él… y también para mí. —La mirada de Gabriel se intensifica al decir esto, como si sus palabras fueran más profundas de lo que aparentan.

Caminamos en silencio unos minutos, acompañados por el susurro del viento en los árboles y el sonido de los patines de Thiago sobre las piedras. El camino desemboca en un hermoso claro soleado, rodeado de flores silvestres, desde donde se aprecia una vista maravillosa de las colinas cercanas. En el centro del lugar, una mesa rústica espera.

—Vaya… —suspiro maravillada, incapaz de contener mi admiración.

—Es bonito, ¿verdad? —dice Gabriel con satisfacción, colocando la cesta sobre la mesa y observándome con una sonrisa complacida.

Thiago ya está inspeccionando los alrededores, intentando encontrar un lugar adecuado para sus maniobras imposibles. Mientras, Gabriel comienza a desempacar cuidadosamente la cesta, disponiendo panes artesanales, frutas frescas, quesos variados, una botella de vino para nosotros dos y jugos naturales para Thiago.

—¿Has traído todo esto tú solo? —pregunto sorprendida, acercándome para ayudarlo.

—Sí, por supuesto. No todos los días tengo oportunidad de disfrutar un pícnic con ustedes dos. Quería que fuera especial.

Nuestras miradas se cruzan, y hay algo en sus palabras que me calienta el pecho. No solo por la atención en los detalles, sino porque puedo sentir lo genuinamente feliz que está de compartir este momento.

—Es perfecto —digo al fin, recuperando la voz—. Pero seguiré vigilando a Thiago, porque si se cae y se rompe algo, seguro me culpará a mí y no a ti.

Gabriel ríe, con un sonido profundo y delicioso.

—No te preocupes. Es más resistente de lo que parece. Además… —dice mirando hacia Thiago, que sigue concentrado en intentar un salto imposible— sabe que no se librará de un regaño si se lastima, y eso lo mantiene alerta.

Thiago escucha y nos responde en voz alta:

—¡Estoy oyendo todo!

Ambos reímos, y por un instante todo se siente perfecto, natural. Algo que no sabía que había estado buscando toda mi vida.

Familia.

La palabra aparece en mi mente de repente, resonando en mi interior con una intensidad inesperada. No conozco realmente lo que es tener una familia propia, pero en ese momento, con ellos, siento que pertenezco. Que finalmente he encontrado mi lugar.

Gabriel parece leer algo en mi rostro, porque me mira con suavidad y preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta con voz baja y cálida, acercándose un poco más.

—Sí… —respondo, devolviéndole una sonrisa—. Todo está más que bien.

Él da un paso más cerca, inclinándose ligeramente hacia mí. Su voz es apenas un susurro, cargado de deseo.

—Muero por besar tu boca.

Mi respiración se acelera, tentada por la cercanía, pero rápidamente noto a Thiago a lo lejos, aún ocupado en sus acrobacias sobre ruedas. Con un suspiro divertido, apoyo la mano suavemente sobre su pecho, frenando el impulso.

—Yo también —confieso en voz baja, con una leve sonrisa—. Pero a menos que quieras enfrentar la dramática noticia de que estamos juntos, será mejor esperar a que tu hijo esté dormido.

Gabriel arquea una ceja, una sonrisa desafiante aparece en sus labios.

—¿Noticia dramática, dices? ¿Crees que le molestaría, o eres tú quien quiere mantener nuestro romance en secreto, señorita Clara?

Río, señalando hacia Thiago con un gesto teatral.

—¿Quieres probar suerte? Pero si tienes que enfrentar una crisis emocional, recuerda que mi jefe me dio libre este fin de semana para salir con mi novio y mi mejor amigo. Así que estás más capacitado que yo para lidiar con eso.

Él suspira divertido, pero se inclina hacia mí y susurra provocadoramente en mi oído.

—Está bien, esperaré. Pero pienso cobrarme esto después, con intereses.

Su aliento cálido sobre mi piel me estremece, y siento que mi corazón se acelera anticipadamente.

—Cuento con ello —respondo con audacia inesperada.

Se detiene un instante, sus ojos brillando con una promesa irresistible antes de girarse finalmente hacia Thiago, dejándome con el corazón acelerado y la mente llena de expectativas.

28

Gabriel D'Ávila

El sonido de los cascos golpeando suavemente la tierra del campo resulta hipnótico. Apoyado en la cerca, observo a Clara y a Thiago montados a caballo junto al instructor, quien les da indicaciones entusiastas. Clara está sobre una esbelta yegua de pelaje castaño brillante, mientras Thiago cabalga un poni compacto y lleno de energía. Las risas de mi hijo resuenan en el aire mientras trata de controlar las riendas.

Inevitablemente, mis ojos se posan en Clara. La manera en que sostiene las riendas, cómo su postura inicialmente insegura se transforma poco a poco en confianza… es fascinante. El sol destaca aún más su belleza, y me quedo atrapado en su sonrisa cuando el instructor la elogia.

—¡Excelente, Clara! Tienes un talento natural para esto —dice la instructora claramente impresionada.

Clara se gira hacia mí con una sonrisa radiante y levanta la mano en señal de victoria, arrancándome una sonrisa.

Thiago, por su parte, está completamente absorto en la experiencia. Se inclina hacia adelante sobre el poni, animándolo a ir más rápido, y escuchar su risa espontánea me llena el pecho de una alegría que no esperaba sentir.

—¡Lo están haciendo genial! —continúa el instructor, quitándose el sombrero en señal de aprobación—. Si sigues así, Clara, podrías competir algún día. Y Thiago… —Sonríe ampliamente hacia mi hijo—. He visto chicos mayores con menos habilidad que tú. Creo que le caes muy bien a este poni, amigo.

Thiago infla el pecho, orgulloso por el cumplido. Clara luce verdaderamente feliz, como si viviera un sueño que no sabía que tenía.

Me separo de la cerca impulsado por una idea que lleva formándose en mi cabeza desde hace un rato. Hago una seña al encargado de la finca, conversando rápidamente con él para explicarle lo que necesito.

Cuando regreso, Thiago ya ha bajado del poni y corre hacia mí emocionado.

—Papá, ¿viste eso? ¡Lo logré! —Me toma de la mano con los ojos brillando de emoción.

—Claro que lo vi, campeón. Estuviste impresionante —le digo mientras me pongo en cuclillas frente a él, revolviéndole el cabello con cariño—. Creo que a ese poni le caíste de maravilla.

Clara se acerca en ese momento, aún sonrojada por el esfuerzo, sonriendo tímidamente.

—Creo que yo disfruté esto más que la yegua —dice con una risita nerviosa—. Pero ha sido increíblemente divertido.

Sostengo su mirada por un instante antes de ponerme de pie nuevamente.

—Bueno, espero que realmente lo hayas disfrutado porque… —Hago una pausa breve, justo cuando el encargado se acerca entregándome unos papeles—. La yegua y el poni ahora son suyos.

El silencio dura apenas un segundo antes de que Thiago estalle en gritos de felicidad.

—¡¿QUÉ?! ¿Hablas en serio? —salta a mi alrededor, olvidando sus patines sobre el suelo—. ¿De verdad es mío? ¿Puedo ponerle nombre?

—Claro que sí, hijo. Es tuyo y puedes llamarlo como quieras.

Clara, sin embargo, permanece inmóvil, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la boca ligeramente entreabierta, incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Gabriel… —finalmente logra decir con voz entrecortada—. No debiste hacer esto.

Me encojo de hombros, fingiendo una calma que en realidad no siento.

—Quería hacerlo. Pensé que te gustaría.

Niega suavemente con la cabeza, todavía incrédula, pero luego avanza hacia mí y, tomándome por sorpresa, me envuelve en un abrazo cálido.

—Gracias. De verdad, me ha encantado —susurra contra mi pecho.

Thiago, entretanto, ya corre nuevamente hacia el poni, lanzando nombres posibles a gritos, totalmente entusiasmado. Clara permanece junto a mí, mirándolo con una ternura profunda.

—No sé qué decir realmente —susurra mientras se acerca vacilante a la yegua.

La punta de sus dedos acaricia suavemente el cuello del animal, que responde con un movimiento tranquilo de la cabeza, como reconociendo su contacto. Clara ríe suavemente, maravillada, acariciando el pelaje brillante con admiración.

—No necesitas decir nada. Solo disfrútalo —digo con una firmeza que me sorprende a mí mismo.

Clara continúa acariciando a la yegua, claramente encantada. Thiago ya está totalmente enamorado de su nuevo compañero, examinándolo cuidadosamente y soltando carcajadas cuando el poni sacude la crin con energía.

—Esto es increíble —dice Thiago, volteando a mirarme con ojos brillantes—. ¡Gracias, papá!

—Ahora depende de ti cuidarlo, campeón —le respondo con una sonrisa.

Clara murmura algo dulcemente a la yegua, con el rostro iluminado por una alegría tan genuina que me desarma por completo. Thiago, ahora subido nuevamente al poni, ríe y hace gestos exagerados, plenamente feliz.

No puedo apartar los ojos de Clara. Ella levanta la mirada hacia mí, y ese instante, la forma en que me mira, es algo que no puedo explicar con palabras, pero que se siente definitivo, completo. Todo parece encajar perfectamente en su lugar.

Una emoción inesperada se aloja en mi pecho. Paz. Una paz auténtica que no había sentido antes, que me ancla en el presente. Me doy cuenta, tal vez por primera vez, de que no se trata solo de

acertar o equivocarse, sino de quién está a tu lado cuando decides intentarlo.

Tal vez, finalmente, he hecho algo bien.

29

Clara Salgado

La casa está sumergida en una agitación frenética mientras nos preparamos para el evento de gala. Marta corre de un lado a otro asegurándose de que todo esté impecable, mientras Antón supervisa los últimos detalles. Samuel aparece brevemente trayendo flores frescas para complementar mi atuendo, un gesto que hace que mi corazón se llene con el afecto de todos los que me rodean.

—Estás preciosa, Clara —comenta Marta, mientras ajusta los últimos detalles de mi vestido—. Si Gabriel no se desmaya al verte, dejaré de entender a los hombres.

Me río nerviosamente y vuelvo la vista hacia el espejo, alisando la tela del vestido. Es un modelo elegante y clásico, pero con un toque atrevido que ha elegido Gabriel. El color resalta mi piel, y la forma en que me mira mientras bajo las escaleras me hace sentir la mujer más deseada del mundo.

—¿Qué tal? ¿Cómo estoy? —le pregunto, girando para que me vea mejor.

Él da un paso adelante, ignorando por completo a Marta y Antón, que aún están cerca.

—Estás deliciosa —murmura con voz baja, en un tono que me eriza la piel. Su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo, como si memorizara cada detalle. Una sonrisa pícara aparece en sus labios mientras inclina ligeramente la cabeza—. Aunque te prefiero sin ropa.

El calor me sube instantáneamente a la cara, y siento mis manos apretar la tela del vestido como si eso fuera a impedir que

me flaqueen las piernas. Marta, en segundo plano, arquea las cejas y carraspea discretamente antes de escabullirse, mientras Antón finge no haber escuchado nada.

Me quedo congelada, pero Gabriel se acerca y pone las manos sobre mi cintura.

—¿Puedo besarte? —me pregunta con ojos ardientes de deseo.

—Sí —respondo, mi voz apenas un susurro—. Pero solo ahora, no en la fiesta. Marta no estará allí, y no soy muy hábil con el maquillaje.

Sonríe y se inclina para besarme. Sus labios son suaves, pero lo bastante firmes para dejarme mareada.

—Intentaré comportarme —dice, aunque el brillo en sus ojos indica que no será sencillo.

Gabriel se separa con un suspiro mientras el timbre de la puerta anuncia la llegada de los invitados.

—Ya llegaron.

Cuando entran sus amigos, siento como si la habitación se iluminara de repente. Adrián, Víctor y Dante lucen deslumbrantes con sus trajes de gala. Cada uno tiene una belleza única: Adrián posee una sonrisa encantadora y una mirada astuta que he aprendido a apreciar; Víctor siempre luce elegante y misterioso, con una lengua venenosa que no cesa jamás, aunque su boca siempre atrae las miradas femeninas; y Dante es más que belleza y seducción, es una intensidad que domina cada habitación en la que se encuentra. Juntos con Gabriel, forman un espectáculo que roba el aliento.

—¿Estás bien, Clara? —pregunta Adrián, notando claramente mi expresión.

—Son muy guapos —digo sin pensar, arrepintiéndome de inmediato.

—¿De dónde sacaste ese plural? —pregunta Gabriel, con voz ligeramente áspera.

Los tres amigos ríen al unísono.

—Si no le pareciéramos guapos, tendríamos que reservar una cita urgente con el oftalmólogo —se burla Víctor, guiñándome un

ojo.

—La belleza es humilde —bromeo.

—¿Estamos preparados? —interrumpe Gabriel, ignorando sus burlas mientras me toma de la mano.

—¿Dónde está Thiago? —pregunta Dante, mirando hacia lo alto de la escalera, esperando que baje corriendo emocionado.

—Ya está en la limusina, jugando con todo lo que encontró desde que llegó —respondo seriamente—.

—¡Imagínate cuando descubra el techo que se abre! —comenta Víctor, divertido.

Nos dirigimos juntos hacia la limusina que espera en la entrada, y no puedo evitar sentirme ansiosa. Llevamos meses juntos, pero hoy se siente diferente. Es como si me estuvieran presentando formalmente ante todo el mundo como la pareja oficial de Gabriel D'Ávila, y no sé si estoy preparada.

***

El sonido de mis tacones resuena en el baño de mármol mientras me acomodo el vestido por tercera vez. Respiro hondo, intentando calmar mi corazón que late demasiado rápido desde que llegamos al evento. Las sonrisas corteses, las miradas curiosas, todo me pone nerviosa; pero hasta ahora Gabriel ha sido un escudo. Una presencia cálida y constante a mi lado que me hace sentir segura.

Abro la puerta del baño para salir, pero me detengo al escuchar voces. El tono bajo y conspirativo hace que vacile.

—¿Has visto a quién trajo esta noche? —dice una voz femenina, con tono casi cínico—. Parece salida de una película barata.

—Nadie sabe de dónde salió —responde otra—, pero sabemos muy bien adónde va, ¿no? Directo a la caja fuerte de D'Ávila.

—Todas estas chicas son iguales —continúa la primera con una risa amarga—. Cazadoras de fortunas esperando que un hombre

como Gabriel caiga en sus trucos. Apuesto a que, si no tiene cuidado, terminará sin pantalones.

—Siempre ha sido listo, pero parece que hasta a los mejores los pueden engañar —añade la segunda—. Y esta, con esa cara inocente, seguro es una actriz consumada.

Mi respiración se acelera y siento que mi rostro arde. Quiero salir y enfrentarlas, pero algo me paraliza. No están completamente equivocadas sobre quién soy realmente. No tengo apellido famoso ni historia familiar que contar. Solo me tengo a mí misma, y eso parece tan poco ahora.

Cuando por fin logro moverme, abro la puerta con más fuerza de la necesaria, haciendo que ambas mujeres se callen de inmediato. Sus miradas se posan en mí un instante, sorprendidas, antes de adoptar expresiones altivas y salir conmigo detrás, fingiendo estar intactas.

Intento respirar profundamente y recomponerme al acercarme a Gabriel, que aparece con Thiago. Trato de sonreírles con naturalidad, aunque por dentro estoy temblando.

—Me necesitan en el escenario —dice Gabriel, tocando suavemente mi cintura—. Thiago, quédate con Clara, ¿de acuerdo?

Thiago asiente, ya distraído con uno de los cócteles de frutas que ofrece un camarero. Observo mientras Gabriel sube al escenario junto a Adrián, Víctor y Dante. Los tres amigos parecen tan seguros y carismáticos como él, y la presencia de los cuatro juntos es realmente imponente, causando revuelo entre las mujeres presentes.

El maestro de ceremonias anuncia el reconocimiento que recibirán los amigos: un homenaje por su incansable labor en los centros de apoyo y por la nueva organización que están financiando para ampliar estas iniciativas a otras ciudades. El discurso menciona palabras como generosidad, visión e impacto social. Mi corazón se llena de orgullo; no son solo hombres ricos y poderosos: son hombres que marcan la diferencia.

Cuando Gabriel regresa, todavía irradiando esa confianza que mostró en el escenario, no puedo contener las palabras que salen de mis labios.

—Estoy muy orgullosa de ti, Gabriel —le digo con voz sincera —. Y muy agradecida por todo. Por permitirme entrar en tu casa, en la vida de Thiago... y en tu corazón. Tú también has cambiado mi vida, y necesito que lo sepas.

Sus ojos se encuentran con los míos, brillando con algo tan profundo que casi me conmueve antes de que él diga una sola palabra.

—Clara, tú también lo has cambiado todo para mí. No hay nada en este mundo que quiera más que tenerte en nuestras vidas. Para siempre.

Antes de que pueda decir algo más, las voces familiares de los amigos de Gabriel interrumpen el momento.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —gritan al unísono, riéndose como adolescentes.

Thiago, confundido, mira alrededor.

—¿Quién tiene que besar a quién? —pregunta frunciendo el ceño.

Víctor se inclina divertido y le responde:

—Tu padre está saliendo con Clara.

Thiago nos mira fijamente, y toda la sala parece contener la respiración. Después de un momento que parece durar una eternidad, él simplemente se encoge de hombros con indiferencia.

Se detiene un momento, volviéndose hacia Víctor:

—Tío Víctor, tienes que visitarnos más a menudo. Mi padre y Clara llevan saliendo mucho tiempo. Y se besan mucho también, creo. ¿Verdad, papá?

Todos rompemos en carcajadas, mientras Gabriel solo sonríe, tomando mi rostro entre sus manos.

—Tiene razón. Y ya es hora de hacerlo oficial —dice, antes de besarme.

Los aplausos y las risas se desvanecen en un segundo plano, porque en el instante en que sus labios encuentran los míos, el resto del mundo deja de existir. Puedo escuchar los silbidos de los tres idiotas al fondo, pero no me importa. Todo está exactamente donde debe estar. Perfecto.

30

Gabriel D'Ávila

En cuanto recibo la llamada del colegio, frunzo el ceño. La voz de la directora suena seria pero contenida, lo que siempre es señal de algo desagradable. Thiago se ha metido en líos.

Otra vez.

Aunque, a decir verdad, había pasado bastante tiempo desde la última vez.

—¿Se encuentra bien? —pregunto, sujetando el teléfono con más fuerza de la necesaria.

—Sí, señor D'Ávila, pero sería ideal que viniera al colegio para hablar con nosotros. Preferimos tratar el asunto en persona.

Cuelgo el teléfono con un fuerte suspiro. La falta de detalles concretos me incomoda profundamente. Siempre que se trata de Thiago, la escuela es demasiado cautelosa. Es un niño inteligente, pero tiene energía de sobra y, como yo, un temperamento que lo mete en situaciones delicadas con más frecuencia de la deseada.

Sin perder tiempo, tomo el teléfono y llamo a Clara.

—¿Gabriel? ¿Va todo bien? —Su voz suena dulce y preocupada. Solo oírla me hace respirar más hondo.

—Thiago se ha metido en líos en el colegio y tengo que ir allí para averiguar qué ha pasado exactamente. ¿Me acompañas?

—¡Claro que sí! ¿Se encuentra bien? ¿Qué ha pasado? —Su preocupación es genuina, y siento un alivio inmediato.

—Sí, pero preferiría que estuvieras conmigo cuando hable con él. No sé exactamente qué ocurrió, pero quizá sea otra crisis de celos relacionada contigo. Si es así, tendré que ser firme con él, y

quiero que entienda que somos un equipo y que no puede comportarse así. —Mi tono se vuelve más serio, y sé que ella entiende perfectamente la importancia del asunto.

—Estaré lista en cinco minutos.

***

De camino al colegio, el coche parece demasiado pequeño para contener la tensión que nos rodea. Clara está sentada a mi lado, inquieta, con los dedos entrelazados nerviosamente sobre el regazo.

—¿Crees que es culpa mía? —pregunta de repente, rompiendo el silencio.

La miro rápidamente antes de volver la atención a la carretera.

—¿De qué estás hablando?

—Si Thiago hizo algo por lo que escuchó en el evento… En aquel momento parecía conforme con nuestra relación, pero no quiero que sienta que esto es una competición. Ha sido tan bueno conmigo; estoy tan orgullosa de cómo se ha comportado. No quiero ser la causa de ningún problema. —Se muerde el labio, claramente luchando contra pensamientos negativos.

—Clara, esto no es culpa tuya —respondo con firmeza—. Si alguien dijo algo inapropiado, sucede. Nosotros somos adultos y podemos manejarlo. Thiago es un niño; puede que le cueste aceptar ciertas cosas, pero sabe distinguir entre lo correcto y lo incorrecto. Es nuestro deber dejarle claro que ciertos comportamientos son completamente inaceptables.

Ella asiente levemente, pero veo la preocupación persistente en sus ojos. Y, sinceramente, también estoy preocupado, aunque por motivos distintos. Sé lo que es ser provocado por algo que nos toca profundamente. Thiago es una extensión de mí en ese sentido.

Cuando llegamos al colegio, nos recibe la directora, una mujer con mirada firme pero acogedora.

—Señor D'Ávila, señorita Salgado, gracias por venir tan rápido. Acompáñenme, por favor. —Nos guía por un pasillo silencioso hasta su despacho.

Thiago está allí, sentado en una silla con los brazos cruzados y un mohín desafiante en los labios. Cuando nos ve, su mirada vacila ligeramente, pero no dice nada.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, esforzándome por mantener un tono controlado.

La directora respira hondo antes de responder.

—Parece que Thiago tuvo una pelea durante el recreo. Golpeó a dos compañeros.

Clara traga en seco y yo me inclino ligeramente hacia adelante.

—¿Y por qué lo hizo? —Mi voz es más aguda de lo que debería.

La directora duda antes de mirar a Thiago.

—Quizá sería mejor que él mismo se lo explicara.

Thiago levanta la barbilla decidido, pero no dice nada. Es Clara quien rompe el silencio.

—Thiago, cariño, ¿quieres contarnos qué pasó?

La mira a ella, luego a mí, antes de suspirar profundamente.

—Estaban hablando mal de Clara. Decían que solo está con nosotros porque quiere el dinero de papá. Que es una… estafadora. —Su voz vacila, pero mantiene un tono firme—. Les dije que pararan, pero no lo hicieron.

Clara se tapa la boca con la mano, claramente mortificada. Mi pecho se llena con una mezcla de emociones intensas, pero entre ellas, predomina el orgullo hacia mi hijo.

—¿Así que decidiste resolverlo a puñetazos? —pregunto arqueando una ceja.

Thiago asiente con el rostro enrojecido por la emoción.

—Sí.

La directora interviene con firmeza.

—Señor D'Ávila, comprendemos que fue una situación emocional para Thiago, pero la violencia nunca es la respuesta. Será

suspendido por dos días. Necesitamos reforzar que existen maneras mejores y más adecuadas para resolver los conflictos.

Miro hacia Clara, que parece a punto de hundirse en la silla de pura vergüenza.

—Entiendo perfectamente —respondo, volviendo a centrar mi atención en la directora—. Pero también debo decir que, pese a todo, mi hijo solo defendía a alguien que quiere. Y eso, señora directora, es una lección que ha aprendido muy bien.

La directora parpadea sorprendida, pero no responde. Clara, en cambio, parece estar al borde del colapso emocional.

Tras despedirnos formalmente, salimos en silencio hasta el coche. Solo cuando por fin estamos solos, Clara habla.

—Thiago, cariño, ¿por qué hiciste eso? No necesitas defenderme de esa manera. —Su voz tiembla ligeramente, y sé que está haciendo un enorme esfuerzo por no llorar.

Thiago la mira con expresión confusa.

—Claro que sí necesito hacerlo. Eres mi mejor amiga. Y la novia de papá. Yo te quiero, obviamente, y no permitiré que nadie hable mal de ti.

Clara sonríe, pero las lágrimas ya están asomando en sus ojos.

—Yo también te quiero mucho, Thiago. —Lo aprieta en un abrazo fuerte y sincero, sollozando ligeramente—. Te quiero muchísimo.

Mi hijo le seca con cariño las lágrimas y le besa dulcemente la mejilla. Mientras los observo en silencio, experimento algo que hacía tiempo no sentía con tanta intensidad.

Orgullo.

Mi familia está aprendiendo a protegerse mutuamente. Quizás he cometido muchos errores, pero en este aspecto esencial, he acertado plenamente.

31

Clara Salgado

Thiago se inclina hacia adelante, con los ojos fijos en la pantalla, mientras sus dedos vuelan sobre el mando del videojuego. Percibo su vibrante energía y escucho sus murmullos de concentración. Sostengo mi propio control con firmeza, mordiéndome el labio mientras intento seguirle el ritmo, aunque él me lleva años luz de ventaja. Se lo toma muy en serio, mientras yo aún intento descubrir qué botón hace cada cosa. Nos reímos juntos cada vez que cometo un error, y él vibra con alegría cada vez que consigue otro punto.

—¡Clara, eres terrible en esto! —exclama entre risas.

—Oye, se me dan bien muchas cosas, Thiago, solo que esto no —respondo, intentando sonar indignada sin mucho éxito.

La puerta principal se abre y Gabriel aparece, trayendo consigo el frescor de la tarde y la familiar sensación de seguridad que siempre acompaña su presencia. Se detiene en el umbral, con los ojos brillantes mientras nos observa.

—Parece que alguien va ganando aquí —dice, cruzándose de brazos.

—¡Por supuesto, papá! —exclama Thiago lleno de orgullo—. A Clara no se le dan bien los juegos.

Gabriel ríe, sacudiendo la cabeza, y toma uno de los mandos.

—Veamos si es verdad. ¿Quién se atreve conmigo?

Thiago y yo nos miramos, formando una alianza silenciosa.

—¡Tú! —contestamos al mismo tiempo, y Gabriel suelta una carcajada mientras se sienta junto a nosotros.

Gabriel es competitivo, pero sabe exactamente cómo hacer que Thiago brille, y admiro la facilidad con la que transforma momentos sencillos en recuerdos inolvidables.

Tras varios enfrentamientos y algunas disputas intensas, Gabriel deja de lado el control, fingiendo una dramática derrota.

—Vale, lo admito. Ustedes dos son un dúo imbatible, pero solo ganaron porque estoy cansado. Iré a tomar una ducha, y tú, Thiago, es hora de dormir.

Thiago hace una mueca, pero obedece a regañadientes. Se acerca a mí y me da un rápido abrazo.

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, cariño —le digo, revolviéndole el pelo antes de verlo correr por el pasillo.

Gabriel observa la escena con una pequeña sonrisa antes de dirigirse al dormitorio con Thiago felizmente montado a su espalda, vestido con el pijama de dinosaurios que se niega a cambiar, para consternación de Anton.

Me tomo un momento para ordenar los controles y arreglar ligeramente el sofá. Debería ser una tarea sencilla, pero últimamente mi mente parece incapaz de relajarse.

Los comentarios desagradables que escuché en el evento aún resuenan en mi cabeza. Sé que eran solo palabras, pero... duelen. Quizá porque, en el fondo, puedo entender lo que piensa la gente. Mi vida ha cambiado tanto, y tan rápido. No todos los días alguien como yo pasa de ser la limpiadora de un colegio a ser la novia de un hombre como Gabriel D'Ávila. Y además está el hecho de que soy su empleada y vivo en la misma casa. Es un escenario fácil para los chismes.

Había logrado acallar esas voces hasta que llegaron a Thiago, pero aún no he conseguido hacer las paces con lo sucedido. Aunque Gabriel está orgulloso de la actitud de Thiago, me duele profundamente que siquiera sintiera la necesidad de defenderme. Esos buitres pueden hablar de mí cuanto quieran, pero podrían mantener su veneno en sus propias casas; los niños no tienen nada que ver con esto y no deberían participar en semejantes rumores.

Aunque sé que no he hecho nada para merecer tanta animadversión, esos pensamientos recurrentes no abandonan mi mente lo suficiente como para olvidarlos por completo.

«¿Gabriel también lo piensa?», me pregunto una y otra vez. Nunca ha dado indicios de eso, más bien al contrario. Se empeña en presentarme como su novia, en hacerlo público, en incluirme en su vida, en el corazón de Thiago e incluso en su hogar. Pero, ¿y cuando está solo? ¿Lo piensa en silencio? ¿Se arrepiente? ¿Le incomoda?

Intento acallar esas voces en mi cabeza con una taza de té caliente en la cocina y, al volver al salón, encuentro a Gabriel ya acomodado en el sofá, con el pelo aún húmedo tras la ducha y una postura relajada. Me mira con el ceño ligeramente fruncido.

—Thiago ya está dormido —dice, siguiendo mis movimientos mientras me siento a su lado.

Toma el control remoto y empieza a buscar algo en la televisión.

—¿Quieres ver algo? —pregunta con tono despreocupado.

—Por supuesto, pon lo que quieras —respondo, intentando sonar relajada, aunque claramente no lo estoy.

Mis dedos juegan nerviosamente con el borde de la taza mientras mi mente vuelve a divagar. Gabriel se percata, por supuesto.

—¿Qué te pasa? —pregunta ahora con suavidad—. Pareces distante.

Levanto la vista y me encuentro con la suya, indecisa sobre si arruinar otra de nuestras noches hablando de eso, pero el malestar parece desbordarme.

—¿En qué piensas? —Su voz grave y preocupada interrumpe mis pensamientos.

—En nada importante —respondo rápidamente, encogiéndome de hombros. Decido que prefiero una noche tranquila.

—Sabes que no te creo, ¿verdad? —Se acerca, me quita la taza de las manos y la coloca sobre la mesa auxiliar—. Habla, Clara. ¿Qué te preocupa?

Suspiro, sabiendo que no puedo evitarlo para siempre.

—Es que… —Empiezo con vacilación—. Las cosas que las madres dijeron a los compañeros de Thiago ya las había escuchado el día de los premios, cuando fui al baño. Al principio pude ignorarlas, pero ahora creo que me están afectando. Hablan tantas cosas sobre nosotros, sobre mí. No sé, Gabriel. Todo ocurrió tan rápido entre nosotros que yo… Solo… me pregunto si te arrepientes.

Él frunce el ceño, visiblemente confundido.

—¿Arrepentirme? ¿De qué? ¿De estar contigo?

Asiento, mirando hacia mis manos.

—No. Jamás —La firmeza en su voz me obliga a levantar la vista—. Clara, si alguien debería tener dudas sobre esto, soy yo. Eres joven, tienes toda la vida por delante y estás en una relación seria con un padre malhumorado, extremadamente gruñón y posesivo, con un pasado cuestionable.

—No me lo recuerdes —protesto, recordando a Verónica, su ex novia loca, y él ríe mientras me abraza.

—Creo que necesitamos alejarnos un poco de esta ciudad venenosa —sugiere, cambiando el tono—. ¿Qué te parece si vamos a visitar a mi madre? Le encantaría recibirnos.

—¿Tu madre? —pregunto sorprendida.

—Sí. Thiago está suspendido por dos días y tenemos un fin de semana largo. Se merece una recompensa. Y tú también. Después de todo, él defendió a su mejor amiga como un campeón —dice con orgullo—. Y tú fuiste toda una dama al no armar un escándalo. Además, sinceramente, creo que necesitamos un poco de tranquilidad antes de que comience la temporada navideña.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

—Ah, ya lo descubrirás —se inclina un poco más, jugando con mi cabello—. Te ofreciste como voluntaria en los centros, ¿no? Ahora mi agenda social también es la tuya. Verás que en Navidad todos quieren un pedazo de mí. Hay muchos eventos y espero que estés conmigo en cada uno de ellos.

—No sé si estoy preparada para tanta exposición, Gabriel —confieso con sinceridad.

—Lo estarás. Quizá este fin de semana sea nuestra última oportunidad de escapar antes de que empiece todo ese caos.

—Está bien, lo pensaré —respondo, intentando contener una sonrisa.

Se acerca y me rodea la cintura con los brazos, colocando su rostro a centímetros del mío.

—¿Hay algo que pueda hacer para que te decidas más rápido? —susurra en mi oído, acariciándome con su aliento cálido mientras el roce de su barba me provoca escalofríos.

—Lo estás haciendo bastante bien —digo riendo suavemente mientras me besa cerca de la comisura de los labios—. Pero si Anton nos descubre besándonos en la casa, nos dará un sermón.

Gabriel se ríe, sosteniendo mi rostro con ambas manos.

—Esta sigue siendo mi casa, por mucho que Anton piense lo contrario.

Antes de que pueda responder, sus labios se unen a los míos, firmes, cálidos y exigentes, pero con una ternura que me desarma. El impacto inicial me arranca un suspiro, que él aprovecha para profundizar el beso, su lengua explorando la mía con una mezcla de urgencia y control.

Siento la presión de sus labios, el calor de su respiración mezclándose con la mía y el suave raspado de su barba contra mi piel, enviando pequeñas descargas de placer por todo mi cuerpo. Su sabor —una pizca de café y algo indiscutiblemente suyo— me intoxica, haciéndome incapaz de pensar en otra cosa que no sea este momento.

Mis manos suben automáticamente por sus hombros antes de aferrarme a la tela de su camisa, atrayéndolo más cerca, como si cualquier espacio entre nosotros fuera insoportable. Su mano se desliza hasta la base de mi cuello, sus dedos firmes pero tiernos me sostienen mientras me besa con entrega absoluta.

La presión de su cuerpo contra el mío me hace perder el equilibrio por un instante, pero él me sostiene con facilidad, bajando sus manos hacia mi cintura y manteniéndome cerca, declarando silenciosamente que no me dejará ir. Cada movimiento de su boca contra la mía parece calculado, casi reverente, pero hay una intensidad creciente, una posesividad que me deja sin aliento.

Cuando finalmente se aparta, mi pecho sube y baja rápidamente, mis labios todavía hormigueando por su contacto. Lo miro y sus ojos están fijos en los míos, penetrantes y llenos de una emoción que me hace estremecer.

Se mantiene cerca, su mirada fija en la mía mientras su pulgar dibuja pequeños círculos en mi cintura.

—Clara… —su voz es baja, casi un susurro, pero cargada de significado que hace latir más rápido mi corazón—. No me importa lo que digan, lo que piensen. Solo me importas tú. Solo lo que tenemos.

Siento cómo mis defensas caen una a una, como si esas palabras disiparan todas mis dudas. Pero él no me da tiempo a responder; se inclina nuevamente, su frente tocando la mía, creando una intimidad que casi me hace olvidar cómo respirar.

—¿Es suficiente para ti? —pregunta con una vulnerabilidad que es respuesta suficiente por sí misma.

Sostengo su rostro entre mis manos, mi corazón desbordado por una certeza aún nueva, pero profunda.

—Más que suficiente —susurro, y él sonríe, esa sonrisa que me hace creer que todo estará bien.

Y allí, en la silenciosa habitación, envuelta en la confortable oscuridad de la noche, siento que no necesito nada más. Porque con él, ya lo tengo todo.

32

Clara Salgado

Es imposible no quedar impresionada. No es solo una casa; altas torres, enormes vitrales y un aura de grandeza que parece sacada de un cuento de hadas.

—¿No se te ocurrió mencionar que tu madre vive en un castillo? —pregunto incrédula, mirando a Gabriel.

Él sonríe, una sonrisa llena de encanto y diversión.

—Pensé que lo descubrirías tarde o temprano.

Abro la boca para decir algo sarcástico, pero en ese momento la puerta principal se abre, y aparece un hombre más elegante que cualquier mayordomo que haya visto jamás. No es que haya conocido a muchos, pero vivir con Anton significa familiarizarse al menos con sus diez mayordomos favoritos, aunque algunos de ellos solo existan en películas de Hollywood. El traje impecable y la expresión seria no me sorprenden; es el ligero acento francés en su saludo lo que me toma desprevenida, y estoy segura de que Anton detestaría a este tipo.

—Monsieur D'Ávila, bienvenido. Madame Helena espera su llegada. —Hace una sutil reverencia, y aunque su postura es formal, sus ojos se suavizan ligeramente al ver a Thiago—. Joven, has crecido aún más desde tu última visita.

Thiago sonríe con tranquilidad, y me pregunto cuántas veces habrá estado aquí. En cuanto a mí, cada paso me hace sentir como una intrusa en un mundo que claramente no es el mío. Un castillo. Simplemente eso.

Helena aparece al final de la escalera, con un vestido ligero y elegante que ondea con la brisa. Su rostro se ilumina con una sonrisa genuina cuando ve a Thiago correr hacia ella. Lo recibe en sus brazos con un cálido abrazo antes de mirarme.

—¡Clara! —Su tono es emocionado, y baja rápidamente los escalones para abrazarme—. Ah, querida, por fin volvemos a vernos. Y estás aún más guapa de lo que recordaba.

—Gracias, señora D'Ávila —digo tímidamente, todavía impresionada por todo lo que me rodea.

—Helena, por favor. Si voy a llamarte nuera pronto, será mejor que dejemos las formalidades —bromea, guiñándole un ojo a Gabriel, quien se limita a negar con la cabeza con una sonrisa resignada.

Me salva la llegada del chef, que anuncia que el almuerzo está listo para servirse en el jardín. Caminamos hacia allí sin llevar las maletas ni hacer otra parada, pasando por pasillos decorados con cuadros y muebles que parecen centenarios. Mantengo los brazos pegados al cuerpo para no tocar nada, y Gabriel se ríe de mí, besándome ligeramente en la boca.

—Deja de hacerte la tímida, Clara. Puede que sea un castillo, pero es la casa de mi madre. Siéntete cómoda.

Ignoro por completo cada una de sus palabras, preocupada únicamente por no tropezar ni golpear nada por accidente. Al salir al jardín, doy gracias a Dios; al menos aquí afuera no tengo que estar tan tensa.

Una larga mesa con un mantel de lino blanco está dispuesta bajo una pérgola cubierta de flores. El suave sonido de un arroyo cercano se mezcla con el canto de los pájaros, y el aroma de las flores inunda el ambiente.

Debo haber muerto y llegado al cielo. Esa es la única explicación posible. Nada más podría justificar que este lugar y yo existamos en el mismo plano.

Mientras almorzamos, Helena es un pozo de entusiasmo, irradiando una energía vibrante que parece iluminar aún más el jardín que nos rodea. Sus ojos, tan azules como el cielo que nos cubre, brillan cada vez que mira a Thiago. Su amor por él es

evidente, y no puedo evitar sonreír cuando la veo recostarse en su silla, escuchando atentamente cada una de las exageradas historias que él cuenta sobre la escuela.

—Y no te lo vas a creer, abuela, ¡pero me metí un gol en propia puerta! —dice Thiago, gesticulando animadamente con el tenedor en la mano.

—¿Gol en propia puerta? —ríe Helena, una risa rica y contagiosa, mientras acaricia los rizos de su nieto—. ¿Y por qué eso parece más emocionante que un gol normal?

Thiago se encoge de hombros, como si fuera obvio.

—¡Porque todos gritaban más fuerte!

Helena ríe con tanta intensidad que tiene que sujetar su copa de vino para no volcarla, y me encuentro pensando en cómo Gabriel heredó esa sonrisa fácil y genuina, aunque la suya es más contenida y mucho más rara. La atención de Helena no tarda en centrarse en mí.

—Clara, querida, sabes que has transformado la casa de Gabriel, ¿verdad? —Inclina ligeramente la cabeza; las arrugas alrededor de sus ojos se suavizan con la dulzura de su expresión—. Anton me lo cuenta todo. Dice que has aportado calidez y luz al lugar. Y Thiago… —pone la mano en el hombro de su nieto, que ya está distraído con un trozo de pan—. Este chico está floreciendo. Es como si le hubieran salido alas.

Siento que se me calienta el rostro y bajo la mirada hacia mi plato, intentando ocultar la tímida sonrisa que crece en mis labios.

—Solo… hago lo que puedo —murmuro, removiendo la comida con el tenedor.

—Lo que haces es extraordinario —insiste, levantando su copa hacia mí—. Y tú, Gabriel, querido, también pareces… diferente. ¿Más ligero, quizás? ¿O soy solo yo?

El comentario hace que mire a Gabriel, curiosa por su reacción. Él, sentado a mi lado, está relajado, con una mano apoyada en el respaldo de mi silla. Lleva la camisa blanca desabrochada por los primeros botones, dejando ver parte de la piel oscura de su pecho. Las mangas dobladas muestran sus fuertes antebrazos, y su cabello castaño, ligeramente revuelto por el viento,

me provoca unas ganas irresistibles de pasar los dedos por él. Sus ojos azul oscuro me miran, intensos y llenos de algo que me acelera el corazón.

—¿Yo? ¿Más ligero? —Arquea una ceja y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. ¿Es un cumplido, mamá?

—Por supuesto que sí —responde Helena, inclinándose ligeramente hacia adelante, como si quisiera confiarle algo—. Y puedo asegurarte que esto tiene todo que ver con la compañía que has elegido. Clara, debes saber que nunca he visto a mi hijo tan feliz.

Sus palabras me golpean con fuerza, dejando mi corazón acelerado y mi estómago lleno de alegría y nerviosismo. Gabriel se limita a sonreír, con el pulgar acariciando distraídamente el lateral de mi silla; un gesto pequeño, pero lleno de significado.

—Tiene ese efecto sobre nosotros, mamá —finalmente habla, su voz baja y llena de calidez.

Mi cabeza da vueltas con tantos cumplidos, y por un momento siento que mi vida se ha convertido en uno de esos cuentos de hadas que jamás imaginé posibles. Al mismo tiempo, aún me cuesta creer que esté aquí, rodeada de tanto cariño.

Helena sonríe satisfecha y levanta nuevamente su copa.

—Brindo por eso. Por la luz que Clara ha traído a nuestras vidas.

Thiago, que ya se ha tomado la mitad de su zumo, levanta su vaso con entusiasmo.

—¡Y por el gol en propia puerta! —grita, provocando las risas de todos.

—Me alegro mucho de tenerlos aquí —comenta Helena, levantando su copa de vino y mirando alrededor de la mesa—. Momentos como estos son raros, deberíamos tenerlos más a menudo.

Gabriel se limita a asentir relajado, pero su mirada se cruza con la mía durante un breve instante, y el calor que desprende me revuelve el estómago.

—Ah, por cierto, temo informarles que mañana tendremos una pequeña molestia en el ala oeste que podría afectar la rutina

habitual de nuestra residencia, pero nada del otro mundo. Solo un pequeño acontecimiento —añade Helena con tono casual, como si estuviera mencionando un cambio de cortinas.

—¿Molestia? —pregunto con curiosidad.

—Se casa una princesa —responde, como si fuera algo completamente normal.

—¿Una princesa? —mi voz sale más alta de lo que me gustaría, incapaz de ocultar mi asombro.

Helena se ríe ligeramente.

—Sí, querida. Una princesa. Seguro has oído hablar de ella… ¿La princesa Margaux de Luxemburgo?

Claro que la conozco. ¿Quién no la conoce? Hace unos meses, fue noticia en todo el mundo por huir de su prometido en pleno altar, durante una boda televisada. No se habló de otra cosa.

—¿Se va a casar aquí? —pregunto, intentando asimilar la idea.

—En secreto, con su jefe de seguridad. Una elección mucho mejor, en mi opinión —comenta Helena, divertida—. Su padre quería que se casara con alguien de una familia conveniente, pero ella fue más rápida y astuta.

—Qué romántico —murmuro, encantada con la historia.

Helena sonríe y mira a Gabriel.

—Quizá deberías asistir a la ceremonia, Clara. Podrías sacar algunas ideas para tu boda. Después de todo, ya tienes el castillo, solo faltan los novios.

Casi me atraganto con la bebida, y Gabriel suelta una carcajada, claramente más acostumbrado a las bromas de su madre.

—Mamá… —comienza, pero Helena lo ignora y se centra en mí.

—¿Qué te parece, Clara? ¿Estás preparada para casarte en un castillo? —parpadea, y aunque sé que es una broma, entro en pánico.

—Yo… yo… —la voz me falla y siento cómo la sangre se me sube a la cara. Miro a Gabriel, esperando que me rescate.

—Mamá, por favor, no asustes a Clara —interviene él, todavía divertido.

Helena suelta una suave carcajada y levanta las manos en señal de disculpa.

—Está bien, está bien. Solo estaba tanteando el terreno. Después de todo, nunca es demasiado pronto para empezar a planear.

—¿Planear qué? —pregunta Gabriel, arqueando una ceja.

—Vamos, Gabriel. Una mujer como Clara no es fácil de encontrar. ¿Crees que la voy a dejar escapar tan fácilmente? —da un sorbo a su vino y vuelve a guiñarme un ojo, esta vez con una sonrisa más amable.

Thiago, que estaba ocupado con su postre, levanta la cabeza con curiosidad.

—¿Escapar a dónde? ¿Se va Clara?

—No, cariño. Clara no se va a ninguna parte —respondo rápidamente, sonriéndole y tocando ligeramente su mano, intentando disipar cualquier preocupación.

—Ah, bien —responde satisfecho, y vuelve a concentrarse en su postre.

Gabriel se ríe en voz baja y se inclina ligeramente hacia mí.

—¿Y dónde están los novios, Helena? —pregunto, desviando la atención.

—Ah, llegarán por la noche. Todo es muy discreto, por supuesto. Como se está escondiendo de su padre, prefirió algo más… íntimo.

—¿Intimidad en un castillo? —Gabriel levanta una ceja con escepticismo.

—Te sorprendería lo que algunas personas consideran intimidad, querido.

Helena continúa contándonos más historias del presente y del pasado, pero yo aún intento procesarlo todo: la boda de la princesa, las sutiles provocaciones de Helena, y el hecho de estar sentada en el jardín de un castillo con Gabriel a mi lado.

De repente, siento un calor diferente al notar algo tocando mi pierna debajo de la mesa. Es la mano de Gabriel, descansando suavemente sobre mi rodilla. Me quedo inmóvil por un instante; el calor de su contacto recorre mi piel como una corriente eléctrica.

Él no dice nada, sigue escuchando a Helena con una sonrisa aparentemente despreocupada, pero sus dedos empiezan a trazar círculos lentos y provocativos sobre mi muslo.

Trago saliva e intento concentrarme en lo que dice Helena, pero fallo estrepitosamente.

—¿Clara? —pregunta Helena, y yo me vuelvo rápidamente hacia ella, intentando disimular el rubor que seguramente cubre mis mejillas.

—¿Sí? Perdón, me distraje un momento.

Helena sonríe, claramente sin darse cuenta de que algo va mal, mientras Gabriel aprieta ligeramente mi pierna antes de apartar la mano, actuando como si no hubiera hecho nada.

—Te estaba preguntando si te gustaría dar un paseo por el jardín más tarde. Gabriel podría enseñarte los rosales, son mis favoritos.

—Me encantaría —respondo, mirando a Gabriel, que parece completamente tranquilo.

—Perfecto —dice Helena, satisfecha.

Cuando ella vuelve a centrar su atención en Thiago, Gabriel se inclina ligeramente hacia mí, su voz baja y ronca en mi oído:

—Me gusta verte nerviosa.

Mi corazón late con fuerza en el pecho, incapaz de decir nada.

Sonríe, arrogante y provocador, antes de reclinarse nuevamente en su silla, claramente satisfecho consigo mismo.

Y mientras Helena continúa con su conversación, no puedo evitar sentir el persistente calor en la piel donde me tocó, como si su mano aún siguiera allí.

33

Clara Salgado

Me arden las piernas después de subir no sé cuántos peldaños por la escalera de caracol, sin llegar aparentemente a ninguna parte. Gabriel asciende con paso firme delante de mí, sin que su respiración cambie siquiera un poco.

—¿No hay un ascensor en este lugar? —refunfuño, agarrándome con más fuerza a la barandilla.

Se ríe por lo bajo, girándose para mirarme con diversión.

—¿Qué tiene de gracioso?

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta arqueando una ceja.

—Es tarde, Gabriel. Quizá la princesa ya haya llegado y no quiera que la vean, y nosotros aquí dando vueltas al azar.

—Primero, no es al azar. Y segundo, ese sería su problema, no el mío —responde despreocupado, sin dejar de subir.

Me detengo un momento, intentando recuperar el aliento.

—Son demasiadas escaleras, Gabriel —murmuro, contemplando los interminables escalones que todavía quedan delante—. Podrías haberme dicho que trajera unas zapatillas si íbamos a pagar penitencias que ni siquiera prometimos.

Antes de que pueda seguir quejándome, él baja dos escalones hasta mí y, sin previo aviso, me levanta en sus brazos.

—¡Gabriel! —exclamo, intentando soltarme, aunque sus brazos son firmes y seguros.

—Shh. Te llevaré arriba —dice, sonriendo de una forma tan encantadora que hace que mi corazón se acelere aún más.

—¡Mañana te dolerá la espalda! —digo, riéndome.

—¿Para qué crees que llevo años entrenando religiosamente en el gimnasio? —replica con tono divertido, subiendo con facilidad mientras me sostiene como si no pesara nada.

—¿Para qué exactamente? —pregunto, todavía riendo.

—Para llevar a mi mujer y a mi hijo siempre que lo necesiten.

Mis palabras mueren en mi garganta. Permanezco en silencio mientras él me sube escaleras arriba, intentando asimilar todo el amor que depositó en esa simple frase, casi en tono de broma.

Mi mujer.

Suya.

De él.

Lo soy.

Total e irrevocablemente suya.

Cuando por fin llegamos arriba, me deja suavemente sobre el suelo.

—Cierra los ojos —me pide, colocando sus manos suavemente sobre mi rostro.

—Gabriel, ¿qué estás tramando? —pregunto desconfiada, aunque hago lo que me pide.

Me guía unos pasos hacia delante y siento el suelo firme bajo mis pies mientras me coloca justo en el lugar exacto.

—Ya está. Puedes abrirlos.

Abro los ojos y lo que veo me deja sin aliento.

Es una torre de observación combinada con un invernadero, completamente acristalada, permitiendo una impresionante vista del cielo nocturno. Las estrellas brillan como si estuvieran al alcance de mi mano, y flores de todos los colores y tamaños adornan el espacio. Hay cómodos sillones y sofás que hacen que el ambiente sea aún más acogedor, pero es el resplandor del cielo lo que captura toda mi atención.

—Gabriel… —susurro, dando vueltas en mi sitio, intentando asimilarlo todo.

Está justo detrás de mí, sus manos ahora apoyadas suavemente en mi cintura, anclándome a él.

—¿Qué te parece? —me pregunta en voz baja y ronca, cerca de mi oído.

—Es... perfecto —mi voz sale mucho más suave de lo esperado.

—Tú eres perfecta —murmura—. Sabía que este lugar te encantaría.

Mis manos tiemblan ligeramente al tocar una flor cercana. Siento sus ojos clavados en mí, cálidos e intensos.

—Gracias —le digo, girándome hacia él. El brillo de sus ojos hace que todo alrededor desaparezca.

No responde con palabras; en cambio, sus manos aprietan suavemente mi cintura, como si intentaran grabar algo en mi piel. Sus ojos están fijos en los míos, pero ahora hay algo más: no solo deseo, sino una necesidad urgente, casi primitiva.

—Clara… He pasado todo el día intentando controlarme. Estás preciosa con esos vestidos, pero ¿sabes lo que me provocan? —No espera respuesta, su mano comienza a deslizarse lentamente por la ajustada tela—. No he podido dejar de pensar en el momento en que podría arrancártelos del cuerpo.

Sus dedos me presionan la cintura, firmes y posesivos, acercando mi cuerpo al cristal. El frío del vidrio contra mi espalda contrasta con el calor abrasador de sus manos, que comienzan a explorar mis curvas. Sus labios se encuentran con los míos con una urgencia casi salvaje. Es un beso feroz, sin delicadeza: me toma como si necesitara probar que soy suya.

Mi boca se abre instintivamente, aceptando su lengua que me explora con un hambre que enciende todo mi cuerpo. Un calor pulsante se instala entre mis piernas, y mi pecho se presiona contra el suyo, buscando aliviar la tensión creciente. Mis manos tiemblan al subir por sus hombros, y cuando finalmente lo acerco, noto su cuerpo rígido, listo.

—Gabriel… —intento decir algo, pero es como si mi voz ya no existiera.

Él no contesta, simplemente desliza sus labios desde mi barbilla hasta mi cuello, mordisqueando suavemente la piel sensible mientras sus manos bajan hasta el borde de mi vestido. El aire frío de la noche contrasta con el ardor que siento, y mis bragas, ya

húmedas, se pegan incómodamente, revelando mi excitación de forma vergonzosamente clara.

—No sabes cuánto he pensado en esto hoy —murmura, y su voz profunda me envía escalofríos directamente al vientre—. Cuánto he deseado arrancarte ese vestido y follarte hasta que olvides tu nombre.

Sus palabras me hacen jadear, y mis piernas flaquean. Él aprovecha el momento para poner su rodilla entre mis muslos, obligándome suavemente a abrirme para él. Sus manos suben por los costados de mi cuerpo hasta la cremallera del vestido, que abre de un solo movimiento decidido. Murmura algo inaudible contra mi piel antes de bajar lentamente la tela, exponiendo mi pecho al aire frío y luego al calor devastador de su boca, que captura uno de mis pezones. Su otra mano aprieta delicadamente mi otro pecho, sus dedos juguetean con el pezón hasta que arqueo la espalda, ofreciéndole más.

Mis dedos suben hasta su cabeza, enterrándose en su cabello mientras suelto un gemido fuerte e incontrolable.

No se detiene, no me da tiempo a pensar, simplemente me consume hasta que yo misma le pido más.

—Estás tan mojada, Clara… —dice, deslizando sus dedos por mis bragas, encontrando mi excitación empapando su mano—. ¿Todo esto es para mí?

—Siempre… —murmuro, con voz temblorosa, mientras frota mi clítoris con una presión perfecta, haciendo que mis piernas tiemblen.

—Buena chica —susurra, y antes de que pueda reaccionar, sus dedos están dentro de mí, explorando, mientras con la otra mano arranca mis bragas.

Escucho el sonido de la hebilla de un cinturón, seguido por la cremallera de sus pantalones bajando.

—Sujétate fuerte —dice, con voz ronca en mi oído.

Con un rápido movimiento, me gira, quedando de cara al cristal. No me da tregua.

—Gabriel, estamos en casa de tu madre… —mi voz sale débil, aunque ni siquiera yo puedo creer que realmente quiera detenerlo.

—Nadie va a subir esas escaleras ahora —su boca encuentra un punto sensible en mi nuca que me hace temblar—. Y el ascensor no funciona desde hace años.

Mis gemidos se amortiguan contra el cristal mientras lo siento entrar profundamente en mí con un solo movimiento.

Mis gemidos quedan amortiguados contra el cristal mientras siento cómo me llena completamente con un solo movimiento, el calor y la presión hacen que arquee la espalda instintivamente. Me sujeta por las caderas con firmeza, sus dedos clavándose ligeramente en mi piel, atrayéndome hacia él con una fuerza que es, al mismo tiempo, brutal e increíblemente controlada.

—Así… —murmura con voz ronca, casi un gruñido—. Tan deliciosa… tan húmeda… perfecta para mí.

Cada embestida es profunda y tortuosamente lenta, arrancándome un jadeo o un gemido desde lo más profundo de mi garganta, con mi cuerpo apretado contra el cristal mientras me posee sin piedad. Mi frente descansa sobre la fría superficie, y cierro los ojos con fuerza, intentando contener la oleada de placer que aumenta con cada movimiento suyo. Siento cada centímetro de su dureza deslizándose dentro y fuera de mí, cada vez más profundo, como si quisiera dejar una marca permanente.

—Gabriel… —mi voz sale amortiguada, temblorosa, mientras mis manos buscan algo a lo que sujetarse, terminando por presionar inútilmente el cristal delante de mí. El calor de mi cuerpo contrasta con la superficie fría, y mi piel arde, cada nervio alerta, cada roce suyo recordándome que estoy completamente a merced de este hombre.

Se inclina hacia mí, su pecho cálido y firme roza mi espalda mientras su mano sube desde mi cadera hasta envolver suavemente mi cuello, levantándome ligeramente la barbilla. Sus labios se acercan a mi oído y su respiración agitada me produce escalofríos.

—Mírame —ordena suavemente, y abro los ojos con esfuerzo, encontrando su reflejo en el cristal que nos muestra entre las sombras.

La intensidad de su mirada casi me destruye. Me devora visualmente, reclamando cada parte de mí, no solo con su cuerpo,

sino con su abrumadora presencia.

Él es un depredador, y yo soy su presa, rendida y completamente entregada.

Su otra mano se desliza lentamente por mi vientre hasta llegar a mi clítoris, y su toque es devastador. Lo frota en círculos firmes y lentos, perfectamente sincronizados con las profundas embestidas que parecen partirme en dos.

—Eres tan hermosa así… —murmura, su voz llena de admiración y deseo—. Tan entregada, tan abierta para mí…

Mis piernas tiemblan y siento la tensión acumulándose en mi vientre, una presión insoportable que me roba el aliento. Mis uñas arañan inútilmente el cristal mientras la fuerza de su cuerpo me sostiene firmemente.

—Gabriel, yo… —Intento advertirle, pero las palabras se pierden en un gemido cuando el orgasmo me golpea con fuerza. Mi cuerpo se contrae a su alrededor, y escucho su gemido grave en respuesta. Continúa moviéndose, prolongando cada oleada de placer hasta que tiemblo exhausta y plenamente satisfecha.

Pero no se detiene.

—Aún no he terminado contigo —dice con voz grave mientras sus movimientos se intensifican. Me tira más hacia atrás, inclinando mi cuerpo en un ángulo que le permite penetrarme aún más profundamente. Cada embestida es poderosa, siento que cada nervio de mi cuerpo se enciende nuevamente, como si fuera posible estallar otra vez.

—Joder, Clara… —gruñe, con voz ronca, las palabras empujadas por el esfuerzo del movimiento.

Sus manos se aferran con firmeza a mi cintura, controlando cada movimiento. Me arrastra hacia atrás, imponiendo un ritmo feroz e implacable; el sonido de nuestros cuerpos chocando llena el aire. Tengo el rostro pegado al cristal, y cada embestida hace que mi cuerpo se presione contra la fría superficie, creando un contraste alucinante con el calor que siento en mi interior.

Percibo cómo cambia ligeramente el ángulo, cómo sus dedos se hunden más profundamente en mi piel mientras me acerca todavía más. Un gemido escapa de mis labios cuando toca un punto

tan intenso que me hace ver estrellas; mis manos se deslizan por el cristal, buscando apoyo en vano.

—Mírate… —murmura, con voz llena de adoración y deseo—. Tan hermosa, tan excitada por mí…

Inclina aún más su cuerpo sobre el mío, su aliento cálido acaricia mi nuca, y acelera el ritmo aún más. Cada embestida se vuelve más intensa, más desesperada, como si buscara su propio límite. Mi cuerpo responde automáticamente, apretándose a su alrededor, y un gruñido ronco se escapa de sus labios.

Me muerde suavemente el hombro, el leve dolor mezclado con el placer me hace jadear. Empuja una última vez, más profundamente. El sonido que escapa de su garganta es áspero, casi animal, cargado de placer crudo. Siento cómo se tensan sus músculos y cómo incrementa la presión en mis caderas mientras penetra más profundamente, como si quisiera alcanzar algo imposible dentro de mí.

El calor de su orgasmo me llena completamente, latiendo en mi interior en oleadas cálidas e intensas. La sensación es tan cruda, tan visceral, que no puedo evitar otro gemido. Él sigue empujando lentamente, casi asegurándose de que no queda ningún espacio vacío, que cada gota quede marcada en mí.

Sus dedos se deslizan por mi espalda, aferrándose con fuerza, mientras permanece aún dentro de mí. La sensación de su respiración desigual y caliente en mi cuello me produce escalofríos, y el calor que fluye entre ambos refuerza aún más mi entrega.

—Joder… —murmura, con voz cargada de satisfacción, pero también con algo posesivo e indomable—. Me haces perder la cabeza, Clara. No puedo… no puedo parar.

Hace algunos movimientos más, lentos, casi perezosos, prolongando el placer al máximo. Cuando finalmente se aparta, su calor se desliza entre mis muslos. Luego sus dedos vuelven a mí, ahora despacio, con suavidad, esparciendo su placer mientras susurra mi nombre suavemente, casi como una plegaria.

—Mira esto… —dice, su voz ronca y jadeante—. Todo en ti… fue hecho para mí.

Me abraza contra él, enterrando su rostro en la curva de mi cuello, y todo lo que puedo hacer es respirar profundamente, intentando recuperar la fuerza, mientras descanso mi cabeza sobre su hombro.

—Eres mía, Clara —susurra con convicción absoluta—. Completamente mía.

34

Gabriel D'Ávila

El aroma a café recién hecho impregna la sala, iluminada por la suave luz matinal. El discreto traqueteo de los platos apilados y el parloteo bajo del personal crean un ambiente acogedor. Mi madre está sentada a la cabecera de la mesa, con aspecto impecable y una bata de seda azul claro que contrasta con sus ojos. Sonríe a Thiago, que unta mantequilla en un cruasán con ayuda de Clara.

Clara…

Está preciosa, con el pelo recogido en un moño alto y un vestido ligero y desenfadado que resalta la delicada curva de sus hombros. Sus dedos rozan los de Thiago mientras lo ayuda, y él suelta una risita de satisfacción. Es una escena tan natural que casi olvido que, meses atrás, ella ni siquiera formaba parte de nuestras vidas.

Me siento a la mesa y mi madre enarca una ceja, con una sonrisa en los labios.

—Por fin, Gabriel. Pensé que te habías perdido en el castillo.

—Estaba disfrutando del privilegio de una buena noche de sueño —respondo, aceptando la taza de café que me ofrece.

—Sí, claro. Pero te perdiste el comienzo de la diversión. Thiago y Clara estaban discutiendo estrategias de siembra.

Miro a Clara, que finge estar concentrada en cortar un trozo de fruta, aunque noto el ligero rubor en sus mejillas. Thiago, en cambio, está lleno de energía. Se inclina hacia delante y anuncia:

—Papá, la abuela dice que puedo elegir cualquier planta del invernadero para llevármela a casa.

Clara ríe suavemente.

—Thiago, acabarás llevándote un bosque entero si te dejan.

Helena se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Yo no diría un bosque, Clara. Pero tenemos árboles pequeños. Puede elegir algo que quepa en el jardín.

El entusiasmo de Thiago es contagioso, y me sorprendo sonriendo.

—Entonces vamos después del café. Pero no exageres, campeón.

Mi madre hace un gesto elegante con la mano y dirige su atención a Clara.

—¿Te estás adaptando bien, Clara? Sé que el castillo puede ser un poco… intimidante.

Clara duda un momento antes de responder:

—Todo es tan bonito. Me encanta cada rinconcito, cada pedacito de historia que me cuentas. Siempre me han fascinado los cuentos de hadas, y aquí parece que estoy viviendo el mío propio.

Helena se inclina ligeramente hacia delante, con los ojos brillantes.

—Me alegra escucharlo. Si necesitas un descanso de la exploración o inspiración para futuras decoraciones, no dudes en pedírmelo.

Sé que Clara todavía no se siente del todo cómoda en este entorno, pero mi madre está haciendo un claro esfuerzo para que se sienta a gusto. Es un alivio verla un poco más relajada, aunque siga mordiéndose el labio inferior cada vez que es el centro de atención.

Después del café, nos dirigimos al invernadero. Thiago corre delante de nosotros, parloteando ya sobre las posibles opciones. Mi madre le regala una planta todos los años, una tradición que aprecio desde que él era más pequeño, cuando los niños solo se interesaban por juguetes.

No le interesa cuidarlas, eso es evidente, pero disfruta plantándolas en nuestro jardín y contando a todos los que nos visitan que él mismo lo hizo.

Clara camina a mi lado, sus ojos absorben cada detalle del entorno.

La estructura del invernadero se alza frente a nosotros, imponente, con cristales que brillan al sol y una profusión de plantas que parece desbordarse hacia el exterior. Helena avanza al frente, asumiendo el papel de guía con entusiasmo.

—Este invernadero fue diseñado hace más de cincuenta años. Un regalo de mi abuelo a mi abuela. Aquí cada planta tiene una historia.

Thiago ya ha desaparecido entre las hileras de pequeños árboles y flores vibrantes, y Clara lo sigue con la mirada, preocupada por si va a tocar algo delicado.

—Relájate —le digo, tocándole ligeramente el brazo—. Mi madre ya ha sobrevivido a generaciones de niños explorando este lugar. Thiago estará bien.

Ella me sonríe y, por un instante, olvido que estamos rodeados de otras personas. Helena nota el momento y aprovecha para provocarme:

—Gabriel, no vayas a asustar a la chica. Todavía estamos en la fase de encantarla, ¿recuerdas?

Clara ríe suavemente, sacudiendo la cabeza.

—No te preocupes, Helena. Creo que lo está haciendo bastante bien.

Thiago elige un pequeño limonero, proclamando que es "el mejor limonero de la historia". Clara lo ayuda a examinar la planta, discutiendo juntos cómo cuidarlo y la posibilidad de convertirlo en nuestro árbol de Navidad.

—Es una buena influencia para ti —me confía mi madre, acercándose.

—Lo sé —respondo, viendo cómo Clara y Thiago ríen juntos —. De verdad que lo sé.

Ella me toca el brazo, un gesto sencillo, pero lleno de significado.

—No lo eches a perder, Gabriel. A la vida no le gusta que desperdiciemos oportunidades de ser felices.

La intensidad de sus palabras me toma por sorpresa, pero me limito a sacudir la cabeza, incapaz de responder de inmediato.

—No tengo ninguna intención de estropearlo, mamá.

Ella me besa la mejilla y yo voy a ayudar a Thiago a llevar el limonero al coche. Ya casi es hora de partir si queremos llegar temprano.

—Ojalá pudieran quedarse más tiempo —dice mi madre, abrazando a Clara—. Es un placer tenerte aquí. Y qué pena que no hayas podido conocer a la princesa, Clara.

—No me habría sentido cómoda, Helena. Quizá algún día… Pero por ahora, que sepas que nunca me sentí más cerca de ser una princesa que este fin de semana. Eso cuenta, ¿no?

—Por supuesto, querida. Cuenta mucho. Y también demuestra que quizá mi hijo no se está esforzando tanto como debería, o tú sí…

—Mamá —la interrumpo rápidamente, consciente de que Thiago presta atención a cada palabra. Mi madre me mira de reojo, evaluándome, pero no dice nada más.

Clara se distrae mirando hacia el jardín colgante de la torre de observación donde la llevé la primera noche, mordiéndose los labios que inmediatamente deseo besar.

Estoy obsesionado con esta mujer. Cada movimiento que hace, cada palabra que pronuncia, deseo absorberla de algún modo. Quiero tenerla en cualquier parte, delante de cualquiera, y lo único que me lo impide no es el sentido común, sino saber que ella no lo aceptaría. Pero mantener mis manos alejadas de su cuerpo es casi doloroso la mayor parte del tiempo, y cuando llega la noche, me siento como un adicto fuera de control. Y todo se repite, día tras día.

Ella baja la mirada al notar la intensidad con la que la observo.

—¿Nos vamos? —pregunta Thiago, y Clara asiente rápidamente, claramente afectada por los recuerdos de la noche anterior.

De camino, el coche va cargado con el limonero de Thiago, algunas hierbas que Clara ha recogido y una pequeña colección de tarros de miel de producción local que mi madre insistió en regalarnos. Clara ocupa el asiento del copiloto mientras Thiago, medio dormido, murmura algo sobre dinosaurios en el limonero, y ella presta atención paciente a cada una de sus palabras.

Observo a Clara mientras habla con él, sus ojos brillan con el mismo entusiasmo de siempre. Ella admira a mi hijo, y yo la admiro a ella. Cuando se percata de que la miro, se gira hacia mí, curiosa.

—¿Qué te pasa? —pregunta, inclinándose ligeramente para verme mejor.

—Nada —respondo, escapándoseme una suave sonrisa—. Es solo que me gusta verlos así.

35

Gabriel D'Ávila

El teléfono vuelve a sonar sin respuesta. Respiro hondo, intentando mantener la calma, pero la verdad es que estoy molesto. El último día tranquilo que tuvimos fue hace quince días, cuando volvimos de casa de mi madre. Desde entonces, Clara prácticamente ha desaparecido entre las exigencias de los centros de apoyo, los actos benéficos y, ahora, esta maldita decoración en el colegio.

Me paso la mano por el pelo, murmurando para mis adentros mientras conduzco. Clara había organizado todo esto, sí, pero nadie imaginaba que se volcaría tanto en ello al punto de perderse algunas cenas. Hasta Thiago se resiente. El chico la echa de menos tanto como yo. Y, para ser honesto, yo la extraño aún más. Solo he visto a Clara por la noche, muerta de sueño, apenas capaz de intercambiar dos palabras antes de dormirse.

Sé que estoy siendo egoísta. Ella tiene un corazón enorme, y esa es una de las cosas que hizo que me enamorara. Pero quiero a mi mujer a mi lado. Y hoy, voy a poner fin a esta tontería.

Llego al colegio en pocos minutos, y ver el aparcamiento casi vacío no hace más que aumentar mi frustración. Por el número de coches, o Clara está allí sola, o nos hemos cruzado sin darnos cuenta. Y dudo que se haya ido a casa sin avisarme.

Salgo del coche y camino hacia la entrada. El sonido de mis pasos resuena en el pasillo vacío. Nada más entrar, las luces se apagan repentinamente, sumiéndolo todo en la oscuridad. Suelto un gemido bajo, cojo el móvil y la llamo.

—Hola, amor —responde Clara con voz algo jadeante—. ¿Qué tal estás?

—¿Dónde te has metido? —pregunto, tratando de controlar mi tono, pero es difícil ocultar mi irritación.

—En el colegio —responde, como si fuera obvio—. Estoy terminando de decorar el salón. Llevará un rato, pero estoy bien.

Hace una pausa y añade en un tono demasiado inocente:

—Estoy en buena compañía, así que no hay por qué preocuparse.

¿Buena compañía? Me hierve la sangre, pero mantengo la calma.

—Vale, te espero en casa —digo antes de colgar.

Guardo el teléfono y camino por el pasillo en silencio. Clara no tiene ni idea de que estoy aquí. ¿Y si fuera alguien peligroso?

Está de espaldas cuando entro en el salón. La tenue luz de mi móvil ilumina lo justo para que pueda ver su silueta, inclinada sobre una caja de luces.

—Buena compañía, ¿eh? —digo, mi voz resonando en el espacio vacío.

Clara se sobresalta y se gira rápidamente.

—¡Gabriel! ¡Qué susto!

—Me has mentido. —Mi voz es profunda, llena de reproche—. ¿Qué harías si yo fuera un ladrón?

Vacila, mordiéndose el labio, pero entonces sus ojos brillan con algo que reconozco demasiado bien.

—Creo que intentaría seducirlo. —Su tono de burla es evidente y mi irritación desaparece al instante.

—¿Ah, sí? —pregunto, dando un paso adelante.

Ella sonríe, retrocediendo hasta que golpea la mesa detrás de ella.

—No pareces tan peligroso.

Coloco el móvil sobre la mesa y la sujeto con mi cuerpo, mi mano se desliza hacia abajo para agarrar su cintura.

—¿No? —susurro, a centímetros de sus labios.

—Quizá solo un poco —susurra antes de besarme.

Las luces siguen apagadas, pero eso solo hace que todo sea más intenso. Mi cuerpo reacciona inmediatamente al suyo, cada caricia aviva el fuego que arde entre nosotros. Pero antes de perder completamente el control, recuerdo por qué he venido.

—He venido a por ti, Clara —digo, con la voz aún ronca.

Se ríe, con sus labios aún cerca de los míos.

—Solo queda poner las luces.

Se separa un poco y coge la caja que tiene al lado, encendiendo una ristra de lucecitas que brillan como estrellas.

—Espera a que vuelvan las luces y enchúfalo todo a los enchufes. Si están a pilas, mañana volverán a estar apagadas —señala el salón, donde la decoración está impecable—. Entonces podremos irnos.

Miro su trabajo y la irritación anterior es sustituida por algo más fuerte. Orgullo. Vuelvo a atraerla hacia mí, sujetándola con firmeza por la nuca, y la beso con todo el deseo que ha despertado en mí.

—Has hecho un trabajo increíble —le digo contra sus labios—. Pero creo que ya has hecho suficiente por hoy.

Sonríe, y esta vez sé que no voy a dejar que se salga con la suya.

—Solo unos minutos más, te lo prometo —dice Clara con una sonrisa pícara, apartándose ligeramente y sosteniendo una de las lucecitas entre los dedos—. Puedo compensarte más tarde.

Doy un paso hacia ella. Intenta retroceder, pero ya está acorralada.

—¿Cómo? —pregunto, con voz baja y ronca.

—Como tú quieras —ríe suavemente, sentándose en una de las mesas y abriendo ligeramente las piernas. Tiene un brillo en los ojos que indica que sabe exactamente lo que está haciendo.

—¿No crees que has estado lejos de mí el tiempo suficiente? —pregunto solo para darle suficiente cuerda para que caiga.

—Estaba ocupada… —empieza, pero no le doy oportunidad de terminar.

Tiro de ella para acercarla, rodeo su cintura con los dedos, me acomodo entre sus piernas y me inclino para besar la curva de

su cuello. Mi lengua traza un lento camino, explorando la sensible piel.

—¿Demasiado ocupada para mí? —susurro contra su piel. Mi voz lleva una mezcla de deseo y provocación mientras mi mano se desliza por su espalda, acercándola aún más.

—Nunca… —susurra.

Le sujeto suavemente la barbilla, haciendo que me mire directamente a los ojos.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no te tengo para mí solo? —pregunto con respiración agitada.

—Gabriel… —dice con voz baja, lejos de ser un regaño—. Estaba ayudando… —Se muerde el labio, vacilante, y eso solo aviva más mi deseo.

—Ahora me importa una mierda —digo, mi boca capturando la suya en un beso profundo, lleno de anhelo acumulado.

Mi lengua invade su boca, explorándola con hambre acumulada. Sus manos suben hasta mi pecho, empujándome ligeramente, pero sin intención real de apartarme. Al contrario, sus dedos se aferran a la tela de mi camisa, como si necesitara sostenerse para no dejarme ir nunca más.

Deslizo una mano por el costado de su cuerpo, sintiendo la curva de su cintura, el calor de su piel ardiendo bajo la fina tela de su blusa. Mis manos bajan hasta el botón de sus pantalones, y ella jadea contra mi boca cuando empiezo a desabrocharlo.

—Gabriel… —Intenta protestar, pero el gemido en su voz me hace continuar.

—Shhh… —murmuro, mi boca bajando hacia su cuello, lamiéndolo y mordisqueándolo ligeramente—. Te he echado tanto de menos…

Mi mano encuentra su piel desnuda, deslizándose entre sus piernas. Está caliente, húmeda, preparada, y eso no hace más que avivar el hambre que me quema por dentro. Sus gemidos me animan a ir más lejos.

Me arrodillo frente a ella, mis labios dejando un rastro de besos por su abdomen, mientras mi mano sigue provocándola. Sus

dedos encuentran mi pelo, tirando ligeramente cuando mi lengua finalmente la toca.

Ella jadea con fuerza y me rodea el cuello con las piernas mientras empiezo a saborearla lentamente, explorando con la lengua cada rincón, cada curva. Sus uñas se clavan en mi cuero cabelludo, y su sabor me embriaga; cada sonido que emite hace que mi polla palpite de ganas por enterrarse en ella.

—Gabriel… oh, Dios mío… —Su voz es un susurro urgente.

Mis dedos se unen a la provocación, penetrándola mientras mi lengua se concentra en su punto más sensible. Ella gime más fuerte, su cuerpo tiembla mientras se entrega por completo. El ritmo aumenta y noto cómo crece la tensión en ella.

—No… no aquí, Gabriel… nosotros… —susurra, intentando recuperar el aliento, pero sus gemidos me dicen otra cosa.

Me detengo, con la respiración agitada mientras la miro. Mi polla está tan dura que duele. Abro rápidamente mis pantalones con una mano, liberándola, y ella abre mucho los ojos.

—Gabriel… —intenta protestar de nuevo, pero sus ojos dicen otra cosa.

—Confía en mí —mi voz sale ronca, pero firme—. Somos los únicos aquí.

Duda un segundo, pero entonces su mano toca mi pecho, el tacto tembloroso mientras sacude la cabeza.

—Si alguien nos oye…

Respiro hondo, intentando recuperar el control, pero la idea de detenerme ahora parece imposible.

—Me estás matando, Clara —susurro, besándola intensamente antes de apartarme lo suficiente para que mis dedos encuentren una ristra de luces sobre la mesa.

Me mira con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por el beso. El deseo en sus ojos es evidente, aunque también hay una pizca de culpabilidad.

—Todavía no he terminado contigo —la miro con intensidad, mientras empiezo a rodear suavemente su cuello con la cuerda de luces, ajustándola cuidadosamente para no lastimarla, pero lo suficiente para que sienta el control que tengo sobre ella.

—Gabriel… —murmura, mi nombre escapa como un gemido bajo.

—Silencio. Ahora sentirás lo que es realmente la nostalgia.

La pongo de espaldas a mí, sujetando con firmeza sus caderas. Su respiración es agitada y puedo ver el escalofrío que recorre su piel. Le abro las piernas con la rodilla, dejándola expuesta ante mí.

—Estás tan mojada… —susurro, mis dedos deslizándose suavemente entre sus piernas antes de llenarla por completo. Las luces alrededor de su cuello son la única iluminación en la habitación mientras ella se inclina sobre la mesa, sus gemidos amortiguados por la mano que llevo suavemente a su boca.

—Clara… —gimo su nombre mientras la penetro profundamente—. Esto es lo que pasa cuando me dejas con las ganas —mi voz es profunda, llena de deseo, mientras acelero el ritmo.

Intenta responder, pero solo escucho sus gemidos. Mis movimientos son intensos; cada embestida provoca oleadas de placer por todo mi cuerpo. La sensación de estar dentro de ella es pura perfección: caliente, apretada, un paraíso que parece hecho exclusivamente para mí. Mi polla se desliza profundamente en su interior, provocando gemidos que solo aumentan mis ganas de follarla más profundo, más fuerte.

Ella arquea la espalda, ofreciéndose completamente, y la visión es casi mi perdición. La curva perfecta de su columna vertebral, la forma en que sus manos se aferran a la superficie de la mesa, como si necesitara anclarse mientras la tomo y ajusto las luces alrededor de su cuello. Mi mirada se posa en el punto donde nuestros cuerpos se encuentran, mi polla desapareciendo dentro de ella, cubierta de la humedad que nos conecta. Es un espectáculo, una droga adictiva de la que nunca me cansaré.

Las lucecitas parpadean suavemente, un contraste casi inocente con la intensidad de lo que estamos haciendo. Sus destellos se reflejan en las curvas sudorosas de su cuerpo, haciéndolo aún más irresistible. Mi mano libre agarra su cintura con firmeza, mis

dedos hundiéndose en su carne mientras tiro de sus caderas hacia mí, llenándola hasta el borde.

El sonido de nuestros cuerpos chocando resuena en la habitación. Es crudo, salvaje, un ritmo que no puedo frenar. El calor crece en mí con cada movimiento, cada gemido ronco que se escapa de sus labios alimenta mi erección. Mi pecho se contrae con la intensidad; el control lentamente se me escapa de las manos.

—Clara… —pronuncio su nombre casi como un rugido, ronco y lleno de deseo. Siento que el sudor me resbala por la sien, pero no puedo parar. No quiero parar.

Cada embestida me acerca más al límite, y la sensación de que ella se aprieta alrededor mío, sus gemidos volviéndose más fuertes e incontrolables, me indican que está cerca. La visión de su entrega total, los temblores que recorren su cuerpo mientras alcanza el orgasmo, son suficientes para llevarme al borde de la locura cuando siento cómo se contrae en deliciosos espasmos, como si intentara retenerme allí para siempre.

Mi control desaparece. Ya no puedo pensar en otra cosa que no sea su calor, la forma en que su cuerpo me envuelve y el deseo insano de hundirme aún más profundo.

Mis embestidas se vuelven erráticas, más profundas, mi respiración agitada, cada movimiento una deliciosa tortura.

Salgo rápidamente de ella, agarrando mi polla, dirigiéndola hacia sus nalgas.

—Clara, joder... —gruño mientras el placer explota dentro de mí.

El espeso calor de mi semen salpica la curva perfecta de sus nalgas, deslizándose lentamente por su piel sudorosa. Mis manos se aferran a sus caderas mientras sigo temblando por la intensidad de mi orgasmo.

Sigo moviéndome despacio, presionando la punta de mi polla contra ella, dibujando mi nombre sobre su piel con lo que queda de mi semen, comportándome como un adolescente completamente fuera de control.

Clara gira ligeramente la cara hacia mí, con los ojos entrecerrados y los labios entreabiertos, respirando con dificultad,

aún recuperándose. No hay palabras, sólo el sonido pesado de nuestras respiraciones mezcladas, mientras mis dedos trazan el contorno de sus caderas, disfrutando del contraste entre la suavidad de su piel y la aspereza de mis manos.

—Es inmoral lo buena que estás, ¿lo sabías? —digo en voz baja, con la respiración todavía agitada.

Ella se limita a mirarme, exhausta y satisfecha, mientras mis manos siguen explorándola, como si quisiera memorizar cada centímetro de su piel en este momento.

—Nos vamos a casa, y esas lucecitas vienen con nosotros. Me gustan —bromeo, retirándolas suavemente de su cuello, besando sus labios rápidamente, y comenzando a vestirme.

Clara no se queja, no responde, no dice nada; sólo me mira, ni incrédula por haber tenido sexo en una escuela, ni sorprendida por cómo la había tomado y follado mientras todavía tenía la ropa medio puesta.

Voy a averiguar lo que piensa en casa, o en el coche, cuando vuelva a enterrarme en ella.

36

Clara Salgado

Marta coloca cuidadosamente la bandeja sobre la mesita, pero el ruido del plato contra la madera parece demasiado fuerte para mis sensibles oídos. La cocinera, siempre práctica y atenta, hoy está más callada, observándome con esa mirada penetrante que podría atravesar una roca. No sé si es el té o su presencia, pero algo revuelve aún más mi estómago.

—Bébete esto —dice, con voz firme pero afectuosa—. Y prepárate para lo que voy a decirte.

Frunzo el ceño y siento un escalofrío que me recorre la espalda. ¿Qué querrá decir? ¿Por qué se comporta así? Intento acomodarme en el sofá, pero las náuseas persisten. Antes de que pueda preguntar, mi mirada se posa en un pequeño paquete blanco junto a mi taza de té.

Una prueba de embarazo.

El aire parece escaparse de mis pulmones y mi corazón se acelera como si acabara de correr una maratón. No puedo apartar los ojos del objeto. Es como si me guiñara un ojo, burlándose de cada pensamiento que intento organizar.

—¿Cómo...? —mi voz sale temblorosa, un susurro casi inaudible.

Marta se cruza de brazos, un gesto que conozco bien, señal de que no aceptará excusas ni objeciones.

—Es exactamente lo que parece. Una prueba. —Se sienta a mi lado, mirándome con seriedad—. Clara, estás cansada, sensible, vomitando. Lo he visto antes. Creo que estás embarazada.

—No puede ser —respondo de inmediato, intentando reír, pero el sonido sale más como un sollozo nervioso—. No puede ser.

Ladea la cabeza, analizándome como quien mira a un niño que intenta ocultar algo evidente.

—Usted y el jefe tienen… bueno, llevan una vida activa, ¿no?

Se me calienta la cara e intento apartar la mirada. Hablar de ello ya es bastante incómodo, pero la forma directa en que Marta aborda el tema me desarma por completo.

—Tenemos... pero...

—¿Y usas protección? ¿Siempre? —me interrumpe, y su tono directo me incomoda aún más.

Se me acelera el corazón y siento que el calor me sube por el cuello. No lo usamos todo el tiempo. La verdad me golpea como una piedra. Las primeras veces no usamos nada, pero luego empecé a ponerme la inyección anticonceptiva.

—Yo... me pongo la inyección... —empiezo a explicarme, pero me falla la voz.

Marta arquea una ceja, como si esperara algo obvio.

—¿Y estás al día con ella?

Se me hace un nudo en el estómago y empiezo a contar mentalmente los días. Uno, dos, tres meses... Mi corazón se acelera cuando me doy cuenta.

—No... —mi voz es casi inaudible—. Debería haberla tomado hace un mes y medio. Dios mío...

Marta suspira, pero no parece sorprendida.

—Señorita, hágase la prueba. Es mejor saberlo enseguida que torturarse con las dudas.

Ella pone la prueba en mis manos. Sus palabras me hacen sentir como si estuviera en una habitación giratoria. Me tiembla el cuerpo y me sudan las manos mientras sostengo el pequeño paquete. Sin decir una palabra más, corro hacia el baño, casi tropezando por el camino.

Cada paso parece más pesado que el anterior. En el cuarto de baño, cierro la puerta con fuerza y me miro en el espejo. Mi reflejo se parece a alguien que no reconozco: pálida, cansada, vulnerable. Respiro hondo y abro el paquete con manos temblorosas. Intento

concentrarme en las instrucciones, pero las palabras parecen bailar delante de mí. Finalmente, sigo el proceso, mi mente es una tormenta de pensamientos.

Por favor, Dios. Que sea negativo.

No es que no quiera... pero no ahora. No cuando mi vida con Gabriel acaba de empezar. No cuando todo es tan incierto. Él ya tiene un hijo. ¿Y yo qué?

Cierro los ojos mientras espero, rezando en silencio. Los segundos parecen horas, cada tic-tac del reloj resuena en mi mente. Cuando por fin miro la prueba, el suelo parece desaparecer bajo mis pies.

Dos líneas.

Positivo.

Mis piernas casi ceden y el lavabo es lo único que impide que me desplome. Estoy embarazada. Mi corazón se acelera y las lágrimas empiezan a brotar antes de que pueda controlarlas. Estoy embarazada.

—¿Y bien? —Marta llama ligeramente a la puerta, con voz baja pero llena de expectación.

Abro la puerta despacio, sosteniendo la prueba con manos temblorosas. Ella mira el resultado y, sin dudarlo, me estrecha en un fuerte abrazo.

—Felicidades, señorita —sonríe con suavidad—. Un bebé siempre es una bendición.

Felicidades. La palabra resuena en mi mente. Un bebé. Felicidades. ¿Es una bendición? Gabriel... ¿qué pensará? ¿Se asustará? No, por supuesto que no. Es maduro, responsable. Él ama a Thiago. Él me ama… ¿no es así?

¿Y si no está contento?

Vuelvo al sofá, abrazando la manta con fuerza. Aún me tiemblan las manos y todo mi cuerpo parece vibrar de adrenalina y miedo. Millones de pensamientos invaden mi mente, pero una cosa destaca por encima de todas: un bebé. Nuestro bebé.

Cierro los ojos e intento imaginarlo. Gabriel sosteniendo a un recién nacido, Thiago mirando con curiosidad a su hermanito o hermanita. Una familia. Mi familia. La idea me produce una

inesperada oleada de calidez. Ya está. Todo irá bien. Gabriel lo entenderá. Siempre lo hace.

Se me escapa una risa nerviosa mientras pongo la mano sobre mi estómago. Mi bebé. Nuestra familia. Me caen lágrimas calientes, pero esta vez no son de miedo.

—Vas a ser muy querido —se me quiebra la voz, pero tengo una sonrisa en los labios—. Muy querido. Te lo prometo.

Oigo abrirse la puerta y entra Gabriel. No lleva corbata, tiene el cuello de la camisa abierto y el pelo revuelto, como si se lo hubiera pasado varias veces por las manos. Su mirada se posa inmediatamente en mí y veo preocupación en sus ojos.

—No podía quedarme en la oficina sabiendo que no te sentías bien —se acerca, su voz baja pero firme—. He vuelto para hacerte compañía.

Se me estruja el corazón. Siempre parece saber cuándo algo va mal. Intento sonreír, pero no encuentro las palabras para responder. Ahora no. Decido que hablarle del bebé puede esperar. Elegiré el momento adecuado. Más tarde.

—¿Estás bien? —me pregunta, arrodillándose frente a mí. Sus manos sostienen las mías, y la calidez de su tacto es reconfortante —. Pareces… distante.

—Estoy bien —miento, intentando sonar convincente—. Sólo estoy cansada.

Me estudia por un momento, sin parecer convencido, pero no insiste.

—Parece que necesitas que te mimen —me dice, sorprendiéndome al subirme a su regazo con facilidad.

—¡Gabriel! —trato de reír, nerviosa—. Bájame. Te vas a hacer daño.

—¿No te dije que entreno para esto, mujer? —sonríe, mostrando esa expresión que no acepta discusiones—. Ahora siéntate y disfruta.

En el dormitorio, me coloca con cuidado en la cama, ajustando las almohadas detrás de mí. Se sienta a mi lado y empieza a quitarse los zapatos.

—¿Dónde te duele? —pregunta, inclinándose hacia delante—. Te daré un masaje. Te sentirás mejor.

—No me duele nada —intento convencerle, pero arquea una ceja, escéptico—. Solo quiero quedarme quieta.

—De acuerdo —se levanta y, sin vacilar, empieza a quitarse la camisa. Mis ojos le siguen, hipnotizados por sus movimientos. Parece tan cómodo, tan seguro.

Cuando termina de desnudarse, se tumba a mi lado y me estrecha en sus brazos. Su cuerpo cálido contra el mío, sus dedos acariciando mi pelo con cuidado y cariño. Siento que las lágrimas vuelven a mis ojos.

—Gabriel… —mi voz sale baja, vacilante—. ¿Me quieres? O… ¿crees que lo nuestro podría ser sólo un capricho? ¿Algo pasajero?

Se echa hacia atrás y me mira a los ojos. Hay confusión en su rostro, pero también algo más, como si intentara entender de dónde viene mi pregunta.

—Quizá mi madre tenía razón… —empieza, con una voz llena de algo que no puedo identificar—. Quizá no me estoy esforzando lo suficiente, si todavía tienes dudas.

Me río suavemente y él sonríe. Sus labios se encuentran con los míos y, por un momento, todas mis preocupaciones parecen desaparecer. Su calor, su tacto, es todo lo que necesito.

Mientras me besa, decido que todo va a salir bien. Hablarle del bebé ahora no me parece lo correcto. Esperaré. Después de la comida de Navidad en Elite, cuando las cosas estén más tranquilas. Se merece saberlo en un momento especial.

—Después de Navidad, quiero que nos tomemos unos días de vacaciones —dice, interrumpiendo mis pensamientos—. Os llevaré a ti y a Thiago lejos de aquí. Necesitas descansar, Clara. Y yo también.

—Me parece una buena idea —murmuro sonriendo.

Y mientras nos acurrucamos, me doy cuenta de que Marta tiene razón. Este hijo es una bendición. Es una buena noticia. No tengo de qué preocuparme.

37

Gabriel D'Ávila

Thiago entra en el despacho después de que Clara lo haya acostado. Debería estar dormido, pero como siempre, mi hijo es testarudo.

—Papá, ¿puedo hablar contigo? —se detiene en la puerta, con sus grandes ojos azules llenos de seriedad, sosteniendo la almohada como si fuera un escudo.

—Por supuesto, campeón. ¿Qué está pasando? —Le hago una señal para que se acerque.

Se acerca a mí y se sienta en la silla de al lado, con la postura de un adulto a punto de cerrar un gran trato. Intento contener una sonrisa.

—Necesito ayuda. Es un secreto. No puedes decírselo a Clara.

Cruzo los brazos y observo su carita decidida, conteniendo mi curiosidad.

—De acuerdo. ¿Cuál es el secreto?

Thiago respira hondo, preparándose para decir algo importante.

—Quiero casarme con Clara.

Casi me atraganto con mi propia saliva. La seriedad en su voz es tan genuina que necesito un momento para asimilarla. Él continúa, imperturbable.

—Pero no sé cómo hacerlo. Creo que tienes que dar un anillo, ¿no? Como que das el anillo y la chica dice que sí, y entonces se queda contigo para siempre. ¿Verdad?

Contengo una carcajada y me paso una mano por la cara. No está bromeando. Intento recomponerme antes de responder.

—Thiago, los niños no pueden casarse. Eso es para los adultos.

Frunce el ceño, pensativo. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—Entonces tendrás que casarte tú con ella —se cruza de brazos, decidido—. Para que se quede con nosotros para siempre.

Permanezco un momento en silencio, asimilando lo que mi hijo acaba de decir. Me mira con tanta confianza que es imposible ignorar la fuerza detrás de esas palabras.

—¿Te parece bien? ¿Crees que debería casarme con Clara? —pregunto, intentando mantener la voz firme. Él asiente de inmediato, sin vacilar.

—¡Sí! Porque es simpática, y hace tarta de chocolate, y nos cuida. Y porque es mi mejor amiga, y quiero que se quede con nosotros para siempre.

El nudo en la garganta es instantáneo. Lo miro y siento un calor en el pecho, una mezcla entre orgullo y emoción.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —mi voz se suaviza.

—Mucho. Pero yo no puedo casarme con ella, así que tienes que hacerlo tú —me mira como si me estuviera dando una misión de vida o muerte.

Me río, incapaz de evitarlo. Y mientras él me observa, pienso en Clara nuevamente.

En el poco tiempo que lleva con nosotros, todo ha cambiado. No sólo la dinámica en casa, sino también algo dentro de mí. No sabría decir el momento exacto en que me enamoré, pero sí sé que ella llena un espacio que siempre he protegido a hierro y fuego. Nunca permití que nadie se acercara tanto a mi corazón, pero ella me conquistó sin intentarlo. Con facilidad. Simplemente siendo ella misma. Sin segundas intenciones, sin juegos de seducción. Ella devolvió el color, la vida, la risa y el amor a nuestro hogar.

Thiago tiene razón.

—Sabes, campeón… Creo que tienes razón.

Sus ojos brillan con entusiasmo.

—¿Vas a preguntarle, papá? ¿De verdad?

Asiento con la cabeza, intentando no reírme por su emoción.

—Lo haré, pero tiene que ser especial. Y secreto, ¿recuerdas? Ahora vuelve a la cama antes de que Clara se dé cuenta de que has salido.

Salta de la silla, claramente satisfecho, y sale corriendo del despacho con la almohada todavía apretada contra su pecho.

Me quedo solo, dejando que mis pensamientos se organicen. Clara se merece todo. Merece saber lo mucho que significa para nosotros. Y Thiago tiene razón: ya es hora de que reciba un anillo que borre todas las dudas.

Navidad.

Sonrío, la idea comienza a tomar forma en mi mente. Será perfecto.

38

Gabriel D'Ávila

Las vitrinas brillan con diamantes y joyas impecablemente organizadas, como si cada pieza fuera consciente de su propio valor.

La joyería está más llena de lo que esperaba para un miércoles por la mañana, pero aun así, el ambiente lleva ese aire de exclusividad que hace que la gente hable en voz baja, como si estuviera en una iglesia. Estoy examinando una bandeja de anillos cuando oigo que se abre la puerta y entra un grupo ruidoso.

—Si hubiera sabido que se trataba de un rescate, habría traído mi uniforme de bombero —dice Adrián, con voz irónica—. ¿Qué hacemos aquí, D'Ávila? ¿Probar el sistema de seguridad?

Víctor lo sigue, ajustándose los puños de la camisa con su habitual elegancia indolente.

—Si vamos a robar algo, más vale que sea una inversión sólida. Nada de extravagancias inútiles.

Dante sacude la cabeza y me mira directamente.

—¿Qué pasa, Gabriel?

—Voy a comprar un anillo de compromiso. —Suelto la bomba manteniendo un tono casual, mientras señalo la bandeja que tengo delante.

El silencio es inmediato. Adrián parpadea un par de veces, como si intentara procesar lo que ha oído, antes de soltar una carcajada que atrae la atención de todos los presentes.

—¿Esto va en serio? —pregunta Adrián, con incredulidad en la voz.

Los tres me miran como si hubiera perdido completamente la cabeza, lo cual, teniendo en cuenta la situación, no está muy lejos de la verdad.

Por un momento, se hace el silencio. Entonces Adrián deja escapar un silbido largo y bajo.

—Así que ya está. Hemos perdido a un soldado —sacude la cabeza, pero hay un brillo divertido en sus ojos—. Nunca pensé que viviría para ver el día en que Gabriel D'Ávila volviera a arrodillarse. ¿No fuiste tú quien dijo…?

—Cállate. No te he llamado para que me recuerdes el pasado.

Víctor no se ríe, pero su mirada escéptica es igual de provocativa.

—Clara tiene algo especial. Eso es obvio. ¿Pero matrimonio? Estás más casado con tu trabajo que cualquier hombre que haya conocido. ¿Estás seguro? El matrimonio es algo serio. No puedes simplemente salir por la puerta cuando se vuelve aburrido.

Dante sólo suspira, cruzándose de brazos.

—No puedo creer que haya perdido mi almuerzo por esto.

—¿Habéis terminado? —pregunto, señalando nuevamente la bandeja—. Porque no os llamé para discutir mi decisión, sino para que me ayudéis a elegir el anillo.

Intercambian miradas, y una especie de entendimiento silencioso pasa entre los tres. Adrián se encoge de hombros y sonríe.

—Muy bien. Elijamos el maldito anillo. Y tú, amigo mío, saldrás de aquí con algo que grite «Estoy enamorado, pero sigo siendo un cabrón respetable».

Adrián chasquea los dedos, tan emocionado como si le hubieran invitado a un concurso.

Víctor se inclina sobre la bandeja, evaluando los anillos con ojo crítico.

La vendedora, que nos había estado observando desde lejos, se acerca con una sonrisa cortés.

—¿Puedo ayudarles, caballeros?

Víctor es el primero en hablar.

—Queremos algo clásico, pero no aburrido. Un diamante solitario, quizás, pero con un toque moderno. Nada que parezca

exagerado.

—No, no, no —Adrián sacude la cabeza y señala un anillo con varias piedras—. Esto sí: algo que brille. Clara es vibrante; no se llevará un anillo aburrido.

Dante pone los ojos en blanco y señala un anillo de diseño minimalista con un diamante cuadrado.

—Es elegante, sofisticado y directo. Clara no es una mujer que necesite excesos. Es impresionante por naturaleza.

Me quedo quieto, escuchando el aluvión de opiniones mientras la dependienta intenta seguir el ritmo.

—¿Y tú, Gabriel? —pregunta Víctor—. ¿Cuál es tu instinto?

Adrián coge un anillo con un enorme diamante y lo levanta en el aire.

—Este. Lo bastante grande para protegerse de las miradas indiscretas cuando se enteren de que es una D'Ávila.

—No vamos a comprar una valla publicitaria, Adrián —comenta Víctor, quitándole el anillo de la mano y poniéndolo nuevamente en la bandeja.

Dante se acerca en silencio y nos sorprende con su elección.

—Este. —Señala un sencillo anillo con un diamante solitario—. Clara no necesita algo que hable por ella. Ella es suficiente.

Adrián sacude la cabeza y sonríe, cogiendo otro anillo.

—Estáis pensando demasiado. Este es perfecto. Simple pero hermoso. Dejará claro que Gabriel le ha echado el ojo a la chica nueva.

Miro el anillo que indicó Dante y luego el que eligió Adrián. Ninguno de los dos me parece adecuado. Entonces, mi mirada se posa en un anillo delicado, con detalles que parecen pequeñas hojas alrededor del diamante central. Es clásico, pero único.

—Ese. —Señalo el anillo y lo recojo.

Adrián me pone la mano en el hombro y suelta un suspiro teatral.

—Bueno, ahí va otro de los nuestros. Hoy hemos perdido un soldado, chicos.

Dante pone los ojos en blanco.

—No está muerto, Adrián. Solo está cometiendo un error calculado.

—Clara no es un error —respondo, dejando escapar una sonrisa—. Ella es lo mejor que me ha pasado nunca.

El silencio que sigue es diferente esta vez. Saben que hablo en serio y, por mucho que les guste tomarme el pelo, su respeto por Clara es evidente.

Adrián rompe el momento con un gesto exagerado.

—Bien, anillo solucionado. Ahora necesitas cazar un sí. ¿Cuál es tu plan?

—Voy a proponerle matrimonio en Navidad.

—¿En serio? —Víctor me juzga inmediatamente—. Probablemente sea la idea más cursi que he oído nunca.

Dante se queja:

—¿Por qué tanta prisa? ¿Está embarazada?

—Por supuesto que no —respondo enfadado.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —pregunta Víctor, abrazando a Adrián y mirándome seriamente—. ¡Una última oportunidad para planear una despedida de soltero!

39

Clara Salgado

La mañana del 23 empieza temprano, antes de lo que a ninguno de nosotros nos gustaría. Estoy en la cocina tomando un café apresurado mientras Gabriel habla por teléfono, ocupándose ya de los últimos detalles del bufé de Navidad. Elite está impecable y lista para recibir a todo tipo de personas: familias necesitadas, curiosos, voluntarios e incluso los peces gordos de la ciudad, a quienes les encanta aparecer en actos benéficos.

Cuando llegamos, el restaurante está lleno. Thiago, como siempre, es una fuente inagotable de energía. Corre por la sala ayudando a repartir vasos de agua y haciendo demasiadas preguntas a los voluntarios, que responden con pacientes sonrisas.

Apenas puedo seguir el ritmo de Gabriel. Cada cinco pasos alguien lo detiene para charlar, agradecerle o hacerse una foto. A mí también me paran varias veces. Parece que todo el mundo tiene algo que compartir conmigo, ya sea una historia navideña, una receta familiar o simplemente un cumplido sobre la organización.

—Clara, Elite está impresionante este año —comenta una señora, cogiéndome afectuosamente de la mano—. El árbol de Navidad es precioso. ¿Has elegido tú misma los adornos?

Sonrío, ya acostumbrada a las preguntas.

—No puedo llevarme todo el mérito. Thiago desempeñó un papel importante en las decisiones —respondo.

Ella se ríe, claramente encantada.

El día avanza a un ritmo frenético, pero cada interacción parece traer un calor inesperado a mi corazón. Las personas que

llegan al bufé son muy diversas: madres con niños pequeños, ancianos con historias en los ojos, jóvenes que claramente han trabajado duro para estar ahí e incluso familias enteras que se reúnen para una comida especial.

Una mujer con un bebé en brazos se me acerca con una tímida sonrisa.

—Gracias. —Su voz es baja, casi un susurro—. Es la primera vez en mucho tiempo que puedo sentarme a comer tranquilamente.

Siento un nudo en la garganta, pero sonrío.

—Para eso estamos aquí. Disfrutad. —Le toco ligeramente el hombro, y ella asiente con los ojos brillantes.

Más tarde, un grupo de niños se reúne alrededor de Thiago, que parece haber asumido el papel de guía oficial del evento. Señala las luces y los adornos del árbol, explicando con adorable seriedad cómo se eligieron los dinosaurios y dónde debía colocarse cada uno.

—Y ese de ahí es el Tiranosaurio Rex. —Señala hacia la copa del árbol, donde brilla un dinosaurio dorado—. Porque es el rey, como mi padre.

Una ola de risas estalla a su alrededor, y Gabriel, que está cerca, deja escapar una sonrisa orgullosa mientras despeina el cabello de su hijo.

Cerca de la entrada, Adrián charla con una anciana que le cuenta cómo bailaba cuando era joven. Dante ayuda a organizar las bandejas vacías, con semblante sereno pero eficiente, y Víctor parece estar en todas partes a la vez, asegurándose de que nadie se sienta excluido.

—¡Clara! —Una voz familiar me llama, y cuando me doy la vuelta, veo al cura caminando hacia mí. Sonríe con los brazos abiertos, claramente feliz de verme.

—¡Padre! —respondo, acercándome para saludarle.

—Tengo que decir que este evento es una bendición. Tanta gente lo necesitaba. Han hecho algo realmente especial hoy aquí.

—No fui solo yo —digo, tratando de desviar los elogios—. Gabriel, sus amigos y todos los voluntarios… Ha sido un esfuerzo colectivo.

Él asiente, pero me mira con un brillo de aprobación en los ojos.

—Aun así, nunca hay que subestimar el impacto de un corazón generoso.

Sus palabras me acompañan mientras sigo paseando por la sala, ayudando en lo que puedo, escuchando historias y viendo caras iluminadas por la alegría de un momento sencillo pero especial. Es imposible no sentirse agradecida por formar parte de todo ello.

Gabriel encuentra tiempo para acercarse a mí de vez en cuando. No necesita decir nada, le basta con sonreír. Es feliz, y eso es lo único que importa.

Poco después, nos atrae un bullicio en el exterior. El aire frío de la tarde nos envuelve al cruzar las puertas de Elite y encontrarnos con un camión aparcado delante, decorado con luces navideñas que titilan alegremente. Se forma una cola a su alrededor, y los voluntarios reparten regalos envueltos en papel de colores.

—¿Qué es eso? —le pregunto a Gabriel, sorprendida.

—Es parte del plan —responde, y sus ojos brillan con esa tranquila satisfacción que he aprendido a reconocer—. Cada persona que ha venido hoy se va de aquí con un regalo. Algo sencillo, pero significativo. Thiago ayudó a elegir algunos.

Vuelvo a mirar el camión, intentando asimilar la magnitud del gesto. Los niños levantan sus paquetes con miradas curiosas, mientras los adultos les dan las gracias con cálidas sonrisas. Una señora abre el paquete allí mismo, revelando un chal de lana que parece hecho a su medida.

—Esto es maravilloso —digo, sintiendo un nudo en la garganta—. Has pensado en todo.

Gabriel se inclina, su mano encuentra la mía.

—Eres una mujer muy inspiradora. Siempre hemos distribuido alimentos, eso nunca ha sido nuevo. Pero esto es lo que hemos hecho este año. Estoy muy orgulloso. Realmente lo estoy.

Nos quedamos mirando unos minutos más, entre risas y agradecimientos. La cola avanza lentamente, pero a nadie parece importarle. Cada regalo entregado se recibe con auténtico

entusiasmo, y me pregunto cuántas personas pasarán una noche más especial gracias a este gesto.

A medida que el sol empieza a ponerse, el resplandor de las luces navideñas se hace aún más intenso, reflejándose en las ventanas de Elite y creando un espectáculo encantador. A mi lado, Gabriel suspira satisfecho.

—Acabemos el día por todo lo alto —dice con una sonrisa relajada—. Y entonces… entonces solo quedaremos nosotros.

Cuando los últimos invitados empiezan a marcharse, siento que me invade una oleada de cansancio. Gabriel, sin embargo, parece vigorizado. Entra en la cocina, donde estoy sentada descansando mis pies hinchados.

—Tenemos que hablar —dice con un tono serio que me hace recelar.

—¿Qué pasa? —pregunto, y enseguida busco mis zapatos.

—Nada malo. Acabo de decidir que estamos oficialmente de vacaciones. Sin citas durante una semana. Y si alguien intenta hacerme cambiar de opinión, le colgaré.

Me río, sorprendida y aliviada.

—Estupendo. Creo que nos lo merecemos, ¿no?

Sonríe, me coge de la mano y me lleva al salón, donde Thiago está dibujando algo en la mesa.

—Eh, campeón, ¿qué haces? —pregunta Gabriel.

Thiago levanta la vista con entusiasmo.

—¡Estoy planeando los adornos para el limonero!

—¿Qué? —Gabriel frunce el ceño—. Ya tenemos un árbol. Tú mismo elegiste los dinosaurios de aquí y de allá.

—Lo sé, papá, pero el limonero que trajimos de casa de la abuela también hay que decorarlo. Así que tenemos un árbol dentro de casa y otro fuera. Es Navidad, ¡tiene que haber luces en todo!

Gabriel suspira, pero sonríe. Es imposible no hacerlo cuando Thiago está así, lleno de ideas y entusiasmo.

—Bien, podemos decorar el limonero —dice riendo—. Pero solo porque es Navidad.

Mientras discuten los detalles, yo permanezco en silencio, observando la escena con una sonrisa en el rostro. Estoy tan ansiosa

por el día siguiente que apenas puedo concentrarme. Mañana le contaré a Gabriel lo del bebé. He decidido que no puedo esperar hasta la mañana de Navidad. Quiero que sea solo entre nosotros. Solo yo, él, Thiago… y nuestro bebé cuando le dé la noticia.

Me pongo la mano en el estómago, un gesto automático que ahora me parece imposible de evitar. Mi mente ya está planeando cómo voy a decírselo, y la idea de compartir esta noticia me llena de una felicidad que nunca antes había sentido.

Miro a Gabriel y a Thiago y sé que todo va a salir bien. Esta es mi familia. Y pronto seremos cuatro.

40

Clara Salgado

Con el corazón acelerado, balanceo cuidadosamente la bandeja entre las manos mientras entro en la habitación. Gabriel está acostado de lado, con el pelo revuelto y la respiración lenta, aún profundamente dormido. La escena es casi demasiado perfecta para interrumpirla, pero hoy es un día especial. Muy especial.

—Buenos días, dormilón —mi voz sale suave pero llena de entusiasmo, mientras coloco la bandeja sobre la mesita de noche.

Gabriel murmura algo ininteligible y gira hacia el otro lado, pero cuando el aroma del café recién hecho parece llegar por fin a su conciencia, abre lentamente los ojos. La sonrisa perezosa que aparece en su rostro casi hace que me tiemblen las piernas.

—¿Todo esto es para mí? —pregunta, incorporándose lentamente y frotándose los ojos.

—Por supuesto —sonrío, acomodando la bandeja sobre su regazo—. Feliz Nochebuena.

Me toma suavemente de la muñeca y me da un beso en los labios antes de examinar lo que le he traído. Cruasanes, fruta fresca, zumo, café... y una pequeña cajita en el centro.

—Aún no es Navidad, pero parece que ya me estás mimando —sonríe, con los ojos fijos en mí—. ¿Qué hice para merecer esto, eh?

Mi corazón casi se sale del pecho mientras sostengo la cajita, intentando mantener la sonrisa.

—No se trata de lo que hiciste… —mi voz vacila ligeramente mientras levanto la tapa—. Se trata de lo que hicimos juntos.

Coloco la cajita delante de él, mostrando el par de zapatitos blancos que hay en el fondo. Frunce el ceño, confundido, y toma la cajita con cuidado.

—¿Qué es esto? —pregunta Gabriel, sus ojos azules fijos en los míos, ahora más despiertos y atentos.

Mi corazón se acelera aún más, y por un segundo siento como si el mundo se hubiera detenido. Trago saliva, las palabras se me atascan en la garganta. Intento mantener la calma y respondo con una tímida sonrisa.

—Estoy embarazada, Gabriel —mi voz es apenas un susurro, pero el peso de las palabras parece llenar toda la habitación.

Sus ojos se abren de par en par, y por un instante se queda mirándome, como si intentara procesar lo que acabo de decir.

—Estás… —comienza, pero no logra terminar la frase.

—Embarazada —confirmo, con la voz cargada de emoción—. Vamos a tener un bebé, Gabriel. Vas a ser padre una vez más.

Por un momento, el silencio en la habitación es absoluto. Gabriel sostiene la caja con los zapatitos, sus ojos siguen fijos en mí, pero algo está mal. Su sonrisa habitual, la que siempre alegra mi corazón, no aparece. Me mira como si estuviera viendo a una extraña. No... no es eso. Me mira como si viera una versión de mí que no comprende.

—¿Gabriel? —me tiembla la voz, mientras el nerviosismo empieza a recorrerme la espalda.

No responde enseguida. Solo parpadea un par de veces, como si intentara procesar la información. Luego deja la caja sobre la bandeja y se levanta, dirigiéndose al baño. Cada paso parece pesarle una tonelada, y yo no entiendo qué está pasando.

—Gabriel, háblame —insisto, levantándome también con el corazón acelerado.

La puerta del baño se cierra, pero no escucho correr el agua. No se queda mucho tiempo. Apenas unos minutos después, sale con expresión controlada, pero sus ojos parecen más fríos de lo habitual.

—Vístete. Vamos a salir —su voz es baja, casi mecánica, y evita mirarme directamente.

—¿Salir a dónde? —pregunto confundida, intentando descifrar lo que está pensando—. Gabriel, por favor, háblame. No me dejes así.

Se detiene, finalmente sus ojos se encuentran con los míos, pero la sonrisa que intenta mostrar es débil, forzada.

—Ya hablaremos —respira profundamente—. Pero no aquí.

El corazón se me aprieta, una punzada de miedo recorre mi mente. Está entrando en pánico. Seguro es eso. Intenta recomponerse. Intento aferrarme a esta explicación mientras él recoge la camisa tirada sobre la butaca y comienza a vestirse.

Pero entonces me asalta una idea inesperada. Quizás quiere llevarme a un lugar especial donde pueda procesar lo que acaba de escuchar y compartir sus pensamientos conmigo. Quizás es algo bueno.

—Está bien —mi voz tiembla, pero hago un esfuerzo por sonreír. Quizás esta sea solo su manera de afrontar las cosas—. Iré a cambiarme.

Murmuro mientras me acerco al armario y elijo algo rápidamente, sintiendo su mirada sobre mí, aún ensimismado.

Sin embargo, pase lo que pase, una cosa es segura: este momento no está desarrollándose como yo lo había imaginado.

Me visto rápidamente, mis manos tiemblan al deslizar el sencillo vestido por mi cuerpo. Gabriel permanece en silencio, con la mirada fija en la ventana, como si estuviera viendo algo que solo él puede distinguir.

Ya está vestido cuando me giro hacia él, pero no encuentro rastro alguno del hombre que me abrazaba cada noche, ni del amante apasionado que apenas podía mantener las manos alejadas de mí. Lo que veo ahora es alguien distante, frío, y eso me asusta.

Salimos de casa, el denso silencio nos acompaña hasta el coche. Me abre la puerta, un gesto automático que me hace sentir aún más desconectada de todo. En cuanto entramos, el motor ruge y Gabriel acelera, con la mirada fija en la carretera y la mandíbula apretada.

—Gabriel... —mi voz suena pequeña, casi débil. Él no responde—. ¿Estás molesto? ¿Es eso? —insisto, pero él permanece

callado. El silencio me asfixia, cada segundo parece alargarse hasta la eternidad.

No responde enseguida, continúa conduciendo en silencio varios kilómetros. Ya no sé exactamente dónde estamos ni qué hacer o decir. Solo siento miedo, y las lágrimas comienzan a caer silenciosamente por mis mejillas.

Respiro profundamente, reuniendo el valor necesario para enfrentar la situación.

—Por favor, dime qué pasa por tu cabeza. Me estás asustando —mi voz se quiebra al final, dejando salir el miedo que llevo dentro.

Sus dedos se tensan sobre el volante, sus nudillos blancos, hasta que finalmente desacelera y detiene el coche en el arcén de una carretera desierta. El sonido del motor cesa y el silencio alrededor se vuelve absoluto.

Gira lentamente la cabeza hacia mí, sus ojos azules más oscuros de lo que jamás los he visto. La tensión en el aire es como una corriente eléctrica, avisando que puede hacer daño, y la sonrisa que aparece en sus labios es fría, casi cruel.

—¿Te asusta? —repite con voz baja, casi un susurro—. ¿Y por qué tendría miedo alguien como tú, Clara?

Su tono me revuelve el estómago y, de repente, siento que estoy frente a un desconocido. ¿Quién es este hombre que tengo delante?

Mis ojos se abren con sorpresa ante el tono de su voz, tan cargado de desprecio que siento una puñalada en el pecho.

—¿Por qué reaccionas así? —pregunto con voz temblorosa. Intento mantener la calma, pero la bilis sube por mi garganta—. Entiendo que estés sorprendido. Esto es grande, inesperado. Pero no tienes por qué tratarme así. Los dos tendremos que lidiar con ello.

Se ríe. Una risa vacía y cruel, como nunca había escuchado salir de sus labios. Ese sonido hace que mi cuerpo se paralice.

—Qué gracioso —sacude la cabeza, con una sonrisa irónica en el rostro—. Muy buena actuación, Clara. Realmente sabes cómo interpretar tu papel. Esa fachada ingenua, dulce e inocente... Una virgen indefensa. Enhorabuena, Clara. Lo lograste. Realmente debo

estar envejeciendo, perdiendo mis facultades. Porque mira: caí en la trampa de una pequeña ninfa. Y ni siquiera fue difícil, ¿verdad?

—¿Qué? —apenas me sale la voz, el susto me deja sin aire—. ¿De qué estás hablando?

No responde de inmediato, solo me mira fijamente con esos ojos fríos y evaluadores, como si intentara desmenuzar cada parte de mí.

—En pocas semanas te abrí mi vida y te agradecí mil veces todo lo que habías hecho, sin saber que eras una…

—¿Una qué, Gabriel? ¿De qué hablas, por Dios?

—Una puta —suelta la palabra con tal veneno que me estremezco—. Una que acogí en mi casa y que me apuñaló por la espalda en cuanto tuvo oportunidad.

—¡Gabriel! —mi voz se quiebra, mitad grito, mitad súplica—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué te está pasando? No entiendo…

Pero él no parece escucharme, perdido en sus pensamientos, su voz baja pero afilada como una cuchilla.

—¿Qué querías, Clara? ¿Solo dinero o…?

—Gabriel, detente, por favor —suplico, sin querer escuchar más. Está fuera de control.

—Me pregunto cómo permití que esto llegara tan lejos. ¿Cómo pude dejarte entrar en mi vida, en mi casa, en el corazón de mi hijo? ¿Qué clase de idiota hace eso? ¿Qué clase de hombre…?

—¡Por favor, basta! —grito con lágrimas calientes resbalando por mi rostro—. ¡Deja de hablarme así! ¡Me estás haciendo daño!

Pero él continúa, como si mis palabras fueran viento. Y yo siento que el suelo se abre bajo mis pies.

Gabriel se echa hacia atrás en el asiento, sus dedos tamborilean sobre el volante mientras una risa amarga escapa de su garganta. Niega lentamente con la cabeza, como si estuviera resolviendo un acertijo especialmente complicado.

—¿Sabes qué es lo más irónico, Clara? —habla finalmente, su voz baja pero cargada de una frialdad cortante—. Que realmente pensaste que esto funcionaría. Que sería tan imbécil como para caer en semejante estafa. ¿Un bebé, Clara? Qué cliché más patético.

Siento que se me hace un nudo en el estómago. Sus palabras son cuchillos afilados, cortando toda esperanza que pudiera quedarme.

—Gabriel, yo no estoy intentando… —empiezo, pero él levanta la mano y me silencia con un gesto brusco.

—No lo intentes, Clara. No lo intentes porque no tienes ni idea con quién estás tratando. ¿Crees que soy un imbécil desesperado por una familia feliz? ¿Un hombre tan necesitado que cayó con la primera chica que apareció? —se inclina hacia mí, su fría mirada azul perfora la mía—. ¿Cómo fue? —hace una pausa, el desprecio gotea en cada palabra—. ¿Te acostaste con otro hombre y decidiste que yo sería el idiota que pagaría las cuentas?

Siento que el corazón se me detiene. Sus palabras me golpean como un puñetazo físico. Mi boca se abre y cierra sin poder formar una respuesta. Continúa, sin piedad, como si estuviera decidido a aplastarme por completo.

—Te miré y pensé que había encontrado algo puro. Una oportunidad para empezar de nuevo. ¿Pero ahora? —ríe otra vez, un sonido vacío—. Ahora todo lo que veo es a una estafadora barata. Seguro te reíste con tu amante a mi costa.

—Eso no es cierto —consigo gritar, con la voz entrecortada por las lágrimas—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Nunca he estado con otro hombre, Gabriel. Nunca he…

—Ya basta, Clara —interrumpe con voz tan fría que siento un escalofrío recorrerme la espalda—. No quiero escuchar nada más. Ya perdí suficiente tiempo con una mujercita como tú. ¡Sal del coche!

El dolor en mi pecho es insoportable. Las lágrimas me ciegan, pero él no parece notarlo. Sigue mirándome con una mezcla de asco e indiferencia.

Las piernas me tiemblan y siento que voy a desmayarme. Intento hablar, defenderme, pero no consigo articular palabra. Me mira un instante, y algo parecido al arrepentimiento cruza brevemente su rostro. Pero solo dura un segundo.

—Sal del coche, Clara.

Me quedo paralizada, incapaz de moverme.

—Gabriel, por favor…

Intenta discutir, pero él ya ha abierto la puerta del coche y se acerca a mí, abriendo la del pasajero con gesto impaciente.

—Fuera de aquí —su voz es baja, pero tan cortante que me hace temblar.

Mi respiración es agitada, mis ojos se inundan de lágrimas mientras pongo los pies en el suelo. Me mira durante unos instantes, y en su rostro veo algo que no puedo descifrar.

—Buena suerte con tu actuación. Pero conmigo se acabó.

Permanezco inmóvil, incapaz de creer lo que está sucediendo.

—No me hagas hacerlo por las malas.

Gabriel se cruza de brazos, apoyado en la puerta del coche, sus ojos fijos en mí, llenos de un desprecio que nunca antes había visto. Mi corazón se acelera, miedo e indignación luchan en mi interior.

—¿Sabes lo que haré, Clara? —dice con voz baja, casi un susurro—. Voy a facilitarte las cosas. Mañana saldré de viaje. Y cuando vuelva, no quiero ver tu sombra. Ni siquiera en la misma acera, ¿entendido?

Intento decir algo, pero las palabras no salen. Continúa, la crueldad goteando de cada sílaba.

—Búscate un chulo, Clara. Con esa cara de ángel, esa boca de puta y ese coño apretado, pronto serás rica. Todos los hombres te querrán. —Ríe fríamente—. Ya he pagado demasiado. No gastaré ni un céntimo más en ti.

La ira hierve dentro de mí, y antes de darme cuenta, mi mano vuela por el aire y le golpea con fuerza en la cara. El sonido del impacto resuena entre nosotros, dejándonos aturdidos a ambos.

—No puedes hablarme así —mi voz sale alta, temblorosa pero firme—. ¡Estás completamente loco, Gabriel! ¿Qué crees que estás haciendo?

Se frota el rostro lentamente, su mirada tan fría y distante que me hiela la sangre. Cuando vuelve a hablar, lo hace más bajo, con una furia contenida.

—¿Loco? Sí, fui loco al dejarte entrar en mi casa. En mi vida —da un paso atrás, sus ojos brillan con una intensidad aterradora—. Ese fue mi error. Y nunca cometeré otro igual.

Abre la puerta del coche y entra, arrancando el motor como si yo no estuviera allí, como si el mundo a su alrededor no existiera.

—¡Gabriel! —grito, corriendo al lado del coche—. ¡No puedes dejarme aquí! ¿Qué crees que haces? ¡Es peligroso! Yo…

Baja la ventanilla lo suficiente para que su voz me golpee como una bofetada.

—Llama a tu amante, Clara. Seguro le encantará recogerte.

Mi mundo se derrumba. Sus palabras me golpean como una ola devastadora, dejándome sin aliento. Mis ojos se llenan de lágrimas, mi respiración se acelera.

—No tengo amante —mi voz suena desesperada, rota—. Gabriel, por favor… te equivocas. Estás completamente equivocado. ¡No puedes hacerme esto! Te amo. ¡Esto… esto no eres tú!

Gabriel me mira fijamente, con los ojos encendidos por la furia y los puños apretados a los lados. Da un paso hacia mí y yo retrocedo instintivamente.

—¿Sabes, Clara? —dice él, su voz cargada de sarcasmo y desprecio—. Me engañarías fácilmente, mucho más de lo que ya lo hiciste. Ni siquiera tú te das cuenta de hasta dónde has llegado. Pero tuve suerte. Suerte de descubrir la verdad antes de que fuera demasiado tarde.

Mi cabeza gira con sus palabras, y siento la rabia y la desesperación burbujeando en mi interior.

—¿De qué estás hablando? —grito, mi voz quebrada por la emoción—. ¿Qué verdad? Gabriel, ¿qué estás diciendo?

Él esboza una sonrisa cruel, sin rastro alguno de humor, mientras sostiene la puerta del coche, listo para entrar.

—Tu plan era perfecto. Un golpe maestro, digno de aplauso. Pero cometiste un error crucial —se inclina ligeramente hacia mí, las palabras salen cargadas de veneno—. No puedo tener hijos. Nunca podría haberte dejado embarazada.

Sus palabras me queman, confusas y crueles. Me quedo inmóvil, incapaz de respirar, con lágrimas cayendo silenciosamente por mi rostro. Intento hablar, pero siento la garganta cerrada, incapaz de articular palabra.

Está equivocado. ¡Dios mío, está equivocado!

Gabriel sube al coche, sin mirar atrás. El motor ruge y en cuestión de segundos se marcha, dejándome sola en la oscuridad.

Mis rodillas ceden y caigo al suelo, sollozando, intentando desesperadamente comprender cómo llegamos hasta aquí.

Lo tenía todo. Todo en la palma de mis manos. Un hogar, una familia, el amor del hombre que… amo. El padre de mi hijo. Y ahora estoy abandonada al borde de la carretera. Rechazada. Humillada. En plena Nochebuena.

—¿Por qué? —mi voz sale en un susurro entrecortado, pero crece, tomada por el dolor—. ¿Por qué me hiciste esto? ¿Qué hice? ¡Dímelo! ¿Qué hice para merecerlo?

Las preguntas surgen involuntarias, escapan en un susurro mientras levanto los ojos al cielo. No espero una respuesta, por supuesto. Nunca la he tenido. Pero sigue siendo imposible no preguntarme. ¿He cometido un pecado tan grave, una falta tan imperdonable, para recibir semejante castigo?

La inmensidad no responde, y la única compañía que tengo es el eco lejano del motor de su coche, ahora solo un ruido en mi memoria.

Me cubro la cara con las manos, sollozando. El silencio a mi alrededor parece sofocante, pero el peso en mi pecho es aún mayor. Mis manos caen instintivamente hacia mi vientre.

—Lo siento, mi amor… —murmuro, con la voz entrecortada, mientras acaricio suavemente el lugar donde crece mi bebé—. Lo siento por todo. Lo siento tanto…

Los sollozos me sacuden, cada uno más doloroso que el anterior.

—Yo… no sé qué hacer ahora. No sé cómo protegerte. No sé cómo saldremos de esto, pero te prometo… te prometo que lo intentaré. Te prometo que encontraré una forma. Serás amado, mi amor. Serás amado como nadie lo ha sido jamás.

Mi voz se pierde en lágrimas mientras me acurruco al borde de la carretera, mi mano aún protegiendo la pequeña vida que es todo lo que me queda.

41

Gabriel D'Ávila

Aparco el coche con un fuerte chirrido de frenos y salgo como si el vehículo estuviera en llamas. Tengo la vista borrosa y siento una opresión en el pecho que no consigo explicar. Presiono el timbre con más fuerza de la necesaria.

Víctor abre la puerta envuelto únicamente en una toalla, con el pelo revuelto y una sonrisa perezosa en los labios, que se esfuma en cuanto ve mi cara.

—¿Gabriel? ¿Qué coño ha pasado? —mira por encima del hombro, sacude la cabeza y dice algo en voz baja. Dos mujeres desnudas aparecen detrás de él, una rubia y una morena, con rostros confundidos y ligeramente asustados. Víctor las mira con impaciencia—. Fuera. Ahora mismo.

Hace un gesto con la mano, y ellas, visiblemente incómodas, se apresuran a recoger la ropa esparcida por el suelo y empiezan a vestirse a toda prisa.

Mientras intercambian miradas perplejas y salen por una puerta lateral, Víctor se vuelve hacia mí nuevamente.

—Gabriel, ¿qué demonios pasa? —Me observa durante un segundo antes de apartarse y hacerme entrar.

Voy directamente al bar, tomo una botella de whisky y la abro sin molestarme en coger un vaso. Doy un largo trago, dejando que el alcohol arda a su paso.

—Bien, esto va a ser interesante —murmura Víctor para sí mismo mientras agarra su teléfono móvil. Envía algunos mensajes

rápidos, frunciendo el ceño, y después se dirige a mí—. Voy a pedir refuerzos. No pienso lidiar con esta mierda yo solo.

Lo ignoro y bebo más. El sonido del líquido moviéndose dentro de la botella resuena en la silenciosa habitación. Víctor me observa con los brazos cruzados.

—Gabriel, ¿vas a decirme de una vez qué coño ocurre? —Señala hacia el sofá—. Siéntate antes de que tires la botella.

Me dejo caer sobre el sofá, pero sin soltar la botella. Me cubro la cara con ambas manos e intento respirar profundamente para encontrar calma, pero es imposible; todo dentro de mí es un maldito torbellino.

Víctor desaparece un instante y vuelve vestido con unos pantalones, al menos ahora está decente.

—¿Me lo vas a explicar? —se sienta en un sillón frente a mí, con los ojos llenos de preocupación—. ¿Qué pasó? ¿Clara rechazó tu propuesta de matrimonio?

Aparto las manos de mi cara y lo miro, con el cuerpo aún temblando. Intento hablar, pero las palabras no salen. En su lugar, me pongo de pie abruptamente, doy un paso hacia adelante y lanzo la botella contra la pared.

El sonido de cristales al romperse llena el ambiente, pero no alivia nada. Agarro también la lámpara que está cerca y la estrello contra el suelo, sintiendo cómo la cerámica se hace pedazos.

—¡Joder! —grito, con la voz ronca y casi irreconocible—. ¡Que le jodan a todo!

Víctor permanece inmóvil. Se limita a observarme, con la mirada más seria que le he visto nunca. No hace ningún intento por detenerme. Sabe perfectamente que esto no tiene nada que ver con la lámpara, ni con el bar, ni con su salón.

Cuando finalmente me detengo, con los hombros hundidos y la respiración agitada, él se levanta lentamente y se acerca con calma hacia mí.

—Gabriel, por el amor de Dios, dime qué ha pasado.

Se me forma un nudo en la garganta, pero consigo articular las palabras, aunque sea apenas en un susurro:

—Está embarazada.

Víctor parpadea, sorprendido.

—Vale, eso no debería ser razón suficiente para destruirme la casa. ¿Quieres explicarme el resto?

—Me ha engañado, Víctor —digo, con la voz cargada de rabia y desesperación—. No puedo tener hijos.

Su rostro cambia al instante. Se cruza de brazos y se apoya contra la barra.

—Un momento, ¿cómo que no puedes tener hijos? —La incredulidad es evidente en su tono.

—Me hice una jodida vasectomía hace años, justo después de la muerte de la madre de Thiago. —Me froto la frente con fuerza—. No se lo conté a nadie. Simplemente decidí que ella murió intentando darme un heredero, sabiendo los riesgos. Después de perderla, me sentí tan culpable que, como una manera de honrar su memoria, decidí que ella sería la única mujer que tendría un hijo mío. Así que me hice la vasectomía.

Víctor sacude lentamente la cabeza, intentando asimilar lo que acabo de decir.

—Entonces crees que ella… que Clara…

—Que está con otro hombre —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, y pronunciarlas en voz alta parece volverlas aún más reales—. Un amante. Un bastardo que probablemente se esté riendo ahora mismo en mi cara.

Víctor me observa en silencio durante un instante. Su mirada se vuelve más profunda y seria de lo habitual.

—Espera. ¿Has hablado con ella? ¿Le has preguntado algo antes de llegar a esa conclusión?

Me dejo caer nuevamente en el sofá y busco otra botella alrededor. Encuentro una de vodka y bebo otro largo sorbo.

—Porque, en lugar de comportarte como un adulto, decidiste explotar cosas… literalmente —añade Víctor con ironía.

Me río con amargura, un sonido seco que parece venir de muy lejos.

—No lo entiendes, Víctor. Ella me rompió. Confiar en ella fue el peor error de mi vida. Y ahora… solo puedo ver la estafa, su plan. Todo encaja perfectamente.

Víctor suspira, frotándose la cara con ambas manos.

—Vale, primero: estás bebiendo como si se acabara el mundo. Segundo: ¿Clara? ¿La misma Clara que prácticamente os devolvió la vida a ti y a tu hijo? ¿Esa Clara? ¿De verdad me estás diciendo que crees que planeó algo así?

—No lo entiendes, Víctor —repito, pero mi voz ya no tiene la misma fuerza de antes. Las imágenes de Clara, de todas las veces en que me miraba como si yo fuese el centro de su universo, las risas genuinas compartidas con Thiago… todo pasa por mi mente, y por un momento, la rabia ya no es suficiente para ahogar el dolor.

Víctor se acerca a mí y me quita la botella de las manos con firmeza.

—Lo que entiendo, Gabriel, es que estás hecho una mierda y estás arrastrando los cuernos por el asfalto, vale. Si fuera cualquier otra mujer, podría entender tu reacción. Pero estamos hablando de Clara. Y sabes perfectamente que hay algo mal en toda esta historia. Admitirlo no va a matarte.

Mi mandíbula se tensa. Una parte de mí quiere escuchar sus palabras, pero otra, la más herida y desconfiada, insiste en aferrarse a la certeza de que Clara es la villana de esta historia.

—Dante y Adrian están de camino —añade Víctor con calma —. Limpiemos este desastre antes de que alguno de ellos sugiera internarte a la fuerza en algún sitio. —Me señala con la cabeza la botella, ahora sobre la encimera—. Y luego me lo vas a contar todo. Sin saltarte ningún detalle, exactamente como sucedió.

—No hay nada más que contar —respondo, aunque mi voz ha perdido gran parte de su determinación.

Víctor solo sacude la cabeza, murmurando algo sobre "hombres tontos" antes de coger el teléfono y hacer otra llamada.

42

Clara Salgado

El viento helado me envuelve como un castigo, cortándome la piel y recordándome a cada paso dónde estoy: en medio de la nada, sola y embarazada. El cielo gris parece burlarse de mí; pesado, amenazando lluvia, pero conteniéndose como si quisiera prolongar mi tormento. Me duelen los pies con cada paso, mis zapatos no están hechos para largas caminatas, y el abrigo que llevo no es suficiente para combatir el frío.

Respiro hondo, tratando de concentrarme, pero es imposible. Las palabras de Gabriel resuenan en mi mente como un mantra cruel. Él dudó de mí. Creyó que era capaz de traicionarlo. Pensó que el bebé que llevo en mi vientre podría no ser suyo. El hombre que amo, el padre de mi hijo, me dejó abandonada en la carretera sin mirar atrás.

Durante unas horas intenté convencerme de que la ansiedad me había vencido y de que todo era una pesadilla, que pronto despertaría. Pero supe con certeza que era real cuando el frío empezó a dolerme.

La carretera es larga, vacía, y cada paso parece llevarme a ninguna parte. No hay coches, no se escuchan voces, solo el sonido apagado del viento y el susurro de los árboles cercanos. Por supuesto que no hay nadie. Es Nochebuena. La gente está en casa, con sus familias, alrededor de mesas llenas, rodeados de risas y calor. ¿Y yo? Estoy aquí, sola, intentando encontrar un camino de vuelta a cualquier lugar que me acoja.

Pienso en Thiago y un dolor agudo me atraviesa el pecho. ¿Cómo me despediré de él? ¿Cómo podré mirarle a esos ojos inocentes y decirle que no puedo quedarme más? Nunca lo entenderá. Tal vez me odie. Tal vez piense que yo también lo he abandonado. Y la verdad es que no podría culparlo. Gabriel destruyó todo entre nosotros, pero no puedo evitar sentir que yo también estoy fallándole a Thiago.

¿Qué hago ahora?

Mis piernas tiemblan, el frío parece aún más intenso y las lágrimas corren por mi rostro antes de que pueda contenerlas. Me las seco con rabia. No puedo permitirme derrumbarme ahora. Tengo un bebé al que proteger. Tengo que pensar en él. En nosotros.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo puede alguien prepararse para enfrentarse sola al mundo cuando parece haberse derrumbado sobre sus hombros?

De repente, el ruido de un motor rompe el silencio. Mi corazón se acelera y me vuelvo para ver un camión que se acerca lentamente. Disminuye la velocidad, y el pánico me invade. Mi instinto me grita que algo va mal, pero ¿qué puedo hacer?

Bajan dos hombres, y sus expresiones me hacen sentir aún más incómoda. Uno de ellos sonríe, con esa sonrisa que me eriza la piel por todas las razones equivocadas.

—¿Estás perdida, chica? —pregunta, avanzando hacia mí.

—No, gracias. No es necesario. —Intento sonar segura, pero mi voz sale débil.

—¿Segura? —el otro hombre se acerca, recorriéndome el cuerpo con la mirada como si fuera un trozo de carne expuesto—. Podemos llevarte adonde quieras.

Mi cuerpo se tensa por completo. Me digo a mí misma que no puedo mostrar miedo, pero es imposible evitarlo.

—De verdad, no es necesario. Gracias —digo retrocediendo un paso, intentando mantener la distancia.

Los dos intercambian miradas y ríen, un sonido áspero que resuena en la carretera vacía y revuelve mi estómago.

—Sabes, no es seguro para una mujer estar sola por aquí...

Antes de que puedan añadir algo más, otro sonido llega desde la distancia. Un coche. Mi corazón da un vuelco. Los dos hombres miran hacia atrás, intercambian otra mirada y murmuran algo antes de regresar rápidamente al camión. Se marchan, pero el miedo permanece arraigado en mí como una sombra de la que no logro desprenderme.

El coche se detiene a mi lado y una mujer baja la ventanilla. Su rostro, joven y preocupado, se fija en mí.

—¿Se encuentra bien, señorita?

La preocupación sincera en su voz es lo que termina por derrumbarme. Mis piernas flaquean y las lágrimas que creía secas vuelven a deslizarse por mi rostro.

—No… no lo estoy —mi voz se rompe, y siento que el peso del día entero me aplasta de repente.

—Sube, por favor. —Ella desbloquea la puerta y dudo por un instante, pero el cansancio y el miedo son más fuertes. Subo al coche y el calor del interior me envuelve, aliviando temporalmente el frío que aún siento en mi interior.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta suavemente, mirándome con una mezcla de curiosidad y preocupación.

No sé qué responder. No tengo adónde ir.

—A cualquier sitio… —susurro con voz quebrada—. Cualquier sitio lejos de aquí.

No hace más preguntas, simplemente empieza a conducir. Permanezco en silencio, mirando por la ventanilla, intentando procesar todo lo sucedido. El camino parece todavía más largo, pero al menos ya no estoy sola.

Mientras el coche avanza, pienso en lo que haré al llegar a la mansión. Thiago querrá explicaciones, y no sé qué decirle. ¿Cómo explicarle a un niño que su padre me abandonó? ¿Que ya no soy bienvenida en su casa?

¿Y Gabriel? Aunque se dé cuenta de que cometió un error, que el bebé es suyo, que nunca le mentí… ¿Cómo podría volver a confiar en él? ¿Cómo podría olvidar todo lo que me dijo?

De algo estoy segura: no voy a mendigar nada. No voy a humillarme por alguien que ni siquiera me concedió el beneficio de la duda. Gabriel ha tomado su decisión, y ahora yo debo tomar la mía.

Me sujeto el vientre con ambas manos y cierro los ojos durante un instante.

—Todo va a salir bien —le susurro al bebé—. Te prometo que todo irá bien.

Y mientras el coche sigue avanzando, siento cómo crece dentro de mí una chispa de determinación. Pase lo que pase, voy a luchar por mi bebé. Le protegeré de todo, incluso de su propio padre, si es necesario.

43

Gabriel D'Ávila

—Papá, ¿cuándo vuelve Clara? —Thiago está sentado en el sofá del salón, abrazado a una de las almohadas con las piernas colgando.

Hago una pausa, tragando saliva mientras mantengo el rostro lo más impasible posible.

—Tenía que resolver un problema con su familia, hijo —mi voz suena extrañamente neutra, incluso para mí—. Aún no sé cuándo volverá, pero en cuanto lo sepa, te lo diré.

El niño me observa con desconfianza, sus ojos azules ligeramente entrecerrados.

—¿Y le has pedido que se quede con nosotros para siempre? —insiste, soltando las palabras con una prisa inquieta—. Compraste el anillo, ¿verdad?

Me detengo en mitad de la habitación. Su pregunta es como un golpe directo en mi pecho.

—No tuve tiempo —respondo en voz baja, casi un susurro—. Iba a pedírselo hoy.

Thiago baja la cabeza, dejando caer su cabello rubio sobre los ojos. Arrastra los pies con incomodidad, claramente procesando mi respuesta.

—Entonces, ¿por qué no nos quedamos aquí y esperamos a que vuelva? —pregunta nuevamente, con un tono lógico y directo que me desarma por completo—. Podríamos esperar, ¿no?

Respiro hondo, haciendo un esfuerzo para ocultar la agitación interna que me invade.

—Va a ser divertido, hijo —trato de parecer más animado de lo que realmente estoy—. Vamos a esquiar, disfrutar del frío… Será una aventura increíble. Los tíos Adrian, Dante y Víctor también estarán allí.

Thiago suspira, todavía abrazado a su almohada.

—No creo que sea tan divertido sin Clara.

Sus palabras flotan en el aire, cargadas de una verdad que no puedo negar. Porque tiene razón. Nada será igual sin ella. Nada es igual.

—Hagamos las maletas —intento cambiar de tema—. No tenemos mucho tiempo antes de irnos.

Él no se mueve inmediatamente, pero al final asiente. Se levanta despacio y camina hacia las escaleras, deteniéndose en el último escalón para volverse hacia mí.

—¿Papá? —Su voz está llena de una emoción que no consigo identificar.

—¿Sí, hijo?

—¿Puedo llamar a Clara más tarde?

No espera mi respuesta. Sube las escaleras dejándome solo con su inocente petición, que me abruma por completo.

Mientras preparo las maletas en el dormitorio, Thiago aparece en la puerta arrastrando su propia mochila.

—¿Puedes preparar también una maleta para Clara? —me pregunta con la inocencia de quien aún cree que todo saldrá bien—. Así, cuando vuelva, no tendrás que perder tiempo. Podrá ir directamente a reunirse con nosotros.

Piso el freno mentalmente. Mi primer instinto es negarme, pero ahora mismo no tengo fuerzas para discutir con él. Simplemente asiento y me dirijo a su habitación.

No es culpa suya. Si algo me enseñó esa mujer fue a ver realmente a mi hijo. Y nunca volveré a ser el tipo de padre que era antes.

Su aroma todavía impregna el ambiente, dulce y familiar. Abro el armario lentamente, con la extraña sensación de estar invadiendo un espacio prohibido. Mis manos acarician las telas suaves de los

vestidos que tanto le gusta usar, y cada prenda parece susurrarme recuerdos de momentos compartidos.

Recojo algunas cosas y las meto en la maleta sin pensar demasiado. Una blusa resbala y cae al suelo; al recogerla, reconozco que es una de mis favoritas.

Respiro hondo, sintiendo con fuerza su ausencia. La dejé en la carretera hace apenas unas horas, pero parece que ha pasado una eternidad desde entonces.

—¿Papá? —La voz de Thiago me saca de mi trance. Está en la puerta, mirándome con curiosidad.

—Estoy terminando, hijo.

Entra despacio y se sienta al borde de la cama.

—¿Crees que a Clara le gustará el sitio adonde vamos?

—Sí, hijo, seguro que le encantará —respondo con una mentira que resulta más fácil de pronunciar de lo que imaginaba.

Solo quiero salir de aquí, alejarme de esta casa. Aquí dentro, la Clara que he descubierto parece irreal. Y la Clara que creí conocer aún está presente, una presencia tan poderosa que me debilita y me hace anhelarla, volviéndome tan dependiente de ella como Thiago.

No quiero mirarla a los ojos y sentir dudas. No voy a hacerlo. Lo que hizo es imperdonable.

44

Clara Salgado

La puerta de la mansión se acerca lentamente mientras el taxi avanza por la carretera. Cada metro recorrido parece arrancarme algo del interior, como si el mismo aire se estuviera agotando en mis pulmones. El conductor aminora la marcha, aunque algo dentro de mí quiere gritarle que acelere, que termine con esto de una vez. Pero no termina. Nada parece terminar.

Cuando el coche finalmente se detiene, permanezco inmóvil unos segundos, aferrada al cinturón de seguridad como si fuera lo único capaz de sostenerme en pie. Me tiemblan las manos y la vista se me nubla por las lágrimas que se resisten a caer. «Respira», me digo, pero hasta respirar parece imposible.

Abro la puerta con esfuerzo y doy el primer paso hacia lo que antes llamaba hogar. La mansión parece más grande que nunca, imponente y fría, transformada en un lugar completamente ajeno a mí. Quizás porque así es: ya no pertenezco aquí.

La puerta principal se abre antes de que pueda tocarla. Anton aparece, pero hoy hay algo distinto en él. Sus ojos analizan mi rostro y su habitual postura rígida cede ligeramente, como si quisiera apoyarme pero no supiera cómo hacerlo.

—Clara… —comienza, con un tono más suave de lo habitual —. Me alegro de que estés aquí.

Marta aparece detrás de él, sosteniendo un paño de cocina como si fuera un salvavidas. Su rostro refleja una auténtica preocupación, y eso me duele aún más, sabiendo que es por mi culpa.

—Señorita, ¿qué ha pasado? —pregunta Marta, con voz tierna pero claramente alarmada.

Intento hablar, pero las palabras se me quedan atrapadas en la garganta. ¿Cómo se explica lo inexplicable? ¿Cómo decirles que he sido descartada, rechazada, destrozada por alguien que juró amarme?

Anton se aclara la garganta vacilante.

—El Sr. Gabriel dejó un mensaje para usted.

Siento como si el suelo se desvaneciera bajo mis pies.

—¿Un mensaje? —mi voz apenas sale en un susurro, anticipando el golpe.

—Él… viajó con Thiago —Anton hace una pausa, midiendo sus palabras con sumo cuidado—. No quiere que os crucéis.

La realidad me golpea con brutalidad.

Se llevó a Thiago.

Se llevó al niño que prometió jamás alejar de mí. Gabriel me juró, mirándome a los ojos, que nada entre nosotros cambiaría mi relación con Thiago. Promesas. Palabras vacías.

—Me lo prometió… —susurro para mí misma, rota por dentro —. Prometió que nunca lo haría.

—Clara… —Marta intenta cogerme la mano, pero la aparto suavemente. No puedo soportar ningún contacto ahora mismo.

—Lo siento, pero no puedes quedarte aquí —dice Anton con firmeza, aunque por primera vez noto tristeza en su voz—. Órdenes del Sr. Gabriel. Puedo llevarte a un hotel, o con algún amigo, familiar…

Sus palabras me atraviesan como cuchillos, destrozando lo poco que queda en mí. No puedo quedarme. No puedo ver a Thiago. No puedo respirar. Gabriel no solo me echó de su vida; me borró de ella.

—No hace falta —logro decir, con voz temblorosa pero decidida—. Me marcharé.

Marta insiste en que suba para darme una ducha. El agua cae sobre mí, pero no logra llevarse el dolor. No borra la desesperación. No llena el vacío que siento por dentro. Mis sollozos resuenan en el

cuarto de baño mientras lucho por recuperar el aliento, sintiendo que me ahogo aunque no haya suficiente agua para justificarlo.

Cuando salgo del baño, Marta está allí, sentada en la cama. Tiene los ojos enrojecidos, parece casi tan destrozada como yo.

—¿Qué ha pasado, señorita? —pregunta de nuevo en voz baja, como si temiera romperme todavía más.

—No lo sé. —La voz se me quiebra, y las lágrimas vuelven a brotar, incontenibles—. Ha decidido destruir mi vida, y no puedo hacer nada para evitarlo.

—¿Le has contado lo del bebé? —pregunta Marta, intentando encontrarle sentido a tanto caos—. Él no haría esto si supiera que estás embarazada.

—Se lo dije —respondo entre sollozos—. Se lo dije y, aun así…

Las palabras mueren en mi garganta. ¿Cómo explicar lo inexplicable? ¿Cómo justificar algo que es imperdonable?

Comienzo a recoger mis cosas en silencio. Solo tomo lo que he comprado con mi propio dinero, dejando atrás otras pertenencias sin mirarlas demasiado.

Cuando llega el taxi, Anton mantiene la puerta abierta mientras Marta me abraza por última vez. No digo nada, porque no hay palabras capaces de reparar esto. Simplemente salgo, con la maleta en una mano y el corazón destrozado.

Mientras el coche avanza lentamente por las calles, mi mente regresa al día en que me expulsaron del orfanato. Tenía diecisiete años. Me entregaron mis cosas en las manos y me dijeron que pronto cumpliría dieciocho, así que ya no era su responsabilidad. Me dejaron en la calle, completamente sola.

Pero ni siquiera entonces me sentí tan perdida como ahora. Gabriel me lo había dado todo: un trabajo, una vida, una familia, amor y dignidad. Y en cuestión de segundos, me lo arrebató todo nuevamente.

Mientras el coche se aleja, coloco una mano sobre mi vientre y hago una promesa silenciosa: estaremos bien. Aunque lo que tengo para ofrecer parezca poco, aunque no tenga idea de cómo conseguirlo.

45

Gabriel D'Ávila

—Su estado es emocional, señor D'Ávila —dice el médico mientras se lava las manos en el cuarto de baño contiguo—. No hay signos de infección ni ninguna otra causa física para la fiebre.

—¿Emocional? —repito, como si esa palabra fuera un acertijo —. ¿Eso es posible?

El hombre, con su porte tranquilo y profesional, asiente con serenidad.

—Sí. La mente de un niño es mucho más sensible de lo que creemos. ¿Ha ocurrido algo significativo recientemente en su vida? ¿Una ruptura familiar, una pérdida o incluso un cambio importante en su rutina?

Pienso en Clara y un nudo se forma en mi estómago.

—Ha habido… algo —admito, con voz más baja de lo que desearía.

El médico me observa con comprensión, pero no insiste. Me recomienda reposo, hidratación y, sobre todo, estabilidad emocional. Como si fuera algo sencillo de lograr.

Cuando el médico se marcha, regreso a la habitación de Thiago. Parece tan pequeño y frágil acostado en la cama.

Lo cubro mejor con la manta y me siento a su lado, contemplando su sueño inquieto. Parece que el fantasma de Clara jamás abandonará esta casa. Está presente en todo. En el sofá donde solía sentarse, en la encimera de la cocina donde preparaba tortitas con Thiago, incluso en la cama donde aún puedo olerla al cerrar los ojos.

A veces me sorprendo creyendo verla por la casa. Una sonrisa fugaz, una risa suave. Sueño con ella gimiendo suavemente, girándose hacia mí, su cuerpo perfecto encajado en el mío. Pero entonces despierto. Siempre despierto. Y el dolor es aún más intenso.

Thiago solía mencionarla todos los días. Decía que era su mejor amiga, que siempre sabía exactamente lo que necesitaba antes de que él mismo lo supiera. Pero en algún momento dejó de hacerlo. No porque la olvidara, sino porque aprendió que ya no debía hablar de ella. Ahora vive apagado, retraído, y no sé cómo ayudarle. Con él enfermo, siento que he fallado absolutamente en todo.

Me levanto, tomo el móvil y entro al despacho. La tenue luz de la lámpara ilumina débilmente el espacio, haciendo que la habitación se sienta aún más vacía. Reviso el historial de llamadas y busco su número. El número que tengo grabado en la memoria, pero al que no responde. Pulso el botón de llamada.

«Este número no puede responder en este momento. Por favor, deje su mensaje después del tono.»

Escuchar ese mensaje me destroza una vez más. No sé cuántas veces lo he hecho ya. Demasiadas. Siempre con la esperanza de que, por algún milagro, ella responda. Pero nunca lo hace.

Poco después de marcharse, descubrí que había dejado su teléfono aquí. Igual que todos los regalos que le hice. Cada prenda, cada joya, hasta los objetos más insignificantes. No se llevó absolutamente nada, excepto lo imprescindible. Únicamente lo que había comprado con su propio dinero.

Y eso no tiene sentido. Si su intención era hacerme daño, como imaginé en mi rabia y ceguera, ¿por qué no se llevó nada?

Vuelvo al dormitorio y me siento frente a Thiago. Le paso suavemente la mano por el pelo, más para tranquilizarme yo que para reconfortarlo a él. Quizá cometí un error. Tal vez… actué de forma precipitada.

No. Ella me engañó. Es un hecho. No puedo permitirme dudar ahora. Pero incluso si fuera cierto… incluso si fuera una persona

terrible, debería permitirle ver a Thiago. Por el bien de él, claro.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, soltando un profundo suspiro.

Thiago la necesita.

Yo también la necesito.

Esa maldita mujer nos convirtió en un grupo de adictos a su presencia. Incluso Anton y Marta la echan de menos y me juzgan en silencio por haberla expulsado.

El fantasma de Clara no va a desaparecer pronto y quizás, solo quizás, ni siquiera quiero que lo haga.

¿En qué demonios se ha metido?

46

Clara Salgado

Unos meses más tarde

El sol pega fuerte sobre las improvisadas lonas que cubren el mercado. El olor es intenso, característico, pero ya me he acostumbrado. Llevo puesto un delantal y un sombrero de ala ancha que protege mi rostro, mientras mis manos trabajan deprisa, limpiando y fileteando pescado con la destreza adquirida en los últimos meses. Mi cuerpo, sin embargo, ya no es tan ágil; mi barriga, grande de treinta y seis semanas, limita mis movimientos. Debo inclinarme con cuidado y, cada vez que el bebé se mueve, siento como si algo me pinchara las costillas.

—Clara, deberías tener más cuidado con esa barriga —dice el Sr. Edward, mi jefe, frunciendo el ceño mientras coloca un enorme pescado sobre el mostrador.

Le sonrío, secándome el sudor de la frente con el antebrazo.

—Me estoy cuidando, Edward. No te preocupes.

Murmura algo sobre jovencitas testarudas antes de coger el móvil que comienza a sonar en su bolsillo. Su expresión cambia rápidamente cuando responde.

—Anna, ¿qué sucede? —Se queda escuchando atentamente —. Tranquilízate, ya voy. Aguanta ahí.

Cuelga deprisa y guarda el móvil con urgencia.

—Tengo que irme. Anna se encuentra mal —me mira, claramente preocupado—. No me gusta dejarte sola así, pero no

tengo otra opción. Si sucede algo, llama inmediatamente a una ambulancia, ¿entendido? Y no te preocupes por el puesto, los demás se encargarán hasta que vuelva.

—Tranquilo, señor, estaré bien. Espero que la señora Anna se mejore pronto.

Asiente rápidamente y sale casi corriendo, dejándome sola con los peces y bajo el sol abrasador. Suspiro suavemente, y mi preocupación por él se mezcla con un ligero alivio. Es agradable saber que alguien todavía se preocupa sinceramente por mí. Hacía tiempo que no sentía una preocupación tan genuina.

Sigo trabajando, cortando y separando pescado. Con cada movimiento, siento el peso de mi cuerpo y la presión constante en la parte baja del vientre. El médico insistió en que debería estar en casa descansando, pero ¿cómo hacerlo? Aún no he encontrado un hogar propio.

El albergue donde me quedo actualmente es un infierno. Ruido constante, turistas borrachos entrando y saliendo a todas horas, impidiéndome dormir tranquilamente. El bebé parece percibir mi ansiedad y se mueve constantemente. Además, el dueño del hostal ya dejó claro que no quiere a un recién nacido allí. La única alternativa sería la calle, algo que no puedo ni imaginar para mi hijo.

Hoy tengo una cita para visitar otra casa. Una casita sencilla, con un pequeño patio donde podría crear un jardín y dejar que mi hijo juegue cuando crezca. No parece tan agradable como otras que he visitado, pero quizá esta vez sea diferente. Quizá el propietario acepte finalmente alquilarle a una madre soltera, sin recibos de nómina y solo con dinero en efectivo.

Suelto un profundo suspiro mientras apilo el pescado ya fileteado. He perdido la cuenta de cuántas veces he escuchado la palabra «no». No aceptamos inquilinos sin referencias. No alquilamos a mujeres embarazadas. No podemos prescindir de una fianza mayor.

Como si mi barriga fuera una carga aún más pesada de lo que realmente es.

Llega un cliente y lo atiendo con una sonrisa automática. Sé que mi rostro refleja cansancio, pero mantengo la fachada. No tengo

muchas más opciones.

El día avanza, y mi mente oscila entre la esperanza y el temor.

Hoy podría ser el día.

Hoy, quizá, finalmente encuentre un hogar para mí y mi bebé.

Mientras organizo las piezas de pescado en pilas perfectas, pienso en el futuro. ¿Qué ocurrirá cuando nazca el bebé? El dinero que he ahorrado cubrirá los primeros meses; después de todo, Gabriel me pagaba muy bien y, a pesar de todo, nunca dejó de hacerlo mientras estuve con ellos.

Cuando llegué aquí a Cornualles, encontré trabajo casi de inmediato. No he regresado a Devon desde el día en que abandoné St Thomas'. No tuve valor. Durante los primeros meses trabajé dondequiera que aceptaran a una mujer sola, sin hacer preguntas. Descargué camiones, organicé cajas, limpié puestos. Trabajé de forma clandestina en mercados y ferias hasta que el Sr. Edward me pidió que me quedara exclusivamente con él.

Me paga bien, dentro de lo posible, pero ni siquiera él puede contratarme oficialmente. Este mercado funciona de manera informal, sin contratos, lo que significa que no tengo derecho a baja por maternidad.

Respiro profundamente. Aunque ahora tengo más dinero del que jamás tuve en mis manos, cada céntimo está contado. He hecho y rehecho las cuentas mil veces. Con suerte, lo que he guardado cubrirá los primeros meses cuando esté sola con el bebé, sin poder trabajar. Eso, claro, si logro alquilar una casa y no tengo que gastármelo todo en depósitos absurdos y garantías imposibles.

Mi mirada se dirige a mi vientre, ahora enorme, donde noto a mi hijo moverse sin parar. Coloco una mano allí, tratando de calmarlo… o quizá de calmarme yo misma.

—Todo irá bien, mi amor. Te lo prometo.

Pero, ¿realmente será así?

Corto otro pescado; el cuchillo se desliza con la práctica adquirida estos últimos meses. No es un trabajo soñado, pero es honesto. Más que eso, es mío. Nadie me regaló este trabajo por compasión. Nadie me hizo sentir que estaba mendigando. Cada

céntimo ganado ha sido fruto de mi esfuerzo, con manos ásperas y cuerpo cansado.

Aun así, el peso de todo lo que está por venir no deja de atormentarme. Sé que las cuentas serán aún más ajustadas cuando nazca el bebé. Ya no podré hacer las largas horas en el mercado ni los trabajos esporádicos que hacía al llegar aquí.

Ya no tendré fuerzas para descargar camiones o organizar cajas al amanecer. Estaremos solamente mi hijo y yo, con lo que quede de esta economía limitada.

Pero no importa. Haré lo que sea por él. El trabajo nunca me ha asustado; la falta de un hogar propio, sí.

Me acomodo el sombrero en la cabeza y me limpio las manos en el delantal. El día aún está lejos de terminar, pero ya empiezo a ponerme nerviosa por la visita a la casa.

Por favor, que esta vez funcione. Solo necesito un lugar sencillo, un techo seguro para mi hijo. No busco lujos ni nada que me recuerde a la vida que dejé atrás. Solo un rincón donde él pueda estar protegido y donde yo pueda darle lo poco que tengo.

Corto otro pescado mientras rezo silenciosamente.

El sol comienza a suavizarse cuando un niño, de unos siete u ocho años, se detiene frente al puesto. Su pelo rubio está revuelto por el viento, y lleva de la mano a una mujer que parece ser su madre. Sus ojos, brillantes y llenos de curiosidad, hacen que me detenga un instante. Mi corazón se contrae de un modo que solo puedo describir como anhelo.

—¡Mamá, mira qué pez tan grande! —exclama entusiasmado, señalando un salmón que está expuesto.

Le sonrío, intentando ocultar el nudo que se forma en mi garganta.

—Tienes buen gusto, chico. Es uno de los mejores del puesto —respondo agachándome con cuidado para coger el pescado y meterlo en una bolsa.

Él me sonríe, y durante un segundo me parece estar mirando a Thiago. A mi niño. Al hijo de Gabriel, al pequeño que amé como si fuera mío.

Mientras envuelvo el pescado, noto cómo crece en mí una sensación de profunda nostalgia. Intento contenerla, pero es inútil. Este niño me recuerda tanto a Thiago, con esa misma mirada curiosa y vivaz que alegraba mis días. Su madre me paga y da las gracias, pero mi mente ya está en otra parte.

Me acaricio la barriga, mi hijo se mueve, quizá sintiendo mi agitación. Pongo la mano ahí, tratando de tranquilizarme, pero las lágrimas ya comienzan a asomar.

—Tu hermano era así, ¿sabes? —susurro suavemente, sintiendo el dolor familiar de la ausencia—. Ojalá seas un poco como él. Así podré recuperar algo de lo que perdí.

Pienso en Thiago cada día. En su sonrisa, en su forma de correr por la casa, llenando todo de vida. Tenía la capacidad de convertir cualquier momento sencillo en algo mágico. Y ahora, mientras imagino a mi bebé en mis brazos, no puedo evitar desear que lleve algo de Thiago dentro de él. Que me traiga un recuerdo, una pequeña chispa del amor que me arrebataron.

Te extraño muchísimo, más de lo que creía posible. Thiago no era solo el hijo de Gabriel; era también mi hijo, aunque nadie más lo viera así. Y ahora, con mi propio bebé a punto de llegar, su ausencia es una constante que me recuerda todo lo que he perdido.

El niño y su madre se han ido, pero yo permanezco allí, mirando al vacío, atrapada en mis recuerdos. Me seco discretamente las lágrimas y regreso al trabajo, aunque un pensamiento permanece conmigo: quizás esto sea una señal de que todo irá bien. Tal vez mi bebé me traiga no solo una vida nueva, sino también algo de lo que dejé atrás.

—Todo irá bien —susurro, más para mí que para él—. Los dos vamos a estar bien.

***

El barrio no era exactamente lo que imaginaba. El anuncio prometía una «zona tranquila y familiar», pero cuando bajé del

autobús y caminé por sus estrechas calles, la realidad me pareció muy distinta. Casas adosadas con fachadas descuidadas se alineaban una tras otra, algunas ventanas estaban cubiertas con cartones, los cubos de basura volcados decoraban ciertas aceras, y una extraña tensión flotaba en el ambiente.

Me detuve frente a la casa que había venido a visitar. El número era correcto, pero su aspecto era muy diferente al de las fotos del anuncio. La pintura estaba desconchada, las ventanas sucias, y la valla parecía estar a punto de caer.

—Todo saldrá bien —me murmuro mientras acaricio mi vientre, intentando calmar tanto al bebé como a mis propios nervios.

Toco el timbre y un hombre de mediana edad, con una camisa manchada de grasa, abre la puerta. Me mira de arriba abajo, como si ya supiera que no soy el tipo de inquilino que desea.

—¿Eres tú la chica interesada en la casa? —pregunta con voz áspera.

—Sí, soy Clara —respondo con una sonrisa, tratando de aparentar más seguridad de la que realmente siento.

Él se encoge de hombros y me deja pasar. Dentro, la casa luce aún peor. Las paredes están manchadas de humedad, el suelo de madera desgastado y desnivelado, y la cocina desprende un olor penetrante a grasa vieja. Aun así, trato de enfocarme en lo positivo: hay espacio suficiente para mí y mi bebé. No es ideal, pero sería nuestro pequeño rincón.

Mientras caminamos por las habitaciones, gritos provenientes de la casa contigua resuenan claramente. Parece una discusión acalorada y podría jurar que escucho el ruido de algo rompiéndose.

—Son los vecinos —comenta él despreocupadamente, al notar mi incomodidad—. Tienen sus problemas, pero tampoco te molestarán tanto.

Trago saliva, intentando ocultar mi nerviosismo. Y cuando él pregunta:

—¿Qué te parece?

Respondo inmediatamente, antes de dudar:

—Quiero la casa.

Él cruza los brazos y me mira fijamente.

—Bien, pero… ¿y tu compañero? ¿Esposo? ¿Novio? ¿Quién compartirá los gastos contigo?

—No hay nadie más. Solo yo —digo, levantando ligeramente la barbilla—. Tengo ahorros.

Sacude la cabeza con escepticismo.

—¿Y un contrato de trabajo? ¿Lo tienes? Porque lo que describes me suena más a alguien que busca vivir de ayudas sociales.

—Trabajo, pero no tengo recibos —digo, sintiendo un nudo formarse nuevamente en mi estómago.

—Entonces no va a funcionar. No alquilo sin garantías. Buena suerte, señora.

Hace un gesto hacia la puerta, dejándome claro que su decisión ya estaba tomada desde antes. Salgo y la puerta se cierra tras de mí con una rapidez fría y definitiva.

Cruzo la calle lentamente, con una sensación de derrota que me invade por completo. Si ni siquiera puedo conseguir una casa como esta, ¿cómo encontraré otra? Dios mío…

Se me aprieta el pecho, y un dolor agudo atraviesa mi abdomen. Me detengo y llevo la mano al vientre. No puede ser ahora, aún faltan algunas semanas.

—Respira, Clara, respira —me digo en voz baja, pero el dolor no cede. Vuelve de nuevo, más intenso esta vez, casi haciéndome doblar por la mitad.

Intento ignorarlo, pero las contracciones son cada vez más frecuentes. Consigo llegar hasta la parada del autobús, pero cada paso es una tortura. Cuando finalmente llega el autobús, casi tropiezo al subir, aunque un hombre me sostiene con firmeza.

Me dejo caer con dificultad sobre el asiento, sintiendo cada músculo de mi cuerpo protestar por el esfuerzo. Mi barriga parece pesar una tonelada, y las contracciones llegan en oleadas cada vez más fuertes, dejándome sin aliento. Intento respirar profundamente, pero mis pulmones parecen haberse negado a funcionar.

Una fina capa de sudor cubre mi frente, y noto la blusa adherirse húmeda a mi espalda. Mi corazón late tan rápido que

suena con fuerza en mis oídos. Me agarro con tanta intensidad a la barra lateral que mis dedos se vuelven blancos.

«Debería haber llamado a un taxi», pienso, sintiendo una oleada de arrepentimiento mezclada con desesperación. Pero creí que sería algo pasajero, y que mejoraría al sentarme.

Las voces a mi alrededor empiezan a escucharse amortiguadas, palabras que ya no entiendo claramente. Mi visión comienza a oscurecerse y veo manchas negras bailando ante mis ojos. Una debilidad creciente invade mi cuerpo, temblando de pies a cabeza.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta una voz femenina cercana, pero no logro responder. Mi cabeza cae hacia atrás, y todo parece ralentizarse a mi alrededor.

Intento enfocar la vista hacia adelante, pero los rostros a mi alrededor ya son solo borrones. Entre ellos destaca una mujer con los ojos muy abiertos y llenos de preocupación. Me tiende la mano, pero la siento tan distante como si estuviera en otro mundo.

Mi visión se oscurece por completo, y lo último que siento es a mi bebé retorciéndose en mi interior, débil pero desesperado, justo antes de que todo desaparezca a mi alrededor.

47

Gabriel D'Ávila

Algunos días son más fáciles que otros. Hoy definitivamente no es uno de ellos.

Me levanté temprano, como de costumbre. Desayuné con Thiago y lo llevé al colegio. Seguimos con nuestras rutinas habituales, pero todo parecía… mal. Como si una sombra se cerniera sobre mí. Y esa sombra tenía nombre. Clara.

Clara.

Por alguna razón inexplicable, hoy ocupa cada rincón de mis pensamientos, más que cualquier otro día. No es que pueda olvidarla fácilmente, porque no pasa un solo día sin que invada mi mente de algún modo. Pero hoy es diferente. Hoy casi puedo sentirla cerca. Como si al girarme estuviera justo allí, sonriendo con esa expresión encantadora, las mejillas sonrojadas y esos ojos que me hipnotizaron desde el primer momento.

Me pregunto cómo estará. Dónde estará. ¿Estará bien? ¿Habrá logrado lo que quería? ¿Me echará de menos también?

Ha pasado tiempo, pero el dolor de su ausencia no ha remitido. Al contrario, se ha instalado en mí como una herida abierta que se niega a cicatrizar. Si tenía dudas sobre si realmente la amaba, el tiempo se ha encargado de disiparlas. Porque ningún golpe, por traicionero que sea, debería doler tanto. Ninguna mentira debería corroer así el alma.

Si Clara jamás hubiera entrado en mi vida, ¿sería más fácil ahora? ¿Estaría mejor? Quizá. Pero odiaría esa facilidad. Prefiero este dolor, porque me recuerda que fue real. Que fuimos reales.

Algunos días son peores que otros. Hoy es uno de esos días.

Algunos días deseo no haberme hecho jamás esa maldita vasectomía. Deseo que ella hubiera podido engañarme realmente, así no tendría que lidiar con este vacío que lo devora todo.

Tal vez, solo tal vez, ese bebé podría haber sido mío. Y en ese escenario imposible, sería el hombre más feliz del mundo. La habría perdonado, habría aceptado su mentira, porque amaba la ilusión tanto como la verdad.

Pero otros días miro atrás y lo veo todo como un plan perfectamente ejecutado. Cada sonrisa, cada caricia, cada mirada, parte de una estrategia para hundirme. En esos momentos, me pregunto si alguna vez me quiso realmente, o si todo fue una mentira tan bien construida que logró destruirme por completo.

Hoy estoy atrapado en el limbo. Entre la nostalgia y el odio. Entre la culpa y el resentimiento. Entre el hombre que la echó de su vida y el hombre que daría cualquier cosa por recuperarla.

Thiago está mejor ahora, pero todavía lleva consigo una tristeza palpable. Me esfuerzo por llenar el vacío que dejó Clara. Paso más tiempo con él, cuido cada detalle, y nuestra relación se ha vuelto más estrecha que nunca. Pero él no es tonto. Siente su ausencia igual que yo.

Dejó de preguntar por ella, pero sé que aún la recuerda. Lo veo en sus ojos; en cómo mira la puerta como si esperase que Clara entrase en cualquier momento; en la manera en que ordena sus juguetes, apartando cuidadosamente los favoritos de ella. Incluso en la forma en que escoge el mando del videojuego, deteniéndose cuando agarra el que solía usar ella.

Su habitación sigue intacta. Cerrada.

No he tenido el valor de tocar nada. No porque quiera conservar sus cosas, sino porque cada objeto en ese espacio me recuerda a ella: su olor, su presencia, la risa que compartimos.

A veces, cuando Thiago está en el colegio y la casa queda vacía, abro esa puerta. Entro lentamente, como si ella aún estuviera allí. Cierro los ojos y, por un instante, pretendo que nunca se marchó. Imagino que todo sigue bien, que nada ha cambiado.

Me odio por eso. Por no ser capaz de soltarla, por no quemar todo y avanzar como debería. Pero, en realidad, no quiero olvidar. No quiero deshacerme de sus recuerdos. Porque en el fondo aún tengo la esperanza de que, de algún modo, Clara regrese.

Pero entonces recuerdo. Las palabras dichas, la ira, el dolor. Y sé que si alguna vez vuelve, no será por mí.

Porque, ¿quién podría perdonar lo que hice, lo que dije, aunque ella no hubiera hecho nada malo?

***

El ambiente en la Casa de los Bastardos es el de siempre. Todo está diseñado para satisfacer los deseos más decadentes. Desde la madera oscura de las paredes, pasando por las infinitas estanterías de whiskies raros y puros caros, hasta el resplandor amarillento de las luces tenues. Sillones de cuero se distribuyen por el lugar, algunos ocupados por hombres en conversaciones discretas, otros acompañados por mujeres de atuendos provocativos, listas para entretener.

Es un lugar que respira lujuria. Mi lugar. O al menos solía serlo. Ahora, como todo lo demás, se siente vacío. Incluso rodeado de mis amigos y con una botella de whisky enfrente, no logro conectar con nada.

Adrian se inclina hacia delante, con una sonrisa de suficiencia en la cara, como si estuviera a punto de ganar una apuesta.

—¿Qué te parece? —ladea la cabeza en dirección a una mujer que está de pie en la esquina de la habitación—. Elegí yo mismo esta obra maestra. Hermosa, ardiente y, según me han dicho, una bailarina impresionante. Necesitas esto, Gabriel. Te estás volviendo insoportable. ¡Necesitas echar un polvo urgentemente!

—Y un poco patético, si me permites decirlo —añade Dante, con un tono tan desenfadado como si hablara del clima—. Lloriqueando por Clara, pareces uno de esos adolescentes

enamorados de la portada de una revista. Espabila de una vez, hombre.

Adrian se ríe sin reparos.

—La única razón por la que sigues llorando en las esquinas es porque no te tiras a nadie, genio.

—Tal vez haya cambiado de equipo —bromea Víctor—. Amigo, si es eso, dinos. Te ayudaremos con eso también.

—No me jodas —digo, aunque no puedo evitar una leve sonrisa irónica. Están siendo unos cabrones. Y eso es exactamente lo que necesito ahora mismo. Cabrones siendo cabrones.

Víctor apoya su vaso en la mesa, poniéndose más serio.

—Ya es suficiente —interviene Adrian, golpeando suavemente la mesa—. Si no aceptas a la chica, comenzaremos a buscar tíos. Porque algo va muy mal contigo.

Víctor levanta su vaso de whisky, con la mirada fija y penetrante.

—Y ni se te ocurra decir que no te apetece —añade, soltando una bocanada de humo—. Esto es un parque de juegos, colega. Y aquí estás, actuando como el viudo deprimido por una mujer que ni siquiera llegó a casarse contigo, ¿sabes?

—La cuestión es, Gabriel, que debes seguir adelante —Adrian deja de bromear y adopta un tono más serio—. No puedes pasar el resto de tu vida sufriendo por alguien que… bueno, ya sabes. Y además, no importa. Solo es una noche. Nadie va a enamorarse aquí. ¿Quién sabe? Quizá hasta te ayude a poner las cosas en perspectiva.

Mis ojos se dirigen hacia la mujer. Es impresionante. Lleva un vestido ajustado que parece hecho de diamantes líquidos. Cada movimiento es elegante y sensual. La curva de sus labios, el brillo en sus ojos, todo en ella transmite una sola cosa: sé exactamente lo que hago.

—No estoy seguro de que…

—Vas a ir —insiste Víctor, poniéndose de pie y tirando suavemente de la manga de mi americana—. Y ahora mismo. O asumiremos que estás completamente destrozado.

Dante se coloca en medio, bloqueando mi salida con una sonrisa desafiante.

—Si no quieres a la chica, ya sabemos qué pasa. Habrá que buscarte a un tío.

—Sois unos idiotas —refunfuño, pero me pongo de pie. Porque quizá tengan razón. Tal vez esto sea exactamente lo que necesito.

—Sabía que no nos defraudarías —Víctor me guiña un ojo—. Confía en mí. Relájate y disfruta.

Hace una señal a la mujer del reservado. Es alta, con un brillante cabello negro que le cae hasta la cintura y curvas capaces de hacer perder la cabeza a cualquiera. Lleva los labios pintados de rojo, y su corto vestido apenas cubre lo necesario. Camina hacia nosotros con una seguridad que raya en la arrogancia.

—Este es nuestro regalo para ti —dice Adrian, sonriendo con picardía—. Tiene suficiente experiencia para hacer que olvides tu nombre, y mucho más el de la mujer que ya no está.

Observo a la mujer. Es hermosa, perfecta. Cualquier hombre perdería la cabeza con una mujer así. Pero en lugar de excitación, siento una pesadez incómoda en el pecho, algo que no logro explicar.

—Disfrútalo, amigo —dice Dante, levantando su copa—. Considéralo nuestra aportación a tu recuperación.

Ella se detiene frente a mí con una sonrisa ensayada en los labios. No dice nada, pero sus ojos lo expresan todo: sabe lo que hace y está dispuesta a lo que sea. Víctor simplemente observa con un rostro neutro.

—Relájate, Gabriel —murmura—. Déjate llevar.

Suspiro profundamente y la sigo.

—Está bien. Acabemos con esto.

Dante y Adrian ríen intercambiando una mirada victoriosa mientras la mujer me toma suavemente la mano y me lleva a una habitación privada.

Las luces de la habitación son tenues, la música suave, con un ritmo sensual que llena el ambiente. La mujer se coloca frente a

mí, y todo en ella grita perfección. Cada curva, cada movimiento está calculado. Sabe cómo seducir y lo disfruta.

Comienza a bailar lentamente, deslizando el vestido por sus hombros, dejando que caiga, revelando poco a poco más piel. Sus ojos permanecen fijos en los míos, y la sonrisa en sus labios es una promesa clara. Algo fácil, sin complicaciones. Justamente lo que debería desear ahora mismo.

Pero… no sucede nada.

Se acerca, su piel brillando bajo la suave iluminación. Sus manos delicadas recorren mi pecho, bajan hasta mi cintura. Todo lo hace bien. Todo perfecto.

¿Y yo? Nada. Mi cuerpo está… muerto.

Aferro con fuerza los brazos del sillón mientras un malestar intenso crece dentro de mí como una bola de fuego. Es como si mi cuerpo y mi mente se hubieran aliado en mi contra.

Escucho la cremallera bajándose lentamente y siento sus dedos ágiles desabrochando mis pantalones, abriendo paso para continuar. Su mano se desliza sobre la tela de mi ropa interior, movimientos precisos y calculados.

Debería reaccionar. Debería desear esto. En cualquier otro momento, cualquier otro hombre ya estaría reaccionando. Pero conmigo, no sucede nada.

Siento su lengua recorriendo lentamente mi polla sobre la tela, de forma provocadora, calculada. Un escalofrío me recorre la espalda, pero no es excitación; es incomodidad. Ella continúa, sus labios ahora tocando directamente mi piel al bajar mi ropa interior, besando suavemente la punta antes de deslizarla por completo en su boca.

Debería sentir algo. Lo que fuera.

Ella murmura algo contra mí, un sonido apagado de aprobación que apenas logro registrar. Su mano acompaña el movimiento de su boca, pero mi cuerpo sigue sin responder.

Se detiene un instante y levanta la mirada hacia mí, intentando comprender qué está pasando. Una breve confusión cruza por sus ojos, aunque se recompone rápidamente y se incorpora, subiendo por mi cuerpo. Su boca busca la mía y su

intenso perfume invade mis sentidos. Pero justo cuando sus labios están a punto de tocar los míos, levanto una mano para detenerla.

—No, espera —digo con voz firme, cortante.

Ella se detiene en seco, la confusión ahora evidente en su rostro. Sus ojos buscan los míos, quizá esperando una explicación.

—Lo siento, pero… no va a suceder —aparto la mirada, sintiendo cómo el peso de la situación cae sobre mí.

La bailarina permanece inmóvil, ladeando ligeramente la cabeza en señal de desconcierto. Me levanto bruscamente, ajustándome la americana mientras retrocedo.

—¿Está todo bien? —pregunta suavemente.

—Todo está bien. Simplemente no es para mí. Gracias igualmente.

Salgo de la habitación antes de que pueda decir algo más, con la mente saturada y la sensación aplastante de fracaso en el pecho.

Una cosa es no sentir interés por otras mujeres; eso, al menos, podía entenderlo. ¿Pero no poder siquiera reaccionar físicamente? Eso es otro nivel.

Salgo al pasillo y me apoyo contra la pared, intentando recuperar la respiración. ¿Qué demonios me está pasando?

Esa maldita mujer me rompió de todas las maneras posibles e imaginables. Siempre es ella. Todo es culpa suya. Clara.

Su nombre late en mi cabeza como una maldición. No importa cuánto tiempo pase, no importa lo que haga; todo vuelve siempre a ella. Su sonrisa, su mirada admirándome como si yo fuera capaz de cualquier cosa. La forma en que gemía, cómo se retorcía debajo de mí, entregándose completamente, sin reservas…

Cierro el puño y golpeo la pared a mi lado con fuerza, el dolor reverbera por todo mi brazo.

No solo destruyó mi mente. Destruyó también mi cuerpo.

Pensé que, con el tiempo, podría superarlo. Que solo era cuestión de obligarme a avanzar, borrar cada rastro de ella que quedara impregnado en mí. Pero parece que cuanto más lo intento, más profundamente se arraiga. No se trata simplemente de la mujer

que me engañó. Es la mujer que me redefinió. Y ahora, sin ella, nada en mí funciona como antes.

¡Maldita sea!

Me paso la mano por la cara, intentando recomponerme, pero no lo consigo.

Sin mirar a nadie, camino hacia la salida del club, ignorando las miradas curiosas de los guardias de seguridad y del personal del local.

Subo al coche y dejo caer la cabeza sobre el volante durante un momento, mientras el silencio me envuelve. Quizá ha llegado el momento de afrontar la realidad de la que llevo huyendo desde que se fue. Clara no solo me dejó con nostalgia; me dejó completamente roto. Y, sinceramente, no tengo idea de si algún día podré recuperarme.

48

Clara Salgado

La habitación está sofocante, y el olor estéril del hospital me envuelve mientras otra contracción me parte en dos. Mi cuerpo está empapado en sudor, los músculos me tiemblan, y aunque llevo horas luchando, no sucede nada. Cada intento por empujar es frustrante. El médico murmura algo a la enfermera, quien asiente antes de acercarse a mí.

—Clara, cariño, tenemos que hablar —su voz es tranquila pero cargada de gravedad—. El bebé no está descendiendo como debería y está empezando a sufrir. Tendremos que hacer una cesárea.

El corazón se me hunde. Esa palabra suena como una sentencia. Me había preparado tanto para traer a mi hijo al mundo, para sentir esa conexión, para hacerlo bien. Y ahora…

—Está bien… —mi voz es apenas un susurro, la garganta seca —. Solo quiero que esté bien.

La enfermera toma mi mano con ternura.

—Lo estará.

Se aleja para organizar todo, mientras el médico me mira con aprobación antes de dar más instrucciones. Todo a mi alrededor se vuelve borroso: el movimiento frenético del personal, las luces brillantes, los sonidos intermitentes de los monitores.

—¿Quieres que llamemos a alguien? —pregunta nuevamente la enfermera, con una expresión amable pero preocupada—. ¿Algún familiar, quizá?

Se me forma un nudo en la garganta. Intento contener las lágrimas, pero fracaso rotundamente.

—No tengo a nadie —respondo con voz entrecortada, rota—. Solo… solo somos el bebé y yo.

La enfermera se inclina junto a mí y me mira fijamente a los ojos.

—Después de hoy, nunca volverás a estar sola. Él lo será todo para ti. Y tú lo serás todo para él.

Sus palabras me dan una fuerza inesperada. Tomo una respiración profunda y asiento con decisión.

Mi mente se sumerge entonces en recuerdos que llevo mucho tiempo intentando olvidar. El día en que me expulsaron del orfanato. La indiferencia del personal al entregarme mis pertenencias, tratándome como una carga que debían desechar. Las noches escondida, desesperada por pasar inadvertida, invisible. Cada momento en el que el mundo parecía gritarme que yo no pertenecía a ninguna parte.

No, eso jamás le pasará a mi hijo. Nunca.

Él tendrá todo lo que yo no tuve. Jamás conocerá el miedo a quedarse atrás, ni el vacío de sentirse no deseado. Sabrá desde el primer instante que es amado, que tiene a alguien que luchará con uñas y dientes para protegerlo. Porque nadie, absolutamente nadie, me lo va a arrebatar.

Si tengo que trabajar día y noche, lo haré. Si tengo que renunciar a cualquier comodidad, lo haré. Todo por él. Porque, después de todo lo que he vivido, sé cuánto duele crecer sin raíces, sin la certeza de que alguien estará siempre contigo. Mi hijo nunca experimentará eso.

Su nacimiento será la última batalla que afrontemos juntos. Después de esto, prometo que cada día será mejor. Él lo merece. Y yo también.

Me seco una lágrima del rabillo del ojo, decidida. Va a tener una buena vida, y yo voy a asegurarme de dársela, de una manera u otra.

Pase lo que pase, lucharé por él. Siempre.

El sonido metálico y las instrucciones amortiguadas me devuelven al frío del quirófano. La anestesia ha eliminado toda sensación en la mitad inferior de mi cuerpo, pero la ansiedad sigue intacta. No puedo ver lo que hacen; solo percibo presión, tirones y tensión en mi cuerpo. El tiempo parece detenerse mientras espero el sonido que cambiará mi vida para siempre.

Y entonces, finalmente, sucede.

Un llanto fuerte y poderoso llena el aire, y siento que el corazón me explota en el pecho. Las lágrimas brotan inmediatamente y suspiro de alivio.

—Es un niño —anuncia el médico, con alegría en su voz—. Es precioso.

No puedo responder. Estoy agotada, el cuerpo me pesa demasiado, pero cuando lo acercan envuelto en una manta, todo desaparece.

Es perfecto. Pequeño, rosado, con los ojos aún cerrados y una boquita que parece protestar contra el mundo entero.

—Hola, mi amor… —susurro con la voz quebrada por la emoción—. Eres tú. Finalmente eres tú.

Beso suavemente su frente, inhalando su aroma limpio y puro. Él deja de llorar inmediatamente, como si supiera que ahora está a salvo.

La enfermera me sonríe cálidamente.

—Lo has hecho increíblemente bien. Ahora descansa un poco; cuidaremos de vosotros dos.

Mientras se lo llevan para limpiarlo y hacerle las primeras pruebas, empiezo a notar que los párpados me pesan. Estoy exhausta, pero mi corazón está en paz. Y justo antes de que la oscuridad me envuelva, susurro:

—Soy el T-Rex. Soy el depredador ápice. Por ti. Desde ahora y para siempre.

49

Clara Salgado

El sol de la tarde es tímido hoy, filtrándose entre los árboles del pequeño jardín del hospital. El viento fresco trae el aroma de las flores mezclado con el leve olor a desinfectante que nunca parece desaparecer del todo. Camino hacia el banco de siempre, con un café en la mano y el cochecito con mi bebé a mi lado. Él duerme tranquilo, tan pequeño y vulnerable; su suave respiración es música para mis oídos.

El Sr. Martin ya está allí, con su libro habitual sobre las piernas. Al verme llegar, levanta la vista y una discreta sonrisa se dibuja en sus labios.

—No pensé que vendrías hoy —dice ajustándose las gafas.

—Nunca falta un café en nuestra agenda —le respondo, tomando asiento a su lado.

Observa el cochecito y se inclina ligeramente para echarle un vistazo al pequeño.

—¿Cómo está?

—Mejor. Todavía tenemos que vigilarlo, pero los médicos son optimistas —respondo, intentando sonar más segura de lo que realmente me siento. El peso de la incertidumbre sigue ahí, pero prefiero ocultarlo.

Asiente lentamente y saca un tablero de ajedrez de su bolsa. Esta es una de nuestras rutinas: jugamos mientras conversamos, y hoy no será distinto.

—Ya sabes, Clara —comienza, moviendo una ficha en el tablero—, mi alta está prevista para la semana que viene.

—¡Estupendo, señor Martin! Será bueno volver a casa —le digo, aunque algo en su voz me hace dudar.

Él suelta una risa breve, seca, sin alegría alguna.

—¿Volver a qué? ¿A una casa vacía? ¿A un lugar que antes estaba lleno de risas y ahora solo tiene el eco de mi propia voz? —Hace una pausa y mira al horizonte, como si buscara algo que ya no está—. Ni siquiera pude enterrarlas. No vi a mi esposa ni a mi hija por última vez. Ni siquiera me lo permitieron.

Trago saliva con dificultad, y mis manos tiemblan ligeramente mientras muevo una ficha sobre el tablero. ¿Qué se dice en un momento así? No existen palabras que puedan llenar el vacío que él siente.

—¿No tiene a nadie más? —pregunto en voz baja.

—Tengo una hermana que vive lejos. Pero mi esposa y mi hija… ellas eran todo para mí. Todo. Eso no se recupera jamás.

Un silencio profundo se instala entre nosotros. Miro hacia el cochecito, hacia el rostro tranquilo de mi bebé. Las lágrimas queman mis ojos, pero logro contenerlas. Algo dentro de mí cambia en este instante.

Pienso en Gabriel y Thiago, y en el dolor insoportable que sentí al separarme de ellos. Pero ellos están vivos, están bien. Y, por primera vez en mucho tiempo, doy gracias a Dios por eso.

Me siento tan pequeña, tan ingrata por haber dudado y haberme rebelado contra todo lo que sucedió. Podría haber sido mucho peor. Podría no tener siquiera la posibilidad de volver a verlos, escuchar sus voces, o saber que siguen existiendo. Mi dolor, aunque profundo, no es irreversible.

Sin decir nada, me vuelvo hacia el señor Martin y lo abrazo suavemente. Parece sorprendido al principio, pero pronto responde al abrazo, y siento sus manos frágiles apretarme ligeramente los hombros.

—Gracias —le susurro, aunque probablemente no entienda el motivo.

Nos quedamos así unos segundos, en silencio. Ya no hacen falta palabras.

Cuando finalmente nos separamos, él se aclara la garganta y vuelve a mirar el tablero.

—Es tu turno, Clara.

Sonrío mientras muevo mi pieza. Hoy, más que nunca, entiendo que cada movimiento, cada decisión tomada, es un paso hacia adelante. Incluso con dolor, incluso con nostalgia. Después de todo, sigo aquí, y lo más importante es que tengo toda una vida por delante.

El señor Martin se ajusta las gafas y me observa unos instantes antes de preguntar:

—¿Y tú, Clara? ¿Qué vas a hacer cuando te den el alta? ¿Tienes algún sitio donde ir?

La pregunta me toma desprevenida. Fijo la mirada en el tablero y muevo una pieza que había decidido mover antes, pero esta vez no por estrategia, sino por puro nerviosismo.

—Estoy buscando un piso de alquiler —respondo, intentando sonar despreocupada—. Ha sido… complicado.

Él no responde inmediatamente. En cambio, mueve una ficha en el tablero con la vista fija en la jugada. Cuando finalmente habla, su voz es tranquila y llena de comprensión.

—No debería ser complicado. Menos aún con un bebé.

Se me hace un nudo en la garganta porque sé que tiene razón. Precisamente eso es lo que hace que toda esta situación sea tan frustrante. Intento reírme, pero suena más como un suspiro resignado.

—Así es la vida, señor Martin. Estoy acostumbrada. Nada ha sido fácil para mí, pero siempre logro arreglármelas.

Él me mira con una expresión que solo puedo describir como tristeza mezclada con indignación.

—¿Acostumbrada? Nadie debería acostumbrarse a cosas así, Clara. Nadie.

Trago saliva y me encojo ligeramente de hombros, sintiendo cómo se me calienta el rostro.

Él continúa:

—Yo podría ayudar. Conozco personas que pueden hacerlo posible. Tú y el bebé no deberíais pasar por esto.

Quiero aceptar su ayuda, mucho más de lo que puedo admitir. La idea de finalmente tener un hogar, un lugar propio, parece tan… tentadora. Pero no puedo aceptarlo. No estaría bien. Lo miro y niego suavemente con la cabeza, intentando sonreír.

—Se lo agradezco muchísimo, pero no puedo aceptar. Ya hace mucho por mí con su compañía. Eso es más que suficiente.

Ladea la cabeza y me observa durante unos segundos en silencio. Luego asiente suavemente y regresa al tablero.

—De acuerdo, Clara. Pero si cambias de opinión, sabes dónde estoy.

Su amabilidad casi me deshace, pero consigo mantener la compostura. Ya no hay más que decir, así que continuamos jugando en silencio. Cada movimiento en el tablero parece adquirir un peso simbólico, como si entre las piezas buscara una solución a mis problemas.

Cuando terminamos la partida, me dedica una leve sonrisa y se levanta lentamente, apoyándose en su bastón.

—Creo que ahora volveré a mi habitación. Ha sido bueno verte, como siempre.

—Yo también me alegro de verlo, señor Martin.

Me pongo de pie también y lo observo alejarse despacio, hasta que desaparece en el interior del hospital.

Al quedarme sola nuevamente, dirijo la mirada al cochecito. Mi bebé duerme plácidamente, ajeno a todos los desafíos que enfrentamos. Acaricio suavemente su manita, convenciéndome una vez más de que encontraremos un hogar. Todavía no sé cómo, pero lo haremos. Debo creerlo. Por él. Por nosotros.

50

Clara Salgado

El Sr. Martin aparece en la puerta de la habitación, impecablemente vestido, como si cada detalle de su presentación fuera un esfuerzo deliberado por ocultar cualquier vulnerabilidad. Todavía lo acompaña su bastón, pero la cálida sonrisa en su rostro distrae cualquier atención sobre su fragilidad.

Estoy sentada en el sillón junto al cochecito del bebé, meciéndolo suavemente con la punta del pie mientras él duerme plácidamente. Al ver al Sr. Martin, me levanto con cuidado, ajusto la manta del pequeño y me acerco a él.

—Sr. Martin, ¿está listo para su gran aventura? —bromeo, intentando disimular la punzada de tristeza que siento al verle marcharse.

Él ríe con suavidad, un sonido profundo y sincero.

—Clara, «listo» es una palabra con demasiado peso para mí estos días. Pero ha llegado el momento. No puedo esconderme en este hospital eternamente, aunque debo admitir que la idea era tentadora.

Me dan ganas de abrazarlo, pero respeto su postura reservada. En cambio, tomo suavemente su mano, como si con ese contacto pudiera transmitirle toda mi gratitud.

—Lo voy a extrañar mucho. Usted fue… mi puerto seguro en tantos momentos. Mi amigo —mi voz se quiebra ligeramente hacia el final, pero no me importa. Él merece escucharlo.

El Sr. Martin aprieta ligeramente mi mano, y sus ojos brillan con emoción.

—Y tú, Clara, fuiste lo que me mantuvo anclado en los peores días. Gracias a ti, no me hundí completamente en la soledad. —Hace una breve pausa, respira hondo y saca algo del bolsillo: una tarjeta con un número de teléfono—. Aquí está. Llámame, Clara. Lo que sea que necesites, a cualquier hora. Nunca dudes, ¿me escuchas?

Sujeto la tarjeta como si fuera un salvavidas, sintiendo cómo se forma un nudo en mi garganta.

—Gracias… de verdad. Le deseo toda la paz que merece.

Él sonríe con sinceridad, aunque la sombra de la pérdida todavía lo acompaña. Sus ojos se dirigen brevemente hacia el cochecito, y murmura con suavidad:

—Tienes algo especial, Clara. Nunca lo olvides. Y ese pequeño… tiene mucha suerte de tenerte como madre.

—Él también tuvo suerte de conocerlo a usted —respondo con una voz apenas audible, sofocada por la emoción.

El Sr. Martin asiente suavemente y, con una última mirada hacia mí y hacia el bebé, se da la vuelta y sale de la habitación. Me quedo allí de pie, tratando de asimilar la ausencia que acaba de dejar.

Pocos segundos después, un ligero toque en la puerta me devuelve a la realidad. Una enfermera entra con una sonrisa iluminando su rostro.

—¿Clara? Tengo buenas noticias para ti.

Mi corazón empieza a latir con rapidez.

—¿Buenas noticias? —pregunto con cierta inseguridad.

Se acerca a mí con una carpeta en las manos y continúa:

—Tú y el bebé recibiréis el alta en tres días. El médico está muy satisfecho con vuestra evolución.

El alivio es inmediato, como si finalmente pudiera liberar el aliento que llevaba retenido durante días.

—Tres días… —repito en voz baja, intentando procesar lo que significa. Tres días y todo cambiará.

—Enhorabuena, Clara. Lo has conseguido —dice la enfermera con una sonrisa amable antes de salir de la habitación.

Cuando la puerta se cierra, miro hacia el cochecito. Mi bebé sigue durmiendo plácidamente, ajeno al significado de esta noticia.

No tenemos una casa esperándonos, ni un plan concreto. Pero es un comienzo.

Le tomo suavemente la manita y susurro:

—Estaremos bien, mi amor. Te prometo que encontraremos un hogar. Ya falta poco… muy poco.

Mi voz tiembla ligeramente, pero mi determinación sigue intacta. Un paso a la vez, y lo conseguiremos.

51

Clara Salgado

La enfermera termina de hacer algunas anotaciones en la historia clínica y me entrega un formulario con varias instrucciones. Mi hijo, inquieto, se revuelve en mi regazo, como si presintiera que está a punto de enfrentarse a otro cambio.

—Clara, hemos encontrado un sitio en una casa de acogida para ti y el bebé. No es lo ideal, pero al menos tendréis un techo hasta que encontréis algo mejor —dice, ofreciendo una sonrisa que intenta ser tranquilizadora.

Me aferro al papel como si fuera un salvavidas, lo único que me mantiene en pie mientras siento cómo la situación me aplasta el pecho.

—Muchísimas gracias. No sé qué haría sin usted —mi voz sale baja, avergonzada.

La enfermera me mira con una expresión compasiva que parece llevar años de historias similares a la mía.

—Has sido increíblemente fuerte, Clara. Nosotros solo hemos hecho lo que estaba en nuestra mano. Os deseo lo mejor a los dos. Y recuerda: siempre puedes acudir a nosotros, ¿vale?

Asiento suavemente y abrazo más fuerte a mi bebé. Él frota su carita contra mi hombro, todavía somnoliento. Intento interiorizar la fuerza de sus palabras antes de reunir el valor necesario para salir finalmente de allí.

Me despido agradeciendo a todos los que nos atendieron y llamo un taxi que nos lleve hasta el refugio. Quizá no esté bien visto llegar en taxi a un sitio donde la gente no tiene nada, pero no voy a

cometer el mismo error de antes. Es la primera vez que Thomas sale del entorno controlado del hospital, así que no voy a exponerlo si puedo evitarlo.

Cuando llegamos, todo resulta muy diferente a como lo había imaginado. Es un amplio cobertizo con filas de camas metálicas alineadas. Hay niños corriendo, otros llorando mientras sus madres intentan calmarlos. El olor a productos de limpieza se mezcla con el de la comida recalentada y el aire viciado por tanta gente compartiendo el mismo espacio.

Una trabajadora social me recibe en la entrada y me muestra un rincón donde puedo dejar mis cosas. No hay intimidad, solo unos tabiques improvisados hechos con cortinas descoloridas.

—Solo será por un tiempo, mi amor —le susurro al bebé, que ya empieza a quejarse en mis brazos.

Lo acuesto en una de las camas y lo envuelvo con una manta fina. Me observa con sus ojitos inocentes, y siento cómo se me estruja el corazón. El lugar es seguro, pero no es un hogar. Sé que tengo que encontrar algo mejor, y rápido.

A la mañana siguiente, dejo a Thomas al cuidado de la asistente social y me pongo en marcha para encontrar trabajo y un hogar. El corazón se me hace pequeño por dejar a mi bebé con alguien desconocido, pero no puedo detenerme ahora. Debo seguir adelante.

Con una lista de anuncios en la mano, repaso las direcciones con una mezcla de esperanza y miedo. Será otro día llamando a puertas, intentando convencer a alguien para que me dé una oportunidad. Ni siquiera puedo retrasarme demasiado; necesito volver a tiempo para darle el pecho a Thomas.

Al salir del refugio, noto un coche aparcado en la acera de enfrente. Me resulta extrañamente familiar, aunque no entiendo por qué está allí. Mis cejas se arquean cuando veo abrirse la puerta y salir a una figura conocida.

—¿Señor Martin? —mi voz suena casi incrédula.

Está apoyado en su bastón, el cabello gris despeinado por el viento, pero con una sonrisa amable en el rostro. Se acerca lentamente, observándome con ojos cálidos.

—No he podido estar alejado demasiado tiempo —bromea, y siento que el pecho se me aprieta por la emoción y el alivio.

—¿Ha echado de menos el café? —intento mantener un tono ligero, pese a mi sorpresa.

Él ríe, un sonido profundo con un peso reconfortante que ya reconozco.

—Clara, lo que echo de menos es tener una familia. Mi casa es demasiado grande, demasiado vacía. Me preguntaba si tú y el pequeño querríais compartirla conmigo.

Me quedo paralizada un instante; mi mente tarda unos segundos en procesar lo que acaba de decir. Sus palabras son como un rayo de esperanza, pero también pesan enormemente. No sé cómo responder.

—Señor Martin… eso sería… maravilloso. Pero no puedo aceptarlo sin contribuir. Podría cuidar de usted, pagar el alquiler… lo que sea.

Él sacude la cabeza con ternura y coloca una mano firme sobre mi hombro.

—No es necesario, Clara. Tu compañía será pago más que suficiente. Estar solo en esa casa es insoportable.

Mis ojos se llenan de lágrimas antes de que pueda controlarlas. No encuentro las palabras, pero mi gratitud es evidente.

—Gracias… muchísimas gracias.

Él sonríe satisfecho y señala hacia el coche.

—¿Vamos? Mi intención era recogerte en el hospital cuando te dieran el alta, pero parece que tenías prisa. Cuando llegué, ya te habías marchado.

—Ve a buscar al pequeño, no quiero que estéis en este lugar ni un minuto más.

No necesita decírmelo dos veces. Entro rápidamente, le explico brevemente la situación a la asistente social, le doy la dirección para el seguimiento correspondiente y tomo a mi hijo en brazos. El chófer de Martin me ayuda con la única maleta que tengo, esperando pacientemente como un ángel protector.

El Sr. Martin sube al coche y, mientras se ajusta el cinturón de seguridad, le escucho decir en voz baja, casi para sí mismo:

—Prepararé la habitación más acogedora para vosotros dos. Será agradable volver a vivir en esa casa.

—Muchas gracias, señor Martin. Le prometo que no se arrepentirá.

Él sonríe con calidez.

—Por supuesto que no, querida. No seas tonta. He vivido lo suficiente para saber cuándo puedo confiar en alguien. Y, por favor, deja de llamarme «señor»; ahora simplemente llámame Martin.

Thomas hace un suave ruido en mis brazos, como si también aprobara la decisión. Con una gran sonrisa, asiento entusiasmada.

—Muchas gracias, Martin.

—Gracias a ti, Clara. De verdad.

52

Gabriel D'Ávila

Un año después

El sol brilla intensamente en lo alto del cielo y el parque está lleno de niños corriendo, parejas paseando y familias disfrutando del día. Sostengo la bicicleta de Thiago mientras él se coloca en posición, con las manos firmes en el manillar.

—Papá, ¿seguro que voy a conseguirlo? —pregunta, con los ojos brillantes de ansiedad y determinación.

—Claro que sí, campeón. Solo tienes que confiar en ti mismo —le digo, apretándole suavemente el hombro.

Empezamos despacio. Corro a su lado, sujetando el asiento mientras él pedalea. Sus primeros intentos son torpes, pero está decidido. Veo su lengua asomándose entre sus dientes, y su expresión muestra que lo está dando todo.

—¡Suelta! ¡Suéltame! —grita, y lentamente retiro mi mano del asiento.

Thiago pedalea solo por primera vez, y siento que el corazón se me llena de orgullo. Se ríe con entusiasmo, y yo apenas puedo contener la emoción.

—¡Eso es, Thiago! ¡Sigue así! —grito, corriendo detrás de él mientras gana confianza.

Tras varias vueltas, regresa con la cara sudorosa y las mejillas rojas, pero con una sonrisa tan grande que resulta contagiosa.

—¡Lo hice, papá! ¿Lo viste? ¡Lo logré!

Me arrodillo frente a él y le revuelvo el pelo rubio.

—Claro que sí, lo hiciste increíble. —Le doy un fuerte abrazo que él corresponde emocionado.

Nos sentamos en la hierba a descansar. Thiago recoge una rama y comienza a dibujar dinosaurios en la tierra con una sonrisa tranquila en los labios.

—Estaba pensando… —comienza sin apartar la vista del dibujo, pero vacila.

—¿Pensando en qué? —lo animo a continuar.

—Creo que voy a crear un club de dinosaurios en el colegio. Sería genial, ¿verdad?

Me río imaginando a mi hijo liderando un grupo de niños fascinados por los dinosaurios.

—Me parece una idea excelente. ¿Quién no querría aprender sobre dinosaurios?

Me mira, y su sonrisa se ilumina aún más.

—¿Crees que a Clara le gustaría la idea?

La pregunta me sorprende desprevenido. Hace meses que no menciona a Clara. Durante un momento no sé qué responder, pero me doy cuenta de que en su voz no hay tristeza, solo afecto y un buen recuerdo.

—Estoy seguro de que le encantaría. —Mi tono es tranquilo, aunque en mi interior sienta cómo cada parte de mi cuerpo protesta. El recuerdo de Clara tiene la capacidad de tocar una fibra que preferiría mantener oculta.

Nos quedamos sentados en silencio durante algunos minutos, simplemente observando a las personas a nuestro alrededor. Thiago continúa dibujando dinosaurios en la tierra con la ramita, trazando cada línea con cuidado, creando un pequeño mundo en su imaginación.

Me levanto primero, sacudiéndome la hierba de los pantalones, y le tiendo la mano.

—¿Vamos?

Él toma mi mano con suavidad pero con seguridad. Mientras caminamos hacia casa, veo cómo Thiago patea pequeñas piedras en el camino, sincronizando cada patada con sus pasos.

—¿Papá?

—¿Sí, campeón?

—¿Crees que Clara me echa de menos?

Me detengo un instante, sintiendo el impacto de la pregunta. Le miro, y su expresión es inocente, sin malicia, solo una genuina curiosidad.

—Estoy seguro de que sí, Thiago. ¿Quién no te echaría de menos?

Él asiente, satisfecho con la respuesta, y vuelve a patear las piedras. Trago saliva y continúo caminando, tratando de disipar el malestar que siento.

Thiago duerme durante todo el trayecto a casa. Cuando llegamos, tengo que despertarlo, pero parece encenderse inmediatamente, como si nunca hubiera estado dormido.

Al abrir la puerta, él entra corriendo, dejando caer las zapatillas en un rincón de la entrada. Sube rápidamente las escaleras hacia el baño, y agradezco no tener que recordarle que se duche. Es tan independiente que apenas necesito indicarle nada.

Se está convirtiendo en un hombrecito del que me siento profundamente orgulloso, y con el que disfruto mucho compartir mi tiempo.

La casa parece más silenciosa que nunca; los empleados están fuera. Es otro cambio que el tiempo ha traído. Ahora los fines de semana son solo para Thiago y para mí. Nosotros dos, solos. Y yo he aprendido a cocinar. Voy a la cocina, tomo los ingredientes necesarios para la cena y comienzo a cortar verduras.

Cocinar no es algo que haga con frecuencia, pero es uno de esos pequeños placeres que he aprendido a valorar.

Mientras remuevo el contenido de la olla, escucho a Thiago cantando desde el baño, inventándose una canción graciosa y desafinada que me hace sonreír.

La cena es sencilla: pollo asado, patatas doradas y brócoli. Sentados en la mesa, Thiago me habla sobre el colegio; el nuevo curso comienza en una semana y él está emocionado, deseando reencontrarse con sus amigos y, por supuesto, entusiasmado con su

nuevo club de dinosaurios. Yo simplemente lo escucho, riendo con cada una de sus ocurrencias.

—Papá, sabes que eres el mejor padre del mundo, ¿verdad? —dice de repente, con una sinceridad que me desarma por completo.

Trago saliva con dificultad; es imposible no emocionarme.

—Y tú eres el mejor hijo, Thiago.

53

Clara Salgado

El sol me acaricia ligeramente los hombros mientras me inclino sobre el huerto, con el delantal marcado por manchas de tierra. El aroma fresco de las hojas de tomate impregna el aire, mezclándose con el lejano sonido de Thomas jugando en la terraza. Tengo un tomate maduro en la mano, rojo y perfecto, y durante un instante siento una pequeña oleada de orgullo por haber conseguido cultivar algo tan bello.

—¡Clara! —La voz grave y familiar de Martin me alcanza antes de darme cuenta de que su figura se acerca lentamente. Camina con su bastón, manteniendo una postura elegante a pesar de su edad, y su sonrisa traviesa indica que está tramando algo.

Me levanto despacio, limpiándome las manos en el delantal.

—¿Qué sucede? Pareces entusiasmado.

Se detiene junto a mí, sus ojos brillando con complicidad.

—Tengo una invitación especial.

—¿Invitación? —pregunto, sonriendo con curiosidad.

—Una subasta benéfica. He donado algunas piezas de mi colección, y es importante que asista. No solo por cortesía, también porque quiero ver cómo resulta.

Mi sorpresa es genuina.

—¡Eso es maravilloso, Martin! Pero… no lo sé. No creo que ese tipo de eventos sea realmente mi lugar.

Ladea la cabeza, como anticipando esta reacción.

—Vamos, Clara. Es solo una subasta, no un desfile de moda.

—Aun así… Thomas…

Levanta la mano, interrumpiendo mis excusas.

—Thomas vendrá con nosotros. El evento comienza temprano, y solo tenemos que estar un rato. Podemos irnos antes de que acabe, no te preocupes.

—No sé… —vacilo, ajustándome nerviosamente el delantal.

—Además —continúa él, cruzándose de brazos y mirándome como si estuviera a punto de ganar una discusión—, necesitas salir de esta rutina, Clara. Siempre estás aquí. No sales a fiestas, no vas a la playa. No conoces a nadie más que a Thomas y a mí.

—Lo cual es más que suficiente y me hace muy feliz —respondo rápidamente, intentando desviar la atención.

—Claro que sí —dice él con una sonrisa satisfecha, aunque luego suaviza el tono—. Pero eres joven. Tienes toda la vida por delante. Mucho tiempo para formar una familia.

Sus palabras me golpean con fuerza, y mi mente empieza a tambalearse. Mi familia. Por un instante, imágenes de Gabriel y Thiago se agolpan en mi mente, pero intento apartarlas rápidamente. Respiro hondo, sintiendo la necesidad urgente de aferrarme al presente.

—Martin, mi familia sois tú y Thomas —le respondo con una sonrisa tranquila.

Suspira, dejando la discusión por el momento, aunque no desaparece del todo la preocupación en sus ojos.

—Y mi invitación es precisamente para mí y mi familia, así que no tienes opción. Vendrás conmigo a la subasta —dice con tono bromista, pero firme.

—De acuerdo —cedo finalmente, encogiéndome de hombros —. Pero tendré que arreglarme un poco. Hace meses que no me peino bien. No puedo aparecer hecha un desastre.

Martin se ríe, levantando el bastón como si brindara por ello.

—Es imposible que estés fea, Clara. Pero me alegra que te cuides un poco. Anda, ve a prepararte. Yo cuidaré de Thomas.

Lo observo entrar despacio en la casa, y mi mirada se dirige hacia mi hijo, que está en el corralito y le pide a Martin que lo tome en brazos. Ese hombre lo trata como si fuera su verdadero abuelo desde que pusimos un pie en esta casa por primera vez.

Intercambian algunas palabras, y Thomas ríe con entusiasmo ante las bromas de Martin.

Entran juntos en la casa; mi pequeño agita sus manitas en mi dirección y yo permanezco allí, quieta, aún con los tomates en la mano.

Aunque he aceptado la invitación, no puedo evitar sentirme nerviosa. Mi mundo ahora es pequeño, pero es seguro. Dejarlo me genera ansiedad. No me gusta salir de casa, ver otras personas, interactuar con extraños. Aquí tengo todo lo que necesito, no deseo nada más allá de este pequeño refugio que construimos.

54

Gabriel D'Ávila

El salón está lleno de gente, con un murmullo constante de conversaciones y risas contenidas. La decoración elegante y las piezas expuestas son impecables, aunque no logro prestar atención a nada de eso. La voz curiosa de Thiago me devuelve a la realidad mientras señala un jarrón de cerámica decorado con motivos entrelazados.

—Papá, ¿qué es eso?

Observo la obra y luego lo miro a él.

—Un jarrón chino.

—¿Cuánto vale?

—Lo suficiente para comprar muchos juguetes —respondo, tratando de simplificar. Pero él no se da por satisfecho.

—¿Cuántos juguetes?

Suspiro, sonriendo ante su insistencia.

—Depende del juguete. Pero, por ejemplo, podrías comprar cientos de cochecitos como los tuyos.

Abre mucho los ojos y señala otra pieza.

—¿Y eso?

—Con eso podría comprar una casa —contesto, observando la joya en cuestión.

—¿Una casa? —frunce el ceño—. ¿Como la nuestra?

Asiento suavemente.

—Como la nuestra.

Parece reflexionar un momento antes de dirigir su atención hacia otra pieza. Sin embargo, antes de que pueda formular más

preguntas, la voz arrastrada de Dante interrumpe.

—Solo me metes en planes aburridos, tío —levanta su copa de whisky con una mueca—. Y ni siquiera el alcohol es bueno. Me pregunto por qué sigo siendo tu amigo. Esta amistad está muy desequilibrada.

Me vuelvo hacia él, arqueando una ceja.

—Yo no te involucré en nada. Te invitaste a ti mismo.

—Es lo mismo —refunfuña, mirando a su alrededor con desdén—. La persona más divertida aquí es Thiago.

—Gracias —responde alegremente Thiago, completamente ajeno al sarcasmo.

Dante se ríe y bebe lo que queda en su copa con un gesto dramático, como si estuviera haciendo un gran sacrificio.

—Papá, ¿puedo tomar algodón de azúcar? —pregunta de repente Thiago, señalando un quiosco al fondo del salón.

—Yo te acompaño —le digo, pero él sacude rápidamente la cabeza.

—No, quiero ir solo.

Dante me da un suave codazo y señala discretamente hacia el quiosco. Cerca del puesto de algodón de azúcar hay una niña pequeña, probablemente de la edad de Thiago, que observa con curiosidad los crepes que están preparando justo al lado.

—Creo que ha visto algo más interesante que el algodón de azúcar —comenta Dante, sonriendo divertido.

Miro a Thiago, quien claramente finge indiferencia mientras observa a la niña. Respiro hondo y asiento.

—Está bien, ve, pero no salgas de esa zona, ¿entendido?

—Claro, papá. No me iría sin ti. Ni siquiera sé conducir todavía —responde con naturalidad, como si fuera obvio, y sale corriendo antes de que pueda cambiar de opinión.

Dante se ríe, toma otro sorbo de su bebida y vuelve a hacer una mueca.

Yo también doy un sorbo, confirmando su sabor desagradable.

—Tienes razón, es jodidamente horrible.

—Podríamos haber ido a Infamous. Allí se bebe bien y el ambiente no parece una reunión de jubilados —refunfuña Dante.

—Estamos aquí por una buena causa. Pero si te hace sentir mejor, no planeo quedarme mucho tiempo.

El grito de Thiago es repentino y estridente, y reacciono antes siquiera de entender qué sucede. Levanto rápidamente la cabeza, todos mis sentidos se ponen en alerta y siento el corazón latir acelerado mientras lo busco con la mirada.

—Joder —murmura Dante a mi lado con los ojos abiertos de par en par.

Sigo la dirección de su mirada y encuentro a Thiago corriendo por la habitación, zigzagueando entre la gente. Entonces me doy cuenta del motivo.

Allí está.

Clara.

El mundo parece detenerse a mi alrededor. Cada sonido y movimiento desaparecen por completo. No importa el bullicio, los flashes de las cámaras, ni el lujo del entorno. Todo se desvanece.

Ella está allí, de pie, con los brazos abiertos, recibiendo a Thiago como si nunca hubiera salido de nuestras vidas.

Y luce… preciosa.

Su vestido azul claro se ajusta delicadamente a su cuerpo, resaltando sus curvas de forma natural. Su cabello, ahora más largo, cae en suaves ondas sobre sus hombros. Hay una luz en ella que parece irradiar en todas direcciones, iluminando no solo la sala, sino algo dentro de mí que creí apagado para siempre.

Cuando Thiago llega hasta ella y salta a sus brazos, su risa estalla, clara y genuina. Sus ojos se cierran de felicidad, y siento un doloroso apretón en el pecho.

Ella se arrodilla para abrazarlo más fuerte, y yo permanezco inmóvil, incapaz de moverme mientras los dos se funden en un abrazo.

Thiago dice algo, aunque no escucho sus palabras. Lo único que percibo es su alegría. Él sostiene el rostro de Clara entre sus pequeñas manos, como para comprobar que es real, y luego señala hacia mí.

Todo mi cuerpo palpita; puedo sentir mi pulso acelerarse hasta un nivel casi insoportable, como si fuera a explotar en cualquier instante.

Clara levanta la vista y nuestras miradas se cruzan.

Durante un segundo, es como si el tiempo se hubiera detenido. Como si hubiera retrocedido a los días en los que ella era el centro de mi mundo, antes de que todo se desmoronara. Mi pecho se llena de emociones contradictorias: alegría, nostalgia, culpa, rabia.

Ella parece dudar, todavía sujetando firmemente a Thiago. No oculta la sorpresa en sus ojos, pero veo algo más: una sombra de cautela, quizá incluso dolor.

Thiago tira suavemente de su mano y vuelve a señalarme, hablando con la emoción de un niño que acaba de encontrar el mayor tesoro imaginable y que no piensa soltarlo jamás.

Clara, lentamente, se levanta y comienza a caminar hacia mí.

Mis pies finalmente responden, avanzando hacia ella casi como si tuvieran voluntad propia. Cada paso parece llevar el peso del tiempo que hemos pasado separados, de todo lo perdido por el camino. Y entonces estamos frente a frente.

Sonríe con cautela, pero sus ojos me miran con intensidad.

—Gabriel —dice, y escuchar mi nombre de sus labios me golpea directo en el pecho, robándome el aliento por un instante.

—Clara… —respondo, con la voz ronca y baja.

—Sabía que volverías —interrumpe Thiago, sonriéndole y luego mirándome—. Papá, ¿no es increíble?

No respondo.

Solo puedo mirarla, mientras mi mente intenta procesar lo que está ocurriendo frente a mí.

Ella está aquí.

Es real.

Y aunque cada parte de mi ser desea hablar, no encuentro las palabras adecuadas.

55

Clara Salgado

El peso de la mirada de Gabriel me mantiene clavada en el sitio, y por un instante parece que mi cuerpo deja de responderme. El corazón me golpea el pecho como si quisiera salirse por mi garganta, aunque no sé si es por el impacto de volver a verle o por el pequeño huracán que es Thiago, apretándose contra mí como si fuera a desaparecer.

Mi pequeño.

Está diferente: más alto, más delgado, pero sigue siendo el mismo Thiago que se ganó mi corazón desde el primer día. Sus mejillas están sonrosadas, sus ojos azules brillan con la misma intensidad de siempre. Habla sin parar, animado, aunque no logro captar ni una sola palabra.

Porque Gabriel está ahí.

Apenas ha cambiado. La misma complexión imponente, los hombros anchos que desprenden esa presencia que conozco tan bien. El pelo un poco más corto, tal vez, pero sus ojos… esos ojos aún tienen el poder de desnudarme por completo, de descubrir todas mis verdades y dejarme indefensa.

Siento que se me hace un nudo en el estómago.

«Contrólate, Clara. No demuestres nada».

Thiago tira de mi mano y me da un pequeño pinchazo con su dedo ansioso.

—¡Clara, ven! ¡Tienes que hablar con mi padre!

Mi sonrisa tiembla ligeramente, aunque espero que él no lo note. Obligo a mis piernas a avanzar mientras Thiago me guía hacia

Gabriel, y cada paso se siente como caminar por un campo de minas.

Gabriel se acerca lentamente, como si estuviera comprobando que la realidad no le engaña. Se detiene a unos pasos de mí y, por un instante, ninguno dice nada. Nos quedamos ahí, mirándonos, mientras el mundo a nuestro alrededor parece diluirse.

—Gabriel. —Mi voz apenas es audible, pero sé que me oye, porque sus ojos se entrecierran ligeramente, como si escuchar su nombre en mis labios le hiciera daño.

—Clara.

Su voz profunda y familiar me golpea como una tormenta. Un millón de recuerdos inundan mi mente, casi derribándome. Pero no puedo permitirme flaquear.

Thiago sonríe ampliamente, alternando la mirada entre nosotros, completamente ajeno a la tensión que se respira.

—¡Sabía que volverías! Papá, ¿no es increíble?

Mis labios se curvan en una sonrisa automática mientras miro al pequeño, tratando de mantener la compostura.

—¿Qué haces aquí? —pregunta finalmente Gabriel, con voz controlada.

Mis manos tiemblan ligeramente, aunque lo disimulo abrazando con más fuerza a Thiago.

—Estoy… acompañando a un amigo —respondo, intentando sonar despreocupada, aunque sé que mi voz flaquea—. ¿Y tú?

Él no responde inmediatamente. Sus ojos me analizan, fijos, como si intentaran leer cada línea de mi rostro, cada pensamiento que cruza por mi mente.

—Estás preciosa —dice de repente, y el impacto de sus palabras me hace contener la respiración.

—Gracias —contesto bajando la mirada.

Pero no termina ahí.

—Y… diferente.

Lo miro con confusión, pero él solo sacude ligeramente la cabeza, como intentando entender algo que ni él mismo comprende.

—No esperaba verte aquí —añade finalmente.

—Yo tampoco.

De nuevo estamos cara a cara. Veo a Martin acercándose lentamente con Thomas en brazos, y aunque trato de mantener el control, sé que el peso del pasado está a punto de tragarnos a ambos.

Alterno la mirada entre Gabriel y Martin mientras se acerca, cada paso cargado con la inevitable colisión de los dos mundos que he construido por separado. Thomas está acurrucado en sus brazos, aburrido, con su chupete en la mano, murmurando algo incomprensible.

La mirada de Gabriel se posa sobre el bebé. Sé que debería hablar, decir algo, pero la garganta se me cierra y lo único que consigo es apretar un poco más fuerte a Thiago, como si fuera mi única ancla en este momento.

Martin se detiene a mi lado; su postura segura y cálida contrasta con la tensión que parece aplastarme entera. Observa a Gabriel y lo saluda con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas tardes —dice con firmeza pero cortesía, evaluándolo brevemente antes de volverse hacia mí con esa sonrisa que siempre logra tranquilizarme.

—Clara, querida, nuestro pequeño necesita comer —advierte Martin, balanceando ligeramente a Thomas en sus brazos.

Intento concentrarme en Thomas, pero no puedo ignorar el cambio inmediato en Gabriel. Retrocede un paso, moviendo sus ojos de Martin hacia mí, como si estuviera juntando lentamente las piezas de un complicado rompecabezas.

56

Gabriel D'Ávila

Se llama Martin. No necesita presentación, porque ya lo odio. Cada célula de mi cuerpo arde de rabia al ver a Clara junto a ese… viejo y el niño.

De todos los escenarios que imaginé durante las interminables noches en que no podía dormir pensando en ella, nada, absolutamente nada, podía compararse con esto. Clara, la mujer que me hizo cuestionarlo todo, está ahora allí, sonriéndole suavemente a otro hombre. Un hombre que sostiene al hijo que debería ser mío, con la intimidad y la naturalidad de quien lo hace todos los días.

Me hierve la sangre, aprieto la mandíbula.

Quiero gritar.

Quiero romper al viejo en dos.

Ojalá tuviera el derecho de arrancarle al bebé de los brazos, de exigirle frente a todos cómo ha tenido la osadía de quedarse con lo que es mío. Pero no tengo ese derecho. Porque lo que más me destroza es la verdad que se despliega frente a mí: Clara siguió adelante. Mucho más lejos de lo que pude imaginar.

Encontró a alguien. Un hombre rico, por supuesto—al fin y al cabo, tiene un tipo—. Jugó el mismo juego, pero esta vez parece que le salió bien. Dio el golpe con el mismo embarazo con el que intentó engañarme a mí.

¿Y lo peor? Verlos juntos no parece forzado. Martin la trata con respeto, algo en lo que yo, lo admito, he fracasado miserablemente. Parece orgulloso, cómodo, casi… satisfecho. No hay

vacilación en sus movimientos, como si estuviera completamente cómodo en ese papel de padre y compañero.

Y Clara…

Ah, Clara. Está diferente. No solo es su cuerpo, más lleno, ni su expresión más dura, sino algo en sus ojos que no reconozco como parte de la mujer que conocí.

¿Qué demonios ocurrió durante este tiempo?

Intento mantener una expresión neutra, pero mi mente es un torbellino caótico. El pasado y el presente chocan con tal violencia que siento que me ahogo.

Me engañó.

Me destruyó.

¿Y ahora es feliz?

¿Está tranquila mientras yo me deshago por dentro?

¿Cómo es posible?

Mi respiración se acelera.

Quiero gritar.

Quiero hacer una escena y mostrar a Clara por lo que realmente es. Pero estamos en público. Y sé que, si abro la boca ahora, lo que saldrá no será más que puro veneno.

Miro otra vez al niño. Permanece tranquilo en brazos del anciano, su pequeño cuerpo acunado cuidadosamente, como si fuera un tesoro. No parece incómodo ni inquieto. Y entonces me mira. Esos ojos azules me observan fijamente, grandes, brillantes, inocentes, y el corazón se me detiene.

No respiro, no pienso. Solo puedo mirarlo a esos ojos que son…

Dios mío, son míos.

Es el mismo azul oscuro que he llevado toda mi vida, la misma forma, el mismo contorno que veo reflejado cada día en el espejo. Todo. Cada detalle. Es como observar un reflejo, un pedazo de mí que no debería estar allí, pero lo está.

Una sensación extraña se instala profundamente en mi pecho, una opresión a la que no puedo ponerle nombre. Casi temo que me esté dando un infarto. Trato de apartar la mirada, pero no puedo. Él sigue observándome, y yo estoy completamente hipnotizado.

Es mío.

La verdad cae sobre mí de golpe, sin dejarme opción alguna. No hay dudas, no hay preguntas. Ese niño es mi hijo, y nada de lo que diga o haga cambiará eso.

La revelación me impacta como si el mundo se hubiera invertido y colapsado sobre mí.

Es imposible negarlo. Ese niño es mío. Aunque no entienda cómo, todo en mi interior lo sabe con solo mirarlo.

Una parte de mí desea creer que es solo una coincidencia, un juego cruel del destino, pero no puedo. La lógica se tambalea frente a la flagrante realidad.

Entonces otro pensamiento me golpea con fuerza:

¿Y si me equivoqué?

¿Y si ella nunca mintió?

¿Y si es inocente, y yo fui el único culpable de destruir todo lo que teníamos?

El suelo parece abrirse bajo mis pies, y la posibilidad de que Clara haya tenido a nuestro hijo sola, mientras yo maldecía su nombre, es insoportable. Preferiría morir antes que descubrir que la juzgué mal, que destruí lo que teníamos con acusaciones infundadas.

Pero no puede ser, claro que no. Solo es mi corazón buscando desesperadamente una razón para que todo vuelva a ser como antes.

Si desconecto mis sentimientos por un segundo, está claro lo que sucede. Mientras yo intentaba olvidarla, Clara consiguió exactamente lo que quería.

Ella ganó.

—¿Gabriel?

La voz de Dante me devuelve a la realidad. Está junto a mí, con una ceja arqueada, claramente percibiendo la tensión que me invade. No respondo. No puedo.

Aprieto los puños, sintiendo cómo pierdo el control sobre mi cuerpo. Necesito salir de aquí. Ahora mismo.

Miro a Clara por última vez, conversando con Martin, ambos sonriendo ligeramente, como si fueran una pareja feliz y enamorada.

Clara.

Mi Clara.

O quizás nunca fue realmente mía.

Doy un paso atrás, incapaz de presenciar un segundo más esta farsa, pero la voz de Thiago me detiene.

—¡Papá! —grita con una sonrisa radiante—. ¿Adónde vas? ¡Clara ha vuelto, papá!

—Thiago, ven aquí —ordeno, con una voz más firme de lo esperado. Necesito sacarlo de aquí, alejarlo de ella antes de que todo explote.

Pero él sacude la cabeza.

—No quiero. Quiero estar con Clara.

—Thiago… —mi paciencia se está agotando rápidamente.

Clara nos mira, insegura. Intenta sonreír, pero es evidente que se siente incómoda.

—Thiago, ve con tu padre —dice en voz baja.

Pero él se niega, cruzándose de brazos.

—¡No! Es mi mejor amiga, papá. Quiero quedarme con ella.

En dos pasos rápidos lo alcanzo y lo tomo en brazos, a pesar de sus protestas y forcejeos.

—¡Gabriel! —exclama Clara, dando un paso hacia mí—. ¡No le hagas esto!

La rabia nubla mi visión. Paso a Thiago a los brazos de Dante, que lo recibe más confundido que otra cosa, y me enfrento directamente a Clara, sintiendo que pierdo finalmente el control.

—Vámonos de aquí —le ordeno a Dante, entregándole a Thiago y señalando hacia la salida—. Ahora.

Thiago grita, llamando a Clara, pero yo ya me he vuelto nuevamente hacia ella.

—Esto no termina aquí, Clara. Te lo prometo. ¿Crees que voy a dejar pasar esto?

Ella parece sorprendida, sus ojos abiertos de par en par.

—Gabriel, ¿de qué estás hablando?

Doy un paso hacia ella, la rabia a flor de piel.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Ese niño —señalo al bebé en brazos de Martin— es mío. Exijo una prueba de

ADN.

—¡Claro que es tuyo! —responde exasperada, alzando la voz.

—Entonces, ¿por qué está en brazos de otro hombre? —replico con voz cargada de sarcasmo y desprecio—. ¿Por qué estás aquí fingiendo ser parte de una maldita familia feliz con este…? —Señalo a Martin, consumido por la furia.

Ella me mira incrédula, abriendo y cerrando la boca como si buscara palabras que no logra articular.

—¡Me rechazaste, Gabriel! —grita finalmente, con voz temblorosa—. ¡Me echaste, me dejaste en la calle, sola y embarazada!

—¡Y corriste directo a la cama del primer viejo rico que se cruzó en tu camino! —le grito—. Eso solo confirma que tenía razón sobre ti.

Su mano impacta contra mi rostro antes de que pueda reaccionar.

—Eres un monstruo —dice, con los ojos llenos de lágrimas.

Martin se mueve, colocando una mano protectora sobre el hombro de Clara.

—Vamos, Clara. No necesitamos escuchar más.

Me vuelvo hacia él, con el pecho agitado por la respiración acelerada.

—¿Me has oído, verdad? —le desafío—. Ese niño es mío. A ti también te ha mentido.

Martin arquea una ceja, la calma implacable en su rostro contrasta con mi arrebato.

—Lo he oído —dice con sencillez—. Y por lo que he visto hasta ahora, no tengo dudas sobre quién está aquí completamente equivocado. Lo siento por usted.

Clara se aferra al brazo de Martin, y ambos se alejan lentamente. Me quedo inmóvil, observando cómo desaparecen, con los gritos distantes de Thiago resonando aún en mis oídos.

¿Lo siente por mí?

57

Clara Salgado

Mi cuerpo tiembla mientras me alejo con Martin. La indignación hierve en mi interior, pero queda ahogada por el peso de la humillación y el dolor. No sé si quiero gritar o llorar. Quizá ambas cosas.

—¡Clara!

La voz de Thiago corta el aire y me vuelvo instintivamente. Corre hacia mí, con su pequeño rostro confundido cubierto de lágrimas.

—No te vayas —me ruega, abrazándome de nuevo, con sus pequeños brazos aferrándose firmemente a mi cintura—. ¡Por favor, no te vayas, Clara!

Mi corazón se rompe una vez más. Le acaricio suavemente el pelo, tratando de calmarlo.

—No me voy, Thiago. Pero ahora necesito marcharme. Es demasiado difícil para mí quedarme aquí ahora, ¿lo entiendes?

Sacude la cabeza, sollozando.

—No quiero que te vayas. Quiero que vuelvas con nosotros. Por favor, Clara…

Antes de poder responderle, escucho los pesados pasos de Gabriel acercándose.

—Aléjate de mi hijo —dice con voz autoritaria.

Martin se interpone entre Gabriel y yo, con una mirada firme y decidida.

—Eres realmente un cabrón —responde Martin, mirando fijamente a Gabriel—. Y además, un idiota incapaz de ver más allá

de sus narices.

Gabriel frunce el ceño, sorprendido por esta reacción.

—No sabes nada de lo que ocurre aquí.

—¿No? —Martin da un paso adelante, golpeando ligeramente el suelo con su bastón. Con cuidado, me entrega a Thomas, que tomo en brazos, mientras Thiago sigue aferrado a mí—. Sé lo suficiente. Abandonaste a esta mujer, embarazada, sola y desamparada. Y ahora vienes aquí intentando humillarla, después de todo lo que ha tenido que enfrentar.

Gabriel retrocede ligeramente, pero permanece en silencio, observando mientras Martin continúa hablando con firmeza.

—Clara nunca ha tenido conmigo otra relación más allá de la gratitud y la amistad. La ayudé cuando no tenía a nadie más, porque, a diferencia de ti, reconozco un alma noble cuando la veo.

Martin vuelve a golpear el suelo con el bastón, mostrando una creciente indignación.

—Sí, vivimos juntos, pero únicamente como una familia improbable. En el mejor de los casos, soy como un abuelo para el niño que tú abandonaste. ¿Cómo te atreves a insinuar otra cosa? ¿Cómo te atreves a faltarle el respeto?

—Martin… —intento interrumpirlo, pero él me ignora, decidido a continuar.

—¡No tienes derecho a acusar a Clara de nada! Fuiste tú quien la quebró, quien destruyó su confianza, quien la obligó a cerrarse a la vida. Ahora entiendo perfectamente de quién huía. Y francamente, no me sorprende que tardara tanto en comenzar a sanar.

Saca una tarjeta de su bolsillo y la desliza en la mano de Gabriel.

—Aquí tienes la dirección de nuestra casa. Nadie se esconde. Clara no te teme. Este niño puede ser tuyo, pero también es de ella, y ten por seguro que luchará por él con todas sus fuerzas.

Gabriel parece absorber lentamente las palabras, aunque algo en particular parece llamar más su atención. Sus ojos se entrecierran ligeramente, y en su rostro se dibuja poco a poco una expresión de comprensión.

—Entonces… ¿ustedes no están juntos?

Martin pone los ojos en blanco, exasperado.

—¡Claro que no, hombre!

Gabriel suelta un suspiro profundo, y por primera vez aparece en sus labios una pequeña sonrisa.

Mientras tanto, las lágrimas corren por mis mejillas sin control.

Martin se vuelve hacia Thiago, inclinándose suavemente para hablarle.

—Cariño, siempre serás bienvenido en nuestra casa. Pero ahora debes ir con tu padre. Te prometo que volverás a ver a Clara muy pronto.

Thiago asiente lentamente, aunque con evidente desgana, y regresa al lado de Dante, quien lo guía cuidadosamente hacia el coche.

Me quedo paralizada mientras Gabriel vuelve a mirarme, con aquella extraña media sonrisa todavía en su rostro, como si estuviera satisfecho con alguna conclusión que solo él comprende.

—¿No te da vergüenza? —pregunto en voz baja, cargada de amargura, mientras mi respiración se entrecorta.

Su sonrisa se desvanece ligeramente, pero no retrocede.

—Me equivoqué en algunas cosas —dice con calma—. En muchas cosas, evidentemente…

—Ya no importa lo que pienses, Gabriel. Has destruido todo lo que podías destruir.

Abre la boca para responder, pero levanto una mano para interrumpirlo.

—Guárdate tus excusas, tus certezas y cualquier otra cosa que se te ocurra decirme. —Mi mirada se encuentra con la suya, firme a pesar de las lágrimas—. Porque, digas lo que digas, ya es demasiado tarde.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir algo más, tomo a Martin del brazo y abrazo a Thomas contra mi pecho, decidida a salir de allí con la poca dignidad que aún me queda.

Le doy un último beso a Thiago y me marcho, dejando atrás a Gabriel con su comprensión tardía y mi corazón destrozado.

58

Gabriel D'Ávila

—¿Y bien, doctor? ¿Cuáles son los resultados de las pruebas? —Mi voz suena firme, pero siento el cuerpo tenso, como un hilo a punto de romperse.

El médico se acomoda las gafas, toma un informe y me mira directamente un instante.

—Bien, Gabriel, los resultados confirman lo que sospechabas. Tu recuento de espermatozoides está dentro del rango normal. De hecho, es bastante alto —hace una breve pausa—. Eres fértil.

Asiento lentamente. Aunque no es una sorpresa, la confirmación sigue siendo difícil de digerir.

—Explíquese, doctor. ¿Cómo es posible?

Se inclina ligeramente hacia adelante, adoptando un tono más confidencial.

—Cuando te hiciste la vasectomía, el procedimiento fue técnicamente exitoso, pero nunca volviste para realizar las revisiones posteriores. Esas revisiones son fundamentales para asegurar que la esterilización fue efectiva.

Cierro brevemente los ojos.

—Porque estaba de luto.

El doctor asiente, mostrando comprensión.

—Lo entiendo. Además, tampoco hubo controles regulares después. Las vasectomías, aunque realizadas correctamente, tienen una pequeña posibilidad de revertirse de manera espontánea. En tu caso, parece haber ocurrido una recanalización natural. Es raro, pero sucede.

—¿Eso significa que recuperé mi fertilidad hace... cuánto tiempo exactamente?

—Es difícil decirlo con precisión, pero basándome en tus análisis, estimo que ocurrió hace varios años.

Varios años.

Exhalo un suspiro brusco y aprieto fuertemente los brazos de la silla.

—Entonces, doctor, para que quede completamente claro: ¿puedo tener hijos normalmente?

Asiente con tranquilidad.

—Sí, absolutamente. Dada la cantidad y movilidad de tus espermatozoides, es muy probable que ocurra si no utilizas protección.

Todo lo que intuía se ha confirmado definitivamente.

—Quiero copias de esos informes —le indico, señalando los papeles sobre su mesa.

El médico duda brevemente.

—Gabriel, disculpa si me entrometo... Pareces enfrentar algo muy personal. Aunque desconozco la situación exacta, puedo asegurarte que el diálogo honesto es siempre la mejor solución.

Una risa seca escapa de mi garganta. Él guarda silencio, permitiéndome procesar.

—Necesito esas copias, doctor. De hecho, tengo prisa.

—Me aseguraré de tenerlas listas antes de que te vayas —responde con tono comprensivo.

Me levanto de la silla y paso la mano por mi cabello, invadido por la culpa y el arrepentimiento.

—Gracias, doctor.

Al salir del consultorio, aprieto los puños intentando calmarme. Clara nunca me mintió. Siempre tuvo razón. Ahora necesitaré un milagro para demostrarle que merezco una segunda oportunidad, aunque probablemente no la merezca.

***

—Vosotros dos, al salón, ahora —les ordeno a Marta y Antón al entrar en la cocina.

Marta frunce el ceño, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Nos mudamos temporalmente a Cornualles.

Antón levanta las cejas, confundido, como si no hubiera escuchado bien.

—¿A Cornualles? ¿Temporalmente? ¿Qué se nos ha perdido allí?

Los miro directamente a los ojos, más serio que nunca.

—Allí están mi mujer y mi hijo. Y no volveremos a esta casa hasta que estemos todos juntos.

Marta se lleva una mano a la boca, su expresión pasa rápidamente de la sorpresa a la emoción.

—Dios mío, ¿Clara está en Cornualles? —da un paso adelante, conteniendo a duras penas su entusiasmo.

—Sí. Ella… —sostengo firmemente su mirada— y Thomas, mi segundo hijo.

Los ojos de Marta se llenan inmediatamente de lágrimas.

—¡Gracias a Dios! Sabía que no mentía, ¡lo sabía!

Antón, por su parte, se cruza de brazos, claramente confundido.

—Espera un momento, ¿estás diciendo que…?

—Estoy diciendo que Clara se marchó de aquí llevándose a mi hijo, Antón —mi tono es cortante, y él retrocede un paso, tragando saliva.

Marta suelta un pequeño grito y me toma la mano.

—¿La traerás de vuelta?

—Si Dios quiere, sí. Pero no será fácil. Tiene razones para odiarme, y con razón —miro a ambos con determinación—. ¿Venís conmigo o no? Necesito ayuda con Thiago.

Marta se seca rápidamente las lágrimas y asiente con firmeza.

—¡Por supuesto que sí! Cuenta conmigo, siempre.

Antón suspira profundamente, pero finalmente asiente también.

—Por supuesto, señor. Ni siquiera hace falta preguntarlo.

—Bien —mi voz suena decidida—. Voy al colegio a hablar con la directora de Thiago. Cuando regrese, quiero que estéis preparados. No perdamos tiempo. Ya he hecho mi maleta y la de Thiago.

Sin esperar una respuesta, salgo rápidamente de la cocina, tomo las llaves del coche y conduzco directamente hacia el colegio. Antes de entrar, llamo a Dante. Responde al tercer timbre.

—¿Lo conseguiste? —pregunto directamente, sin rodeos.

—Por supuesto, maldito obsesivo —se ríe Dante, pero noto un tono de aprobación en su voz—. He comprado una casa en la misma zona donde vive Martin con Clara y Thomas. Es una propiedad pequeña, muy discreta. Justo lo que pediste.

—Gracias, Dante.

—No me des las gracias todavía. Necesitarás mucho más que una casa cercana para que esto funcione.

—Lo sé, pero no voy a regresar sin mi mujer y mi hijo. Si tengo que mudarme definitivamente para estar cerca de ellos, lo haré sin dudarlo.

Cuelgo el teléfono y dirijo la mirada hacia la puerta del colegio. Primero debo ocuparme de Thiago. Luego empezaré con el trabajo más duro de mi vida: recuperar a Clara.

59

Clara Salgado

Suena el timbre y mi cuerpo se paraliza por un instante. Sabía que iba a venir, claro que sí. Martin me había avisado y acepté reunirme con él porque, en el fondo, entendía que este momento era inevitable. Sin embargo, ahora que está sucediendo, me parece imposible prepararme.

Respiro hondo, intentando mantener la calma. Tengo las manos frías, como si el aire a mi alrededor se hubiera vuelto espeso y helado. Trato de relajar los hombros, pero siguen tensos, casi doloridos. Mi corazón late con fuerza, y cada latido me recuerda cómo Gabriel tiene el poder de moverme, incluso cuando no quiero. Incluso cuando juré que jamás volvería a permitirlo.

Me obligo a dar un paso adelante, luego otro. La distancia hasta la puerta parece interminable; cada movimiento es más pesado que el anterior. Intento convencerme de que estoy preparada, pero sé que no lo estoy. No lo estoy para la intensidad de su mirada, para las palabras que seguramente dirá, para el impacto que sigue teniendo sobre mí.

Me detengo un instante delante de la puerta y agarro con fuerza el picaporte. Mi reflejo en el espejo del pasillo me observa fijamente, con los ojos más llenos de emoción de lo que desearía. Vuelvo a respirar profundo, noto un ligero temblor en los dedos y suelto el picaporte. No puedo flaquear ahora.

Con un movimiento controlado, destrabo la puerta y la abro. Y ahí está él, de pie en el umbral. El hombre que creí amar, el padre de mi hijo, y también el hombre que casi destruyó todo lo que soy.

El traje que lleva es impecable, como siempre, pero hay un peso en sus hombros, como si cargara algo que el tiempo no ha logrado aliviar. Sus ojos, esos ojos azules que tantas veces he intentado olvidar, me miran como si buscaran algo, suplicando una entrada que no sé si puedo concederle.

Por un momento, el silencio entre nosotros es incómodo. Abre la boca para hablar, pero vuelve a cerrarla, como si las palabras le hubieran traicionado. No puedo apartar la mirada, aunque me duela el pecho al recordar todo lo ocurrido.

—Clara —dice por fin, con la voz ronca por la emoción. Solo es mi nombre, pero la forma en que lo pronuncia hace que se me contraiga el estómago.

—Gabriel —respondo, con la voz más fría de lo que esperaba, pero aún temblorosa. Sujeto la puerta con más fuerza de la necesaria, como si pudiera mantenerme anclada.

Da un paso hacia adelante, pero no cruza el umbral de la casa. Es como si respetara un límite invisible, como si supiera que cualquier movimiento en falso podría empeorar aún más lo que ya está roto entre nosotros.

—Gracias por recibirme —me dice, y su formalidad me sorprende. No es el Gabriel directo y seguro de sí mismo que conozco. Está... diferente.

—No es precisamente una cálida bienvenida —digo, cruzándome de brazos para ocultar el temblor de mis manos—. Pero Martin creyó que esta reunión era necesaria. No es que nos diera muchas opciones, simplemente anunció que vendrías y aquí estás.

Gabriel baja la cabeza, un gesto que no encaja con el hombre que conocí. Cuando vuelve a mirarme, hay en él una vulnerabilidad que me desarma, aunque lucho por no dejarla traslucir.

—Clara, no he venido a pelear —empieza, pero le interrumpo.

—¿Qué quieres, Gabriel? —Mi voz es firme ahora. No puedo dejar que me vea flaquear. No puedo permitir que tome el control de la situación como tantas otras veces.

—Vine a disculparme —dice, y las palabras parecen arrancársele. Sus hombros se desploman ligeramente, como si admitirlo hubiera agotado sus fuerzas.

Quiero reír, pero el sonido no llega. Quiero decirle que las disculpas no significan nada después de todo lo que ha hecho, pero guardo silencio. Él continúa.

—Sé que he cometido errores. Me equivoqué de todas las formas posibles. Fui un idiota, un canalla. Tienes todo el derecho a odiarme, Clara. Yo sólo... Solo quiero que sepas que me arrepiento. Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y hacerlo todo diferente. Sé que lo que hice fue imperdonable, pero... ni siquiera sé por dónde empezar. Me dejé llevar por mi orgullo, mi ceguera, y...

Mis manos están tan apretadas contra mis brazos que puedo sentir las uñas clavándose en la piel. Sus palabras me conmueven, pero no quiero demostrarlo. Levanto una mano para interrumpirlo. No puedo escuchar esto ahora. No puedo dejar que vuelva a confundir mis emociones.

—Es demasiado tarde para eso, Gabriel —digo por fin, con la voz cargada de todo el dolor que he retenido durante tanto tiempo —. Ahórrate tus argumentos. No me interesan tus excusas. Sinceramente, nada de lo que digas cambiará lo que hiciste.

Él parece encogerse ligeramente bajo el peso de mis palabras, y sé que esta conversación apenas comienza.

Gabriel da un paso hacia adelante, ignorando mi advertencia. Su expresión se intensifica, como si intentara desesperadamente alcanzarme.

—Clara, por favor... —Intenta insistir con ojos suplicantes, pero vuelvo a detenerlo con la mano levantada.

—¡No! Me humillaste dos veces. La primera vez podría haber sido un error. Pero la segunda demostró que era una decisión. — Hago una pausa y observo el impacto de mis palabras.

—Clara, querida. —Martin da un paso al frente, acercándose desde el fondo de la sala—. Quizá sería mejor que tratáramos esto con objetividad. No hay necesidad de prolongar un sufrimiento que puede resolverse con claridad.

Asiento lentamente y respiro hondo. No voy a dejar que Gabriel me desestabilice. Ya no.

—Entra, Gabriel —digo finalmente, haciéndome a un lado para dejarle pasar—. Pero dejemos algo claro desde ahora: esta

conversación no es sobre nosotros, es sobre Thomas. Y vamos a hacerlo de forma oficial.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, pero entra, quedándose en el pasillo como si no perteneciera a ese lugar. Martin hace una señal, y los abogados que había solicitado empiezan a entrar, ocupando sus lugares en la sala con papeles en mano. Gabriel mira a su alrededor, claramente tratando de procesar lo que está sucediendo. Cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, hay en ellos una mezcla de frustración y dolor.

—¿Has traído abogados? —pregunta, con incredulidad evidente en su voz.

—Claro que sí —respondo, manteniendo el tono controlado—. Después de todo lo que ha pasado, no me fío de nada de lo que digas o hagas. Esto es para proteger a Thomas. Y también para protegerme a mí misma. Después de todo, querías una prueba de ADN, ¿no es cierto? Como yo no tengo ninguna duda sobre quién es el padre, podemos empezar a discutir qué tipo de acuerdo podemos alcanzar.

Veo cómo aprieta brevemente los puños, pero se controla. Lentamente se endereza, como un animal acorralado. Hago lo mismo, sentándome frente a él con firmeza.

Los abogados empiezan a hablar como si leyeran un guion memorizado. Mencionan las visitas supervisadas, las responsabilidades económicas y la custodia compartida. Las palabras son frías, impersonales. Mientras explican los términos, siento una mezcla de emociones contradictorias. Una parte de mí se siente aliviada. Necesito estas protecciones, necesito estos límites para asegurarme de que Gabriel no pueda volver a hacerme daño, que no pueda cambiar todo de la noche a la mañana. Pero otra parte de mí está enojada. Es injusto que mi vida y la de Thomas se hayan reducido a esto, a cláusulas y condiciones.

Miro a Gabriel mientras hablan. Está sentado rígidamente, con los hombros tensos y las manos juntas sobre las rodillas. Su rostro es una máscara de contención, pero sus ojos revelan algo más. ¿Dolor, tal vez? ¿O rabia? No estoy segura. Me mira de vez en

cuando, pero yo desvío la mirada, concentrándome en las palabras de los abogados, intentando ignorar el nudo en mi pecho.

—En un primer momento, el señor Gabriel tendrá derecho a visitas supervisadas —dice una de las abogadas, moviendo la mirada entre Gabriel y yo—. Esto puede revisarse en el futuro, dependiendo de su comportamiento y de la coherencia de las visitas.

«Supervisadas.» La palabra flota en el aire, cargada de implicaciones. Por un lado, es un alivio. Por otro, una acusación. Es una barrera que pongo entre él y Thomas; una barrera que jamás debería haber sido necesaria, pero que ahora es inevitable.

—En cuanto a la custodia, Clara seguirá siendo la tutora principal, y el señor Gabriel contribuirá económicamente de una manera que se adapte a sus circunstancias —continúa la abogada, moviendo los papeles sobre la mesa como si tratara con números y no con personas.

Mis manos aprietan la tela de mi vestido bajo la mesa. El tono clínico, casi mecánico, me incomoda, pero es necesario. Esto es lo que me protege, lo que protege a mi hijo. Por frío que parezca, estas palabras son el escudo que me separa de más dolor.

—Eso no será necesario —interrumpe Gabriel con voz firme. Levanta ligeramente la mano, pidiendo la palabra, pero en su tono hay una determinación feroz—. No quiero hablar de responsabilidades económicas.

La sala se sumerge en un silencio incómodo. Los abogados intercambian miradas, pero nadie dice nada. Miro a Gabriel, tratando de descifrar qué hay detrás de sus palabras, pero mi corazón ya está tan magullado que no sé si puedo creerle.

Respiro hondo, y mis palabras salen antes de que pueda pensarlas.

—No se trata de lo que tú quieras, Gabriel. Se trata de lo que Thomas necesita.

Sus ojos se estrechan ligeramente, pero no responde. En lugar de eso, sacude lentamente la cabeza, como intentando controlar sus emociones.

Los abogados reanudan la conversación. Cuando colocan documentos sobre la mesa, Gabriel explota de repente.

—¿Esto es lo que quieres? —Su voz es baja, pero cada palabra pesa como plomo—. ¿Quieres apartarme de mi hijo? ¿Apartarme de ti?

Siento un nudo en la garganta, pero me resisto. No voy a caer de nuevo en sus palabras.

—Solo quiero lo mejor para él —respondo, intentando parecer más segura de lo que me siento.

Gabriel baja la cabeza y se pasa las manos por el cabello. El silencio que sigue es tan denso que casi puedo oír los latidos de mi propio corazón. Luego levanta la vista y dice algo que me deja helada:

—No quiero al bebé.

El aire parece escapar de mis pulmones. La rabia estalla en mi interior, ardiendo con una intensidad que no puedo controlar.

—¿No quieres al bebé? —Mi voz tiembla y sé que estoy gritando—. ¿Después de todo lo que has hecho? ¿Te atreves a decir que no lo quieres?

Levanta las manos, tratando de calmarme.

—Clara, no quise decir eso. —Se levanta, su expresión mezcla desesperación y arrepentimiento—. Lo quiero a él. Os quiero a los dos. A ti y al bebé. No quiero abogados, papeles ni acuerdos. Thomas y tú sois mi familia.

—¡No puedes decidir eso ahora! Después de todo lo que hiciste, después de todo lo que dijiste… ¡no tienes ese derecho, Gabriel!

Da un paso hacia mí, pero Martin interviene poniéndome una mano firme sobre el hombro. Sin embargo, eso no impide que Gabriel continúe.

—Sé que no tengo ese derecho. Pero voy a esperar. Esperaré lo que haga falta hasta que vuelvas a confiar en mí. Hasta que creas que he cambiado. Que merezco otra oportunidad. —Se detiene, con voz quebrada—. Porque os quiero a los dos, y voy a luchar por ello. No quiero medias verdades, Clara. Lo quiero todo. Y ningún abogado, ni mil, me impedirán luchar por vosotros.

Por un breve instante, no puedo evitar recordar cómo éramos antes. Antes de que todo se derrumbara. Y me pregunto si alguna

vez será capaz de recuperar mi confianza. Por mucho que quiera creer, por mucho que prometa cambiar, no sé si podré volver a confiar en él. Y, en el fondo, temo que mi corazón aún lo ame, a pesar de todo. Eso lo complica más aún. No puedo ceder. Esta vez, no.

—Clara, si te sientes coaccionada, puedo solicitar una orden de protección inmediata —ofrece Martin, al notar mi tensión.

—No será necesario. —Gabriel se vuelve hacia Martin con extraña calma—. Si ella se siente así, yo mismo me mantendré alejado. No quiero obligarla a nada. No volveré aquí a menos que ella me invite.

Me mira fijamente, y su mirada parece atravesar todas las barreras que he construido para protegerme.

—O, si lo prefieres, puedes venir a visitarme. Siempre serás bienvenida en mi casa. Siempre.

Antes de que pueda reaccionar, se da la vuelta y se marcha. Sus palabras se quedan grabadas en mi mente, dejándome una sensación agridulce que no sé cómo manejar.

Cuando se cierra la puerta, siento a Martin a mi lado. Me pone una mano reconfortante en el hombro, pero no dice nada. Tampoco hace falta. Me quedo allí de pie, tratando de procesarlo todo y finalmente dejo que las lágrimas fluyan. Por mucho que quiera odiar a Gabriel, hay algo en mí que me impide dejarlo ir completamente. Y eso, más que nada, es lo que más miedo me da.

***

Thomas por fin se duerme en mis brazos después de horas de llanto y varias tomas. Justo en ese momento, escucho sonar el timbre de la puerta. No espero a nadie, pero después del día que he tenido, lo último que quiero son más sorpresas. Aun así, respiro profundamente, acuesto con cuidado a Thomas en su cuna y me dirijo a abrir la puerta.

Cuando la abro, mis ojos se abren con sorpresa. Veo a Marta sonriendo cálidamente, sosteniendo una tarta cubierta de papel de aluminio. Thiago está a su lado, sosteniendo un enorme ramo de flores que apenas consigue sostener, y Anton, impecable como siempre, detrás de ellos con una gran bolsa. Siento que se me encoge el pecho al ver a Thiago, y una sonrisa se escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo.

—¡Clara! —exclama Marta, entrando como si fuera la dueña de la casa y dejando la tarta sobre la mesa—. Espero que no te importe la intrusión.

Thiago se queda mirándome un segundo antes de correr hacia mis brazos.

—¡Sabía que estabas aquí! —dice, apretándome con fuerza—. Te he echado mucho de menos, Clara.

Mis manos tiemblan mientras acaricio su cabello, intentando contener las lágrimas que insisten en brotar.

—Yo también te he echado de menos, Thiago. Muchísimo.

Él se aparta ligeramente para mirarme, con una sonrisa luminosa en su rostro.

—Papá dijo que íbamos a volver a verte.

Se me hace un nudo en la garganta al escuchar eso, pero lo disimulo tomando el ramo de flores para colocarlo sobre la mesa. Anton entra y deja la bolsa al lado de la tarta.

—Espero que te guste el café con tarta, porque no hemos merendado antes de venir —dice con una media sonrisa.

—Vosotros… ¿habéis venido hasta aquí solo para tomar un café conmigo? —pregunto, confundida, mientras los conduzco hasta la pequeña cocina.

—En realidad, estamos más cerca de lo que imaginas —comenta Marta con naturalidad, mientras empieza a cortar la tarta—. Vamos a comer antes de que se enfríe.

La conversación es ligera mientras nos sentamos a la mesa. Marta habla del viaje, Anton se queja de los precios absurdos de las viviendas en la zona y Thiago es la energía vibrante que ilumina cualquier habitación. Observa cada detalle con una curiosidad infinita.

—Te ves muy diferente, Clara —dice él, con la mirada fija en mí—. Pero estás preciosa. Incluso más bonita que antes.

—Gracias, Thiago —respondo, sintiendo cómo se me estremece la voz. Él siempre ha tenido esa forma de desarmarme.

Mientras tomamos café, Thomas se despierta y voy rápidamente a buscarlo. Al volver con él en brazos, los ojos de Thiago se abren de par en par, llenos de asombro y emoción.

—¡Es el bebé! ¡Mi hermano!

Mi respiración se detiene un momento, pero Marta lo anima rápidamente.

—Sí, Thiago. Es Thomas.

Thiago me mira, emocionado y sonriente.

—Papá me lo explicó todo. Dijo que Thomas es mi hermano. ¿Eso es cierto, Clara?

Siento que la emoción me ahoga y no consigo decir nada, simplemente asiento con la cabeza. Thiago se levanta y se acerca, mirando a su hermano como si estuviera viendo algo muy valioso.

—¿Puedo cogerlo? ¿Por favor?

Anton observa atentamente. Marta asiente con una gran sonrisa.

—Por supuesto que sí, cariño. Te ayudaremos.

Bajo la mirada cuidadosa de Marta, Thiago sostiene con delicadeza a Thomas en su regazo. El bebé empieza a agitarse, pero cuando escucha la suave voz de Thiago, se calma al instante. Parece cómodo en los brazos de su hermano.

Mis lágrimas caen antes de que pueda contenerlas. La escena frente a mí es tan conmovedora que siento que el corazón me va a estallar. Marta también llora discretamente, mientras Anton se limpia las gafas, tratando de disimular su emoción.

—¡Le gusto, Clara! ¡Mira, le gusto! —exclama Thiago, riendo.

Solo consigo asentir, incapaz de articular palabra. Este momento es todo lo que siempre he querido, algo que pensé que jamás ocurriría. Thiago abraza a Thomas con tanto cariño, con tanto amor, que una enorme gratitud me invade.

Marta me mira por encima del hombro de los niños, sus ojos brillan emocionados.

—Familia. Tienes una familia hermosa. Felicidades, cariño.

No puedo responder a eso, pero sé que tiene razón. Por difícil que haya sido todo, por muchas preguntas que aún tenga, estoy profundamente agradecida por este instante. Pero tampoco puedo ignorar lo evidente. Esta visita no es casualidad.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Marta? —pregunto finalmente.

—Estábamos cerca.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Cómo que cerca?

Anton, que ha permanecido silencioso hasta ahora, se cruza de brazos y sonríe ligeramente.

—El señor Gabriel compró una casa aquí. En la misma calle que tú.

Mi corazón da un vuelco incómodo en el pecho.

—¿Él qué?

—Compró una casa —repite Anton tranquilamente, como si fuera lo más natural del mundo—. Y por lo que parece, no tiene intención de marcharse pronto.

La información da vueltas en mi cabeza. ¿Gabriel no solo se ha mudado aquí, sino que además se ha traído a todo el mundo consigo? Marta ya está reorganizando la cocina, Anton parece a punto de preparar té y Thiago ya está jugando en el salón con un juguete de Thomas. Es como si siempre hubieran estado aquí, como si nunca nos hubiéramos separado.

—Está intentando arreglar las cosas, Clara —dice Marta, mirándome con una sonrisa esperanzadora—. Lo está intentando por ti y por Thomas.

—Y también por Thiago —añade Anton, ajustándose innecesariamente la corbata—. El niño no ha dejado de hablar de ti desde que te vio.

No sé si sentirme enfadada, aliviada o simplemente confundida. Cuando finalmente se despiden y se marchan, la casa parece más silenciosa que antes. Aún puedo sentir el calor del abrazo de Thiago y ver el brillo de sus ojos cuando abrazó a Thomas

por primera vez. El recuerdo de la risa de Marta y la emoción contenida de Anton me provoca una mezcla de nostalgia y alivio.

Me apoyo en la puerta y respiro hondo, cerrando los ojos un instante. Gabriel. Él los ha enviado aquí. Marta, Anton, Thiago... Esa es su manera de intentar ablandar mi corazón.

Y de algún modo, lo ha conseguido. Aunque jamás lo admitiría en voz alta.

La verdad es que, por mucho dolor que siga arrastrando, ver juntos a Thiago y Thomas, ver a Marta y Anton trayendo la calidez de un hogar que me fue arrebatado, ha despertado algo dentro de mí. No quiero permitirme creerlo, pero una pequeña chispa de esperanza insiste en aparecer. Quizá aún sea posible reconstruir algo, de alguna forma.

Gabriel me ha hecho daño demasiadas veces, me ha hecho dudar de mí misma, y ahora está aquí, tan cerca, como si intentara atraparme nuevamente en su órbita. Pero no voy a permitir que me manipule, decido, subiendo las escaleras hacia la habitación de Thomas.

Desde la puerta, mis ojos se dirigen a la ventana y no puedo resistir la tentación de mirar hacia fuera. A lo lejos, las luces de una casa se encienden suavemente en la oscuridad. Sé que es la suya; Marta la ha descrito con exactitud, imposible de confundir. Un escalofrío recorre mi espalda, no de frío, sino por algo mucho más profundo. Su proximidad, tan inesperada y deliberada, parece un desafío silencioso. Como si, incluso a distancia, Gabriel supiera exactamente cómo ocupar un espacio en mi vida.

60

Gabriel D'Ávila

El balcón es pequeño y estrecho, rodeado de macetas que claramente no reciben los cuidados necesarios. Pero eso no importa. Nada de eso importa. Mis ojos están fijos en los prismáticos, enfocando la figura en la distancia.

Clara.

Está en el patio, sus movimientos son gráciles y naturales mientras organiza algo en la mesa de plástico. Es uno de esos momentos cotidianos que se vuelven una tortura para mí.

Entra en la casa y puedo seguir sus pasos a través de las ventanas de cristal. Las cortinas están lo suficientemente abiertas como para permitirme ver al bebé en su regazo. Es mi hijo. Siento cómo el corazón se me oprime en el pecho.

Clara se sienta en el sofá y acuna a Thomas en sus brazos. La manera en que lo mira, tan llena de amor, me destruye y me llena al mismo tiempo. Thomas se retuerce y ríe, y aunque estoy lejos, puedo sentir el eco sordo de su risa atravesando las paredes de mi pecho.

Aprieto la mandíbula. Es mi hijo, pero la idea de que otro hombre esté tan cerca de ellos, compartiendo momentos que deberían ser míos, me resulta insoportable.

Mi puño se cierra involuntariamente cuando veo aparecer a Martin. Él le dice algo y ella ríe. Su risa, aunque no pueda escucharla, es como una daga que atraviesa directamente mi orgullo. Me arde el pecho.

Desaparecen de mi vista durante unos minutos. Cuando reaparecen, Clara está en la cocina, ocupada con algo sobre la encimera. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y se mueve con la eficacia práctica que siempre he admirado. Verla así, manejando su vida, cuidando de mi hijo, me produce una mezcla de orgullo y amargura. Orgullo porque es increíble; amargura porque fui yo el idiota que lo arruinó todo.

Mi respiración se acelera cuando Martin entra en la cocina detrás de ella. Él dice algo que la hace reír, y ella sacude la cabeza antes de empujarlo suavemente del hombro, como pidiéndole que se aparte. La familiaridad de esa interacción me provoca náuseas. No puedo imaginar lo que están diciendo, pero mi mente crea escenarios que solo alimentan mis celos, mi frustración.

Se ríen juntos. Están cerca. Y aquí estoy yo, mirando desde afuera como un extraño psicópata la vida que debería ser mía.

Aprieto los prismáticos con más fuerza y maldigo en voz baja.

¿Por qué confía tanto en él? ¿Qué hizo para ganarse un lugar tan importante en la vida de Clara y de mi hijo? Ese viejo bastardo no es más que un intruso que aprovechó mi ausencia para apoderarse de mi familia. La calma que parecen compartir me desconcierta.

¿Cómo puede parecer tan tranquila mientras yo me desmorono?

Retrocedo un paso, bajo los prismáticos por un momento y miro hacia el cielo, intentando calmar mi respiración. Esto es una locura. Estoy perdiendo el juicio. Pero no puedo evitarlo. Necesito saber. Necesito entender cómo vive ahora, con quién se relaciona, quién ocupa el espacio que debería ser mío.

Continúo observando, estudiando cada detalle de la casa. Cada persona que entra y sale. Su rutina. Todo.

Pero entonces veo que Clara gira repentinamente la cabeza hacia la ventana, como si se hubiera dado cuenta de algo. Mira a su alrededor, frunciendo el ceño por un instante, pero luego regresa a sus tareas. Mi corazón se acelera. ¿Me ha visto? ¿Sabe que estoy aquí?

No, no puede ser.

Levanto nuevamente los prismáticos y enfoco la escena. Está distraída con Thomas, que ha empezado a llorar. Lo toma en brazos y lo mece con suavidad, y la imagen me rompe por dentro. De repente, siento una opresión en el pecho que no tiene nada que ver con los celos ni con la ira. Es nostalgia.

Extraño la familia que podría haber tenido si no hubiera sido tan estúpido.

Observo llegar a Thiago de la mano de Marta, con una sonrisa amplia, y Clara lo recibe con un abrazo tan cálido que parece borrar cualquier sombra de duda o dolor en su rostro. Son una familia. Mi familia.

Por un momento, todo dentro de mí grita que cruce la calle, llame a la puerta y exija que me devuelvan mi lugar. Pero sé que no puedo hacerlo. No aún. No hasta descubrir cómo recuperarlo sin arriesgarme a perderlo todo otra vez.

Suelto los prismáticos y aparto la mirada hacia la casa. Mi respiración es agitada, las palmas de mis manos están húmedas. Sé que estoy cruzando un límite, que esto no está bien.

Guardo los prismáticos en mi mochila. Antes de abandonar el balcón, dejo un fajo de billetes sobre la mesa. La mujer que vive aquí seguramente quedará satisfecha. No me ha preguntado por qué quería usar su casa y yo tampoco le he dado ninguna explicación.

Salgo por la puerta trasera como un ladrón porque, de alguna forma, eso es lo que me he convertido: un ladrón de momentos.

***

El olor a productos para bebés y polvos de talco flota en el aire, mezclado con el murmullo de voces femeninas que charlan animadamente. Thiago observa con curiosidad el entorno mientras intento mantener una postura segura, aunque me siento completamente fuera de lugar.

—Papá, ¿por qué hay tantas embarazadas aquí? —susurra Thiago con ojos muy abiertos al ver a una mujer ajustándose la falsa

barriga de prácticas.

—Porque... Bueno, porque esta clase es para quienes van a cuidar bebés —respondo con cierta inseguridad, acomodándome sobre el cojín que nos han proporcionado—. Y eso nos incluye a los dos, ¿no?

Frunce el ceño, considerando mi respuesta. Luego asiente con determinación.

La instructora entra en la sala con un muñeco de entrenamiento en brazos y sonríe cordialmente al grupo.

—¡Bienvenidos a la clase de cuidados del recién nacido! Vamos a aprender lo básico para asegurarnos de que sus pequeños estén felices, sanos y cómodos. Esto incluye cambios de pañales, masajes para los cólicos y consejos para calmar a los bebés que lloran.

Thiago me da un codazo en el brazo.

—Esto estará bien. Quiero impresionar a Clara.

Sonrío, complacido por su entusiasmo. A pesar de lo extraño de la situación, hay algo reconfortante en estar aquí con él. Quizá porque, en cierto modo, nos estamos preparando juntos para algo que antes era inimaginable: formar parte de la vida de Thomas.

La primera actividad es el cambio de pañales. La instructora coloca un muñeco en el centro de la sala y comienza a explicar, paso a paso, mientras lo demuestra con precisión.

—Papá, creo que ya sé cómo hacerlo. Solo hay que quitar el pañal sucio y poner el limpio, ¿verdad? —pregunta Thiago con confianza.

—Parece sencillo, pero no lo es tanto —respondo, fingiendo experiencia, aunque en realidad sé tan poco como él, lo que me hace sentir aún más culpable.

Decide intentarlo primero. Mi hijo toma el muñeco y, con una concentración poco habitual en él, empieza a seguir las instrucciones. Lo observo con orgullo mientras ajusta cuidadosamente el pañal.

—Creo que está torcido —comenta una de las futuras mamás, una mujer rubia de barriga prominente y sonrisa amable.

—Es mi primer bebé, señora —responde Thiago encogiéndose de hombros, provocando risas en todos los presentes.

Cuando llega mi turno, me doy cuenta rápidamente de que cambiar el pañal a un muñeco es más complicado de lo que parece. Thiago me observa perplejo, claramente preparado para señalar cualquier error.

—Papá, creo que pusiste el pañal al revés.

Bajo la mirada para comprobar que tiene razón. Sonrío torpemente y enderezo el pañal mientras varias madres ríen discretamente. Una de ellas se acerca ofreciéndose a ayudar.

—Creo que la solapa superior va hacia delante —dice amablemente, señalando mi error.

—Gracias —respondo, intentando parecer agradecido y no completamente incompetente.

Luego pasamos a los masajes para aliviar cólicos. La instructora nos entrega un poco de aceite y enseña cómo calentar las manos antes de comenzar. Thiago está entusiasmado y frota sus manos con energía.

—¿Es como magia? —pregunta curioso.

—Algo así —respondo, sonriendo.

Él intenta primero, siguiendo cuidadosamente las instrucciones del monitor sobre el muñeco. Sus pequeñas manos se mueven con delicadeza, y veo con claridad cuánto esfuerzo está dedicando a la tarea.

—Creo que soy bastante bueno en esto —dice con orgullo.

—Lo eres realmente. Serás un gran hermano mayor —le digo, y su rostro se ilumina.

Al terminar la clase, algunas madres se acercan a charlar con nosotros. Thiago se convierte en el centro de atención, compartiendo sus impresiones sobre lo aprendido. Todas ríen y lo elogian, y él parece disfrutar cada segundo de aquella atención.

Una mujer mayor, probablemente acompañando a su hija embarazada, me mira con curiosidad.

—¿Te estás preparando para el primero? —pregunta.

—El segundo —respondo con cierta inseguridad.

No hay manera de explicar la situación sin parecer un loco. Así que me limito a sonreír, observando cómo Thiago sigue encantando a quienes lo rodean.

—Papá... —Me mira con esa mezcla de inocencia y seriedad que solo los niños dominan—. Vamos a enseñarle todo esto a Thomas, ¿verdad?

Trago saliva intentando mantener firme mi voz, aunque siento un nudo formándose en mi garganta.

—Sí, lo haremos, hijo. Se lo enseñaremos todo.

Thiago sonríe, mostrando esa alegría sincera capaz de iluminarlo todo a su alrededor. En ese instante, siento que él me perdona cada error, cada ausencia, cada vez que no supe ser el padre que necesitaba.

Por primera vez en mucho tiempo, algo dentro de mí encaja. No es un sentimiento completo de redención, pero sí un pequeño paso en la dirección correcta. Un rayo de esperanza que me hace creer que quizá aún pueda corregir el rumbo de nuestra historia.

Mientras caminamos hacia el coche, cogidos de la mano, veo el futuro en pequeños destellos: ayudar a Thomas a dar sus primeros pasos, enseñar a Thiago a ser el mejor hermano mayor y, quién sabe, quizás algún día estemos todos juntos nuevamente, como una familia.

61

Gabriel D'Ávila

—Gabriel, es una idea terrible. —La voz de Dante resuena desde mi portátil con un tono claramente incrédulo—. ¿De verdad crees que vas a recuperar a Clara avergonzándola en público?

—No es avergonzarla. —Pongo los ojos en blanco mientras me paso una mano por el cabello—. Es... humillarme yo. Demostrarle que sé perfectamente que cometí un error. Que haría lo que fuera necesario para recuperarla a ella y a Thomas.

Adrian, en la ventana junto a Dante, suelta una carcajada sarcástica.

—¿Y crees que a ella le va a parecer bien eso? Adelante, Gabriel, avergüenza a la mujer y luego prepárate para disculparte por ello. Porque vas a tener que disculparte dos veces: una por ser un gilipollas en el pasado y otra por ser un idiota ahora.

—Y tampoco es ingenua. —Víctor aparece en una tercera ventana sosteniendo un vaso de whisky—. Sabes que podría salirte muy mal, ¿verdad? Una disculpa pública podría interpretarse como algo que haces más por ti que por ella. Egoísmo disfrazado de arrepentimiento.

Suspiro profundamente y cierro los ojos por un instante. Estoy a punto de contestar cuando mi móvil vibra sobre la mesa. Levanto una mano, indicándoles que esperen.

—Un minuto. —Me aparto brevemente de la videollamada y tomo el teléfono—. ¿Sí? Adelante, Andrews. ¿Cuántos drones? Perfecto. Asegúrate de que cada uno esté programado a la perfección, sin errores. Ah, ¿y tienes el contacto de la persona a

cargo de las vallas publicitarias de la ciudad? Necesito hablar con él también.

Cuando regreso a la llamada, los tres me observan como si hubiera perdido totalmente la cabeza.

—¿Drones? ¿Vallas publicitarias? —Adrian frunce el ceño, visiblemente preocupado—. ¿Qué demonios estás haciendo, Gabriel?

Respiro hondo y enfrento la cámara con determinación.

—Voy a repartir disculpas por toda la ciudad. Clara no podrá ignorarme.

—Eso no va a funcionar. —Dante se acerca más a la cámara, con una expresión seria—. Clara no es así. Quieres demostrar que has cambiado, perfecto. ¿Pero pensaste que quizás, solo quizás, ella necesite un poco de espacio?

—Le estoy dando espacio. Tiene su casa, tiene su tiempo. No estoy invadiendo nada. Pero no pienso quedarme esperando que decida si me necesita o no. Estoy demostrándole que estoy aquí, que estoy dispuesto a luchar por ella.

—¿Luchar? —Dante ríe con incredulidad, sacudiendo la cabeza—. Hermano, estás literalmente rodeando la ciudad con pancartas que dicen "todavía te quiero". Eso no es luchar, eso es obsesionarse.

—No. —Mi tono es firme—. Se trata de respetar su espacio, pero al mismo tiempo dejar claro que estoy aquí, intentándolo, sin invadir.

Víctor bebe otro sorbo de whisky, negando lentamente con la cabeza.

—Estás completamente loco. Y eso, amigo mío, es un caso para internar. Mira, entiendo que estés desesperado, pero si Clara se siente presionada o, peor aún, avergonzada, se volverá contra ti. Eso lo puedes dar por seguro.

—¿Y qué sugieres tú, Víctor? —respondo con evidente frustración—. ¿Que me quede sentado viendo cómo me ignora el resto de mi vida? No puedo hacer eso. Si no hago algo, me volveré loco.

—¡Ya te has vuelto loco! —Adrián sonríe ligeramente, aunque esta vez no parece burlarse—. La pregunta es: ¿estás realmente

dispuesto a arriesgarlo todo con esta idea absurda?

Sus palabras, junto con las de Víctor, pesan más de lo que quisiera admitir. Los miro en silencio unos segundos antes de responder.

—No lo entienden. Ya lo perdí todo una vez por culpa de mi orgullo. No voy a perderlo de nuevo por quedarme quieto. Quiero recuperarla. —Mi voz suena baja pero firme—. Necesito recuperarla. Así que sí, estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Dante suspira, frotándose el rostro con ambas manos.

—Muy bien, guerrero. Hazlo a tu manera. Pero luego no digas que no te advertimos.

—Lo sé perfectamente. Pero necesito intentarlo. Necesito que Clara vea que lo estoy intentando.

—Buena suerte, amigo. La vas a necesitar —dice Adrián con seriedad.

Terminan la llamada uno a uno, no sin antes lanzarme cada cual una última mirada cargada de advertencia. Cierro el portátil y observo los papeles desparramados por toda la mesa: las facturas, los contactos, la interminable lista de tareas pendientes.

Si funciona, Clara lo entenderá. Y si no... Bueno, ya lo perdí todo una vez. ¿Qué diferencia hay en intentarlo de nuevo?

62

Clara Salgado

La mañana comienza como cualquier otra, con Thomas refunfuñando en el catre junto a mi cama. Parece tan entusiasmado por algo que giro la cabeza para observarlo. Está agarrado con fuerza a la manta, balbuceando sonidos alegres al techo. Se me escapa una sonrisa antes de que pueda darme cuenta, pero mi atención se interrumpe con el sonido del timbre.

Me cubro rápidamente con la bata y bajo las escaleras mientras me acomodo el pelo. Al abrir la puerta, me recibe un sonriente repartidor con un enorme ramo de rosas rojas. Las flores son extrañamente perfectas, como si las hubieran cortado hace tan solo un instante.

—Buenos días, señora. Entrega para Clara Salgado. —Me ofrece el ramo acompañado de un pequeño sobre.

Le doy las gracias rápidamente y cierro la puerta, notando que mis manos tiemblan ligeramente cuando coloco las flores sobre la mesa. Thomas balbucea más fuerte desde arriba, pero no puedo apartar mis ojos del sobre. Mi nombre está escrito con una caligrafía impecable. Tomo aire antes de abrirlo.

Dentro encuentro dos cosas: una pequeña tarjeta y una hoja de cuaderno cuidadosamente doblada.

En la tarjeta, solo unas palabras:

"Clara,

Perdóname por no haber estado a tu lado cuando más me necesitabas. Debería haber sido el primero en saberlo, la primera persona en cogerte la mano. Fui un cobarde, y eso es algo que

nunca dejaré de lamentar.
Gabriel."

Mis manos vuelven a temblar mientras desdoblo lentamente la hoja. La escritura es apresurada, ligeramente torcida, como si la hubiese hecho en un momento de intensa emoción:

*"Querida Clara,
Hoy fue un día normal, pero te eché de menos en cada instante. Thiago me pidió ayuda para un proyecto escolar. Te habrías reído al verlo tan serio explicándome que quería construir el volcán más grande del mundo. Fuimos juntos a la tienda de materiales y se empeñó en elegir todos los colores posibles de pintura. 'A Clara le encantaría', me dijo.

Fue en ese momento cuando comprendí cuánto nos has marcado. Incluso en tu ausencia, sigues estando presente en cada aspecto de nuestra vida.

Ojalá hubieras estado aquí para ver el resultado. Fue un desastre absoluto, claro. Pintura por todas partes, pero él estaba radiante. Sentía que, si cerraba los ojos, podía escucharte reír al fondo. Escribo esto porque no sé cómo manejar esta añoranza. No sé cómo traerte de vuelta, pero necesito que sepas que, estés donde estés, sigues siendo parte de nuestra familia.

Con amor,
Gabriel."*

Al terminar de leer, mis dedos rozan la fecha: escribió esta carta dos meses después de que me despidiera de él. Las lágrimas me llenan los ojos, el pecho se me oprime y siento que podría desmayarme. Pero Thomas llora arriba, devolviéndome a la realidad. Respiro profundamente, doblo con cuidado el papel y lo dejo a un lado.

—No puedo flaquear —susurro para mí misma.

No voy a ceder solo porque me envíe unas cuantas palabras bonitas y una carta que nunca llegó a entregarme. Aunque la sola idea de que haya escrito esas palabras me hace temblar y me rompe el corazón.

Después de preparar a Thomas y recoger sus cosas, estoy a punto de salir de casa cuando Martin aparece en el salón con una

sonrisa intrigada en los labios.

—Querrás ver esto.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin comprender del todo, pero él ya se está acercando a la ventana.

Lo sigo hasta allí, y mi corazón casi se detiene al ver el cielo. Un pequeño avión sobrevuela la zona, arrastrando una lona con grandes letras:

"Clara, ¿me perdonas? - Gabriel."

Me quedo paralizada, y mi mente se dispara en mil direcciones. En la calle, algunas personas se detienen a observar, y desde algunos balcones los vecinos empiezan a aplaudir. Mi rostro arde de vergüenza.

—Siempre le gustó llamar la atención —murmuro con voz casi inaudible.

—Al menos lo está intentando —dice Martin, encogiéndose de hombros, con la mirada de quien ha visto muchas situaciones similares.

Abrazo a Thomas con más fuerza, intentando no dejarme llevar. Pero, por dentro, una parte de mí disfruta esto. Demasiado, quizás.

Por un instante, recuerdo la carta de Gabriel y siento una pequeña chispa de esperanza. Pero entonces el pasado, el dolor, vuelven a imponerse, apagándola rápidamente.

Recojo las cosas de Thomas y salgo, aunque el avión sigue flotando en el cielo, mostrando esas palabras imposibles de ignorar.

***

Empujo el cochecito de Thomas por las calles empedradas hacia el mercado. El pequeño refunfuña, balanceando alegremente las piernas, claramente disfrutando el paseo más que yo. Al llegar, el sonido de las risas, las conversaciones animadas y el aroma fresco de la fruta madura me reciben con su habitual calidez.

Este mercado siempre ha sido uno de mis lugares favoritos. No solo porque aquí consigo los ingredientes más frescos para nuestras comidas, sino porque me siento parte de algo más grande. La gente me conoce, me saluda, pregunta por Thomas y siempre me ofrece la fruta más dulce y los plantones más saludables para mi huerto.

—Buenos días, Clara —me llama la señora Margaret desde el puesto de frutas con su sonrisa amable—. ¿Y cómo está hoy el pequeño Thomas?

Thomas suelta un sonido alegre, como si supiera que hablan de él, lo que me hace reír.

—Está muy bien. Con energía de sobra.

Me detengo para comprar manzanas, peras y naranjas. Margaret selecciona las mejores piezas mientras balanceo suavemente el cochecito para entretener a Thomas.

—Aquí tienes, cariño. Hoy invita la casa. —Me entrega la bolsa con ternura.

—Margaret, no es necesario... —intento protestar, pero ella me interrumpe con una firme negativa.

—Te lo mereces, Clara. Te lo mereces.

Le doy las gracias, un poco avergonzada, y continúo hacia el puesto de plantas, donde recojo algunas hierbas aromáticas para el jardín. Thomas mueve los brazos intentando alcanzar las hojas.

—Cuidado, pequeñito —murmuro entre risas.

Mientras avanzo por el mercado, percibo un extraño murmullo alrededor. La gente parece más animada de lo habitual, susurran y señalan algo. Intento ignorarlo hasta que una mujer a mi lado, sosteniendo una bolsa llena de tomates, suelta una sonora carcajada.

—Realmente se está superando, ¿eh?

La miro confundida, sin comprender a qué se refiere, hasta que mi atención es atraída repentinamente por algo inesperado.

Los toldos.

Cada puesto tiene un toldo nuevo y reluciente con mensajes escritos en letras grandes y claras. Mensajes que me resulta imposible ignorar:

"Clara, perdóname."
"Eres el amor de mi vida."
"Lo haría todo diferente si pudiera."
"Vuelve a mí."

Mis pies se paralizan y siento cómo mi corazón empieza a latir con fuerza. Escucho risas a mi alrededor, aunque también algunos murmullos de aprobación.

—Debe quererte mucho, señora —dice un hombre desde su puesto de pescado, con una sonrisa divertida.

Mi rostro se enciende de inmediato. Sujeto con fuerza el cochecito de Thomas, como si fuera el único apoyo firme que tengo.

—¡Clara! —Margaret aparece nuevamente a mi lado con otra bolsa en la mano—. ¿Lo viste? Es precioso, ¿verdad? ¿Ya lo perdonaste? ¡Muchacha, lleva a ese hombre a casa! Tendrías que haberlo visto aquí; a todos nos ha cautivado. Hablaba con tanto cariño sobre ti que hasta yo me impacientaba esperando que llegaras a verlo.

—Yo… —Intento encontrar las palabras adecuadas, pero la voz me traiciona.

Margaret toca suavemente mi brazo en señal de apoyo.

—Está intentando arreglar las cosas. No todos los días ves a un hombre dispuesto a esto.

Thomas vuelve a refunfuñar en el cochecito, desviando nuevamente mi atención hacia él. Me arrodillo para acomodarlo, intentando recobrar algo de compostura. Mientras le arreglo el gorrito, escucho otro comentario cerca:

—Podrías al menos escuchar lo que tiene que decir. No todos los hombres se esfuerzan así.

Me levanto apresuradamente, agradeciendo con torpeza, alejándome lo más rápido posible. No quiero escuchar más comentarios, ni que nadie vea lo mucho que me afectan estas palabras, estos gestos tan públicos.

Empujo el carrito con más fuerza de la necesaria, aunque no puedo evitar volver a mirar los toldos. Los mensajes, repetidos en cada esquina, parecen gritar mi nombre:

"Clara, perdóname."

Por un instante, siento las lágrimas agolpándose en mis ojos, pero las contengo con firmeza. No cederé tan fácilmente. No puedo hacerlo. Pero dentro de mí, algo empieza a quebrarse; una pequeña grieta se forma en la muralla que construí alrededor de mi corazón.

Thomas balbucea algo en su cochecito, y yo le sonrío, obligándome a enfocarme en el presente. Continúo alejándome, aunque las palabras permanecen conmigo, como una canción que se me ha quedado atrapada en la mente.

***

La habitación es un verdadero caos. Siete ramos de flores, cada uno más extravagante que el anterior, ocupan casi la mitad del espacio en un rincón. Los vibrantes colores llenan el ambiente de una belleza que contrasta con el torbellino emocional de los últimos días. Me siento en el suelo, ajustando distraídamente las cintas de uno de los arreglos, mientras Marta me observa, emocionada.

—Sé que te estás resistiendo, Clara, pero… —Suspira llevándose una mano al pecho—. Esto es precioso. ¡Ese hombre prácticamente está arrodillado en público!

Pongo los ojos en blanco, aunque siento que se me aprieta el corazón. Marta siempre consigue ver lo bueno en todo, incluso cuando intento ignorarlo.

—Lo está intentando, sí, Marta, pero… —Tomo una de las tarjetas que venía con las flores y la deslizo lentamente entre mis dedos—. Todo esto no borra lo que pasó. No elimina las cosas que me dijo.

Marta se acerca y toca mi hombro con suavidad, mostrándome su apoyo.

—Lo sé, cariño. Pero ¿no crees que quizás realmente lo lamenta? Las personas pueden cambiar.

Thiago entra corriendo en la habitación con un emocionado Thomas en brazos.

—¡Clara, mira esto! ¡A Thomas también le gusta jugar con los cochecitos! —Thiago ríe y deja cuidadosamente al bebé en la alfombra. Ambos comienzan a empujar cochecitos de juguete, absortos en su mundo infantil.

Sonrío observándolos. Thomas parece encantado con la energía contagiosa de Thiago, y Thiago parece haber encontrado en él a su nuevo mejor amigo. Por un momento, siento como si mi lugar estuviera siendo reemplazado.

—Se está haciendo tarde, Thiago —dice Marta mirando el reloj—. Deberíamos irnos. Seguro que tu padre te está esperando.

Thiago se detiene y la observa con gesto pensativo.

—Hmm... No quiero dejarlo solo. Últimamente está triste, ¿sabes? Y me gusta hacerle compañía.

Mi sonrisa se desvanece al instante. Las palabras de Thiago me golpean directo al corazón, pero intento mantener una expresión neutral. No quiero que se dé cuenta de cuánto me duele.

—Está bien, Thiago —le digo con suavidad—. Pero, ¿qué tal si mañana por la mañana vienes a tomar un café conmigo y con Thomas? Luego podríamos dar un paseo juntos al centro.

—¡Trato hecho! —dice animado—. ¡Vendré temprano!

—Entonces será mejor que descanses —respondo mientras los acompaño a la puerta. Me despido de Marta con un fuerte abrazo, agradecida por su compañía silenciosa.

Cuando se marchan, la casa parece repentinamente más silenciosa. Vuelvo la mirada hacia los ramos y las cartas recibidas durante la semana. Me espera una pila de palabras cuidadosamente escritas y, sin poder evitarlo, vuelvo a sentarme para releerlas.

La carta del lunes está llena de disculpas por no haber estado conmigo durante el embarazo y el día del parto. Sus palabras suenan sinceras, casi desesperadas, y no puedo evitar detenerme en algunas frases que me hacen estremecer.

Luego abro una de las páginas del diario que me envió. Es sobre el cumpleaños de Thiago. Gabriel describe cómo su hijo pidió una tarta de dinosaurios y cómo hizo todo lo posible por que el día fuera perfecto, pero aún así sentía que algo faltaba. Sus palabras lo

expresan claramente: "Lo único que me pidió y no pude darle fuiste tú, Clara. Y eso es algo que nunca podré perdonarme."

Las lágrimas comienzan a nublarme los ojos, pero me esfuerzo en seguir leyendo.

La carta del miércoles habla sobre una visita de su madre. Cómo Gabriel se dio cuenta, gracias a ella, de cuánto me extrañaba. Su madre comentó que la casa parecía fría y vacía sin mí. Él admite sentirse perdido y desorientado, incapaz de encontrar una manera de acercarse.

Finalmente leo mi favorita, sobre el día en que entró en la habitación donde yo solía quedarme. "Era el único lugar donde encontraba algo parecido a la paz. Me tumbé en la cama y me permití recordarte. Dormí allí porque era como volver a estar cerca de ti, aunque solo fuera por una noche."

Cierro los ojos con fuerza, sujetando las cartas contra mi pecho. Gabriel también sufría. Él también me echaba de menos. Pero… nunca vino a buscarme. Pudo haberlo hecho, pero no lo hizo.

Respiro profundamente antes de levantarme para acostar a Thomas en su cuna. Le acomodo con suavidad y ternura. Como todas las noches, dejo su cuna junto a mi cama con la intención de que duerma solo, pero sé que me estoy mintiendo a mí misma. En unas horas, lo tomaré en brazos y lo pondré conmigo en la cama. No es él quien no puede dormir solo; soy yo quien no puede dejarlo.

Regreso al salón y pongo agua a calentar para preparar un té. Cojo un libro de la estantería y me siento en el sofá, intentando distraerme. Pero, mientras trato de concentrarme en las páginas, algo extraño capta mi atención desde la ventana. Pequeños puntos luminosos comienzan a surgir en el cielo oscuro. Al principio pienso que son estrellas, pero su movimiento es extraño, casi como si estuvieran bailando.

Me levanto lentamente y me acerco a la ventana para observar mejor. Las luces titilan y se reagrupan poco a poco, formando palabras claramente visibles en el cielo nocturno:

"Por favor, perdóname, Clara."

Me quedo con la boca entreabierta. Es una constelación entera de disculpas, brillando solo para mí en medio de la oscuridad.

Antes de darme cuenta, las lágrimas empiezan a caer lentamente por mis mejillas.

Justo cuando creo que Gabriel ya no puede sorprenderme más, vuelve a superarse. Una constelación entera dedicada solo a mí. Si estuviera frente a mí en este momento, sería imposible no agradecerle. Imposible.

Por primera vez, admito para mis adentros que he empezado a pasar el día esperando la próxima demostración. Se siente como seguir una telenovela en la que, inevitablemente, yo soy la protagonista.

Sujeto la taza de té con manos temblorosas, sin saber si reír o llorar. Una cosa es segura: Gabriel no piensa rendirse pronto.

Y quizá, en el fondo, ni siquiera quiero que lo haga.

63

Gabriel D'Ávila

Estoy en el coche, aparcado a una distancia prudencial, con los ojos fijos en Clara. Ajusto los prismáticos sobre el salpicadero, intentando aparentar despreocupación, aunque nadie puede verme aquí. Ella empuja el cochecito de Thomas, y Thiago camina a su lado llevando una pequeña bolsa en la mano. Parecen... una familia. No, lo son. Y deberían ser la mía.

Se me oprime el pecho con una sensación familiar, aunque más intensa esta vez. Es una mezcla dolorosa entre angustia y una punzada de esperanza que no sé si merezco sentir. Observarla, tranquila, cuidando de Thomas, es un castigo y un privilegio a la vez. Debería estar allí, pero aún no puedo acercarme. Necesito hacerlo bien esta vez. Necesito que ella me vea, que entienda todo lo que intento mostrarle.

Thiago señala algo y Clara se inclina para ajustar el carrito. Recoge un folleto que alguien dejó bajo el limpiaparabrisas de un coche aparcado, y mi corazón se acelera cuando él se lo entrega. Incluso desde aquí puedo imaginar perfectamente su risa, aunque amortiguada por las ventanillas cerradas del coche. Clara observa el papel que lleva impresas grandes letras:

"Por favor, perdóname, Clara. Con amor, Gabriel."

Sacude ligeramente la cabeza y suspira de tal manera que casi puedo sentir su exasperación. La veo arrugar el papel, dudando un instante antes de tirarlo. Ese pequeño gesto es suficiente para darme fuerzas y continuar adelante. Debe entender que no existe lugar en el mundo donde no intente redimirme ante ella.

Cuando entran en el centro comercial, espero varios minutos antes de bajar del coche. Mi estómago está revuelto; no sé si por ansiedad o porque llevo horas sin comer, pero no importa. Camino lentamente hacia las puertas automáticas, sintiéndome patético, pero determinado a no detenerme.

Los veo pararse frente a una tienda de ropa infantil, mirando atentamente los escaparates. Thiago señala algo con entusiasmo y los tres entran. Decido no acercarme más; permanezco afuera, manteniendo una distancia prudente. Al salir de la tienda, Clara se detiene bruscamente. Sus ojos se quedan fijos en el escaparate de la tienda vecina, donde grandes letras adhesivas proclaman:

"Clara, eres el amor de mi vida. Perdóname."

Clara suspira profundamente y lleva una mano a su frente, como pidiendo paciencia al cielo. Veo claramente cómo su determinación vacila por un instante. Sé que intenta no ceder, pero también sé que mis esfuerzos están teniendo efecto. Cada disculpa visible, en cada tienda, en cada esquina. No importa si parezco desesperado o ridículo. Si al menos consigo ocupar su mente un segundo más cada día, eso ya es progreso.

Ahora solo queda el supermercado.

***

Al pasar por las estanterías, noto que Clara parece más distraída. Ya no se limita a realizar las compras. Está anticipándose, mirando a su alrededor con discreción, casi esperando.

Cuando llegan a la caja, el empleado les entrega las bolsas y casi contengo la respiración. Allí está el mensaje:

"Clara, déjame demostrarte que puedo ser el hombre que te mereces. Gabriel."

Ella sostiene la bolsa con más fuerza de la necesaria. Thiago, como siempre, se da cuenta primero, señalando con entusiasmo las palabras impresas. Clara suelta una risa nerviosa, ese tipo de risa que surge cuando intentas ocultar cuánto te afecta algo.

Me apoyo en el mostrador de una cafetería cercana, observándola mientras organiza las bolsas en el carrito.

Saco rápidamente el móvil del bolsillo y envío un mensaje breve a Dante:

"La próxima semana tiene que ser impecable. Clara ahora piensa que estoy en todas partes. No podemos fallar."

Regreso al coche, apoyo la cabeza en el volante y sonrío para mí mismo. Cada pequeño esfuerzo, cada gesto que hago, me acerca un poco más a ella. No importa cuánto tarde ni qué tenga que hacer.

Voy a recuperar a Clara, aunque tenga que convertir el mundo entero en una súplica constante de perdón. Ella nunca olvidará cuánto la amo.

Y jamás voy a rendirme.

64

Clara Salgado

Estoy sentada en el sofá con Martin a mi lado. El sonido de la televisión llena el silencio mientras Thomas juega tranquilamente en la alfombra. Parece que estamos viendo un documental sobre jardines, pero apenas puedo prestar atención. En la pantalla aparece una entrevista reciente que Gabriel ha concedido, y siento que todo mi interior hierve de irritación.

—Tiene agallas —murmuro, cruzándome de brazos—. ¿Una entrevista en televisión diciendo que está intentando que "la mujer de su vida" le perdone? Como si esto fuera una maldita telenovela y todo el mundo tuviera que enterarse.

Martin enarca una ceja, manteniendo la mirada fija en la pantalla.

—Es persistente, eso hay que reconocerlo.

—¿Persistente? —Me levanto, gesticulando con frustración—. ¿Quieres decir demente? Ha llenado todas las vallas publicitarias de la ciudad con sus disculpas. Todas las emisoras de radio ponen canciones dedicadas a mí. ¡Sin mencionar las señales de tráfico y los cristales de los coches! ¿Sabías que hoy, mientras conducía al mercado, alguien me paró para preguntarme cómo podía seguir resistiéndome a todo esto? ¡No lo aguanto más!

Martin sonríe con tranquilidad, negando ligeramente con la cabeza.

—Estás exagerando, Clara.

—¿Exagerando? —Respiro profundamente, tratando de controlar mi tono—. Martin, podría abrir una floristería con la

cantidad de ramos que se han acumulado en casa. ¿Y las cartas? Ya son una pila suficientemente grande para escribir un libro.

Finalmente, él gira la cabeza hacia mí, ampliando aún más su sonrisa.

—Puedes quejarte todo lo que quieras, pero te conozco demasiado bien. Lo estás disfrutando.

Me quedo paralizada, mirándolo fijamente.

—¿Yo? ¿Disfrutarlo? ¿Estás loco?

—Yo no —me señala con su bastón—. Lo llevas escrito en la cara.

—Martin, por el amor de Dios… —Dibujo una sonrisa nerviosa y vuelvo a sentarme—. No me gusta.

Él sigue mirándome, claramente desafiándome a admitir la verdad.

—Vale, quizás solo un poco —confieso, notando cómo se me calientan las mejillas—. Y ese es justamente el problema. Ese imbécil lo está consiguiendo. Esta semana, al menos tres veces me he preguntado qué me impide cruzar la calle e ir a buscarlo.

Martin ríe suavemente, sacudiendo la cabeza.

—Quizás sea porque todavía no has decidido si quieres que sufra un poco más.

—No seas ridículo —digo poniendo los ojos en blanco, aunque él sabe perfectamente que solo intento desviar la conversación.

Thomas empieza a balbucear en la alfombra, claramente aburrido. Tomo la tableta para ponerle algún vídeo infantil, pero apenas abro la aplicación, me bombardea un anuncio.

Y, por supuesto, aparece Gabriel.

—Esto tiene que ser una broma —exclamo cuando su voz resuena por el altavoz. Una vez más, me pide perdón. El mensaje es suave, directo y, obviamente, dedicado a mí.

Martin rompe en carcajadas, golpeándose ligeramente la pierna con la mano.

—Parece que no piensa rendirse pronto.

—Esto tiene que acabar ya —digo, apagando la tableta y levantando a Thomas en brazos—. Tengo que hablar con él. Necesito hablar con él ahora mismo.

Cuando estoy a punto de marcharme, me doy cuenta de que Martin está pálido y que sus manos tiemblan levemente al intentar levantarse.

—¿Martin? —Mi tono cambia instantáneamente; el corazón se me acelera—. ¿Qué ocurre?

—No es nada —intenta restarle importancia.

—¡No me digas que no es nada! —Me arrodillo rápidamente a su lado, verificando que respire bien—. Voy a pedir ayuda.

Él me agarra suavemente del brazo, con una mirada insistente.

—Clara, estoy bien. Solo necesito recostarme un rato. —Intenta tranquilizarme, pero veo claramente las gotas de sudor que le recorren la frente, y sus manos tiemblan más intensamente. Algo va muy mal.

—No, Martin, esto no es normal. —Lo sujeto firmemente del brazo mientras intenta levantarse—. Voy a llamar a emergencias ahora mismo.

—Clara, no hace falta que… —Su voz se quiebra antes de terminar la frase, y antes de darme cuenta, se desploma sobre mí.

—¡Martin! —grito, tratando de sostenerlo, pero su peso hace que pierda el equilibrio. Cae inerte sobre el sofá con los ojos cerrados, y siento cómo el pánico se apodera completamente de mí.

Tomo el teléfono con manos temblorosas y comienzo a marcar el número de emergencias, pero antes de que pueda terminar, la puerta de la habitación se abre bruscamente.

—¡Clara! —La voz de Gabriel atraviesa la habitación, paralizándome por completo.

—¿Cómo has…? —Mi voz se quiebra al ver su figura alta e imponente entrando con rapidez.

—Llévate a Thomas, ahora mismo —ordena con decisión, dirigiéndose directamente hacia Martin sin dudarlo ni un instante. Su mirada tiene una determinación que me desarma por completo.

—Gabriel, ¿cómo supiste…? ¿Cómo llegaste aquí? —pregunto mientras corro a buscar a Thomas, que ha empezado a llorar asustado por el caos repentino.

Él no responde inmediatamente. Levanta cuidadosamente a Martin, cargándolo con una facilidad sorprendente, como si pesara menos que nada.

—Es una larga historia, Clara. Y no te va a gustar —responde secamente mientras se dirige hacia la puerta.

No puedo replicar nada. Mi corazón late desbocado, dividido entre la preocupación por Martin y la total confusión por la inesperada aparición de Gabriel. Pero ahora mismo eso no importa. Lo único que puedo sentir claramente es un enorme alivio mezclado con una profunda gratitud.

—Gracias, Dios mío… —susurro, apretando a Thomas contra mi pecho mientras sigo a Gabriel hacia el coche.

Coloca cuidadosamente a Martin en el asiento trasero, asegurándose de que esté bien acomodado antes de girarse hacia mí.

—Sube —me indica con voz firme, aunque sin rudeza, solo con una urgencia imposible de ignorar.

Me acomodo rápidamente en el asiento delantero con Thomas en brazos, sintiendo aún las lágrimas correrme por el rostro. Gabriel entra en el coche y se sienta al volante, con el rostro tenso mientras arranca el motor y nos ponemos en marcha.

Durante todo el trayecto hacia el hospital, el silencio dentro del coche resulta casi insoportable. Tengo miles de preguntas agolpadas en mi mente, pero no tengo el valor suficiente para formularlas en voz alta. Lo único que puedo hacer es observar a Martin a través del retrovisor, rezando en silencio para que todo salga bien.

65

Gabriel D'Ávila

La sala de espera del hospital está casi en silencio, salvo por los pasos amortiguados en algún pasillo lejano y la suave respiración de Thomas, que duerme tranquilamente en el carrito a mi lado. Estar aquí es extraño. Durante semanas, mi única obsesión ha sido recuperar a Clara, pero ahora, frente a una emergencia real, todo parece insignificante.

Martin permanece en su habitación, y Clara, completamente agotada, no se ha separado de él desde que llegamos. Consulto el reloj por quinta vez, intentando mantener la calma. Estoy aquí por ella, aunque por ahora lo único que puedo hacer es esperar.

Finalmente, la puerta se abre y aparece una enfermera.

—¿Clara Salgado? Puede pasar ya a la habitación. —Hace una pausa al ver a Thomas dormido en el carrito—. Pero el bebé tiene que quedarse aquí fuera.

Mi mirada busca inmediatamente a Clara, sentada un poco más allá. Se levanta lentamente, y puedo notar claramente la vacilación en su rostro. Mira hacia Thomas y luego hacia mí. Sé exactamente lo que piensa: no quiere separarse de él ni confiarme algo tan valioso. Y no la culpo.

Respira profundamente antes de mirarme a los ojos. No digo nada aún, pero por dentro ruego que decida confiar en mí.

—Clara, cuidaré bien de él. Te lo prometo. —Mis palabras salen con más emoción de la que pretendía mostrar, pero no puedo disimularla. Necesito que sepa que haré cualquier cosa para que se sienta segura.

Se muerde ligeramente el labio, duda un instante, pero finalmente asiente con suavidad. Cuando se acerca al cochecito y toma cuidadosamente a Thomas en sus brazos, algo dentro de mí se tensa. Es la primera vez que confía en mí desde nuestra separación.

Cuando se gira para entregarme al bebé, siento que el corazón se me dispara, como si estuviera a punto de escaparse de mi pecho. Las manos me tiemblan ligeramente cuando lo recibo, pero al tenerlo finalmente en brazos, una sensación indescriptible se apodera de mí. Es tan pequeño, tan cálido, tan frágil.

Thomas abre lentamente los ojos y me mira fijamente. Por un instante, es como si el tiempo se detuviera, como si todo estuviera finalmente en el lugar correcto. Mi corazón, antes acelerado, ahora parece expandirse, incapaz de contener todo lo que siento en este momento.

—Le gustas. —La voz de Clara es un susurro, cargado de sorpresa.

Miro a Thomas, que suelta un suave sonido y esboza una sonrisa torpe pero auténtica. No puedo evitar devolverle la sonrisa, a pesar de que mis emociones están completamente desbordadas.

—Hola, pequeño. —Mi voz suena ronca—. ¿Sabes lo increíble que eres?

La enfermera vuelve a llamar a Clara, que vacila, mirándonos a mí y a Thomas alternativamente. Le hago un ligero gesto con la cabeza, intentando transmitir confianza.

—Vete tranquila. No pasa nada. —Trato de sonar seguro, aunque aún estoy asimilando que Thomas esté aquí, en mis brazos, observándome como si ya supiera perfectamente quién soy.

Ella vuelve a asentir y desaparece lentamente por la puerta de la habitación, dejándome solo con mi hijo.

Le observo detenidamente, intentando memorizar cada detalle: sus largas pestañas, iguales a las de Clara, la pequeña nariz, esa sonrisa mágica. Thomas aprieta suavemente mi dedo con sus pequeñas manitas, provocando una sensación que me llena de asombro. ¿Cómo pude vivir tanto tiempo sin él?

Por mucho que lo haya intentado, nada podía haberme preparado para el poder de este instante. Es mío. Cada parte de él

forma parte también de mí y de Clara.

Cuando Clara regresa, parece aún más agotada que cuando entró, aunque noto en su rostro un leve alivio.

—Tendrá que quedarse en observación —suspira suavemente —. Quisiera quedarme con él, pero Thomas...

Su mirada vuelve inmediatamente hacia el bebé, y sé exactamente lo que está a punto de decir.

—Si confías en mí... —comienzo, eligiendo cuidadosamente las palabras— puedo llevar a Thomas a casa, acostarlo, dejarlo con Marta y Anton, y regresar con algunas cosas para ti. Quiero que estés cómoda.

Duda por un instante, y por un momento temo que va a negarse. Pero entonces baja ligeramente la cabeza y murmura, con una voz tan baja que apenas alcanzo a escucharla:

—Gracias, Gabriel.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente lo procese. Con Thomas aún sostenido en un brazo, rodeo suavemente a Clara con el otro, acercándola hacia mí. Esta vez, para mi sorpresa, no retrocede. Simplemente se deja caer en mis brazos, completamente agotada.

Cuando siento que su cuerpo comienza a temblar ligeramente, entiendo que está llorando. No digo nada, solo permanezco ahí, sosteniéndola con firmeza y ofreciéndole la seguridad que necesita.

—Lo siento tanto —susurro, dejando salir toda la sinceridad acumulada en estas simples palabras.

Clara murmura algo que no logro entender y después relaja ligeramente su cuerpo, aunque las lágrimas siguen resbalando por su rostro.

Cuando finalmente nos separamos, la miro profundamente a los ojos:

—Volveré pronto, te lo prometo. Todo saldrá bien.

Ella se limita a asentir, pero la mirada que me devuelve revela que quiere creer en mis palabras. Y eso es suficiente para empezar.

66

Clara Salgado

La puerta cruje suavemente cuando Gabriel entra sosteniendo con firmeza a Martin. La escena es tan inesperada que me quedo inmóvil en el pasillo, observando cómo lo guía cuidadosamente hasta su habitación. La presencia de Gabriel en esta casa todavía me parece surrealista, pero la ternura con la que cuida de Martin es conmovedora.

—Gracias, muchacho —oigo decir a Martin, con voz débil pero conservando su dignidad habitual.

—No tienes nada que agradecer —responde Gabriel con tono bajo, casi en un susurro, pero tan lleno de sinceridad que me oprime el pecho—. Has cuidado de mi familia, y ahora me toca devolverte algo, aunque solo sea un poco.

Mis manos, que sostienen nerviosamente la bandeja con té y galletas, se paralizan. Me apoyo contra la pared del pasillo, escuchando esas palabras, sin saber muy bien cómo procesarlas.

He esperado tanto tiempo que Gabriel entendiera lo que significa ser una familia, que actuara como parte de una, y ahora que finalmente lo demuestra, no sé cómo reaccionar.

Cuando escucho pasos acercándose a la puerta, recompongo rápidamente la expresión y entro en la habitación con la bandeja.

—He traído té y galletas —intento sonar natural, aunque la voz me tiembla ligeramente. Coloco la bandeja sobre la mesa junto a Martin y le acomodo los cojines—. Necesitas descansar.

Martin dibuja una sonrisa cansada.

—Estoy bien, querida.

Cruzo los brazos y arqueo una ceja.

—Eso mismo dijiste cuando te desplomaste en el sofá. —Mi voz se quiebra un poco al recordar la escena—. No quiero volver a pasar por eso nunca más.

Martin toma suavemente mi mano.

—Te prometo que no volveré a asustarte así.

El llanto de Thomas interrumpe nuestra conversación.

—Voy yo —dice Gabriel de inmediato, girándose para salir de la habitación.

—Tiene cólicos, Gabriel. Quizá sea mejor que vaya yo. He intentado de todo, y nada funciona —mi voz revela frustración, pero también una súplica que no intento ocultar.

—Confía en mí —responde él con una leve sonrisa.

Lo observo salir, el eco suave de sus pasos alejándose mientras acomodo nuevamente las mantas de Martin.

—Vamos, Clara —me dice Martin con ternura—. Confía en él. No va a salvar el mundo, solo va a cuidar de su hijo. Déjale involucrarse. Lo está intentando de verdad, y si algo he aprendido con los años es que, a veces, el esfuerzo vale más que cualquier certeza.

—Lo sé, Martin, lo sé, pero aún es difícil para mí. —Me siento al borde de la cama, sosteniendo su mano. Aparto la mirada, sintiendo mi corazón latir acelerado—. Tengo miedo. Miedo de que, si vuelvo a abrir esa puerta, vuelva a hacerme daño.

Martin suelta un suave suspiro y su expresión se suaviza aún más.

—Clara, ninguno de nosotros tiene garantías en la vida. Yo lo perdí todo en un instante y solo comencé a recuperarme cuando tú apareciste. Si no te hubiera dejado entrar en mi vida, seguiría perdido en esta casa vacía. —Hace una pausa, mirándome con profundo afecto—. Dale tiempo, pero ahora deja que cuide de lo suyo.

Me quedo en silencio unos instantes, observando las líneas de expresión en su rostro, llenas de genuina ternura. Finalmente, me levanto.

—Está bien. Pero iré a ver de cerca qué está haciendo.

—Buena chica —dice Martin con una sonrisa, cerrando lentamente los ojos y acomodándose contra las almohadas.

—¿Prometes que no intentarás levantarte solo?

Suelta una débil carcajada.

—Te lo prometo.

Me dirijo a la puerta, pero antes de salir, me detengo para mirarlo una última vez.

—Gracias, Martin. Por todo.

—Ve a cuidar de tu pequeño —responde él con suavidad, asintiendo hacia el pasillo.

Me dirijo lentamente hacia la habitación de Thomas. Al abrir la puerta, me quedo inmóvil en el umbral, completamente sorprendida por la escena que encuentro.

Gabriel está sentado junto a la bañera del bebé. Sus grandes manos sostienen a Thomas con una delicadeza que parece imposible. Desliza cuidadosamente sus dedos por la barriguita de mi hijo con movimientos lentos y constantes. El vapor del agua caliente envuelve la habitación, y Thomas, antes tan inquieto, ahora está relajado, con los ojitos entrecerrados, a punto de dormirse.

—¿Eres mago? —pregunto suavemente mientras entro, incapaz de ocultar el asombro en mi voz—. Si lo hubiera sabido antes, te habría contratado mucho más pronto.

Gabriel levanta lentamente la mirada hacia mí. La pequeña sonrisa en sus labios se ensancha ligeramente.

—Cuando tú quieras. Cualquier día, a cualquier hora y en cualquier lugar.

Mis labios responden automáticamente, curvándose en una sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, no siento tensión a su lado.

Con cuidado, saca a Thomas del agua y me lo entrega. Lo envuelvo suavemente con una toalla, sintiendo el calorcito de su cuerpecito contra mi pecho.

Gabriel se levanta y se acerca a la cama, preparando y organizando la ropa del bebé con tal naturalidad que parece haberlo hecho siempre.

Trabajamos juntos para vestir a Thomas, que no tarda en quedarse profundamente dormido. Salimos de la habitación en completo silencio, nuestros pasos sincronizados, como si lo hubiéramos hecho mil veces antes.

Al llegar al salón, tomo una respiración profunda, reuniendo valor.

—Tenemos que hablar —digo finalmente.

Gabriel se detiene, mirándome fijamente, pero para mi sorpresa, sacude suavemente la cabeza.

—Sí, tenemos que hacerlo. Pero no tiene que ser hoy. Estás agotada, Clara.

—Estoy bien...

—No lo estás, y no pasa nada por admitirlo. —Sonríe suavemente, pero algo en sus ojos hace que me estremezca—. Mañana estaré en el mismo lugar.

Abro la boca para protestar, pero él levanta ligeramente la mano, deteniéndome.

—Si me lo permites, volveré mañana. O si prefieres, podemos elegir otro lugar. No tiene por qué ser aquí ni en mi casa. Puede ser en terreno neutral.

—No estamos en una guerra, Gabriel —digo antes de poder evitarlo—. Creo que ya está claro que eres bienvenido aquí.

La sonrisa que ilumina su rostro me desarma por completo. Siento que acabo de decir la cosa más importante del mundo.

—Bien —dice él, con la voz cargada de emoción—. Gracias.

Por un breve instante, la distancia entre nosotros parece mínima, como si el aire a nuestro alrededor se hubiera vuelto pesado, denso, casi magnético. Siento con claridad la tensión que nos atrae mutuamente, un impulso difícil de resistir. Mi cuerpo parece moverse solo, inclinándose ligeramente hacia él. Quiero acercarme, quiero abrazarlo. Deseo tantas cosas que no puedo ni nombrar, ni comprender plenamente.

Pero logro contenerme.

Mi mente grita que me detenga, que recuerde todo lo que ocurrió antes, pero mi corazón acelerado parece ignorar cualquier lógica o precaución.

Gabriel parece tan confundido como yo. Sus ojos me observan con una intensidad profunda, pero también con una vacilación que refleja la lucha interna que debe estar viviendo. Sus manos se levantan ligeramente, como si quisieran tocarme, rozar mi rostro o tomar mis manos, pero las mantiene en suspenso, inseguras, hasta que lentamente las deja caer a sus costados.

Traga saliva con esfuerzo y exhala suavemente, un pequeño suspiro que casi me desarma.

—Hasta mañana, Clara —murmura finalmente, con voz grave, cargada de significado.

Antes de que pueda reaccionar, se acerca lo suficiente para tomar brevemente mi mano. El contacto es rápido, casi imperceptible, pero suficiente para enviar una descarga eléctrica recorriendo todo mi brazo.

Me quedo inmóvil, atrapada en ese instante, mientras él se aleja lentamente. Gabriel vacila un segundo en la puerta, girándose ligeramente para mirarme por última vez antes de salir.

Cuando la puerta se cierra tras él, el sonido parece resonar profundamente en el salón, dejando un eco de vacío y expectativa.

Permanezco quieta, mirando fijamente la puerta por la que acaba de salir, como si esperara que volviera a entrar en cualquier momento. El corazón me late tan fuerte que casi puedo oírlo en mis oídos, y mis manos tiemblan ligeramente mientras intento recuperar la calma.

Una parte de mí quiere mantener intacto el muro que construí entre nosotros. Pero otra parte, más profunda y desesperada, desea creer en cada palabra, en cada gesto y en cada promesa que Gabriel ha hecho desde que volvió.

Suspiro profundamente, cierro los ojos y trato de recomponerme, pero la presión en mi pecho no disminuye.

—Hasta mañana —me susurro a mí misma, sin saber con certeza si es una promesa o un deseo.

67

Gabriel D'Ávila

La mañana es demasiado tranquila para mi gusto. Desde que he vuelto a formar parte de la vida de Clara, cada día se ha convertido en un ejercicio constante de autocontrol. Desde aquí puedo oír la risa de Thomas en algún lugar del patio, mezclada con las voces de Thiago y Clara, los tres inmersos en una broma que no logro distinguir claramente. Estoy en el salón con Martin, que observa la escena desde la ventana con una sonrisa satisfecha y una taza de té en las manos.

Aunque sigue recuperándose, su rostro luce tranquilo y sereno mientras contempla la escena de Clara, Thiago y Thomas jugando en el patio.

—Parece que finalmente has encontrado tu lugar, muchacho —dice sin apartar la vista del jardín.

Sigo su mirada. Clara está agachada, ajustando a Thomas en su cochecito mientras Thiago sostiene un juguete, intentando distraer al bebé. La imagen hace que algo se oprima dentro de mí: una calidez intensa mezclada con la amargura de saber que esto podría haber sido mi vida hace mucho tiempo si no lo hubiera echado a perder.

—Tal vez —respondo con voz más grave de lo que pretendía.

—Son tu familia, Gabriel. Y por mucho que hayas complicado las cosas, aún estás a tiempo de arreglarlas.

Mis ojos permanecen fijos en Clara. Tiene a Thomas en sus brazos, y la sonrisa que le dedica al bebé es tan llena de amor que casi duele contemplarla.

—Eso intento hacer, Martin.

Thiago entra corriendo en la habitación, seguido muy de cerca por Clara.

—¡Papá! ¡Cuéntale a Clara lo del curso! —dice con los ojos brillantes de emoción.

—¿Curso? —pregunta Clara, entrando justo detrás, confusa pero visiblemente curiosa.

Maldita sea, Thiago. Intento mantener una expresión neutral, aunque sé perfectamente que esto me va a costar caro.

—¡Papá, díselo! ¡Dile que eres el mejor! —insiste Thiago con entusiasmo.

—¿El mejor en qué exactamente? —pregunta Clara, cruzándose de brazos y observándome con interés.

—¡En la clase de bebés! —responde Thiago de inmediato, y noto cómo se me calienta el rostro—. Todas las madres lo adoran. Dicen que debería dar clases particulares.

Clara arquea una ceja, claramente disfrutando el momento, pero también con algo más en su mirada. No es molestia, tampoco simple curiosidad. ¿Quizás celos?

—Thiago… —intento interrumpir suavemente.

—Algún día tienes que venir con nosotros, Clara —continúa él, ignorando completamente mis esfuerzos por detenerlo.

Clara me lanza una mirada que podría derretir acero sólido.

—¿Así que has estado yendo a clases para bebés?

Siento cómo el calor me sube aún más al rostro, pero consigo disimularlo con una sonrisa ligeramente nerviosa.

—Es solo un curso, nada del otro mundo —respondo rápidamente, intentando desviar la atención sirviendo más té en la taza de Martin, que no ha pedido nada y simplemente sonríe divertido.

—Hmm, parece que te has convertido en toda una celebridad, Gabriel. —La voz de Clara es dulce, pero puedo percibir claramente una nota de ironía mezclada con algo que podría ser una pequeña pizca de celos. Es discreta, pero está ahí.

—¡Así es! —Thiago responde por mí, y yo no puedo contener una pequeña sonrisa ante la situación. Clara pone los ojos en

blanco.

—Niños, voy arriba a descansar un poco —anuncia Martin al notar que nos hemos quedado en un punto muerto.

Escucho pasos que se acercan desde fuera y, justo entonces, Marta entra en la habitación con una sonrisa amable pero firme dirigida a Thiago.

—Thiago, cariño, ya es hora de tu clase online. ¿Lo recuerdas? —dice señalando el reloj de su muñeca.

Los ojos de Thiago se abren desmesuradamente, como si acabara de recordar algo urgente.

—¡Es verdad! —exclama dejando caer al suelo el juguete que sostenía—. ¿Puedo volver después, papá?

—Claro, campeón. Pero ve con Marta ahora para no llegar tarde —le digo revolviéndole cariñosamente el pelo.

Marta me saluda con un gesto rápido mientras sostiene la puerta abierta para Thiago, que ya ha salido corriendo. Clara sigue mirándome fijamente, y sé perfectamente que estoy a punto de recibir un sermón o, al menos, una buena dosis de sarcasmo.

—Entonces, Gabriel… —comienza Clara, cruzándose lentamente de brazos mientras entrecierra ligeramente los ojos.

—Deberías venir con nosotros algún día —sugiero con una sonrisa que intento que parezca relajada, aunque la verdad es que estoy mitad en broma y mitad en serio—. Thiago estaría encantado de tenerte allí.

—De ninguna manera —responde ella inmediatamente, con un tono categórico.

—Está bien —me encojo de hombros, fingiendo despreocupación—. Se lo diré a Thiago la próxima vez. Estaba muy emocionado con la idea de poder invitarte finalmente. Pero estoy seguro de que entenderá…

—¡Chantajista! —me acusa Clara, aunque una ligera sonrisa se escapa en su voz antes de que pueda controlarla.

—Sólo soy un padre preocupado por el mejor amigo de mi hijo —digo, dejando que mi sonrisa se ensanche al ver cómo su expresión se suaviza lentamente. No puedo evitarlo: cada pequeña interacción con ella me hace desear aún más momentos así.

Finalmente se ríe, relajando ligeramente los hombros, aunque pronto vuelve a ponerse seria. Inclina suavemente la cabeza y me mira directamente a los ojos.

—He notado que has estado evitando estar a solas conmigo. ¿Tiene algo que ver con el hecho de que te dije que quería hablar?

Vacilo por un instante. No quiero parecer vulnerable, pero tampoco deseo mentirle. Me paso la mano por la nuca, un gesto involuntario que hago siempre que estoy nervioso.

—Sí —admito con sinceridad antes de poder filtrarlo—. Al principio estaba muy feliz. Realmente lo estaba. Pero… —suspiro, tratando de ordenar mis pensamientos—. Me temo que quieres hablar sólo para descartar cualquier posibilidad entre nosotros, Clara. Que quieres pedirme distancia, y no quiero darte esa oportunidad. Ha sido increíble formar parte de tu vida otra vez, aunque solo sea por poco tiempo.

Ella me observa fijamente, claramente sorprendida, y el silencio se extiende por un momento que parece eterno. Puedo notar cómo se muerde ligeramente el labio inferior, con su mirada vacilando como si estuviera tomando una decisión importante.

—No —dice finalmente, y esa sencilla palabra es suficiente para hacer que mi corazón tropiece.

—¿No qué? —pregunto suavemente, sin atreverme a confiar en lo que creo haber escuchado.

—No tengo intención de rechazarte —responde, esta vez con una firmeza inconfundible en su voz, asegurándose de que la entienda claramente.

Durante un instante, me quedo completamente paralizado, sintiendo cómo una oleada de alivio me atraviesa con tanta intensidad que casi podría flotar si tomara aire profundamente.

—Clara, ¿por qué no me dijiste que ya tenías la respuesta al concurso? —La voz de Martin interrumpe nuestro momento, apareciendo desde el pasillo con un sobre en la mano.

Clara se congela en su sitio.

—Porque no voy a ir —responde, girándose rápidamente hacia él.

—¿Cómo que no vas a ir? —Martin frunce el ceño ligeramente.

—Martin, no hace ni una semana que saliste del hospital. No voy a dejarte solo con Thomas para irme un fin de semana fuera.

—Clara, eso es ridículo. Estoy perfectamente bien, y Thomas tiene un padre que vive prácticamente enfrente, y que ya ha demostrado que puede cuidarlo perfectamente.

Permanezco inmóvil, agradeciendo silenciosamente a Martin por decir exactamente lo que yo quería. Clara parece estar a punto de iniciar una discusión.

—No es Thomas quien me preocupa, Martin. No quiero correr riesgos. ¿Y si pasa algo?

—No te preocupes —intervengo aprovechando la oportunidad —. Marta, Anton, Thiago y yo podemos pasar el fin de semana aquí, cuidando de todo y haciéndole compañía a Martin.

Clara se gira hacia mí, entrecerrando ligeramente los ojos con una mirada desafiante.

—¿Quién te ha pedido tu opinión?

Me encojo de hombros sin ánimo de irritarla, pero Martin interviene antes de que pueda decir nada más.

—Gabriel será más que bienvenido, y punto final.

Clara resopla con cierta frustración, pero decide no discutir más. Sale de la habitación claramente molesta.

—Estás jugando bien tus cartas —dice Martin, mirándome con una expresión que oscila entre la aprobación y una leve advertencia.

—Sólo quiero una oportunidad, Martin. Nada más —respondo con absoluta sinceridad.

Él asiente lentamente, manteniendo una mirada firme sobre mí.

—Entonces asegúrate de no desperdiciarla.

Le sostengo la mirada con seriedad, tomando sus palabras muy en serio.

—No lo haré. Jamás.

68

Clara Salgado

Estoy en la habitación de Thomas, doblando por tercera vez la misma ropa que ya he colocado en la maleta. Sé que no necesita tanto para un solo fin de semana, pero por alguna razón siento que revisar todo nuevamente podría ayudarme a controlar esta ansiedad que me invade. Respiro hondo y observo a mi pequeño vestido con su mono azul, que ya empieza a quedarle pequeño. Ha crecido tan rápido...

—Clara, ¿sigues con eso? —pregunta Martin desde la puerta, con voz cargada de cariño y un ligero toque divertido.

—Solo estoy comprobando que no se me olvide nada —respondo sin mirarlo, doblando cuidadosamente otra prenda—. ¿Y tú? ¿Estás cómodo? ¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

—Clara, me estás poniendo más nervioso que cuando estuve en el hospital. Estoy perfectamente bien, cariño. Relájate un poco, vive tu vida —dice, haciendo un gesto con el bastón como si quisiera empujarme suavemente fuera de casa.

Suspiro, obligándome a detenerme y mirarlo directamente. Martin se ve realmente bien, fuerte incluso. No hay motivos reales para preocuparme tanto, pero es imposible apagar esa parte de mí que teme lo peor.

—De acuerdo —digo finalmente, esbozando una pequeña sonrisa—. Termino aquí y bajo enseguida.

Martin asiente con una sonrisa tranquilizadora y se marcha. Escucho su voz en el pasillo llamando a Anton para ajustar alguna cosa más. Me quedo un par de minutos adicionales, comprobando

por última vez los detalles antes de escuchar pasos y voces en el piso inferior.

Cuando bajo las escaleras, veo que Gabriel entra por la puerta, seguido por Thiago, que corre emocionado delante con una bolsa llena de juguetes. Marta camina detrás, con una sonrisa amable y tranquila.

—¡Ya estamos aquí! —anuncia Thiago, dejando caer su bolsa y corriendo directamente hacia mí para abrazarme.

—Has venido a revolucionar la casa, ¿verdad? —bromeo, abrazándolo fuerte y obteniendo a cambio una sonrisa traviesa.

—¡He venido a cuidar a Thomas, Clara! Mi padre dice que vamos a ser el mejor equipo.

Mi mirada encuentra la de Gabriel, que parece relajado, aunque noto claramente su atención fija en mí.

—Todo está listo —digo, levantando suavemente a Thomas, que duerme profundamente—. Acaba de comer, debería dormir al menos unas horas más.

Me acerco lentamente a Gabriel y le entrego cuidadosamente a Thomas.

—Tienes mi mundo en tus manos, Gabriel.

Sus ojos se elevan lentamente hacia mí, y su expresión se suaviza, aunque gana intensidad al mismo tiempo.

—Y tú te llevas el mío contigo, Clara —dice con voz baja, casi un susurro que llega directamente hasta mi corazón.

Sostiene a Thomas con una ternura absoluta, sus fuertes brazos rodean al bebé como un escudo protector, pero la vulnerabilidad en su mirada es tan evidente que me deja sin aliento.

Siento cómo un nudo se forma en mi garganta, impidiéndome respirar con libertad. Intento apartar la vista, pero no puedo. La calidez en su voz y la profundidad de sus ojos me atrapan, congelándome en un instante del que no quiero ni puedo escapar.

—Ten cuidado —continúa Gabriel, su tono aún más suave, pero igual de firme—. Puedes llamarme cuando quieras, enviarme un mensaje. Estoy aquí mismo.

Respiro lentamente, sintiendo que el aire entra en mí con dificultad, como si mi cuerpo necesitara tiempo para procesar el

peso de sus palabras. El nudo en mi garganta amenaza con transformarse en lágrimas, pero me niego a permitir que caigan. Al menos, no ahora.

Con las manos ligeramente temblorosas, me inclino hacia Thomas y le acaricio suavemente la frente, su piel cálida y suave bajo mis dedos. Se mueve ligeramente y suspira con pura satisfacción.

—Mamá volverá pronto, mi amor —susurro, con una voz tan tenue que apenas me escucho a mí misma.

Vuelvo a mirar a Gabriel, luchando contra la tormenta de emociones que se agita dentro de mí. Quiero decirle algo, quizá agradecerle o disculparme, pero las palabras se me escapan. Lo único que consigo es esbozar una leve sonrisa, casi triste, mientras tomo la maleta.

Gabriel sigue mirándome, y por un momento creo que dirá algo más. Pero en lugar de eso, acuna suavemente a Thomas contra su pecho, sosteniéndolo como si fuera lo más preciado del mundo, y me hace un pequeño gesto con la cabeza.

Ese simple gesto se siente como una promesa silenciosa, y de alguna manera alivia ligeramente el peso que llevo dentro mientras camino hacia la puerta.

Thiago se despide alegremente mientras salgo por la puerta, y Marta murmura unas palabras tranquilizadoras sobre cómo se encargarán perfectamente de todo en mi ausencia. Aunque intento resistirme, una parte profunda de mí sabe que Gabriel cuidará de todo perfectamente, incluso mejor de lo que yo podría imaginar.

Es esa certeza, tan suave pero a la vez tan firme, la que me desarma por completo, haciéndome sentir más vulnerable que cualquier duda o incertidumbre anterior. Porque, en este preciso instante, reconozco con absoluta claridad que, en el fondo de mi corazón, ya he perdonado a Gabriel.

69

Clara Salgado

Me siento en el pequeño banco de madera en el jardín del invernadero, mientras la monitora a mi lado hojea algunas notas que he tomado. Mis manos están entrelazadas nerviosamente en mi regazo, pero trato de disimularlo.

—Es un trabajo excelente, Clara —comenta ella finalmente, levantando la vista hacia mí con una sonrisa alentadora—. Tienes una sensibilidad única para tratar con las plantas. Pareces entender exactamente lo que necesitan.

Sonrío con torpeza y aparto la mirada hacia la pequeña hilera de plantones que he plantado durante la evaluación práctica.

—Empecé tarde —admito, encogiéndome ligeramente de hombros—. Nunca pensé que pudiera dárseme realmente bien. Siempre fue solo… algo que me hacía feliz, ¿sabes? Cuidar una plantita aquí, otra allá. Pero cuando vi lo del concurso, pensé que era una oportunidad. No sé si tendría valor suficiente para matricularme en una universidad.

La monitora cierra su cuaderno con suavidad y se gira completamente hacia mí, con una mirada seria pero inspiradora.

—Clara, el trabajo que has presentado es más que bueno; es excepcional. Pocas personas son capaces de transmitir tanto esmero y pasión por lo que hacen. Si quieres mi consejo, deberías considerar seriamente seguir por la vía académica. Tienes mucho potencial, y creo sinceramente que podrías destacar muchísimo.

—Gracias —respondo conmovida—. Eso significa mucho viniendo de alguien como tú.

Ella me dedica una cálida sonrisa antes de ponerse en pie, sacudiéndose ligeramente las manos para limpiarse la tierra adherida.

—Ha sido un placer evaluar tu trabajo, Clara. Espero que esto sea solo el comienzo. Ahora debo hacer otra evaluación, pero enhorabuena una vez más.

La despido con un gesto de la mano mientras se aleja, con el corazón todavía acelerado por sus palabras. Tomo mi botella de agua y bebo un sorbo, intentando procesar cada comentario, cada elogio. Pero antes de poder sumergirme más en mis pensamientos, el teléfono vibra en mi bolsillo.

Al ver el nombre de Gabriel en la pantalla, mi corazón vuelve a acelerarse, pero esta vez con preocupación.

—¿Gabriel? —contesto rápidamente.

—Clara, tienes que volver a casa ahora mismo —su voz es grave, cargada de urgencia, y noto cómo todo mi cuerpo se pone rígido inmediatamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Es Thomas? ¿Martin? —La ansiedad se dispara, y mi mente empieza a crear escenarios catastróficos.

—Lo siento, Clara —dice él ahora con voz más baja—. Hay un helicóptero de camino para recogerte. Llegará en unos minutos.

—¿Helicóptero? —Mi voz sale apenas como un susurro—. Gabriel, ¿qué está pasando?

—Es mejor que te lo explique cuando llegues. Thomas está bien. Solo… ven rápido.

Mi respiración se vuelve agitada, y el pánico empieza a apoderarse de mí. Apenas puedo procesar lo que estoy escuchando cuando un hombre con uniforme se acerca y pronuncia mi nombre.

—¿Señora Clara Salgado? El helicóptero está listo.

Lo sigo automáticamente, con la mente convertida en un torbellino de miedo y preguntas sin respuesta. Cuando los rotores comienzan a girar y el viento golpea con fuerza mi rostro, me siento dentro de un sueño confuso, de una pesadilla en la que todo se escapa de mi control.

Miro hacia atrás, viendo cómo las pequeñas plantas que he cultivado en el invernadero se hacen cada vez más pequeñas a

medida que nos elevamos en el aire. El corazón me late con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

Algo va terriblemente mal.

***

Agarro con fuerza la mano de Martin, como si eso pudiera retenerlo aquí, como si mi voluntad bastara para cambiar lo inevitable. Su palma, antes tan cálida y segura, ahora está fría, un cruel recordatorio de que el tiempo no perdona a nadie. Mi cuerpo tiembla mientras las lágrimas caen sin control, calientes y dolorosas contra mi piel.

—¿Por qué, Martin? —Mi voz es solo un susurro, quebrada y frágil—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Creíste que era justo dejarme así, sola, sin advertencia?

Mis dedos se aprietan en torno a los suyos, como si pudieran devolverle la vida a este cuerpo que siempre ha parecido tan fuerte, tan lleno de determinación y propósito.

—Lo sabías, ¿verdad? Sabías que quedaba tan poco tiempo… y no dijiste nada. —Mi respiración se ahoga entre sollozos desesperados—. ¿Creíste que era lo correcto? ¿Que dejarme sin tiempo para prepararme sería mejor?

Apoyo la frente contra su mano, sintiendo el peso aplastante de una pérdida inminente. Me falta el aire; todo lo que me rodea parece demasiado pesado para respirar.

—Me lo diste todo, Martin: una familia, un hogar… Fuiste mi refugio, mi puerto seguro, mi todo. —Mi voz se quiebra nuevamente, y más sollozos sacuden mi cuerpo—. ¿Cómo puedes dejarme ahora? ¿Cómo voy a seguir sin ti?

El sonido de las máquinas alrededor parece burlarse de mí con su regularidad, completamente indiferentes a mi desesperación. Cada segundo que pasa es una tortura insoportable.

Entonces noto un ligero movimiento en su mano. Levanto la cabeza rápidamente y veo que los ojos de Martin están abiertos,

débiles pero llenos de ese cálido brillo que siempre me ha dado fuerza y esperanza.

—Clara… —susurra, con una voz tan tenue que apenas puedo escucharlo.

Mi corazón se dispara, y sin pensarlo me inclino hacia él, envolviéndolo en un abrazo cuidadoso pero desesperado.

—¡Martin! Dios mío, estás aquí… ¡Estás aquí conmigo! Por favor…

—Querida mía… —murmura, y su mano temblorosa acaricia suavemente mi mejilla—. Tienes que ser fuerte. Por mí, por Thomas… por ti misma.

—No hables así, por favor. —Mi súplica sale mezclada con sollozos—. Vas a ponerte bien. Vamos a superarlo juntos. Siempre lo hacemos, ¿verdad? Siempre lo hemos hecho.

Niega suavemente con la cabeza, con una sonrisa triste que me rompe por dentro.

—Clara, mi amor… ya me están esperando. Mi mujer, mi hija… tengo que irme. —Sus palabras son como un golpe directo, dejándome completamente sin aliento.

—No… no, Martin. No. Ellas entenderán que te quedes un poco más. Por favor… Te necesito aquí, conmigo…

Su mano aprieta débilmente la mía, casi sin fuerzas.

—Fuiste mi familia, Clara. Mi ángel. Me diste una segunda oportunidad de amar y ser amado. Pero ahora es tu turno. No dejes que las heridas o el rencor te detengan. No cierres la puerta a tu propia felicidad. Prométemelo…

—Martin… —Mi voz se rompe cuando sus ojos comienzan a cerrarse lentamente. Su respiración se vuelve irregular hasta detenerse por completo.

—¡No! ¡No, Martin! —Mi grito resuena en la habitación, crudo y desgarrador. Me aferro a él, negándome a aceptar lo que acaba de suceder—. Por favor, no me dejes… ¡No así!

Las enfermeras entran rápidamente e intentan apartarme, pero yo me niego a soltarlo. Mis uñas se clavan en las sábanas de la cama, mientras mi cuerpo tiembla de dolor.

Entonces siento unos fuertes brazos rodeándome, alejándome suavemente. Gabriel. Me sostiene con firmeza mientras lucho desesperadamente contra esta cruel realidad.

—Se ha ido… se ha ido… —repito, con voz temblorosa y rota, incapaz de reconocerme en esa confesión de dolor absoluto.

Siento que las piernas me fallan, y Gabriel me sostiene justo antes de que pueda caer. Me derrumbo contra él, con el rostro hundido en su pecho, intentando desesperadamente escapar del peso insoportable de la realidad. Mis manos se aferran a su camisa, buscando algo sólido a lo que sujetarme mientras el mundo a mi alrededor se desmorona.

El tiempo parece detenerse. Lo único que escucho es el sonido apagado de su respiración, constante y firme, mientras su olor familiar me envuelve: una mezcla intensa de consuelo y tormento. Sus brazos me sostienen con fuerza, como si pudieran mantener unidos todos los fragmentos rotos de mi corazón.

Su calor es un escudo protector contra la fría y devastadora sensación de vacío que amenaza con consumirme por completo. Por primera vez desde que entré en aquella habitación, percibo algo diferente al dolor absoluto: una pequeña chispa de seguridad, mínima, pero suficiente para impedir que desaparezca del todo.

Sin embargo, incluso esa frágil sensación de protección es delicada e insuficiente frente a la pérdida de Martin, que es un golpe tan devastador que no sé si podré recuperarme. Se ha ido llevándose consigo pedazos de mí que jamás volverán a encajar. Mi mundo acaba de romperse en mil pedazos, y no sé si alguna vez podré repararlo.

Y aun así, mientras Gabriel me sostiene con firmeza, me doy cuenta de que él es lo único que impide que me hunda completamente.

—Por favor… no me dejes… —mi voz apenas es audible, un susurro desgarrado surgido desde lo más profundo de mi alma—. No puedo… no puedo perder a nadie más.

Siento cómo Gabriel respira profundamente. No responde con palabras, pero me estrecha aún más fuerte, como si este gesto

silencioso fuera la única respuesta posible, ofreciéndome una promesa muda e inquebrantable.

Y eso es suficiente. Por ahora, es lo único que necesito. Su presencia. Un refugio. Un puerto seguro en medio de esta tormenta devastadora que amenaza con arrastrarme para siempre.

70

Clara Salgado

Cuando cierro la puerta detrás de mí, el silencio que llena la casa de Martin es casi insoportable; un vacío ensordecedor que parece resonar en cada rincón. El dolor me acompaña como una sombra imposible de disipar.

Gabriel está a mi lado, con su brazo aún firmemente alrededor de mí, ofreciéndome un apoyo que apenas soy capaz de asimilar.

Antes de que pueda subir a cambiarme y esconderme en la cama, huyendo del dolor, veo a un hombre con un traje oscuro esperándome en el salón. Lo reconozco vagamente como el abogado de Martin, el mismo que solía visitarnos de vez en cuando.

—Señora Clara, necesito hablar con usted —dice con voz formal, aunque hay urgencia en su tono.

—Ahora no puede ser. —Mi voz suena ronca, agotada—. Acabo de enterrar a Martin... No estoy preparada para enfrentarme a nada más hoy.

—Lo entiendo perfectamente, y lamento profundamente su pérdida —hace una breve pausa y mira a Gabriel, como buscando su aprobación antes de continuar—. Pero el asunto es sumamente importante. Se trata del testamento.

Siento que las piernas casi me fallan, pero Gabriel me sostiene con firmeza, ofreciéndome su fuerza en silencio. No dice nada, solo aprieta suavemente mi mano, como si quisiera transmitir directamente su apoyo.

—¿Será rápido? —pregunto finalmente, tragando saliva con dificultad.

—Se lo prometo —asiente él con seriedad.

Sin soltar la mano de Gabriel, respiro profundamente y hago un pequeño gesto al abogado para que prosiga. Nos sentamos lentamente en el sofá del salón mientras él rebusca en su maletín, extrayendo documentos sellados y sobres cuidadosamente organizados.

—Martin le dejó todo a usted y a Thomas —dice directamente, sin rodeos, aunque la sencillez de su afirmación no resta ni un ápice de su impacto.

El corazón se me detiene por completo.

—¿Todo? —mi voz sale apenas en un susurro, incrédula.

—Así es. La casa, las propiedades, las cuentas bancarias, las inversiones, e incluso algunas colecciones valiosas de arte y antigüedades. Martin confiaba plenamente en usted, y quería asegurarse de que tanto usted como Thomas estuvieran protegidos.

Gabriel me aprieta suavemente la mano, manteniéndome anclada a la realidad, aunque siento como si el suelo estuviera tambaleándose bajo mis pies.

—Yo… no sé qué decir… —murmuro, con la garganta completamente cerrada.

—No hace falta que diga nada ahora mismo. Solo quiero que sepa que estamos aquí para ayudarla en todo lo que necesite en los procesos legales.

Asiento lentamente con la cabeza, apenas registrando sus palabras. Rica. Martin me lo dejó todo. Ahora soy una mujer rica, aunque en este momento no recuerdo haberme sentido jamás tan profundamente miserable.

—Nos ocuparemos de esto más adelante —interrumpe Gabriel con firmeza pero con suavidad al mismo tiempo—. Clara necesita tiempo para asimilar todo lo que está pasando.

El abogado asiente respetuosamente y se despide, dejando nuevamente la casa en silencio.

—Clara… —empieza Gabriel suavemente, pero levanto una mano para detenerlo.

—No, estoy bien —mi voz se quiebra al pronunciar la última palabra—. Gracias por estar aquí, pero…

—No hay ningún "pero", Clara —dice con firmeza, tomando mis manos entre las suyas con decisión—. Ahora voy a casa, me daré una ducha, ayudaré a Marta con Thomas y Thiago, y luego regresaré aquí contigo.

—Gabriel, no tienes que quedarte aquí conmigo. Yo… puedo estar sola.

—No, no puedes. —La intensidad repentina en su voz me toma por sorpresa—. Y nunca volveré a dejarte sola, Clara.

Lo miro confundida, y él continúa con determinación.

—Quizá es demasiado pronto para decir esto, pero quiero que sepas que no existe ninguna posibilidad de que te abandone otra vez. Nunca más.

Las lágrimas vuelven a inundarme los ojos, y Gabriel respira profundamente antes de proseguir.

—Quiero que vuelvas a Santo Tomás conmigo. Quiero que volvamos a ser una familia. Pero puedo esperar todo el tiempo que necesites. Y si nunca consigues perdonarme, lo aceptaré. No te amaré menos por eso, igual que no te amé menos todo el tiempo que estuvimos separados.

Me acaricia suavemente el rostro, con una mirada tan honesta que casi me deja sin aliento.

—Aceptaré lo que tú quieras darme, Clara. Si lo único que quieres es que seamos amigos, seré el mejor amigo que hayas tenido, y eso también estará bien.

Siento que se me forma un nudo en la garganta, incapaz de articular cualquier palabra. Gabriel me envuelve en un abrazo firme, cálido y protector, como si quisiera anclarme a este momento.

El tacto me resulta familiar, un refugio que reconozco en lo más profundo de mi ser, pero hay algo nuevo en él: una emoción intensa y cruda que parece desbordarse desde su interior hacia mí. No sé cómo llamarla exactamente, pero puedo sentirla latir en cada rincón de mi cuerpo.

—Gabriel… —mi voz apenas rompe el silencio entre nosotros, pero es suficiente para atraer su atención por completo. Sus ojos

encuentran los míos, tan cerca que puedo sentir el calor suave de su aliento rozar mis labios. Por un instante, el tiempo parece detenerse, como si el mundo entero estuviera conteniendo la respiración junto a nosotros.

No sé quién se mueve primero, pero nuestros rostros se inclinan lentamente hasta encontrarse en un beso suave. Al principio es leve, casi un roce fantasmal, como si ambos necesitáramos comprobar la realidad de este momento. Sus labios son cálidos y firmes, pero la delicadeza de su contacto me lleva a cerrar los ojos, permitiéndome respirar profundamente y sentir algo real, algo más allá del dolor.

El beso transmite una ternura que no esperaba. No es apresurado ni lleno de pasión descontrolada; es el encuentro de dos almas heridas, buscando consuelo la una en la otra. Gabriel desliza suavemente su mano hacia mi nuca, ofreciéndome un tacto reconfortante y protector.

Mis manos, que hasta ahora habían permanecido inmóviles, encuentran lentamente su pecho, no para apartarlo, sino para anclarme aún más cerca. El calor de su cuerpo actúa como un bálsamo contra el dolor que todavía palpita dentro de mí. El beso se vuelve ligeramente más profundo, pero sigue impregnado de cuidado y calma, como si ambos comprendiéramos instintivamente que no se trata solo de deseo, sino de encontrar un refugio seguro en medio del caos.

Cuando finalmente nos separamos, nuestros labios permanecen rozándose, como si romper por completo el contacto fuera impensable. Nuestras miradas se encuentran nuevamente, y en sus ojos veo algo que me hace sentir profundamente vista y comprendida. Es la primera vez en días que experimento algo distinto al dolor aplastante que ha dominado mi existencia.

Es consuelo. Es ternura. Es amor.

Es él, como siempre debió haber sido.

71

Gabriel D'Ávila

Estoy sentado en la cama de la habitación que Martin siempre reservaba para los invitados, con la suave luz de la lámpara proyectando sombras tenues en las paredes. El silencio en la casa resulta casi abrumador. Pienso en Clara, en la habitación de al lado, y en todo lo que está enfrentando ahora mismo. Una parte de mí quiere ir hacia ella, sostener su mano, estar cerca, pero otra parte sabe que necesita espacio.

Antes de que pueda sumergirme aún más en mis pensamientos, escucho unos golpes suaves en la puerta. Levanto la vista y la veo entrar lentamente, vacilante, vestida solo con una bata ligera.

—¿Clara? ¿Estás bien? —pregunto, poniéndome de pie enseguida.

Ella hace un gesto para que vuelva a sentarme, cierra la puerta a sus espaldas y camina hacia mí. Sin decir nada, se inclina y me besa inesperadamente.

El beso es dulce y urgente al mismo tiempo, como si intentara encontrar en mí algo que ha perdido. Mis manos van instintivamente hacia su cintura, sujetándola con cuidado mientras el beso se profundiza.

Clara sube despacio a la cama y termina sentada sobre mi regazo, con las piernas a cada lado de mi cuerpo. Sus manos recorren mi pecho y, durante un instante, parece que el mundo deja de girar. Pero entonces noto algo en sus movimientos: una

vulnerabilidad profunda y cruda, mezclada con el dolor que todavía arrastra consigo.

—Clara… —intento decir algo entre sus besos, pero ella me silencia con otro roce suave de sus labios. Sus manos empiezan a levantar la camiseta que llevo puesta, y es en ese momento cuando sujeto delicadamente sus muñecas, deteniéndola—. Espera.

Ella se retira bruscamente, confundida, con las cejas ligeramente fruncidas.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal?

—Por supuesto que no. —Mi voz es firme, pero ella ya empieza a alejarse, como tratando de crear una distancia protectora entre nosotros. La sujeto nuevamente por las muñecas, esta vez con más determinación—. Ey, mírame.

Ella alza la vista lentamente, y en sus ojos veo algo que me rompe por dentro: inseguridad y dolor.

—¿Qué pasa conmigo, Gabriel? ¿Es mi cuerpo? —Su voz está llena de dudas—. Después del embarazo, después de todo… algo está mal conmigo, ¿verdad?

Mi respuesta es inmediata. Tomo suavemente su rostro entre mis manos, acariciando delicadamente su piel con los pulgares.

—¿Te has vuelto loca, Clara? No hay absolutamente nada mal contigo. Si supieras lo que pasa por mi mente cada vez que te miro, jamás volverías a hacer esa pregunta.

—Entonces, ¿por qué me rechazas? —susurra, inclinándose hacia mí, aunque sus ojos siguen reflejando inseguridad.

Suspiro profundamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que siento.

—Porque acabas de perder a alguien importante, Clara. Estás vulnerable, y no quiero aprovecharme de eso… No podría soportar verte arrepentirte después.

Ella permanece en silencio por un instante, absorbiendo lentamente mis palabras. Luego, con un largo suspiro, coloca sus manos suavemente sobre mis hombros y vuelve a acomodarse en mi regazo.

—No puedo quedarme más tiempo en esta casa, Gabriel —dice finalmente, con voz baja y cargada de dolor—. Martin era el

alma de este lugar. Está en cada rincón, en cada objeto. Ahora que se ha ido… siento que no puedo respirar aquí. Ni siquiera puedo quedarme para honrar su memoria.

La abrazo, acariciando su espalda suavemente mientras sostengo su cintura con delicadeza. Nuestros labios vuelven a encontrarse, pero esta vez en un beso más suave, lleno de comprensión y consuelo en lugar de deseo.

Mientras nos apartamos lentamente, apoyo mi frente contra la suya y susurro:

—Si estás segura, estoy listo para llevarte a casa. A nuestra casa. Cuando estés preparada para volver.

No hay otra manera de decirlo. Quiero que vuelva conmigo, quiero que confíe nuevamente, pero también sé que estoy pidiéndole demasiado después de todo lo que ha sufrido.

Clara me mira fijamente y, por un instante, el silencio entre nosotros parece eterno. Sus ojos brillan con algo que no logro descifrar por completo; podría ser rabia, tristeza o quizás algo aún más profundo y reservado.

—Nuestra casa… —repite lentamente, casi como si estuviera probando el sonido de las palabras. Su voz es tan suave que me estremece. Sale del trance que la trajo aquí y se aleja ligeramente, aunque sigue sobre mi regazo.

—¿Crees que es así de sencillo? —Su voz está ahora cargada de emoción, mientras sus dedos aprietan suavemente la tela de mi camisa—. ¿Piensas que basta con decir «sí» para que todo se arregle mágicamente?

—No creo que sea así de fácil, Clara —respondo, sosteniendo su rostro suavemente entre mis manos para mantener el contacto visual—. Pero sé que quiero pasar cada segundo del resto de mi vida intentando arreglarlo todo. Intentando hacerte feliz.

Ella suelta una pequeña risa amarga, carente de cualquier alegría, casi dolorosa de escuchar.

—¿Arreglarlo…? —Sus ojos se humedecen, y me doy cuenta de que lleva dentro de sí mucho más dolor del que imaginaba—. ¿Crees que esto es algo que puedes arreglar, Gabriel? ¿Como si

fuera un mueble roto? Ojalá fuera así de fácil. Pero no soy algo que puedas recomponer con un poco de esfuerzo y una disculpa.

—Ya lo sé —intento tomarle la mano, pero se aleja nuevamente, esta vez poniéndose de pie—. Clara, por favor…

Ella se gira hacia mí, sus ojos ardiendo con una intensidad que me deja helado. Parece que todas sus emociones están al borde de explotar.

—Tú no lo entiendes. No tienes idea de lo que ha significado todo esto para mí.

Comienza a caminar por la habitación, moviendo las manos mientras intenta organizar sus pensamientos.

—No me rompí cuando murieron mis padres y yo era solo una niña —empieza con una fuerza que me paraliza—. No me rompí cuando mi madre enloqueció por su pérdida y terminó prostituyéndose para poder drogarse, para anestesiarse.

El pecho se me contrae con cada palabra suya. Es como si lo estuviera escuchando todo por primera vez, aunque ya conocía algunas partes de su historia.

—No me derrumbé cuando me abandonaron en un orfanato durante años, ni cuando ese mismo orfanato me abrió la puerta y me despidió con solo una mochila en la mano. —Su voz tiembla, pero no se detiene—. No me derrumbé cuando me quedé sin hogar, ni siquiera al tercer día de hambre en la calle.

Ella me mira fijamente, con lágrimas deslizándose por su rostro, pero su expresión refleja una determinación absoluta.

—Me rompí cuando conocí el amor —su voz vacila, pero continúa—. Me rompí cuando conocí el consuelo. Me rompí cuando puse mi vida en tus manos, Gabriel, y tú me destrozaste.

Cada palabra es como una daga que atraviesa mi corazón, dejándome sin aliento. Intento interrumpirla, pero ella levanta una mano con firmeza, exigiendo silencio.

—Me rompí aquella noche de Navidad, sola. Me rompí cuando miraba mi ropa y, en lugar de sentir frío, te extrañaba a ti —su voz cobra aún más fuerza—. Me rompí cuando estaba embarazada y un cliente fue grosero conmigo, pero le sonreí porque algo en él me recordó a ti.

Suelta una pequeña risa incrédula antes de proseguir.

—Me rompí cuando escuchaba la voz de tu hijo en el viento, porque lo echaba demasiado de menos. Me rompí el día que di a luz, sola en aquella habitación fría. Me rompí cuando salí del hospital sin ningún lugar adonde ir, hasta que apareció Martin.

Se detiene en seco y vuelve a mirarme directamente, su voz cargada de dolor y una fuerza que parece inagotable.

—Y me he roto cada día desde entonces, porque a pesar de todo lo bueno que empezó a ocurrir después, nunca he podido dejar de pensar en ti. Me he roto, y me rompo cada día, porque aun así no he podido olvidarte ni un solo instante. —Ahora su voz es apenas un susurro, pero cada palabra me golpea con la fuerza de una sentencia —. Pero sigo rota, Gabriel.

Me levanto lentamente, pero permanezco cerca del borde de la cama, respetando el espacio que parece necesitar desesperadamente en este momento.

—Y no fue por miedo a caer que no volví contigo de inmediato, Gabriel —continúa, su voz cargada de emoción—. Dios sabe cuánto deseaba correr a tus brazos y perdonarte con cada flor, cada carta, cada gesto tuyo. Me preguntaba constantemente qué era lo que realmente me impedía aceptar lo que siempre había deseado.

Hace una pausa breve, tomando aire profundamente, como si necesitara reunir valor para decir lo siguiente.

—Pero no he vuelto contigo porque tengo miedo —se le rompe la voz y finalmente se derrumba—. Tengo miedo de que exista un dolor peor que el que ya he sentido, y que seas tú quien me lo cause de nuevo. ¡No me queda nada más que puedas romper!

Lo único que puedo hacer es dar un paso cauteloso hacia ella, aunque no estoy seguro de que me permita acercarme. Cada palabra suya penetra profundamente en mí; cada frase es una puñalada que me muestra claramente cómo he fallado. No puedo aguantar más. No puedo seguir fingiendo fortaleza.

—Clara… —mi voz se quiebra y las lágrimas que he estado conteniendo finalmente caen sin control. Ya no me importa parecer fuerte—. Tienes todo el derecho a sentirte así. Todo el derecho a

odiarme. Merezco cada palabra que has dicho, pero por favor, escúchame…

Ella está de pie frente a mí, hermosa incluso en su dolor, increíblemente fuerte aunque diga que está rota. Sé que está a punto de huir, de encerrarse nuevamente en sí misma, y no puedo permitir que eso suceda.

—Te amo. —Las palabras salen con una fuerza que me sorprende incluso a mí mismo, como si fuera una confesión retenida durante años—. Te amo de una manera que me asusta, que me consume. Sé perfectamente que eso no es suficiente para arreglar todo lo que hice. Sé que las palabras no bastan.

Doy otro paso adelante y me arrodillo frente a ella. No es teatral, es completamente instintivo. No puedo permanecer de pie mientras ella soporta tanto peso y dolor. Necesito que vea que estoy aquí, vulnerable, dispuesto a todo.

—Cometí un error enorme, y pienso pasar cada día del resto de mi vida intentando compensarlo, intentando demostrarte que nunca debí alejarme, que nunca debí dudar de ti.

Alzo la vista, encontrándome con sus ojos húmedos, mientras mis manos temblorosas toman suavemente las suyas.

—Si me das una sola oportunidad, Clara, te protegeré incluso de mí mismo si hace falta. Te amaré como mereces ser amada, sin condiciones, sin reservas. Nunca soltaré tu mano, nunca te dejaré sola ni un instante más. Quiero reconstruir todo lo que destruí. Quiero ser el hombre que mereces, el padre que Thomas merece.

Mi voz se rompe, y el silencio que sigue solo está lleno por el sonido entrecortado de su respiración agitada. Pero no me detengo.

—Si vuelves a caer, estaré ahí para sostenerte. Si tienes miedo, estaré ahí para tranquilizarte. Y si ahora mismo no me crees, no importa, porque te lo demostraré, Clara. Cada día, durante el resto de mi vida, te demostraré que nunca más tendrás que enfrentarte al dolor sola.

Ella cae lentamente de rodillas frente a mí, y sus ojos llenos de lágrimas buscan los míos. Mis manos sujetan las suyas con fuerza, tratando de transmitir todo lo que siento y más.

—Clara, por favor… —se me quiebra nuevamente la voz, la intensidad del momento casi me supera—. Permíteme demostrártelo. Aunque sientas que ya no puedes confiar, aunque no puedas perdonarme ahora… puedo amar por los dos mientras sea necesario. Puedo esperar. Solo necesito una oportunidad, solo una.

Mi respiración es agitada, y mis palabras salen cargadas de emoción y desesperación.

—Te amo, Clara. Siempre lo he hecho. Incluso cuando estaba lejos, incluso cuando intentaba olvidarte, incluso cuando pensé que ya no merecía soñar contigo. Mi amor por ti no depende de nada más; simplemente existe.

Tomo su rostro delicadamente entre mis manos, secando sus lágrimas con mis pulgares.

—Permíteme quedarme. Déjame cuidar de ti y de Thomas. Déjame intentarlo.

Ella solloza suavemente, y su mano sube lentamente hasta cubrir la mía, presionando mi palma contra su mejilla húmeda.

—Yo… —vacila, pero en sus ojos brilla algo nuevo, algo que parece más fuerte que todo el dolor acumulado hasta ahora—. Yo también te amo, Gabriel.

Sin pensarlo, la abrazo inmediatamente, estrechándola contra mí como si el mundo dependiera de ello.

—No tienes idea de cuánto he esperado volver a escuchar esas palabras —mi voz es ronca y llena de emoción, mientras ella se acurruca contra mi pecho y sus lágrimas mojan suavemente mi hombro—. Nunca voy a dejarte, Clara. Nunca más.

Le doy un suave beso en la frente, y cuando levanta lentamente la mirada hacia mí, nuestros ojos vuelven a encontrarse. Ya no hay dudas ni inseguridades entre nosotros.

Me inclino hacia ella, mis manos acariciando su rostro con una delicadeza casi reverente, como si temiera que pudiera desvanecerse en cualquier instante. Nuestras miradas se cruzan durante un breve segundo, y finalmente nuestros labios se unen nuevamente.

No es solo un beso: es todo lo que ambos hemos guardado dentro durante demasiado tiempo. Es cada sentimiento reprimido,

cada palabra jamás pronunciada. Es una confesión silenciosa, una súplica y una promesa al mismo tiempo.

Siento cómo su calor se funde con el mío, cómo las lágrimas que aún recorren su rostro se mezclan con nuestro beso. Mi mano se desliza suavemente hasta la base de su cuello, mientras la otra permanece en su mejilla, sujetándola como mi única ancla en este mundo.

Cada movimiento es una muda petición de perdón y una silenciosa declaración de amor. Intento transmitirle todo lo que siento, cada fragmento de arrepentimiento y esperanza, cada parte de mí que cree firmemente que aún podemos estar juntos.

Cuando finalmente nuestros labios se separan, nuestros rostros permanecen muy cerca, respirando el mismo aire, con los corazones latiendo en un ritmo compartido. No decimos nada, porque en este momento ninguna palabra podría expresar lo que acabamos de compartir.

72

Clara Salgado

Estoy rodeada de cajas y cintas adhesivas cuando suena el timbre. Me levanto rápidamente, limpiando las manos en mis pantalones, y pensando que tal vez Gabriel volvió antes de lo previsto del mercado. Pero al abrir la puerta, me encuentro con tres rostros conocidos, cada uno luciendo una sonrisa enorme.

—¿Dónde está? —pregunta Adrian, entrando en la casa sin esperar permiso, como si fuera el dueño del lugar.

—¿Quién? —pregunto, confundida.

—Gabriel, claro —responde Dante, echando un vistazo alrededor—. Hemos venido a patearle el trasero.

Víctor cruza los brazos, asintiendo solemnemente.

—Se lo merece, no hay excusa para semejante estupidez. Pero también debes perdonarlo después de unos cuantos meses en el hospital. Quizás así vuelva a la normalidad.

No puedo evitarlo. Una carcajada escapa de mis labios, espontánea y genuina.

—Están siendo ridículos —les digo, negando con la cabeza mientras intento no seguir riéndome.

—En absoluto, estamos siendo muy prácticos —replica Dante con las manos metidas en los bolsillos—. Ya no soportamos más al irritante y quejica de Gabriel. La idea de que se mudara fue pésima. Perdimos a nuestro amigo, así que ya basta, Clara. Debemos resolver esto de una vez por todas.

Adrian suspira teatralmente.

—Es el peor Gabriel de la historia. Nadie lo aguanta. Entonces, ¿qué opinas? ¿Le damos una paliza, lo perdonas y luego todos volvemos a casa?

Vuelvo a reír, ahora con más ganas. Su ligereza es contagiosa, y me doy cuenta de lo mucho que echaba de menos reír así.

—Han llegado tarde —respondo aún con una sonrisa—. Ya decidí perdonarlo. No hace falta violencia, gracias.

Los tres intercambian miradas fingidamente frustradas.

—¿De verdad? —pregunta Víctor con una sonrisa traviesa.

—En serio, Víctor. Pero llegaron justo a tiempo para ayudarme a empacar todo esto —les respondo, señalando las cajas aún desmontadas.

—Entendido —dice Dante con una sonrisa resignada mientras Adrian toma rápidamente una de las cajas.

—¿Gabriel sabe que están aquí? —pregunto, sorprendida de que no me haya dicho nada al respecto.

—Claro que no —responde Dante con naturalidad—. Pasamos aquí primero porque, si lo supiera, se inventaría alguna excusa para impedirnos venir. Fuimos directamente al objetivo principal.

Sonrío nuevamente, sintiendo una cálida oleada en mi pecho. Es evidente lo mucho que los amigos de Gabriel se preocupan por él y, en cierto modo, también por mí.

***

Una vez terminamos de empacar la mayoría de las cosas, los cuatro caminamos juntos hasta la casa de Gabriel. Es la primera vez que voy allí.

Adrian, Dante y Víctor charlan animadamente entre ellos, intercambiando bromas y risas. Al llegar a la puerta, Adrian la abre sin titubear, como si viviera allí. Abro mucho los ojos sorprendida, pero antes de que pueda decir nada, Víctor se encoge de hombros.

—Somos prácticamente familia —dice con un guiño amistoso.

Entramos, y la casa es exactamente como la había imaginado: acogedora, pero con detalles del sofisticado estilo propio de Gabriel. Todo está perfectamente ordenado, aunque hay una calidez en el ambiente que me hace sentir inmediatamente como en casa, incluso siendo la primera vez que estoy aquí.

Seguimos las voces que provienen del piso de arriba. Al subir las escaleras y girar hacia el pasillo, veo a Gabriel y a Thiago en una habitación. Están arrodillados en el suelo, desmontando lo que claramente era una cuna. Mi corazón da un pequeño salto al ver a Gabriel tan concentrado, mientras Thiago sostiene pequeñas piezas, intentando ayudar. Ambos están de espaldas a la puerta, sin notar nuestra presencia.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Dante con su voz fuerte y divertida, haciendo que ambos se sobresalten.

Gabriel se gira primero, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, doy un paso adelante, ignorando las miradas cómplices de sus amigos. Es entonces cuando realmente observo la habitación, y mis manos comienzan a temblar ligeramente al notar los detalles: el delicado papel pintado en tonos pastel, las estanterías cuidadosamente llenas de juguetes y libros infantiles, y la cuna que estaban ajustando.

—Esta habitación… —mi voz se rompe ligeramente, obligándome a aclararme la garganta antes de continuar—. ¿Preparaste una habitación para Thomas?

Gabriel baja la vista por un instante, antes de volver a mirarme directamente a los ojos.

—Sí. Yo… pensé que él también merecía tener un espacio aquí, por si venías de visita. Quería que se sintiera como en casa, que tuviera algo suyo en este lugar.

Siento que mis piernas se debilitan con la intensidad de su confesión. Preparó un cuarto completo para nuestro hijo, aun sin la certeza de que alguna vez sería necesario. Esa atención a los detalles, ese cariño…

Thiago, percibiendo mi emoción, se acerca rápidamente y toma mi mano con delicadeza.

—Está genial, ¿verdad? Yo ayudé a armarlo —dice con orgullo.

En ese instante me invaden múltiples emociones: gratitud profunda, un amor incontrolable, y una leve punzada de culpa por haber dudado, aunque fuese por un momento, del compromiso de Gabriel.

—Está perfecto —logro responder finalmente, con la voz temblando ligeramente.

Adrian, Víctor y Dante, notando la intensidad del momento, comienzan a retirarse discretamente, intercambiando miradas de satisfacción y complicidad. Cuando finalmente quedamos solos en la habitación, Gabriel da un paso lento hacia mí.

—Yo… —comienza, dudando un poco y pasando nerviosamente una mano por su nuca—. No hice esto para presionarte, Clara. Solo quería que supieras que este también es su hogar. Siempre lo será.

—Gracias —respondo casi en un susurro, con la voz cargada de sentimientos que amenazan con desbordarse en cualquier momento. Me aclaro nuevamente la garganta, intentando recuperar la compostura, y logro esbozar una sonrisa pequeña pero sincera—. Además, ahora tenemos refuerzos para terminar con todo lo que falta empacar —añado en un esfuerzo por aliviar la tensión—. Seguro que ahora iremos mucho más rápido.

La expresión de Gabriel se suaviza al instante, y sonríe con esa sonrisa especial que siempre consigue desarmarme, la que transforma incluso el día más gris en algo brillante y cálido.

—Sería más rápido si me hubieras dejado contratar una empresa especializada —dice con ironía, cruzando los brazos mientras me mira con un brillo travieso en los ojos.

—¿Con tantos hombres fuertes alrededor? Lo que me faltaba. —replico, burlándome ligeramente.

Da un paso más cerca, reduciendo peligrosamente la distancia entre nosotros.

—Como usted diga, señora —susurra, inclinando exageradamente la cabeza en una reverencia burlona que logra sacarme una carcajada.

—¡Exactamente! —respondo, aún riendo suavemente. Gabriel aprovecha ese instante para envolverme en un fuerte abrazo.

—Clara… —susurra, con un tono más profundo y lleno de intención—. Muero por besarte de verdad, encerrados en una habitación… sin nadie alrededor.

Mi corazón comienza a latir aceleradamente, e intento contener la sonrisa que lucha por escaparse de mis labios, aunque fallo estrepitosamente.

—¿Y qué crees que es esto? —pregunto señalando la habitación vacía a nuestro alrededor, tratando de sonar indiferente, aunque el rubor en mis mejillas me delata completamente.

Él inclina ligeramente la cabeza, y su sonrisa traviesa se ensancha aún más.

—¿Esto? Esto fue solo un aperitivo —responde antes de atraparme dulcemente entre sus brazos y capturar mis labios con los suyos.

El primer contacto de nuestros labios es electrizante, y pronto se convierte en una ola de calor que se extiende por todo mi cuerpo. Mis manos, que antes descansaban ligeramente sobre sus brazos, aprietan ahora con fuerza los músculos firmes bajo mis dedos, buscando más cercanía.

Un estremecimiento delicioso me recorre, formando un nudo dulce y torturante en mi estómago mientras sus labios se mueven contra los míos con firmeza y cuidado a la vez. Mi pecho sube y baja aceleradamente, presionándose contra el suyo, y puedo sentir claramente el frenético latido de su corazón donde nuestros cuerpos se tocan.

Cuando su mano se desliza hacia mi cintura para acercarme aún más, un gemido involuntario escapa de mi garganta. Intento contenerlo, pero es inútil. Gabriel responde apretándome ligeramente la cintura, como si estuviera tan perdido en mí como yo en él.

Mi piel arde con su tacto, mi corazón late desbocado, y una necesidad intensa e irresistible comienza a recorrerme las venas. Todo mi cuerpo busca acercarse más a él, deseando más,

necesitando más, pero Gabriel se aparta de repente, respirando entrecortadamente.

—Tenemos que parar antes de que alguien entre… o antes de que yo muera —dice con voz ronca, cargada de un humor que intenta ocultar algo más intenso detrás.

Río, ligeramente confundida, y al notar su mirada, sigo su línea de visión hacia abajo. El bulto evidente e indisimulado en sus pantalones hace que una risa más fuerte escape de mis labios.

Me cubro rápidamente la boca, intentando controlar la carcajada.

—Lo siento, pero… creo que no puedo ayudarte con eso en este momento.

Gabriel arquea una ceja y una sonrisa completamente provocadora aparece en su rostro. Antes de que pueda apartarme, él me sostiene con firmeza, colocando sus grandes manos en mi cintura, girándome suavemente hasta presionarme contra la pared. Mi risa muere al sentir su cuerpo pegado al mío, su evidente excitación presionando con fuerza mi espalda.

—¿Segura de que no puedes ayudarme? —murmura cerca de mi oído, y sus labios encuentran lentamente la curva sensible de mi cuello.

El calor de su boca me provoca escalofríos desde los pies hasta la cabeza, mientras deja suaves mordiscos y besos posesivos sobre mi piel. Mis manos buscan desesperadamente apoyo en la pared frente a mí, y otro gemido escapa de mis labios, esta vez más profundo.

—Gabriel… —intento protestar, pero mi voz suena débil y completamente entregada. Sus manos suben lentamente hasta mis pechos, apretándolos firmemente, sin ninguna delicadeza. Mi cuerpo reacciona inmediatamente, arqueándose hacia él, sintiendo claramente la oleada de calor y deseo entre mis piernas.

—La casa está llena de gente… —consigo susurrar con voz temblorosa, pero poco convincente.

Él ríe suavemente contra mi cuello, con un sonido ronco y descarado.

—Ahora mismo me importa bastante poco —susurra, descaradamente honesto, mientras sus manos continúan explorando mi cuerpo con insistencia.

—¡Gabriel! —intento sonar firme, pero es imposible cuando él sigue besando y mordisqueando suavemente mi cuello, presionándose aún más contra mí. Finalmente, se detiene lo suficiente para mirarme, sus ojos oscurecidos por el deseo.

—Sal de aquí, Clara —me ordena con voz profunda, llena de una promesa que hace temblar mis piernas—. Sabes perfectamente lo mal que se me da resistirme a ti.

Mi cuerpo aún arde con su contacto, pero consigo separarme lentamente, lanzándole una última mirada cómplice por encima del hombro mientras bajo las escaleras, riendo suavemente y ya deseando volver corriendo a sus brazos.

73

Gabriel D'Ávila

La piel me arde en cada lugar donde sus uñas me han marcado, pero el calor que me consume ahora nada tiene que ver con el dolor. Es su calor el que me envuelve, el movimiento de sus caderas una combinación perfecta entre provocación y necesidad. Clara, jadeante sobre mí, se mueve con una intensidad que me hace olvidar hasta cómo respirar. Su pelo revuelto enmarca su rostro ruborizado, mientras sus labios entreabiertos liberan gemidos suaves que parecen vibrar directamente contra mi piel.

Cada ascenso y descenso de su cuerpo sobre el mío es como un golpe certero, como si conociera exactamente los límites de mi resistencia y estuviera decidida a romperlos todos. Sus músculos tensos me rodean, aprisionándome en una sensación de placer tan crudo que estoy al borde de perder todo control.

Mis manos recorren la firmeza de sus muslos y suben lentamente hasta sus caderas, guiándola sin prisa, aunque cada célula de mi cuerpo suplica que tome el control definitivo.

—Así... qué hermosa te ves cabalgando sobre mí —mi voz es ronca, casi como un gruñido.

Ella arquea el cuerpo hacia mí, ofreciéndome sus pechos como una invitación irresistible que acepto de inmediato. Mi boca encuentra su pezón rígido, chupando suavemente antes de darle pequeños mordiscos, mientras mis manos continúan explorando las curvas perfectas de su cuerpo. El gemido que escapa de su garganta es la melodía más hermosa que jamás escuché.

—¿Te gusta? —pregunta ella con tono desafiante, sonriendo provocadoramente, aumentando así mi excitación.

—Maldita sea, Clara... —susurro, completamente rendido.

Ella muerde su labio inferior, intensificando aún más su ritmo, con las manos agarrando mis hombros como si fueran su único apoyo en medio de este frenesí. Puedo ver cómo una fina capa de sudor se desliza por la delicada curva de su cuello, despertando en mí un deseo irresistible de probar cada gota.

Ya no puedo limitarme a contemplarla. Mi cuerpo reacciona antes de que pueda decidirme, incorporándome para acercarla aún más. Nuestra unión se hace más profunda, y ella responde con un grito ronco que resuena contra mi pecho, llevándome al límite.

—Dios, Gabriel… así… —Sus palabras se pierden en un gemido profundo cuando comienzo a embestir contra ella, buscando una conexión aún más intensa.

Mis manos la sujetan con fuerza, apretando suavemente la piel de sus glúteos, guiando cada movimiento mientras nuestros cuerpos chocan en un ritmo implacable, ignorando cualquier límite o cordura.

—Más rápido, por favor… —me suplica, y no puedo negarle nada cuando me mira así.

Mis caderas se mueven más intensamente contra las suyas, creando un ritmo frenético. El sonido húmedo de nuestros cuerpos llenando la habitación se mezcla con sus gemidos suaves y mis gruñidos profundos.

—Mírame —le ordeno con respiración ronca y entrecortada, acercándome aún más a su oído. Mi voz lleva la autoridad que solo ella es capaz de despertar en mí, mezclada con una súplica apenas perceptible.

Sus movimientos disminuyen ligeramente, como si mis palabras hubieran tocado algo profundo en ella. Lentamente, Clara levanta la cabeza, y nuestros ojos se encuentran. La conexión es tan visceral, tan absoluta, que una descarga eléctrica me atraviesa por completo.

—Así —susurro, más como un rugido contenido—. Quiero verte a los ojos cuando te vengas para mí.

Ella gime, un sonido bajo y desesperado que vibra en cada fibra de mi cuerpo. Mis dedos se deslizan entre nosotros, buscando el pequeño punto sensible y palpitante que la hará estallar. Apenas rozo su clítoris hinchado y sensible, ella jadea, abriendo más los ojos y moviendo involuntariamente las caderas, buscando más contacto.

Comienzo a dibujar círculos lentos y precisos con mi pulgar. Cada movimiento de mi mano provoca un nuevo temblor en ella, generando nuevos sonidos deliciosos que escapan de sus labios entreabiertos.

—Gabriel… yo… —Su voz se rompe, sin aliento, mientras su cabeza cae hacia atrás, exponiendo nuevamente su cuello tentador.

Pero no le permito apartarse. Tomo su barbilla con mi mano libre y la obligo suavemente a mirarme de nuevo.

—No —le ordeno en voz baja, tan cerca de su boca que nuestros labios casi se tocan—. Mírame.

Finalmente, mi boca captura la suya, devorando cada gemido y suspiro como si fueran el oxígeno que necesito para sobrevivir. El beso es feroz, desesperado, y puedo ver en sus ojos cómo se transforma en éxtasis puro.

—Eso es, amor. Ven para mí. Quiero sentir cómo te deshaces.

Su cuerpo se arquea con fuerza contra el mío, sus músculos se tensan alrededor de mí de una manera tan intensa que amenaza con destruirme. Ella grita mi nombre, una mezcla perfecta entre súplica y rendición absoluta.

Mi visión se nubla, envuelto completamente por mi propio placer. Cada músculo se contrae, cada nervio se dispara, mientras me sumerjo en ella una y otra vez hasta que una descarga eléctrica comienza en la base de mi columna, extendiéndose a través de mi cuerpo. Mi abdomen se contrae violentamente, y un gruñido gutural escapa de mi garganta.

—Joder, Clara… —Las palabras se rompen, consumidas por la intensidad del orgasmo.

Cada latido se transforma en pulsaciones calientes que se derraman dentro de ella, dejando una marca invisible, una declaración silenciosa de que ella me pertenece y que jamás podrá ser de nadie más.

Sus brazos me envuelven aún más, reclamando también algo mío, manteniéndome cerca mientras los últimos temblores del placer me sacuden. Mi cuerpo sigue enterrado en ella, percibiendo el calor, la conexión absoluta que compartimos. Mi mente es ahora un caos silencioso, un espacio donde solo existe ella, donde solo existimos nosotros.

Ella inclina suavemente su rostro hacia mí, respirando todavía agitadamente, y sus dedos recorren lentamente mi cuello.

—Me destrozas, Clara —susurro finalmente, cayendo rendido a su lado, trayéndola suavemente contra mi pecho mientras nuestras respiraciones intentan sincronizarse.

Sonríe contra mi piel, dibujando suaves líneas con sus dedos.

—Solo te devuelvo el favor.

Por un instante, nos quedamos así, respirando juntos, envueltos en nuestra pequeña burbuja de placer. Mis labios encuentran lentamente los suyos, en un beso lento, tranquilo y delicado, una danza serena después de la tormenta apasionada que acabamos de vivir.

Su lengua acaricia la mía, y aunque todo en mí desea comenzar nuevamente, recuerdo lo que he planeado, lo perfecto que quiero hacer este momento para ella.

—Ponte algo encima. Quiero que abras tu regalo antes de que los niños se despierten.

Ella ríe suavemente contra mi boca, y la dulzura de su sonido me hace sonreír.

—Gabriel, es Navidad. Los niños se acostaron tarde anoche. No se despertarán tan temprano.

—Vamos, muévete —insisto divertido, deslizando mi mano hacia la curva perfecta de su trasero y dándole una palmada firme, lo que provoca un jadeo seguido de una carcajada, mientras ella gira su rostro hacia mí con ojos brillantes.

—¡Está bien, está bien! Pero voy a darme una ducha primero.

—No, no lo harás —digo, agarrándola del brazo antes de que pueda levantarse. Mis dedos recorren lentamente su piel aún tibia—. Quiero verte así, con nuestro sexo sobre tu cuerpo.

Me lanza una mirada incrédula, riendo entre asombrada y divertida.

—Te estás volviendo más depravado cada día, ¿lo sabes?

—Y a ti te encanta.

Ella rueda los ojos, pero obedece, poniéndose una bata que recoge del rincón de la habitación y atándola con un nudo flojo. Bajamos juntos las escaleras en silencio, con pasos suaves para no despertar a nadie. El resplandor cálido de las luces navideñas llena el salón, y el árbol que decoramos juntos luce aún más hermoso que anoche, aunque quizás solo sea la emoción de este instante.

Me detengo junto al árbol, tomando suavemente su mano y acercándola.

—Elige un adorno —le indico, señalando hacia la decoración navideña.

Ella me mira algo confusa, pero obedece, deslizando lentamente sus dedos entre las ramas y analizando las opciones hasta que toma una esfera dorada que refleja la tenue luz de la habitación.

—¿Esta?

—Sí —confirmo, con el corazón latiendo más rápido de lo habitual.

Ella gira lentamente la pequeña esfera entre sus manos, hasta descubrir la pequeña abertura oculta. Al abrirla, sus ojos se abren ampliamente por la sorpresa.

—Gabriel…

Dentro del adorno hay un anillo: un delicado diamante rodeado de detalles que elegí especialmente pensando en ella.

Antes de que pueda decir algo más, me arrodillo frente a ella, tomando su mano, que ahora tiembla ligeramente entre las mías.

—Clara, eres mi luz, mi salvación. Desde el día que entraste en mi vida no volví a ser el mismo. Y no quiero volver atrás. Quiero que te quedes conmigo para siempre; como mi mujer, mi esposa, la madre de mis hijos, la dueña absoluta de cada parte de mi existencia. ¿Quieres casarte conmigo?

Me observa intensamente por un segundo, con los ojos llenos de lágrimas, hasta que finalmente sonríe con esa sonrisa única que

ilumina todo mi mundo.

—Sí, Gabriel. Sí, mil veces sí.

Me pongo en pie, besándola profundamente mientras deslizo suavemente el anillo por su dedo. Su mano sigue temblando ligeramente mientras contempla emocionada la joya, admirando cómo brilla bajo la luz del árbol. Pero entonces, frunce el ceño ligeramente y ríe.

—Espera un momento. ¿Cómo sabías que elegiría justo esa esfera?

Titubeo un poco, sintiendo que el calor sube rápidamente hasta mis mejillas.

—No lo sabía… exactamente.

Ella entrecierra los ojos, sospechosa, y toma otro adorno, abriéndolo rápidamente. Dentro, encuentra otro anillo, diferente al primero, pero igualmente hermoso.

—¡Gabriel!

Ahora ríe abiertamente, tomando tres esferas más y descubriendo en cada una otro anillo diferente, único.

—¿Te has vuelto loco?

Suspiro, intentando conservar algo de dignidad, aunque sin mucho éxito.

—Esta vez, no pude decidirme. Así que… los compré todos.

Me observa atónita, moviendo la cabeza en clara incredulidad.

—¿Esta vez?

El peso del pasado cae sobre mí, y comprendo que ha llegado el momento de decirle toda la verdad. Tomo suavemente sus manos, volviéndome más serio.

—La Navidad en la que nos separamos… iba a pedirte que te casaras conmigo.

Ella se queda inmóvil, mirándome en silencio por un instante antes de susurrar:

—¿Dónde está ese anillo?

—Está con tus cosas, en tu antigua habitación, en el ático.

Sin perder tiempo, me toma de la mano, arrastrándome escaleras arriba con una determinación que me hace sonreír.

Subimos juntos y, al llegar al ático, rebuscamos entre cajas y recuerdos hasta que ella encuentra la pequeña caja negra.

Cuando la abre lentamente, su rostro se suaviza aún más, y veo cómo sus ojos se llenan de una emoción profunda y auténtica.

—Es hermoso —susurra emocionada.

Sin vacilar, se pone el anillo antiguo junto al que acaba de aceptar, extendiendo la mano frente a ella para admirar ambos.

—Perfecto —dice finalmente con voz cargada de ternura, antes de girarse hacia mí con los ojos brillantes.

Sus brazos rodean mi cuello, y el beso que compartimos es mucho más que una simple muestra de cariño. Es una promesa, una silenciosa declaración de que el futuro que construiremos juntos será tan brillante como la luz que ahora nos envuelve.

—Te amo, Gabriel.

—Y yo te amo a ti, Clara. Para siempre.

Epílogo 1

Clara Salgado

Me despierto con una sensación de calor; algo suave y húmedo recorre lentamente la curva de mi cuello. Mi cuerpo despierta poco a poco, y cuando abro los ojos veo a Gabriel inclinado sobre mí, sus labios moviéndose perezosamente sobre mi piel.

—Gabriel... —murmuro aún algo dormida, pero él no se detiene.

Me besa lentamente hasta el hombro, apartando suavemente el tirante de mi camisón.

—¿Llevas mucho tiempo despierto? —pregunto, con voz ronca por el sueño.

No responde. En cambio, desliza su mano bajo la sábana, encontrando la curva pronunciada de mi vientre, deteniéndose allí con firmeza pero con una ternura que me hace suspirar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —bromeo, intentando sonar seria, aunque fallo estrepitosamente cuando él continúa trazando caminos con sus labios sobre mi piel.

—Disfrutando de la vista —responde, alzando finalmente los ojos hacia mí con esa sonrisa que nunca pierde el poder de desarmarme.

Su mano acaricia lentamente la piel sensible de mi abdomen, ahora grande y redondeado. Sus dedos exploran con calma, provocando en mí una oleada cálida que trato inútilmente de disimular.

—Creía que eran las hembras las que entraban en celo, no los machos —comento con una ceja alzada cuando él se inclina para

besar suavemente mi vientre—. Pero parece que desde que estoy embarazada no puedes acercarte sin querer llevarme a la cama.

Él ríe por lo bajo, y la vibración de ese sonido contra mi piel hace estremecer mi vientre.

—Nunca pensé que podría encontrarte más atractiva de lo que ya eras —confiesa, con un tono ronco que me hace reaccionar inmediatamente—. Pero llevando a mis hijas dentro de ti… Dios mío, Clara, es lo más hermoso del mundo.

Su mirada está fija en la mía, y no tengo duda de la sinceridad absoluta de sus palabras.

—Te deseo todo el tiempo —continúa, mientras sus labios siguen recorriendo mi piel—. Pero si eso te incomoda, amor, puedo parar. No soy un cavernícola.

La carcajada que escapa de mi garganta es espontánea.

—¿Eso lo dices tú? ¿El hombre que me despierta quitándose la ropa para meterse en mi cama?

Él sonríe contra mi piel, con esa expresión depravada que me roba la respiración por completo.

—No escucho ninguna queja.

Y tiene razón. No hay queja alguna.

Sus besos descienden lentamente, volviéndose meticulosos. Traza un camino delicado sobre la curva pronunciada de mi vientre, murmurando palabras que no logro distinguir, pero que siento profundamente. Al llegar a la línea sensible entre mis muslos, se detiene apenas un instante, mirándome con esa sonrisa que me hace sentir que soy lo único en su mundo.

Sus manos grandes sujetan mis muslos, separándolos suavemente, mientras sus labios encuentran lentamente mi centro.

—Gabriel… —mi débil protesta muere rápidamente al sentir cómo su lengua comienza a deslizarse sobre mí, lenta y deliberadamente.

Empieza despacio, explorando cada centímetro como si tuviese todo el tiempo del mundo. La presión es precisa y deliciosa, el calor de su boca me envuelve y hace que mi cuerpo se arque involuntariamente hacia él.

—Eres tan dulce, Clara… —murmura contra mi piel, y la vibración de su voz me arranca un gemido.

Mis dedos se enredan en las sábanas, aferrándome con fuerza mientras su lengua dibuja un recorrido lento y tortuoso. Se desliza sobre mi clítoris primero con movimientos suaves, luego aumentando la presión hasta casi hacerme perder la razón.

Mi cuerpo responde solo, mis caderas se alzan hacia él buscando desesperadamente más placer. Los sonidos que escapan de mi garganta son gemidos cortos, jadeantes, mezclados con el latido acelerado de mi corazón.

Él cambia el ritmo, su lengua realiza círculos perfectos y precisos, explorando meticulosamente cada zona sensible, decidido a conocer cada reacción mía.

—Gabriel… —jadeo su nombre, y mi voz es apenas audible.

No responde, pero intensifica su contacto, succionando mi clítoris suavemente mientras la lengua sigue estimulándome. Mi cuerpo se tensa, y siento que una fina capa de sudor cubre mi piel mientras él alterna entre lamidas suaves y succiones firmes, el sonido húmedo resonando en la habitación.

Sus dedos se hunden en mis muslos, sujetándome mientras empiezo a retorcerme, incapaz de soportar más esas sensaciones. Su lengua baila entre movimientos rápidos y lentos, torturándome con una precisión insoportable.

—No… pares… —jadeo temblorosa, mi voz irreconocible mientras él continúa devorándome.

Él responde con más intensidad aún, acelerando el ritmo, y mi cuerpo finalmente alcanza su límite. El orgasmo me golpea con fuerza, un gemido ronco escapa de mí y mi cuerpo entero se arquea contra él, estremeciéndose con contracciones intensas que él prolonga hábilmente.

Mientras bajo lentamente de la cima, siento sus besos subiendo nuevamente por mi piel, ayudándome a recuperar el aliento hasta alcanzar mis labios en un beso profundo y lleno de amor.

—Te amo —susurra contra mi boca.

—Yo te amo más —respondo, acariciando suavemente su mejilla—. Pero si sigues así, Gabriel, ¡terminaremos teniendo un equipo completo de niños!

—Sé que lo dices como si fuese algo malo, pero yo estoy listo.

—Eso lo decidiré yo. Son gemelas y nada más. La fábrica está cerrada —bromeo con fingida irritación, y él lanza una risa grave y peligrosa.

—Si está cerrada, quizás debería verificarlo personalmente —sonríe pícaramente, mientras sus manos se deslizan inmediatamente hacia mis caderas, provocando en mí otro gemido entre diversión y exasperación.

—Definitivamente estás en celo, está confirmado —intento sonar firme, pero mi voz se debilita ante la caricia insistente de su mano en mi espalda.

Él ríe nuevamente, mirándome con ternura.

—Te amo, Clara.

—Yo también te amo, pervertido —respondo, riendo suavemente mientras él continúa explorando mi piel.

Epílogo 2

Gabriel D'Ávila

En casa reina el caos, pero, sinceramente, no lo cambiaría por nada. Globos esparcidos por el suelo, papel de regalo arrugado tirado en cada rincón, el dulce aroma de la tarta flotando en el aire y, por supuesto, los gritos de las gemelas mientras Thomas intenta convencerlas de que el juguete que acaban de arrebatarle es suyo.

—¡No es tuyo, Tom! —Alice cruza los brazos, con la cara roja de indignación—. ¡Es mío!

—¡No, no lo es! ¡Yo lo tenía primero!

—Gabriel, ¿puedes resolver esto? —grita Clara desde la cocina, mientras coloca las últimas velas sobre la tarta, obligándome a intervenir antes de que el drama se convierta en llanto.

—Eh, eh, calma —sujeto el juguete en alto, como un árbitro intentando pacificar un partido fuera de control—. Este juguete no pertenece a ninguno de los dos. Hoy es el cumpleaños de vuestro hermano Thiago, ¿entendido?

—¡Pero papá…! —comienza Alice, pero arqueo una ceja y ella cierra la boca, murmurando bajito.

—Buena chica —le digo, dándole un beso en la cabeza.

Thiago entra en ese momento, sosteniendo un enorme cubo de palomitas en un brazo y a Aurora en el otro, con la boca llena de azúcar. La deja en el suelo y observa la escena con una expresión agotada, demasiado madura para un chico de quince años.

—Necesitas ayuda para mantener esto bajo control —dice con un suspiro, quitando suavemente el juguete de mis manos y

devolviéndoselo a Alice, que sonríe victoriosa. Luego abre otro juguete y se lo entrega pacientemente a Thomas.

—Tú eres la ayuda, primogénito —respondo, despeinándole el cabello antes de agacharme a recoger un globo reventado del suelo.

—Pues no es suficiente —replica él con un suspiro dramático, mientras las gemelas corren alrededor de la mesa gritando algo sobre unicornios y monstruos.

Clara entra en la sala llevando la tarta entre las manos, equilibrándola como si fuera un preciado trofeo.

—Thiago, cariño, ¿puedes traer las velas que quedaron en la encimera?

—¿Otra vez? —refunfuña, aunque obedece enseguida.

—¿Estamos listos? —pregunto, ayudándola a colocar la tarta en la mesa, mientras Thomas intenta desesperadamente robar un poco del glaseado con el dedo.

—No hasta que consigamos cantar "cumpleaños feliz" sin que nadie llore o rompa algo —responde Clara entre risas, esquivando el dedo invasor de Thomas.

Thiago regresa, deja caer las velas sobre la mesa y se desploma en el sofá con un suspiro que perfectamente podría venir de un hombre de cincuenta años.

—Necesitamos una niñera —dice finalmente, mirando a Clara con seriedad exagerada.

Ella lo observa sorprendida durante unos segundos antes de estallar en una risa suave, cubriéndose la boca con una mano.

—¿En serio, Thiago?

—Muy en serio. Mira esto —hace un gesto amplio por toda la habitación, señalando a las gemelas peleándose de nuevo y a Thomas intentando trepar por un mueble como un pequeño mono.

Clara se sienta a mi lado y toma mi mano, observando el caos con ojos llenos de ternura.

—Bueno, por suerte conozco una excelente niñera.

Thiago se vuelve hacia ella confundido un instante, hasta que entiende lo que quiere decir. Rueda los ojos, aunque una sonrisa escapa de sus labios.

—Muy graciosa.

—Lo sé —responde Clara, riendo mientras yo la acerco a mí y le planto un beso en la mejilla.

La tarta se corta, se canta la felicitación —más entre gritos que música— y por un breve instante todo parece calmarse. La casa sigue siendo un desastre y los niños continúan revoloteando como pequeñas tormentas, pero es el tipo de caos que llena el corazón.

Thiago, cansado pero sonriente, toma una porción de tarta y se une a nosotros en el sofá. Alice y Aurora finalmente deciden compartir el juguete, mientras Thomas se acurruca a nuestro lado, abrazado a un globo.

Clara apoya suavemente la cabeza en mi hombro y suspira satisfecha.

—Esto es una locura.

—Es nuestra locura —le respondo, besando suavemente su coronilla.

Thiago nos observa, sacude la cabeza y murmura con dramatismo exagerado:

—Definitivamente necesitamos una niñera. ¡O tres! ¡O cuatro!

Y todos nos echamos a reír, porque al final, el desorden, el caos y este amor incondicional son precisamente lo que hace que nuestra familia sea lo que es.

Feliz.

FIN.

Agradecimientos

Gracias,

A vosotros, mis queridos lectores, que habéis hecho que este año sea inolvidable.

Nunca imaginé que las historias que nacen en mi cabeza encontrarían tanto amor y cariño al otro lado de esta pantalla. No solo me habéis convertido en una autora publicada, sino que también, libro tras libro, me habéis enseñado lo que os gusta, lo que soñáis y cómo hacer que estas páginas sean aún más especiales para vosotros.

Este es mi tercer libro, el primero de una segunda serie y mi regalo sorpresa de Navidad, para devolver un poco del increíble apoyo que me habéis dado este año.

Vosotros sois la razón por la que sigo escribiendo, explorando nuevas ideas y esforzándome por entregar siempre más y mejor.

Gracias por cada mensaje, por cada comentario y, sobre todo, por formar parte de este maravilloso viaje conmigo.

Nos vemos el próximo año con más historias emocionantes. Ya seas un mafioso en fuga o un viudo amargado, recuerda que nuestra aventura continúa.

¡Feliz Navidad! Que el nuevo año traiga tanto amor y emoción como vosotros me habéis regalado a mí.

Con todo mi cariño,

Isabella

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Soy Isabella Innamorato, apasionada de las historias de amor intensas, emocionales y con finales felices que se quedan grabados en tu corazón.

Mi misión es que vivas cada página, te emociones con cada encuentro y te enamores una y otra vez con personajes destinados a estar juntos.

Escribo para quienes creen en el amor profundo, los giros inesperados y en esos encuentros que parecen escritos en las estrellas.

¿Qué encontrarás en mis libros?

❤ **Contratos ardientes:** Acuerdos que empiezan con desconfianza y terminan con pasión incontrolable.

❤ **Rechazos apasionados:** Historias donde el "no" inicial hace que el "sí" sea aún más irresistible y explosivo.

❤ **Hombres entregados:** Protagonistas dispuestos a caer rendidos a los pies del verdadero amor.

❤ **Finales felices:** Siempre, porque cada gran amor merece un desenlace digno de cuento de hadas. ❤

Si amas sumergirte en novelas llenas de romance, drama, emoción y pasión, sígueme en Instagram **(@autoraisabellainnamorato)** y acompáñame en este emocionante viaje.

Soñemos juntas, riamos, lloremos y, sobre todo, recordemos que al final... ¡el amor siempre vence!